

*ROBERT CHARROUX*

# Tesoros ocultos

*Zig-Zag*

*Tesoros Ocultos*

COLECCION HISTORIA Y DOCUMENTOS

© Empresa Editora  
Zig-Zag, S. A., 1963.  
Derechos reservados  
para todos los países  
de habla española.  
Inscripción N.º 26335.  
Santiago de Chile.  
1964.

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.

ROBERT CHARROUX

(PRESIDENTE DEL CLUB INTERNACIONAL DE BUSCADORES DE TESOROS.)

*Tesoros Ocultos*

ENTERRADOS, EMPAREDADOS, SUMERGIDOS

Z I G — Z A

*Título del original francés:*

TRÉSORS DU MONDE

*Traducción de*

HERNÁN DEL SOLAR.

## Prólogo

**H**AN llegado los tiempos en que la aventura vuelve a comenzar, más prodigiosa que en el siglo de Isabel de Castilla, y las carabelas a reacción se lanzan ya hacia el nuevo mundo planetario.

*El destino del hombre no es el de cavar su tumba, sino el de viajar más allá de todas las fronteras, continuando la tradición prehistórica de nuestros distantes antepasados que iban incansablemente en persecución del sol.*

*Todas las grandes migraciones, las invasiones y los éxodos se hicieron sobre ese eje ritual este-oeste, en el sentido solar, y los amantes de la paradoja podrían decir, en verdad, que el oeste es el polo magnético de nuestro globo terráqueo.*

*La humanidad, estagnada desde el siglo XVII, ha forjado, a pesar de todo, los vehículos de su emancipación y elegido las rutas inciertas y los mares tenebrosos por donde lanzarse.*

*Pero el sentido este-oeste, dimensión de superficie, está jalonado, estudiado, cartografiado, medido, señalado, y el mundo terrestre emergido, desde La Rochela a Tokio, desde Thule a las islas Kerguelen, no muestra la menor topografía cuya altura, circunferencia y peso específico no se conozcan.*

*La aventura en superficie, agotada por los navegantes, exploradores, geofísicos, por los autos, los transatlánticos y expresos, debe orientarse hacia un nuevo acimut, hacia el espesor, que es altura y profundidad, o descentrarse.*

*La aventura proyecta a los hombres hacia la Luna, Marte, Venus o el Sol, y tal vez (si el universo es hueco y el exterior está en lo interior) sea aún centrífuga en dirección de las últimas zonas invioladas de la corteza terrestre.*

*Y los conquistadores de una y otra evasión visten su uniforme común: traje de material plástico y máscara respiratoria para moverse a 1.000.000 de kilómetros en el vacío sideral o a 10.000 yardas en los océanos.*

*Va a ser necesario escoger: el El Dorado de los planetas en el exterior lejano, o en el exterior próximo los cementerios marinos, las minas de esmeraldas y rubíes, los escondites con cofrecillos de oro habidos en los viejos muros, los subterráneos y el polvo de los milenios.*

*El buscador de tesoros ha resuelto desafiar a lo desconocido, adivinar lo milagroso, sondear la materia virgen, descentrarse en el espesor, pero no toma ya el arsenal engañoso de los ocultistas: la varilla adivinatoria, el hechizo, la mandrágora; la ciencia ha puesto a su disposición brujos de transistores, y la electrónica juega a los duendes con los tesoros ocultos.*

*Decía Alí Babá: "Sésamo, ábrete".*

*Hoy día, con un casco provisto de auriculares, con el dedo puesto en el amperímetro y el sounding, el buscador de tesoros viola el misterio de lo impenetrable y aclara la noche de la materia compacta.*

*Así, pues, renace la prodigiosa aventura; todo no está escrito, medido, inventado; lo "interior" está aún inviolado, y todavía existe el "en los muros", el "en la tierra", el "en los mares".*

*Porque la tierra y los mares, el globo terrestre en suma, están repletos de tesoros que se descubren —en pequeña escala— un poquito cada día: son los exploradores de Saint-Wandrille, que sacan de un muro quinientas monedas de oro; son dos cavadores en Chelles; un sepulturero en Thiais; unos niños en Fontenay, que encuentran una enorme arca con luises de oro y diamantes...*

*¿Los tesoros? Los hollamos cotidianamente, y nuestros*

*ojos acarician sus escondrijos sin sospechar, por suerte, lo que contienen.*

*En París, ¿quién no ha mirado cien veces la estatua ecuestre de Enrique IV en el Puente Nuevo? Un pequeño tesoro se esconde en una pata trasera del caballo, oculto en 1816 por el escultor Lemot; los diamantes de la Du Barry se desparraman por el parque de Sceaux bajo las margaritas primaverales; en Mans, Plaza de la Estrella, miles de buenos ciudadanos caminan desde hace ciento sesenta años sobre los 100.000.000 de escudos de 6 libras de las ursulinas del antiguo convento; en Charroux (Vienne), mil charruenses esconden sus botellas de vino añejo a algunos centímetros de los setenta y un tesoros ocultos en 1569; en Lila, la misa se dice en Nuestra Señora de la Viña sobre tesoros escondidos cuando el saqueo de la ciudad por Felipe Augusto; en Lyon, tesoros de los sótanos, por centenares, esperan a los eventuales descubridores; en Provins, el oro duerme en kilómetros de subterráneos; en Ruán, se estremecen de inquietud en viejas casas cuyos días están contados; en Marsella, están escondidas las alhajas de la actriz Gaby Deslys; en Montauban, el tesoro se halla bajo el antiguo castillo; en Poitiers, está emparedado en los baluartes y los signos claves lo señalan a la atención de los iniciados; en Cassel, en Bavay, en La Rochela, en Burdeos, en Perpiñán, en Niza, en Gisors, los escondites y cofres están a escasos pies de profundidad; en Château-Gontier (en Mayenne) una piedra que gira señala la entrada a la cripta de las joyas; en Rennes-le-Château, los miles de millones de Béranger Saunière están en una tumba; en Crain, la caja de oro de San Germán está en un recodo del jardín; por último, en Valonia, Flandes, Artois, Picardía, millones de botas alemanas han pisoteado beatamente, en mayo de 1940, millones de tesoros ocultos la víspera por los fugitivos.*

*¿Y los tesoros de los mares? Más numerosos aún que los tesoros terrestres, si ha de creerse a la tradición; cubren el mar Caribe, el estrecho de Bass, la bahía de la Mesa, las costas de Chile, y también las costas de Francia...*

*El Club Internacional de Buscadores de Tesoros centraliza una documentación verdaderamente única sobre el asunto.*

*Durante veinte años, las bibliotecas nacionales de los principales países han sido investigadas y se han comprado señales de tesoros, mapas, planos, especialmente en América, o han sido traídos de todos los continentes por los miembros durante sus expediciones.*

*En cuanto a los tesoros de Francia, en los cuatro años de campaña de prensa bajo el título de "Caza de Tesoros", de 1951 a 1955, se obtuvo tal correspondencia que se catalogaron quince mil yacimientos.*

*De esos quince mil tesoros, hay que decirlo, más de 14.000 son simples tradiciones, leyendas a menudo pintorescas, pero cuyos orígenes no pueden conservarse.*

*Lo más difícil fue constituir el fichero fotográfico que actualmente comprende tres mil fotografías, planos, grabados o dibujos. Transmisiones de radio provocaron también una buena cosecha, de modo que el Club puede ahora enorgullecerse de poseer la casi totalidad de las grandes historias de tesoros existentes en el globo; sin contar algunos tesoros secretos, cuya divulgación, no hay para qué decirlo, no puede hacerse.*

*El Club agrupa a buscadores de alto rango, a grandes aventureros: el capitán Tony Mangel, adversario de Malcolm Campbell y de Franklin Roosevelt en la isla Cocos; Florent y Mireille Ramaugé, especialistas de la bahía de Vigo; Jean Albert Foëx, jefe de la expedición Jonás en el mar Rojo; Mme de Grazia, criptóloga; Denise Carvenne, Simone Guerbette, Lucienne Lenoir, Pierre Lenoir, electrónico del Club; el audaz pirata de Thailandia, Alberto Lazaroo, y ese otro pirata cuya personalidad domina la aventura de nuestro siglo: Henry de Monfreid, presidente honorario del Club.*

*Pero ¿cómo imaginan ustedes a un buscador de tesoros?*

*El buscador de tesoros, partidario de la aventura y de la proyección fuera de las fronteras burguesas y conocidas, práctico del batiscafo y del detector electrónico, está ator-*

*mentado por sutiles complejos. Por espíritu científico y aventurero, pertenece a la familia de los Marco Polo, Colón, Pinzón, Cabral; por estética y honradez moral, repudia atrozmente la ciencia empírica y demoníaca, la demagogia del cemento, de los rascacielos, de la caja de material plástico, del diamante sintético, de la planificación agrícola y la normalización forzosa.*

*Por tradicionalismo, se niega a escupir sobre la tumba de sus antepasados.*

*Acaso sea reticente ante la aventura interplanetaria; es, por cierto, reaccionario a las fórmulas actuales de la política, a los trajines del progreso y al afeamiento sistemático de la existencia.*

*Estas preocupaciones de paradoja, de evasión fuera de un mundo que en parte reprueba, le han hecho escoger la aventura de los tesoros, y a bordo de la Máquina para Viajar por el Tiempo ha puesto proa al pasado.*

*A menudo, su rechazo es más característico, y suele el buscador hacerse contemporáneo del pasado por reacción contra las revoluciones peligrosas e insensatas de un mundo que quiere tornarse anónimo y confiar a las máquinas electrónicas el gobierno del planeta.*

*El hombre del siglo XX está orgulloso de su conocimiento y de su racionalismo superior.*

*Forja —sin duda, con buena voluntad— la felicidad laica y obligatoria de las masas, la valoración sistemática de cada pulgada del globo, la colonización del cosmos, la explicación científica de la materia y de la creación; anuncia milagros más asombrosos que los del anillo de Gyges, de la panacea, de la piedra filosofal, y todo esto, verosímelmente, se realizará.*

*Pero el buscador de tesoros no cree en los nuevos brujos, en las filosofías brotadas en las estepas, cuya desmesura quiere absorber la justa medida ya caduca, pasada, eterna, francesa, de nuestro universo familiar.*

*No cree por buen sentido, por intuición, por rechazo físico e intelectual, y por racionalismo cartesiano.*

*No cree en la belleza de los rascacielos, duda de las virtudes de los cohetes y de la energía atómica, en la moral de las instituciones nuevas y de los albergues familiares, en lo maravilloso fraguado en los betatrones y surgido de ese átomo engañoso al que se descortezan con descaro.*

*Pues todo ocurre como si se quisiera dar a viva fuerza la primacía a los deleites absurdos del intelecto, mientras nuestro hermano el cuerpo, como decía San Pablo, se encabrita como un caballo lanzado a la arena.*

*El buscador de tesoros, frente a un mundo de Apocalipsis, niega su colaboración.*

*No como un cobarde, sino como gentilhomme al que repugnan la feria y el catch as catch can.*

*Es un punto de vista, una actitud, una decisión. Y así se explica la dualidad que habita en el buscador: el "sí" a cierto racionalismo científico, y el "no" formal a la ciencia pervertida y a la evolución maloliente.*

*Por cierto que el resultado no es dudoso en el combate de la carabela a reacción contra la carabela de velas. Poco importa: más vale morir vivo que vivir muerto.*

*Y para los buscadores de tesoros, vivir es decir "sí" a la aventura en que espejean entre otros fantasmas: los rubíes, los diamantes, las esmeraldas, los topacios, las amatistas, las joyas cinceladas, las vajillas cifradas, los anillos, los brazaletes, los ducados, los luises y las piastras.*

*¡Por la alegría del posible descubrimiento, el amor de lo fantástico, la intensa emoción de un instante, el arte de hundir los dedos en un agua viva de pedrerías, y por adornar a la hermosa a quien se ama con las más fastuosas alhajas de leyenda!*

*¡No se equivoquen: la locura merece a veces el ser vida, y la sabiduría no es la seguridad burguesa ni la especulación científica, y la razón no es el estar loco como todo el mundo!*

*Lo creerán difícilmente, y, no obstante, es la verdad profunda del buscador de tesoros: ha encontrado la fortuna antes de descubrir su escondite.*

## *Una aventura mágica*

**H**AY palabras mágicas que no pueden pronunciarse sin suscitar una curiosidad intensa.

Si se murmura las palabras "petróleo" en el Medio Oriente, "oro" en Alaska, "agua" en el desierto, "sardana" en tierra de Cataluña, en seguida se tiende el oído y surge, ávido, el interés.

En otro tiempo, otras palabras mágicas tuvieron su hora de encanto: "Graal", "orvietano", "Brasil", pero su aureola se ha marchitado y borrado con los años y, sin duda, lo mismo ocurrirá un día con el oro, el petróleo y la sardana.

Pero, sean cuales fueren la latitud y la época, ha de esperarse que una palabra mágica por excelencia quedará para siempre, sin que ninguna eventualidad pensable pueda alterar su resonancia: *tesoro*. Pronuncien estas tres sílabas, sobre todo a media voz, en cualquier lugar, y verán que una llamita se enciende en todos los ojos y que hacia ustedes se tienden todas las caras.

Porque es verdaderamente mágica esta endiablada palabra, y en lengua francesa más que en otra alguna.

Los italianos dicen *tesoro*, los franceses *trésor*, los alemanes *schatz* y los ingleses *treasure*.

En francés, despreocupada de toda etimología razonable, la palabra mágica brilla como fuego fatuo, brota de la tierra y de la onda, caliente como fuego, con un precioso color amarillo, afirmándose con audacia y lanzando, briosa, su

terminativo restallante, sonora como caída de raro metal y tintineo de luises y ducados. Una magia verdadera; casi un satanismo.

Hay una defensa oculta que emana de cada tesoro y que es embriagador forzar, una magia cuyo poder se acepta, un encanallamiento delicioso que os pone en la sangre un poco de la muy cálida de los piratas que partían al asalto de las flotas de oro y de los baluartes de los castillos feudales.

Y nadie es capaz de librar de ella su alma.

Por eso los buscadores, con razón o sin ella, piensan que cada tesoro está defendido por el diablo, y que una maldición amenaza a quienes descubren su escondite.

Pero esos tesoros, deben de pensar ustedes, esos tesoros de piedras preciosas, de monedas de oro y de plata, ¿existen en otra parte que en la imaginación?

Por cierto que se les ha descubierto; claro está que aún deben de quedar algunos, pero ¿no es su existencia casi tan rara como su descubrimiento?

Es incontestable que en el curso de los siglos millones de personas han escondido su fortuna, grande o pequeña, y que muchos de los escondedores murieron sin haber podido recuperar sus bienes o divulgar el lugar de su escondite. Ha sucedido que colectividades enteras han sido aniquiladas sin dejar un solo sobreviviente, como fue el caso de las Vírgenes Rojas de Wlasta.

Wlasta, según los pareceres, es ya una heroína, ya una rebelde checa que vivió en el siglo VIII. Era bonita, inteligente, de una extraordinaria destreza en el manejo de las armas, pero manifiestamente desequilibrada, y tenía la fobia de los hombres.

Esas cualidades hicieron que la advirtiera la reina Libussa —fundadora de Praga—, que, aunque casada con Przemyslas, duque de Bohemia, era una amazona consumada, de carácter muy viril.

Wlasta tomó el mando de la guardia real, compuesta sólo de mujeres.

Cuando la reina murió, Wlasta no quiso servir al rey y a

la cabeza de sus guerreras se hizo fuerte en la fortaleza del monte de Widowlé. Como el duque le enviara un emisario para que entrara en razón, la joven rebelde lo hizo castrar y lo devolvió a Przemyslas.

A su alrededor afluyeron las jóvenes voluntarias y pronto tuvo bajo sus órdenes un verdadero ejército.

Entonces salió del monte Widowlé y estableció su cuartel general en un castillo fortificado que se llamó el Diewin (castillo de las muchachas).

Al frente de sus guerreras, Wlasta agobió a la región, estableciendo impuestos, robando en las ciudades y los pueblos, ejerciendo su justicia que era resueltamente antimascalina.

A menudo, para demostrar mejor su desprecio por los hombres, bajaba a los pueblos seguida sólo de algunas mujeres, todas desnudas en sus caballos, pero armadas con espada y escudo. ¡Y ay de aquel que osara alzar los ojos sobre su desnudez!

El duque Przemyslas envió varias veces contra las rebeldes tropas leales que fueron hechas trizas; todo herido o prisionero era muerto al instante.

Wlasta, que reinaba como dueña absoluta de la región, dictó leyes, algunos de cuyos artículos, citados por los cronistas, merecen transcribirse:

—Les está prohibido a los hombres, bajo pena de muerte, el portar armas.

—Bajo pena de muerte, los hombres deben montar a caballo con ambas piernas colgando del lado izquierdo de la montura.

—Los hombres deben labrar las tierras, ejercer el comercio, cocer los alimentos, remendar las ropas. Las mujeres tienen la misión de guerrear.

—Las mujeres eligen a sus esposos. Un hombre que rehúse esa elección será ejecutado.

Lo menos que puede decirse es que la hermosa Wlasta no era tierna en sus decisiones.

El rey de Bohemia terminó por pensar que la broma dura-

ba demasiado, y en 746 se dirigió con sus tropas a rodear Widowlé por sorpresa, y un centenar de amazonas fueron pasadas a espada.

Al saber el desastre, Wlasta, que se hallaba en el Diewin, degolló con sus manos veinticuatro prisioneros y con toda violencia se lanzó sobre los sitiadores.

Se cuenta que la Virgen Roja arrojó su escudo, se despojó de sus vestidos y, completamente desnuda, sólo con su espada, corrió al centro de la batalla. Todas las amazonas del Diewin fueron muertas, ninguna quiso rendirse.

Antes de su salida suprema, Wlasta escondió en el castillo el tesoro de su ejército, que comprendía monedas de oro y de plata, alhajas fundidas con las que las vírgenes ariscas no habían querido adornarse.

El tesoro no ha sido nunca encontrado, pero parece muy razonable su existencia.

Siempre dentro del marco de los tesoros de las colectividades diezmadas, puede asegurarse que en 1940, cuando el avance alemán y el éxodo de las masas belgas y francesas hacia el Sena y el Loira, de dos a cuatro millones de tesoros fueron escondidos en Valonia, en Flandes, en Artois y en Picardía. Porque millones de personas huyeron con sus riquezas en dinero —al menos en parte—, pero después de haber escondido, enterrado o emparedado los objetos preciosos que era molesto o imprudente llevar en la huida: vajilla y objetos pesados de bronce, de estaño, de cobre o de plata, objetos de arte, cuadros de maestros, armas antiguas y modernas y hasta lingotes y monedas de oro.

Si hubo tres millones de fugitivos, es verosímil que tres millones de tesoros se escondieran en cuarenta y ocho horas.

¡Ay!, todos los que partieron no regresaron después de las hostilidades, y algunos recuerdan familias enteras aniquiladas en Amiens o en las rutas del Somme, dejando en sus propiedades otros tantos tesoros ocultos, sin dueños ni ubicación conocida.

También en 1940, y en 1941, miles de israelitas, antes de ser llevados como deportados, escondieron en sus sótanos de

París miles de tesoros, gran parte de los cuales están intactos e ignorados.

¿Quién querría negar la realidad de esos tesoros de 1940?

En 1945, en Alemania y en Italia, se produjo la misma locura de la guerra perdida y la misma reacción de los ricos o infelices que poseían algunos bienes.

Y lo que ocurrió en la última guerra es válido también para 1914 y para todas las guerras que han surgido en el curso de la historia de la humanidad.

Y no hemos evocado los tesoros sumergidos.

Esos tesoros de naufragios que cubren literalmente los fondos oceánicos como las señales hectométricas jalonan las rutas terrestres. Una sola estadística oficial dará una idea de esa multitud sumergida, la del Ministerio de Marina francés, avenida Octave-Gréard, en París: trescientos cincuenta a quinientos barcos se hunden anualmente en las costas de nuestro país, trescientos cincuenta a quinientos barcos que llevan la bandera tricolor.

Esto es algo inesperado y sorprendente.

Y a cada naufragio, o casi a cada uno, corresponde un tesoro, ya se trate de una chalupa o de una goleta de pescadores de Terranova o Islandia, pues el cofre de a bordo lleva siempre cierta cantidad de dinero contante y sonante.

Sin que se necesite citar los pesados galeones españoles de las flotas del oro y los grandes vapores de las líneas comerciales, la evidente realidad de tesoros innumerables y ocultos, o inaccesibles, queda fácilmente demostrada.

Cada año, la prensa habla de un centenar de descubrimientos fortuitos: ya se trata de un obrero de demolición que al derribar un muro viejo halla un tesoro, ya de un sepulturero que desentierra jarras y cajas de luisas de oro, ya de niños que encuentran un tesoro en alguna casa...

En la historia de los tesoros, el triunfo más espectacular y sensacional lo constituye el de William Phips, patrón de todos los buscadores de tesoros.

Phips, un americano de Boston, descubrió en 1686, en el Banco de Plata, en el mar Caribe, los restos de un galeón

que se cree sea “Nuestra Señora de la Concepción”; recuperó un tesoro de 200.000 libras esterlinas, fue hecho caballero por el rey de Inglaterra tras este éxito, y murió en la opulencia, legando su fortuna a una obra benéfica.

“Nuestra Señora de la Concepción” yace aún a 163 millas marinas francesas, al nordeste de Puerto Plata (República de Santo Domingo) y a 98 millas al nordeste de las islas Turcas, o sea, aproximadamente, en 21° 30' latitud norte y 70° 28' longitud oeste, en un banco de arena y coral, y a una profundidad de 10 a 20 brazas.

En razón de los tesoros ahí hundidos, ese sitio en que abundan los arrecifes sumergidos es denominado el Banco de Plata.

El paraíso de los tesoros submarinos es, sin disputa, el mar Caribe, con sus miles de naves, galeones, fragatas, buques hundidos desde el descubrimiento de América.

Por lo demás, hay que citar: la bahía de la Mesa, en el cabo de Buena Esperanza, donde yacen centenares de goletas, holandesas en su mayoría; el mar Amarillo; el terrible estrecho de Bass; las costas de Chile, Perú, Venezuela y Brasil, repletas de *treasure ships*; las costas de España, de Inglaterra y del sur de los Estados Unidos.

En cuanto a tesoros terrestres, Francia posee una situación privilegiada, a causa de sus templarios, sus guerras de religión y, especialmente, de la revolución de 1789.

Muchos son ignorados por el gran público, que no conoce sino los más célebres: Rennes-le-Château, Argelès, Arginy, el tesoro de los cátaros en Montségur (donde, seguramente, no está), los setenta y cinco tesoros de la abadía de Charroux en el Vienne, el tesoro de la Dama de Crain en el Yonne, de Die, del “Telémaco” en Quillebœuf, y los tesoros más que problemáticos de la Confianza en Vandea, de Rommel en Córcega, los de La Napoule, de Mandrin, de Mélusine en Lussignan, de Gisors...

Otros centros mundiales, respecto a tesoros terrestres: el Perú en primer lugar, con su auténtico tesoro de los Incas; Inglaterra, Bolivia, Argentina y sus tesoros de la guerra de

la Independencia; México con sus tesoros de los mayas y los aztecas; el Africa del Norte repleta de joyas de leyenda, en escondites que guardan las maldiciones, los perros negros, los gigantes.

España, Italia, Alemania, con sus fabulosos tesoros de guerra; la India, los Estados Unidos en todo el trayecto de la Vieja Pista española, que lleva de Nueva Orleáns a Frisco...

Y más todavía: los tesoros de las islas, donde yacen barriles de joyas, doblones y monedas de los piratas, los filibusteros y los Hermanos de la Costa.

## *Tesoros antiguos*

**C**UANDO los primeros seres humanos tuvieron la idea de disimular en un escondrijo los tesoros que deseaban librar de la avidez de sus contemporáneos, no sospechaban que preparaban el acontecimiento de uno de los más grandes hallazgos de todos los milenios.

El primero en esconder fue, naturalmente, un hombre de la Prehistoria, y su tesoro se componía ya de puntas de flechas, anzuelos, puntas de lanza, ya de objetos pintados, piezas esculpidas o trozos alimenticios. Se han descubierto numerosos escondrijos prehistóricos: los de Ayez, en Barou (Indre-et-Loire), entregaron maravillosas “cuchillas” de sílex que pueden admirarse en el museo de Grand-Pressigny.

Tal vez hubo también escondrijos de monedas de cambio —conchas, huesos, grabados, dientes de animales, etc.—, pues está probado hoy, sobre todo por esa maravilla que es la gruta de Montignac-Lascaux, en Dordoña —el Louvre de la prehistoria—, que quince a treinta mil años antes de nuestra era los habitantes de Francia tenían las artes en grande estima y gozaban de una civilización cuya amplitud no podemos sino suponer.

La importancia de los escondrijos de tesoros interesa menos por la naturaleza del depósito que por el hecho que los determinó; ni más ni menos, el nacimiento de la agricultura.

Un día, pues, quizás alrededor del año 300.000 antes de nuestra era, un hombre tuvo la idea de enterrar en un es-

condrijo, fuera de su antro, frutos y semillas de otoño, con el fin de establecer lo que hoy llamaríamos un silo. Este tesoro —que lo era— le dio, al desenterrarlo, una amarga decepción, pues todo estaba podrido o había germinado y era impropio para el consumo.

Pero tras múltiples tentativas de ese género, el hombre prehistórico advirtió que las semillas enterradas originaban una vegetación más densa, más fuerte que en la naturaleza silvestre.

Esta comprobación hubo de hacerla también en los escondrijos en que metió tesoros de otra índole, de manera que por relación de causa a efecto el fenómeno suscitó una explicación racional que terminó por encontrarse: donde la tierra era removida y preparada, la vegetación brotaba mejor.

¡Había nacido la agricultura! Nacida de un escondrijo, de un botín enterrado y del suelo removido. Nacida también del entierro de los muertos y de las ofrendas a los manes depositados en la tierra.

Los tesoros de que vamos a ocuparnos no datan de los tiempos prehistóricos. Dando a la palabra tesoro el sentido restringido de cosas y objetos de valor, como monedas, alhajas y piedras preciosas, no remontaremos nuestra cronología más allá de la era cristiana. Por lo demás, las monedas, que constituían la base de los tesoros, no aparecieron tal vez, en cantidad notable, sino muy recientemente, con los hebreos, los griegos y los chinos.

Según André Fourgeaud, técnico en la cuestión, la primera moneda conocida, el "chat" egipcio (de tiempos de Ramsés II, unos mil trescientos años antes de Cristo), correspondía a un peso convencional de oro, plata o cobre. Esta moneda arbitraria, ideal, nunca fue materialmente creada.

Las primeras monedas circulantes fueron acuñadas hacia el siglo VII antes de Cristo; eran de hierro, principalmente, pero quinientos años antes de Cristo se empleó el bronce;

en el año 200 la plata, y por fin el oro, pero rarísimamente, bajo Sila, en el 86 antes de Cristo.

Entretanto, se habían utilizado las más diversas materias: cuero, porcelana, tierra cocida, vidrio y aun madera. Entre los primitivos, las monedas fueron, y son casi hasta hoy, más extravagantes, pero no menos lógicas: conchas, finas cortezas, barbas de ballena, dientes de tigre, de gato, calabazas de mijo, etc.

Es interesante notar que en todos los países del mundo las primeras monedas recurrieron siempre a la magia. Las de los hebreos llevaban signos religiosos y ocultos; las de los griegos, una lechuza, una tortuga, un pentagrama; las monedas chinas tenían forma de campana y de efigies cubiertas por ideogramas mágicos. Para los primitivos tanto como para los primeros pueblos civilizados, las monedas tenían en sí un soplo de vida de la persona que las poseía. De aquí, sin duda, la creencia en una defensa oculta que custodiaba los tesoros enterrados, donde el propietario habría encerrado una parte de su alma y de sus fuerzas vitales.

En el Perú precolombino, el oro y la plata, abundantes, no figuraban al parecer en las monedas, que eran hechas de granos de rara materia, aislados o reunidos en collares, y de conchas con virtudes mágicas.

En cambio, los toltecas y los aztecas empleaban las monedas de oro.

Los tesoros están tratados ampliamente en literatura, por primera vez al parecer, en los documentos encontrados hacia Quoum'ran, cerca del mar Muerto.

En el estío de 1947, un pastor beduino de la tribu de los taamiras, descubrió en una caverna de Palestina unos extraños objetos, algunas jarras y paquetes groseramente envueltos. El jeque a quien contó su hallazgo deshizo las telas impregnadas de betún y de cera y se encontró con once rollos de cuero llenos de inscripciones.

Los monjes del convento ortodoxo de San Marcos compraron cinco rollos, los mejor conservados, en 20 libras esterlinas. Los seis restantes fueron adquiridos por el Museo

de Antigüedades Judías adjunto a la Universidad hebraica de Jerusalén.

El profesor Sukenik, arqueólogo de esa Universidad, comienza a descifrar los rollos y obtiene la autorización para copiar los documentos comprados por los monjes.

Pronto se expande la noticia por el mundo entero, interesado por el descubrimiento: los documentos hallados en el desierto de Judea son manuscritos hebraicos que datan probablemente de la época macabea, o sea, unos dos siglos antes de nuestra era. El texto está redactado en caracteres arcaicos del tipo de Lakich.

El beduino que hizo el descubrimiento desapareció, pero se encontró la caverna a 12 kilómetros al sur de Jericó, en la pared rocosa que domina el litoral del mar Muerto, a 2 kilómetros al oeste de la ribera y en la región de Quoum'ran.

Se encontraron nuevos rollos; pero ya no se venden a 20 libras; se les estima en varios millones de dólares.

Con estupor, los traductores encuentran en esos manuscritos indicaciones concernientes a unos sesenta escondrijos en que estarían enterrados fabulosos tesoros. Se cree que la gruta de Quoum'ran fue el escondrijo en que los monjes de un convento esenio, tal vez durante el sitio de Jerusalén por Tito, pusieron en lugar seguro su biblioteca y sus tesoros religiosos, siendo estos últimos robados, sin duda, en el curso de los siglos.

Los sesenta escondrijos encerrarían hasta unas 200 toneladas de oro y plata (20.000.000 de dólares), metidas en cofres y enterradas a menos de 18 metros de profundidad. Todo esto es considerablemente exagerado.

Los puntos de tales escondrijos se hallan entre Naplusa (antigua Siquem), El-Khalil (antigua Hebrón) y el monte Gerzim.

Varios gobiernos y colegios religiosos reivindicán los tesoros en perspectiva: judíos, árabes, ortodoxos, católicos, norteamericanos, israelitas... e Inglaterra, que cuando el descubrimiento ejercía aún su mandato en Palestina.

La legislación de los tesoros fue tratada hace veintitrés

siglos por Platón en su diálogo “Las Leyes”. Aristóteles, en su “Tratado de Política”, escribió que un tesoro debe pertenecer a su descubridor, y cuenta la historia de dos hermanos griegos que encontraron un cofrecillo enterrado ante el temor de una invasión de los persas. Para Aristóteles, cuya lógica y sabiduría nos parecen admirables, un tesoro es un don de la fortuna, una “gracia”, un regalo de Dios, y, en consecuencia, le corresponde por entero al que lo descubre.

Los tesoros escondidos que existen por centenares de miles en el globo tienen muy diversos orígenes. A menudo, son antiguos botines de piratas, de filibusteros, de bandidos, de manera que más allá de los siglos puede establecerse una especie de complicidad involuntaria entre los ladrones y los descubridores, beneficiándose éstos, de manera legal, con los despojos realizados en tiempos pretéritos.

Pero el tiempo es buen apóstol y sabe enmendar las faltas con suprema desenvoltura.

¡Después de diez años, un asesino ya no es un asesino!<sup>1</sup> El robo tiene su prescripción legal tras algunos años y no ofrece ya peligro alguno.

Podría hablarse largamente sobre esta curiosa legislación y sobre la elasticidad del concepto humano del escrúpulo.

Basándonos en la nomenclatura de los seiscientos más grandes tesoros conocidos, hemos hecho el balance de acuerdo con sus orígenes:

Tesoros artísticos .....	1
Tesoros de originales .....	1
Tesoros de tumbas .....	3
Tesoros no identificados en ruinas .....	5
Tesoros religiosos .....	10
Tesoros de príncipes .....	13
Tesoros de buscadores de oro .....	14
Tesoros de guerra .....	20
Tesoros templarios .....	25
Tesoros de éxodo, de revolución, de exilados .....	26

<sup>1</sup> Plazo que establece la legislación francesa. (N. del T.)

Tesoros legados pero no heredados .....	26
Tesoros de leyenda pura .....	31
Tesoros robados (piratas y ladrones) .....	45
Tesoros de tradiciones no controlables .....	130
Tesoros sumergidos en los mares .....	250
<b>Total</b> .....	<b>600</b>

Los más antiguos buscadores de tesoros que entran en la historia son, ciertamente, los ladrones de tumbas.

En otros tiempos, un príncipe o un faraón, para dejar este mundo con dignidad y llevar en el más allá una segunda vida digna de su rango, debía ser enterrado con sus trajes de gala, sus armas, sus alhajas familiares y parte de sus riquezas. La tumba se convertía entonces en una verdadera cámara de tesoros en que abundaban los objetos preciosos; de ahí el hecho de hacerla inaccesible a los ladrones.

Así nacieron —y por otras razones menos exotéricas— las pirámides de Egipto, los túmulos de Occidente, los hipogeos y los diversos monumentos funerarios del mundo antiguo.

Más modestamente, los mortales de calidad inferior tuvieron derecho a criptas, o, simplemente, a sarcófagos que no dejaban de encerrar verdaderos tesoros dispuestos junto a los despojos de los difuntos. Lo suficiente para tentar durante siglos a hordas de ladrones, y después —sacrilegio cometido en menos de un milenio— a un ejército aún más denso de arqueólogos e historiadores.

Sabido es que los ladrones de tumbas arruinaron más los monumentos antiguos que miles de años de erosión natural y de guerras.

La mayoría de los hipogeos de Egipto, de Grecia y de Italia, los de los etruscos, y las criptas de los romanos fueron violados durante los siglos.

Lo mismo ocurrió en Africa del Norte, y, por ejemplo, la célebre Tumba de la Cristiana, cerca de Argel, recibió numerosas visitas, muy dañinas evidentemente.

Los sacrilegios más lamentables se cometieron en las Indias Occidentales durante la conquista española.

En el Perú, todas las tumbas de los altos dignatarios incas pagaron su tributo de oro, que fue importante, si nos atenemos a las crónicas.

Por su parte, los arqueólogos, es verdad que en nombre de la ciencia, continuaron la obra de los ladrones.

Se recuerda acaso los descubrimientos efectuados en 1873 por Heinrich Schliemann en el lugar de Troya, en la tumba de un soberano no identificado, y en 1876, en la tumba presunta de Agamenón en Micenas. El descubrimiento del tesoro y de las cuarenta tumbas de la necrópolis de Deir el Bahari, en Egipto, tuvo resonancia mundial.

El egiptólogo Mariette descubrió numerosos tesoros de sepulturas y en 1922 el norteamericano Howart Carter encontró las riquezas inmensas y la momia del faraón Tutan-kamón.

No seamos injustos con los arqueólogos: si fueron descubridores de tesoros y profanadores de tumbas, lo fueron por curiosidad científica y sin afán mercantil. En realidad, salvaron, particularmente en Egipto, tesoros artísticos y arqueológicos que enriquecieron los museos en vez de caer en manos de ladrones que muy a menudo fundían sus hallazgos para asegurar su circulación. Porque en todo tiempo, en tierra árabe, los buscadores de tesoros y los ladrones de tumbas formaron legiones. De tal manera que hacia 1090 antes de Jesucristo, o sea, bajo la XX dinastía, los egipcios debieron establecer puestos de guardia en torno a las necrópolis reales.

Otros buscadores, los buzos, se especializaron desde la más alta antigüedad en la recuperación de tesoros hundidos en el Mediterráneo.

Scyllis de Scioné y su hija, la hermosa Cyana, eran célebres en tiempos de Herodoto, que cuenta que padre e hija salvaron grandes riquezas sumergidas en los barcos persas cerca del monte Pelión.

A partir del siglo XV, los buzos españoles fueron espe-

cialmente entrenados para recuperar los lingotes de oro y plata, las piastras y los doblones sepultados en los galeones hundidos a escasa profundidad.

Por lo demás, los capitanes de barcos transportadores de oro tenían orden de barrenarse en fondos de 10 a 20 metros, cuando era posible, antes que caer en manos del enemigo. Esta consigna fue a menudo respetada, particularmente por el general d'Eygues y Beaumont, en Santa Cruz de Tenerife, en 1567.

El almirante inglés Blake y su escuadra, muy superior en número, iba a adueñarse de la *Plata Flota* cuando el general español dio orden de incendiar siete galeones que se hundieron a unos 15 metros de profundidad.

Blake, que poseía un equipo de buzos especializados, no osó sin embargo arriesgarse a recuperar el oro de los restos, hallándose próximo al puerto y bajo el fuego de las baterías de costa.

Al año siguiente, los españoles pudieron retirar tranquilamente 7.500.000 piastras de oro, de los 10.000.000 de que constaba el cargamento.

En su "Tratado de Arquitectura Militar del Siglo XVI", el capitán Francesco de Marchi, de Bolonia, cuenta la tentativa del maestro Gulielmo que buscó el tesoro del lago Nemi con una escafandra. Gulielmo no extrajo sino escasos objetos de valor.

En 1640, Jean Barrié, llamado Pradine, obtuvo del rey de Francia "el privilegio, durante doce años, de retirar y pescar en el fondo de los mares, con su nave o patache que surque el agua, todas y cada una de las mercaderías y otras cosas que allí se hallen".

Pradine no se enriqueció considerablemente, pero pudo, sin embargo, encontrar algunos tesoros.

El médico lionés Panthot, en el siglo XVII, vio funcionar con éxito una campana submarina en el puerto de Capdaques, en Cataluña.

*Vi —escribe— sacar en el puerto de Capdaques, en 1694, dos buques cargados de piastras que zozobraran cerca de un*

*escollo, en un lugar de difícil acceso. Los españoles, que eran amos de Capdaques, comenzaron años antes la pesca de las piastras con la campana; y siendo Capdaques tomada por los franceses, continuamos muy agradable y muy útilmente el empleo de esa máquina con la que se sacaron muchos millones de monedas, que se habían tornado negras como hierro...*

Esta campana de buzo era de madera circuida de hierro y lastrada por gruesas balas.

Este relato muy instructivo permite suponer, si no afirmar, que la mayor parte del oro de Vigo, sumergido a pequeñas profundidades, fue recuperada de la misma manera y acaso con la misma campana.

Es inconcebible, en efecto, que los buzos españoles, desde el siglo XV, hayan salvado tantos cargamentos preciosos, en Cataluña, Madera, Tarifa, etc., y no hayan utilizado su talento y material de recuperadores en los prodigiosos restos náufragos de Vigo, en que yacían miles de millones en oro y plata.

Hipótesis afianzada por el hecho de que todos los galeones retirados del limo de Vigo, tras el desastre de 1702, viéronse vacíos, para gran desesperación de los buscadores.

Que una fortuna considerable quede aún bajo el limo, es probable; pero puede adelantarse que todos los galeones sumergidos en honduras no superiores a veinticinco o treinta metros fueron visitados y saqueados desde comienzos del siglo XVIII.

En nuestros días, los más grandes buscadores de tesoros, fuera de los miembros del Club Internacional de París, son el mayor Malcolm Campbell, los norteamericanos John S. Potter y Harry Rieseberg, habiendo hecho éste último varias inmersiones fructuosas.

En la carrera hacia las riquezas sumergidas o enterradas, las mujeres no han estado ausentes, y desde la hermosa Cyana hasta la moderna baronesa de Wagner, heroína de las Galápagos, varias han inscrito su nombre en el cuadro

de la aventura, en primer lugar la baronesa Martine de Beausoleil, rabdomántica delirante que descubrió en Francia minas de metales preciosos y piedras finas dignas de maravillarse a los rajae de Golconda y a los descubridores de El Dorado.

En 1692, otro aficionado a la varilla adivinatoria adquirió celebridad descubriendo fuentes y tesoros en el Delfinado; se llamaba Jacques Aymar Vernay. Tras haber sido buen auxiliar de la policía en Lyon, Vernay fue enviado a París por el príncipe de Borbón-Condé, en cuya casa se había cometido un robo importante.

Pero el príncipe, que entretanto había vislumbrado la superchería lionesa (porque lo era), tuvo la razonable idea de poner a prueba al radiestesista en algunos tesoros controlados. Hizo enterrar en cinco lugares de su jardín, oro, plata, cobre, piedras y madera. ¡Ay!, la varilla adivinatoria de Aymar Vernay cometió error tras error y el mago fue devuelto a su provincia, donde siguió haciendo milagros, como asegura la crónica local.

¿Quiere esto decir que la radiestesia sea una superchería?

Como ciencia, ciertamente no se le puede otorgar mucho crédito; pero en el plano del arte y la videncia es posible que en raros casos pueda resultar eficiente.

Paralelamente, se asegura que drogas farmacodinámicas del tipo yagé pueden exacerbar las facultades de adivinación de ciertos seres particularmente dotados.

En Africa y en América del Sur, brujos dopados por plantas mágicas tienen el don de la doble vista y descubren tesoros de esa manera maravillosa no comprobada en modo alguno.

Una flor del Líbano, la *baahra*, o flor del oro, "da la suerte del oro a quien la posee".

¿Leyenda?

¡Sin duda! Sin embargo, personalidades muy conocidas de Beirut, los tres hermanos Kettaneh, desde que poseen la flor del oro han amasado decenas de miles de millones que sitúan su fortuna en el decimotercer rango mundial.

Hace un lustro, no poseían un céntimo y desempeñaban el oficio de mulateros.

Un día, su padre salvó la vida de un jeque de la extraña secta de los ansarieh, quien en recompensa le condujo al flanco de los montes al oeste del Orontes, único lugar del mundo en que brota la *baahra*.

Kettaneh encontró a ras de suelo una pequeña flór que, bajo la luz lunar, despedía brillos dorados.

—Es tuya —le dijo el jeque—; pero hay que desenterrarla en seguida, pues con la llegada del día desaparece. Guárdala con cuidado, que puede hacer de ti el hombre más rico del mundo.

El mulatero olvidó la aventura y legó la *baahra* a sus hijos, sin probar su poder.

Su hijo mayor, Charles, tuvo la curiosidad “por si acaso”, dijo, de intentar el comercio del oro, y en seguida una suerte insolente, inaudita, hizo de él uno de los magnates del globo. Y el talismán se mostró igualmente favorecedor con sus dos hermanos.

La oficina de Charles, en Beirut —el hecho es conocidísimo— está por entero tapizada en monedas de oro, desde el piso hasta el techo. El menor rayo de sol provoca un estallido de resplandores.

El 21 de julio de 1962, la señora Kettaneh, una de las más hermosas mujeres de Occidente, recibió como mecenas suntuosa a la Comedia Francesa en el Festival de Ba'albek.

La flor del oro (y no es por azar) resucitó las antiguas festividades en el Templo de Baal, el dios del oro.

Pero la *baahra* no es el único talismán que lleva hacia el precioso metal y los tesoros escondidos, apartando la mala suerte. Ningún radiestesista se sentiría seguro si no llevara, pendientes de la cadena de su reloj o metidos en su cartera, ciertos antisortilegios que van desde el diente de tigre hasta falsos trozos de la Verdadera Cruz, pasando por la mano de Fatma, la oración escrita, el grano de trigo de Osiris o la medalla consagrada.

Pero esta precaución no concierne sino a la protección de



*Castillo de Arginy* (Ródano). En esta antigua mansión acaso esté oculto el fabuloso tesoro de los templarios. ¡Los hechiceros han tratado de descubrirlo mediante encantamientos y ritos mágicos! (Arch. Club Buscadores de Tesoros.)

lo empírico. Para forzar la victoria, para encontrar un tesoro, nada vale lo que la posesión de un pedacito de mandrágora, o la mandrágora entera. Con semejante talismán, aseguran las ciencias ocultas que descubrir una caja de alhajas o un cofre repleto de ducados es un juego de niños.

Pero las mandrágoras son raras. En Francia, sólo la poseen, por lo que sabemos, Mme Puaux-Bruneau, la familia de Pierre Louys, el laboratorio de botánica de la Facultad de Farmacia de París... y yo.

Hablamos, naturalmente, de mandrágoras mágicas. Cier-to es que se conocen las mandrágoras medicinales, cuyas propiedades terapéuticas están claramente establecidas; pero esta humilde solanácea nunca, que se sepa, ha engendrado milagros, ni jamás ha tomado figura humana.

Porque la mandrágora mágica tiene figura humana. Y no sólo la figura, así como así, sino el cuerpo, las piernas, los brazos y también el sexo. Estas mandrágoras antropomorfas brotan en Africa del Norte, en Sicilia, en Cerdeña; pero el iniciado no puede cogerlas sino bajo los patibulos, engendradas por la sangre de los ajusticiados, o por el es-perma originado en su último estremecimiento.

Más tarde, el alma del muerto podrá, en esos siniestros lugares, pasar al cuerpo de la raíz y animarla con verdadera vida. Es entonces cuando se puede proceder a la cosecha de la mandrágora, según un determinado rito.

Primero, hay que soltar la raíz al máximo sin tocarla ni rozarla (bajo pena de muerte), de modo que con el menor esfuerzo se la pueda arrancar.

En seguida se pasa una cuerda por el collar de un perro, siendo la extremidad libre un nudo corredizo con el que se cubre a la mandrágora. Se le da un latigazo al perro, que huye arrastrando la planta, que ha de ser recogida con un trozo de mortaja que haya envuelto a un difunto.

El perro será la víctima inocente; pero su muerte alejará la del mago.

La mandrágora recogida tiene la forma de un pequeño ser humano, y hay que tratarla como a tal alimentándola y

prodigándole las mayores muestras de consideración. Se la encerrará en un bocal expuesto en la noche a los rayos lunares, y manjares delicados se colocarán cerca.

El ser pequeñito crecerá poco a poco, hasta alcanzar el tamaño de un pie.

El dueño de la mandrágora, mientras respete el rito, tendrá segura la felicidad en amores y en fortuna. Si quiere buscar un tesoro, deberá acompañarse del pequeño ser vegetal y rodear el sitio aproximado del escondrijo con un gran círculo mágico, trazado en la tierra o dibujado con tiza. La búsqueda ha de hacerse en noche de luna llena o de cuarto creciente, sin viento. La mandrágora se desplazará y conducirá a su dueño al punto exacto en que está oculto el tesoro.

Estos eran los diferentes sistemas empleados por los empíricos para detectar los tesoros en los tiempos llamados del oscurantismo . . . , tiempos no pasados, ya que el hechizo, la radiestesia, la magia negra y la mandrágora tienen siempre fervorosos adeptos.

Sin embargo, los buscadores prefieren procedimientos más científicos. El advenimiento de la caza submarina debía dar nuevo impulso a la busca de los tesoros sumergidos, e indirectamente, de los tesoros terrestres, reemplazando los métodos empíricos por los más racionales de la detectación con aparatos magnéticos y electrónicos, y también con el empleo de las escafandras autónomas<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Nuestras consideraciones sobre la radiestesia conciernen a los practicantes del ocultismo inferior (magia negra) y no atañen al ocultismo superior (magia blanca) de los iniciados. Así también, no confundamos la radiestesia pseudocientífica con la videncia, arte auténtico. Conocemos videntes de calidad que han hallado tesoros, dando así prueba de sus dones excepcionales.

### *Los tesoros de los templarios*

**E**L PERU tiene fabulosos escondrijos en que duermen las riquezas incas; el océano tiene sus galeones hundidos; Francia, por su parte, guarda en las ruinas de sus antiguos castillos los "prodigiosos tesoros de los templarios".

Esos tesoros poseen el temible privilegio de pertenecer a la vez al patrimonio histórico, a la leyenda y al ocultismo.

Corresponde, al hablar de ellos, tomar aire misterioso y pronunciar las palabras cabalísticas: Bafomet... Cruz de las ocho Beatitudes... Defensas ocultas...

Están grabados de jeroglíficos, calcinados por el fuego satánico y empapados en la sangre de los valientes.

Cuando un empírico habla de los tesoros de los templarios, nunca deja de exclamar: "¡Tesoros malditos... , tesoros protegidos por fuerzas ocultas! Es imposible apropiárselos, salvo que el buscador sea un iniciado o, por lo menos, un heredero espiritual de las doctrinas esotéricas del Temple".

Esta parla grandilocuente está, por cierto, hueca de sentido; pero, sin embargo, esos tesoros, si tienen defensas ocultas sólo para los simples, poseen un misterio, un secreto y un ocultismo a base de ritos y de símbolos.

Sí, eso debe de ser cierto.

Porque los templarios, admirables combatientes, gustaban de bromear con el más allá y jugar con la cuadratura del círculo, los signos, los símbolos y los jeroglíficos.

Les gustaba el misterio, en una palabra, y por eso, en vez

de enterrar tranquilamente sus tesoros en un hoyo de algún sótano, o en el sólido espesor de una muralla, empleaban tretas maquiavélicas en cuanto a la ubicación del escondrijo, su preservación y los medios de encontrarlo.

Por cierto que aquí no se trata sino de un punto de vista personal, y en manera alguna de influir en los que, con razón o sin ella, creen en lo maravilloso, en lo sobrenatural, en el más allá, en los fantasmas y en los dragones lanzallamas, guardianes del escondite de los prodigiosos tesoros.

No. Esa no es nuestra intención, ni mucho menos.

Al contrario, nos parece insensato que se pueda vivir sin creer en lo maravilloso, en lo sobrenatural, en todas esas flores milagrosas de la vida, tan necesarias al alma como el racionalismo a la inteligencia, el sueño al durmiente, las rosas trepadoras y las hiedras a los muros de las casas viejas.

Esas casas viejas en que es dulce vivir y cuyos muros ventrudos saben guardar tesoros.

Así, pues, la protección oculta de los tesoros existe en el plano afectivo. ¡Es tan hermoso!

Pero si algún día usted desentierra algún antiquísimo tesoro templario fuertemente protegido, no deje de espantar al fantasma con un amistoso papirote, diciéndole, como el soñador al dragón volador que le importuna: "Si sigues así, voy a despertar y dejarás de existir".

Por lo demás, los fantasmas de los caballeros de la Cruz han muerto hace mucho tiempo, porque la verdad es que un fantasma muere de vejez.

Efectivamente, los fantasmas anteriores a los primeros siglos de nuestra era han dejado de molestar a los vivos.

Pero, hablando en serio, los tesoros de los templarios existen y nada se opone a su descubrimiento.

Nada, salvo, claro está, los obstáculos materiales.

Nos ha parecido interesante tratar la cuestión con el método de una eminente especialista, Mme de Grazia, arqueóloga y criptógrafa, apasionada por el estudio del simbolismo templario. Sus búsquedas la condujeron a una antigua jefatura del Gran Priorato de Francia, milagrosamente intacta.

ta, aunque convertida en granja, donde encontró signos claves y el doble secreto de la arquitectura y de los escondrijos de la Orden.

A quienes atrae el misterio, se les dice que mediten las siguientes líneas, escritas en bajo latín en el frontispicio templario, y que Mme de Grazia ha traducido:

*Harás esta mansión misteriosa  
le darás tres céntuplos  
de medida-madre, largo-longitud.  
Cinco décuplos latitud-ancho  
tres en solidez-espesor.  
Y según la misma medida harás la extensión  
Orbicular  
accesible en su parte superior  
a la Luz.  
Su dilatación en la parte opuesta  
harás en sus partes bajas, dobles  
y triples.*

Ségún Mme de Grazia, hay que traducir ese lenguaje sibilino para poder interpretar los signos claves, grabados en los muros de los establecimientos en que los templarios ocultaron sus tesoros.

Los tesoros templarios nacieron el 5 de octubre de 1307, cuando el rey Felipe el Hermoso, en una persecución monstruosa, hizo apresar a todos los caballeros del Temple residentes en Francia.

El rey, arruinado, tenía numerosas razones para querer abatir su poderío: se hacía amenazador para el poder real, su misterio y su ocultismo extremadamente secreto espantaban a los católicos y, por fin, los tesoros de los templarios eran un cebo invencible.

Poseían más de nueve mil castillos en la cristiandad, y su tesoro personal desbordaba gracias a numerosos privilegios, donaciones incesantes y un botín amasado en el curso de los siglos, a costa de los musulmanes... y, como se decía, también de los cristianos.

Pues hay que admitir que la Orden, en el siglo XIV, había perdido su fe de antaño, zozobraba en el materialismo, la corrupción y acaso en el sacrilegio.

Además, parecía preparar el advenimiento de una vasta operación política, y es posible que el arresto de los templarios haya sido determinante para el futuro del mundo.

Sea como fuere, lo cierto es que Felipe el Hermoso supo aumentar sus bienes con el despojo de sus víctimas; pero considerables riquezas fueron escondidas y libradas de su avidez.

Se ha dicho que el Papa Clemente V informó clandestinamente a los jefes de la Orden, varios días antes, de la maquinación del rey de Francia.

El tesoro del Temple pudo, pues, ser puesto en lugar seguro, y de todos modos parece probable que estuviera ya metido en escondrijos inaccesibles a los no iniciados.

Grandes aficionados a la arquitectura, la criptografía, los símbolos y los signos secretos, los templarios utilizaron un rito y signos claves para el ocultamiento y el eventual descubrimiento de sus tesoros. Al menos, así puede suponerse; pero, ¡ay!, para nuestro conocimiento nada tiene valor de certidumbre en la designación de esos ritos y signos grabados.

Cuando Jacques de Molay comprendió que el rey quería el aniquilamiento total de la Orden, tomó sus precauciones para que fuesen conservadas las "tradiciones y sublimes conocimientos fundamentales".

Hizo llamar a la prisión a su sobrino, el joven conde Guichard de Beaujeu, que se sentía atraído a la Orden y al que hizo pasar por la iniciación.

Guichard fue al Temple a buscar bajo una de las tumbas de la cripta de los Grandes Maestres un cofre de cristal de forma triangular, con montadura de plata, lo que constituía una prueba.

Luego juró hacer sobrevivir la Orden y fue iniciado en su conocimiento.

Molay le confió que el triángulo de cristal contenía una

reliquia venerada: el índice de la mano derecha de San Juan Bautista, y le reveló también un secreto más extraordinario aún.

—La tumba de mi antecesor, el Gran Maestre de Beaujeu, está vacía y contiene los archivos del Temple.

”Con esos archivos se hallan muchas reliquias y tesoros que pude librar de los infieles y traer de Tierra Santa: la corona de los reyes de Jerusalén, el candelabro de siete brazos de Salomón, y los cuatro evangelistas de oro que adornaban el Santo Sepulcro.

”Pero el tesoro material de los templarios está en otra parte: en las dos columnas que adornan el coro del Temple, a la entrada de la tumba de los Grandes Maestres.

”Los capiteles que adornan esas columnas giran sobre sí mismos y en el interior del fuste —que es hueco— están encerrados los “grandes tesoros acumulados de los ahorros de la Orden”.

Dicho esto, Molay hizo jurar a Beaujeau que todo eso lo salvaría, y “lo conservaría hasta el fin del mundo”; luego le besó por última vez y se preparó a morir.

El nuevo Gran Maestre, cuando Molay fue quemado vivo, recreó una sociedad de “perfectos arquitectos” y transportó a lugar seguro el tesoro del Temple.

Le pidió a Felipe el Hermoso autorización para enterrar en otro lugar el cuerpo de su tío Guillaume, lo cual le fue concedido.

Ayudado por los hermanos de la Orden, vació las columnas del Temple de su contenido de oro, plata y piedras preciosas, relleno el sarcófago, sin duda también algunos cofres, y todo lo transportó a un sitio sólo conocido por los grandes dignatarios.

Esto es lo que dicen las tradiciones y algunos historiadores, entre ellos John Charpentier. Un hecho queda en claro: el tesoro fue sacado del Temple y llevado a lugar desconocido. ¿Dónde? Es gran secreto. Se ha hablado de Chipre, donde oficiaba el archimandrita o patriarca con el gran capítulo de la Orden. En tal caso, el tesoro estaría en Limassol.

Pero otra hipótesis, más verosímil, sitúa el tesoro en Francia, y muy exactamente en el dominio de Beaujeu (Ródano).

Ningún sitio, en efecto, más propicio y deseable. De todas maneras, ha sido necesario, por las apariencias, que el ataúd de Guillaume de Beaujeu haya ido a parar a la cripta familiar.

Actualmente, basándose en crónicas secretas no comunicables, y en tradiciones, se cree que el tesoro de los templarios, encerrado en el sarcófago, o mejor, en varios cofres, está todavía en el departamento del Ródano.

No en Beaujeu, que fue asolado por los revolucionarios, sino en una dependencia del castillo: Arginy.

Imaginen una mansión de la Edad Media, con su castillo, sus torres, su casa, su baluarte, sus dependencias, su granja y el pórtico que da a fosos profundos: es Arginy, en el Ródano.

El lugar exhala una atmósfera pesada de misterio y ocultismo. . . , ¡de tesoros, sí, de tesoros!

El propietario está orgulloso de su castillo, lo que es muy comprensible, pues la leyenda aureola ese sombrío conjunto de piedras y ladrillos gastados, ocres, rojos, grises, verdosos.

La torre de homenaje, construida con ladrillos de la región, tiene en lo alto ocho aberturas que originan su nombre: la torre de las ocho Beatitudes (o torre de la Alquimia).

En la etimología de Arginy, algunos ven *Argine*, anagrama de Regina la dama de Trébol y reina de los tesoros; otros se refieren a *Arguros*: plata.

Es en Arginy donde la tradición sitúa el escondrijo principal, es decir, el inestimable tesoro de los templarios; tesoro en oro, plata, piedras preciosas y, más aún, en riquezas ocultas, archivos y documentos rarísimos.

El castillo, construido en el territorio de la comuna de Charentay, pertenece a un gentilhomme culto y posiblemente iniciado en una gran orden de caballería: el conde Jacques de Rosemont, cuyo padre ya se interesaba en el presunto depósito.

En 1950, el conde recibió la visita de un misterioso coronel

inglés, delegado, según se cree, de una sociedad secreta de ultra-Mancha, que propuso comprar el castillo al enorme precio de cien millones de francos.

—¡No! —dijo el señor de Rosemont.

En 1952, Mme de Grazia, tras haber estudiado en el lugar el misterio del castillo, declaró:

—Estoy persuadida de que el tesoro de los templarios está en Arginy, donde he encontrado los signos claves de un escondrijo mayor. Esos signos figuran, desde luego, en el escudo de la puerta de entrada y continúan hasta la torre de la Alquimia, donde están las últimas indicaciones. He identificado un signo egipcio que prueba la existencia de un tesoro temporal además de un tesoro espiritual.

Un industrial parisiense, el señor Champion, se interesó por su búsqueda y emprendió las excavaciones bajo las órdenes del mago Armand Barbault, maestro en ciencias ocultas, y de Jacques Breyer, escritor particularmente iniciado en el ocultismo templario, que tiene la curiosa costumbre de escribir "Arginy" con el signo del dólar: \$.

Ese signo \$, muy antiguo, parece tener una alta significación en el simbolismo y tal vez en la criptografía templaria.

Es evidentemente extraño relacionar ese signo del castillo con las palabras Arginy, Argine, del tesoro y de los caballeros del Temple.

¿Coincidencia o razón secreta deseada por los Grandes Maestros que precedieron a Jacques de Molay?

En todo caso, y no será por esto sólo, Arginy parece designado a un papel tesorero eminente en el drama de los templarios.

El misterio de Arginy fue desde luego atacado en 1952 por los técnicos del ocultismo.

Un testigo ha hecho este extraordinario relato de las experiencias:

*Para empezar, Armand Barbault colaboró con Jacques Breyer, que entonces estaba persuadido de que el tesoro de Arginy era la piedra filosofal.*



Los miembros del Club Internacional de Buscadores de Tesoros se reúnen todos los meses en un sótano, donde se discuten las expediciones, en el curso de una comida alumbrados con velas. De izquierda a derecha: Robert Charroux, Mme de Grazia (criptógrafa) y el capitán Tony Mangel. (Arch. CBT.)

- |   |                    |   |  |
|---|--------------------|---|--|
|  | à ras du sol       |  | allez tout droit                         |
|  | 4 trésors          |  | Tout droit, puis à gauche, puis à droite |
| 4   | danger (CHARROUX)  |  | escarboucles bijoux (CHARROUX)           |
|  | pièces dans un pot |  | documents                                |
| Nombre d'Or = 1.618.  |                    |   |  |
| Mesure rempliere =  |                    | coudée sacrée   |  |

Signos claves de los templarios. Grabados en las paredes, dan las indicaciones de los escondrijos. (Arch. CBT.)

Luego se pasó a las invocaciones nocturnas, en la torre de las ocho Beatitudes, habiéndose preparado un código a base de golpes para los once templarios que en una sesión anterior habían manifestado que eran los guardianes del tesoro. El director de este acto, Jacques Breyer, había colocado una paloma en una jaula; el pájaro debía agitar las alas cuando el más allá estuviera escuchando.

Once golpes fueron percibidos por todos los testigos; golpes dados de manera muy audible, como si alguien, colocado tras el muro de la torre, golpeara con un mazo. Evidentemente, toda superchería era imposible, ninguna escala era lo bastante larga para alcanzar el piso en que nos encontrábamos sin despertar la atención, por otra parte, de los granjeros vecinos.

Los golpes se producían en el silencio nocturno entre medianoche y las dos de la mañana. Habitualmente, esas noches están pobladas de múltiples ruidos: croar de ranas y sapos en los fosos, cantos de ruiseñores, maullidos, aullidos, chillidos de pájaros, etc. Pero, cosa curiosa, desde la primera manifestación de los espíritus, toda la fauna nocturna calló. Los ruidos volvían apenas las invocaciones terminaban.

Los once templarios, si aceptaban conversar, de manera a menudo incoherente, se negaban siempre a decir dónde estaba escondido el tesoro. Barbault tuvo, por su médium personal, conocimiento de la entrada de los subterráneos del castillo, y puso a trabajar a unos obreros. Fue imposible llevar a cabo debidamente el trabajo: Champion tuvo que partir inopinadamente a sus negocios, Barbault sufrió la muerte de uno de sus parientes, los obreros dejaban sus herramientas y se iban sin decir palabra.

Luego, un día, Jacques Breyer gritó:

—Ya está; he conseguido que los templarios hablen.

Entonces se procedió a un gran conjuro en la noche de San Juan. Barbault, con la intercesión de un médium, tomó contacto con el guardián del tesoro, y el hombre en trance se expresó así:

—Veo un cofre encima de un riel que viene hacia mí. Una

*mano articulada y enguantada de hierro se hunde mágicamente en el cofre y saca monedas de oro. Hay ahora un gran montón encima de una mesa. La mano saca siempre. Otras manos, con avidez, se tienden hacia el tesoro; manos ganchudas y que de súbito se tornan velludas, monstruosas, horribles. Entonces la mano articulada vuelve a tomar las monedas de oro y las pone en el cofre. El Maestre de los guardias del tesoro es un caballero tendido en un ataúd. Habla, pero permanece rígido en su tumba. Quisiera salir. Para esto se necesitaría una gran ceremonia con los siete conjuros rituales.*

*Jacques Breyer se opuso formalmente a semejante experiencia, pero propuso escribir el argumento de un film acerca de esta historia. El médium de Barbault declaró:*

*—No encontrará nada. Las entidades que guardan el tesoro mienten, reservando el descubrimiento a un descendiente de los templarios, digno de continuar su misión.*

*Entretanto, golpe teatral: Jacques Breyer asegura que las entidades le han revelado que él es la reencarnación de Jacques de Molay. De aquí, pues, nuevas invocaciones en la torre de la Alquimia, según el rito. El que dirige el acto evoca a Guillaume de Beaujeu, a quien llama: "Mi querido primo", y le ruega que le revele el secreto de los tesoros. Pero el Gran Maestre y las entidades se hacen los sordos con toda testarudez. El director insiste y propone un trato: se traerá a un círculo mágico a una hermosa muchacha que será "preñada". Guillaume de Beaujeu reencarnará en el niño que nazca. . . (Fin de la narración del testigo.)*

A pesar de estas proposiciones atractivas —felizmente quedadas en el terreno de la divagación—, Guillaume de Beaujeu permaneció de mármol, tieso en su tumba, y no cedió más que las entidades.

Con todo, permitido nos está comprobar que esos espiritualistas tenían un feroz deseo de bienes materiales y que el ocultismo puede llevar lejos, hasta la cárcel, como a menudo sucede.

Tales aberraciones no condenan, sin embargo, toda incidencia oculta en la historia del tesoro. Interferencias existen forzosamente, ya que los templarios eran criptógrafos y oculistas porfiados; por otra parte, hay convergencias raras hacia ese misterioso Arginy que aparece, aún a la luz real, como el receptáculo ideal de las riquezas del Temple.

Queda por descubrir el enigma de los signos claves visibles y del mensaje escondido. El señor de Rosemont expresa así su punto de vista:

—Arginy pertenecía a Guillaume de Beaujeu en el circuito esotérico templario. El castillo quedaba, pues, fuera del alcance de Felipe el Hermoso y es posible que el tesoro del Temple esté allí. Pero no se puede, sin método ni razones válidas, atentar contra los venerables muros de mi propiedad. Los empíricos no hicieron más que demoler sin encontrar nada. Sólo medios científicos de detección podrían dar indicaciones precisas. Se ha hablado recientemente de detección con los gravitones...

Los gravitones no son todavía sino entidades matemáticas; son, en principio, las partículas pesantes que acompañan las ondas de atracción y de repulsión en el sistema de la gravitación universal; nada autoriza creer, ay, que puedan integrarse en un procedimiento de detección.

Mme. de Grazia es más optimista, al decir:

—De las ocho pequeñas ventanas trilobuladas de la torre de la Alquimia, una sola está obstruida por piedras firmes. Habría que abrirla y observar la dirección o la marcha de los haces luminosos que por allí penetran el 24 de junio. El sol del solsticio debe desempeñar un papel eminente, llegar tal vez a una piedra que debe dar una indicación decisiva. Pero creo que sólo un hombre —y un hombre iniciado— puede pretender encontrar la clave del misterio.

Es la opinión de Jacques Breyer, que tras una semirreclusión de varios años en la torre de la Alquimia, habría entregado el secreto de Arginy en un libro titulado "Arcanos Solares". He aquí las líneas en que, aparentemente, haría la divulgación:

*La mina de las Joyas está bien custodiada. Cada puerta está defendida por un dragón.*

*Para el hallazgo se necesitan Humildad, Desinterés, Pureza.*

*He ahí las tres llaves infalibles CUANDO LAS ENTIENDES BIEN.*

*El F. F. (el rey) que ha de captar el artista está, pues: "En el Aire"; la verdadera mina está arriba.*

*¡Pobre esforzado! ¿Por qué te extravías?... ¡Vamos!..., reflexiona mejor, el arte grande es luz.*

De donde se puede deducir en lenguaje claro: "El tesoro de los templarios está en Arginy. Sólo un templario podrá encontrarlo. El secreto del tesoro F. F. (del rey o de la reina Argine, reina de los tesoros) está en la torre de las ocho Beatitudes, a la altura de las ventanas y no en otra parte. El sol, al penetrar por una abertura, da la llave postrera (o bien el tesoro verdadero es Dios)".

Otros tesoros de los templarios se suponen en otros lugares: en Bazas; en Agen, en la casa del senescal; en el dominio San Martín de Vence, que frecuenta un auténtico buscador de tesoros, el canciller Adenauer.

Según el historiador Jean Marcellot, escondrijos templarios podrían encontrarse en el villorrio de Racault, en Indret-et-Loire; en las Gradas de Turena, donde antes se situaban los "sótanos de Vasos de oro y los sótanos de Vasos de plata".

En cada una de esas cavernas, en que se refugian ahora zorros y tejones, se hallaban escondidos un vaso redondo repleto de monedas de oro y un vaso trapecial lleno de monedas de plata. Los templarios sabían ir en su busca, en caso de necesidad; tomaban estrictamente la suma necesaria y ocultaban luego los vasos según las órdenes recibidas.

Otro castillo, el de Valcroz, por Trigance, en el Var, tiene tanto como Arginy títulos ocultos y pintorescos para ser receptáculo del tesoro del Temple. Si Arginy posee el marco y la arquitectura mágicos, los signos misteriosos grabados

en los muros y que hacen pensar en un tesoro oculto de la Orden, Valcroz tiene por su parte la tradición histórica, transmitida por vías tortuosas y en el lenguaje sibilino tan caro a los caballeros.

Tradicción llegada, por lo demás, como por milagro, a través de los siglos y el espacio, resurgida de un libro inencontrable donde debió dormir para siempre, y precisamente destinada a un hombre que, expatriándose a miles de kilómetros, cae de súbito en un lugar predestinado, atraído, guiado en su emigración por una llamada oscura, pero incontestablemente voluntaria.

¿Deseada por quién? La historia auténtica, que contaremos respetando el anonimato de los personajes, si plantea turbadores problemas, no los resuelve, sin embargo.

Expulsado de Polonia por los acontecimientos políticos de 1939, M. M. estaba en 1947 en un campo militar inglés, donde encontró a un compatriota a punto de partir a la Argentina. Su camarada de campo le prestó un libro bastante antiguo, del escritor polaco A. J. Jurkowski, titulado "Historya Zakonu Rycerskiego Templaryuszow" (1845, Vilno, Blumowitz).

—Ese libro —nos dice M. M.— me interesó prodigiosamente; pero, ¡ay!, no pude más que hojearlo, pues su propietario partió súbitamente y se negó a vendérmelo.

Esta historia de la Orden del Temple trajo a la memoria de M. M. un incidente de juventud que, precisamente, se halla en el origen del tesoro de Valcroz.

Como M. M. se expresa en francés con cierta dificultad, fue su esposa la que nos escribió poniéndonos al tanto de la increíble sucesión de acontecimientos que se realizaron.

*Mi marido nació en Siberia, descendiente de un militar de Napoleón, que quedó herido en Polonia, donde se casaba [respetamos la redacción del documento].*

*Su hijo, que participó en una revuelta contra el zar, fue deportado a Siberia, donde a su vez creó una familia y una situación próspera.*

*Mi marido, nieto de ese deportado, recuerda que niño de alrededor de catorce años, al remover la biblioteca de su abuelo, encontró un viejo libro de oraciones en lengua francesa.*

*Dentro, una hoja con el texto siguiente (que traduzco del polaco):*

BAJO EL ANTIGUO CASTILLO VAL-DE-CROIX SE ENCUENTRA EL TESORO DE LA ORDEN DE LOS TEMPLARIOS. ANDA Y BUSCA. EL SANTO Y LA VERDAD TE MOSTRARÁN EL CAMINO.

*La memoria de mi marido ha conservado fielmente estas palabras, pero ni el libro de oraciones ni la hoja se conservaron en los años de trastornos que se siguieron: el retorno de la familia a Polonia durante la revolución rusa, y en 1939 la salida clandestina de mi marido para continuar la lucha en las filas del ejército francés.*

*Al ser desmovilizado en 1948, no tuvo sino un deseo: encontrar, en un rincón tranquilo de Francia, una granja abandonada para volver a dejarla habitable y no moverse de allí el resto de la vida.*

*El azar le condujo a Valcroz, dominio abandonado desde muchísimo tiempo en las montañas casi despobladas del Alto Var, con un viejo castillo y no pocas ruinas.*

*Atraídos por el ambiente, nos convertimos en propietarios y nos pusimos a la obra —terriblemente dura— de hacer aquello habitable.*

*Poco a poco, ciertas curiosas coincidencias hicieron que mi marido recordara las palabras de la hoja leída en Siberia y comenzamos a sospechar que en nuestro Valcroz nos encontrábamos en el lugar exacto: castillo Val-de-Croix, de que hablaba el texto.*

1. Valcroz es, en efecto, un antiguo castillo de los templarios, con las ruinas de una fortaleza destruida por las tropas de Felipe el Hermoso.

2. En la capillita del castillo se halla un cuadro fechado en 1715, que representa a San Celestino en adoración ante una aparición de luz, al centro de la cual está escrita la palabra VERITAS.

*Reunidos, pues, el Santo y la Verdad en el antiguo casti-  
llo de los templarios, Val-de-Croix.*

*Una vez advertido esto, mi marido ha querido saber más  
y ha mostrado los planos de la propiedad a radiestesistas.  
(Fin de la carta de la señora de M.)*

Se hicieron excavaciones hasta ocho metros de profundi-  
dad y, por cierto, nada se encontró.

A nuestro parecer, la búsqueda del tesoro templario de  
Valcroz —si existe— debe inclinarse más a la especulación  
intelectual que a la detección mecánica.

Admitiendo que el tesoro no sea un mito, y esté escondido  
en Valcroz, puede pensarse que los templarios quisieron le-  
gar el secreto, y el camino que debía emprenderse, a la pá-  
gina encontrada en la Biblia.

¿Pero es auténtico ese mensaje, es decir, viene de algún  
caballero que tras haber sido apresado y conducido a los  
tribunales de Felipe el Hermoso ha querido asegurar el des-  
cubrimiento de los tesoros ocultos?

Si no se acepta la autenticidad del mensaje, no hay pro-  
blema, y esa perspectiva negativa y sin rasgo pintoresco al-  
guno nos mueve a sentimiento contrario.

En tal caso, el manuscrito es categórico y designa el lu-  
gar: castillo de Val-de-Croix.

Pero no hay castillo ni lugar llamado Val-de-Croix en  
Francia. ¿Entonces? No hay más que atenerse a Valcroz,  
como único lugar posible de identificación.

¿Por qué no? Localidad alguna, como Valcroz, puede pos-  
tular a la semejanza, y, además, Valcroz tiene el privilegio  
de esa inverosímil y mágica reunión de coincidencias.

Una indicación complementaria abre la vía: ANDA Y BUS-  
CA. EL SANTO Y LA VERDAD TE MOSTRARÁN EL CAMINO.

M. M. fue a Valcroz sin idea preconcebida y parece que el  
destino haya querido guiarle y atribuirle una misión.

M. M. no buscó, pero encontró “el Santo y la Verdad” que  
muestran el camino. ¿No es una segunda señal del destino  
el cuadro con figura parlante?

Ya que estamos en plena atmósfera oculta, ¿por qué resistirnos a la llamada de las sombras?

M. M. parece predestinado a encontrar el tesoro, y hasta el índice desconcertante de una tela fechada en 1715 debería, en este juego cuyas reglas aceptamos, conducirle infaltablemente hacia el camino de la verdad, aunque sea por el sendero de los laberintos.

Por lo demás, el castillo de Valcroz debe esconder signos claves que hay que saber encontrar y también traducir.

El escondrijo está verosimilmente al oriente del Santo en LA MANSIÓN MISTERIOSA DE LOS TRES CÉNTUPLOS DE MEDIDAMADRE, LARGO-LONGITUD, DE LOS CINCO DÉCUPLOS LATITUD-ANCHÓ... , allí donde LA EXTENSIÓN ORBICULAR ES ACCESIBLE EN SU PARTE SUPERIOR A LA LUZ.

Auténtico o no, el tesoro de Valcroz, aunque nunca sea descubierto, es apasionante por su misterio y plantea un enigma tal como el concebido en otros tiempos por esos magistrales criptógrafos que fueron los templarios.

El castillo de Valcroz, vieja construcción de mala piedra, y arruinada en más de sus tres cuartas partes, está perdido en medio de bosques a que no lleva ningún camino transitable en vehículo.

El señor y la señora M. M. viven ahí muy miserablemente, aferrados a una esperanza que no puede tenerse por razonable; pero, como un hechizo, las coincidencias y la magia de la aventura les dominan.

Un tesoro está entre las ruinas que se desmoronan; lo creen, están seguros, y morirán con su sueño de alhajas, de cofres de oro y pedrerías que mañana, sin duda, ineluctablemente, recompensará su larga espera, su lenta agonía.

Sí, en ese sentido, un extraño sortilegio, una terrible maldición permanece sobre el tesoro de los templarios...

*El oro del Nuevo Mundo y los galeones*

**A**NTES del descubrimiento del Nuevo Mundo, el oro era extremadamente raro en Europa, en Asia y en Africa.

Sin embargo, el profeta Zacarías pretende (según la Biblia) que en Tiro (Fenicia) "la plata se amontona como el polvo, y el oro como el barro de las calles".

Aserto en seguida desmentido por los hechos y otros relatos, pues para construir el templo de Jerusalén el rey Salomón hubo de trocar veinticinco ciudades por dos mil kilos de oro a Hiram, rey de Tiro.

Las finanzas fenicias no salieron indemnes, sin duda, del trueque, ya que Hiram no dejará en lo venidero de enviar, asociado con Salomón, varias expediciones a las minas de Ofir, para renovar sus tesoros.

Esas expediciones partían del golfo de Akaba, en el mar Rojo; pero sólo hay conjeturas acerca de su misterioso destino.

Según algunos historiadores, la fabulosa Ofir se situaba en las Indias o en Malaca; según otros, en Africa del Sur; y algunos se atreven a sostener que en América del Sur, identificando el Parvaim de la Biblia (Paralipómenos, libro III, capítulo III) con el Perú.

Su especulación es la siguiente: Parvaim es alteración de Paruim (*y = u* y *iod = i*, a menudo *ai* en hebreo; *im =* terminación plural). Y en la cuenca del Amazonas, o Perú, corren dos ríos auríferos, el Paru y el Apu Paru.

Allí estaría la fabulosa Ofir, cuyo puerto de desembarque habría sido el cabo Biru, frente a Santo Domingo.

Tal hipótesis no es mantenible, pues antes de la era cristiana la navegación no se hacía sino a lo largo de las costas, por cabotaje, y como está probado que los barcos de Hiram y Salomón se mantenían en el mar cuarenta y dos días solamente para arribar a destino, no se les puede dar la menor posibilidad, en tal lapso, de cruzar los océanos.

Con razón o sin ella, Ofir se acredita en la Cafrería, y más precisamente en las ruinas ciclópeas de Zimbabwé, a 400 kilómetros al oeste de Sofala, en la actual Rhodesia.

Se cree saber que una de esas expediciones trajo 420 talentos de oro fino, o sea 14.000.000 de dólares en 1941.

Estadísticas más serias permiten imaginar lo que pudo ser el stock de metal precioso acuñado en Europa en el siglo XV: 1.000.000.000 de francos oro de 1914 (oro y plata), o sea:

3.200 toneladas de plata.

90 toneladas de oro.

O sea: 5 metros cúbicos de oro, aproximadamente.

El aporte americano de 1493 a 1600 debió agregar al stock existente: 754 toneladas de oro fino y 22.835 toneladas de plata; o sea, cerca de cien veces la producción de dos milenios.

¡Se concibe, entonces, el trastorno económico resultante del descubrimiento de las Américas vírgenes, donde el oro brotaba!

Lo que parece probar, por lo demás, cuán erróneo sería creer en una civilización precolombina tan avanzada como las civilizaciones europeas, ya que los autóctonos americanos no supieron, en varios milenios, agotar sus minas, ni tampoco extraer tanto oro como los españoles en doscientos años.

No obstante, para esos autóctonos, el oro representaba, tanto como para los europeos, el metal precioso, símbolo de la riqueza.

El acontecimiento americano fue saludado, pues, en Eu-

ropa del siglo XV como una de las mayores revoluciones de todos los tiempos, y suscitó una epopeya en que los audaces descubridores, como también los filibusteros, corsarios y otros piratas, fueron los héroes imperecederos.

El oro del Perú, del Brasil, de Colombia y de México enriqueció considerablemente a España, y, por incidencia, a Francia, Inglaterra y Holanda.

Ese oro no estaba destinado al tesoro real español, al menos en la mayoría de los casos.

Pertenecía a las empresas privadas que organizaban las expediciones hacia las Indias Occidentales, teniendo los armadores como obligación el dar a la corona el "quinto" del rey, y algunos otros porcentajes a los señores o eclesiásticos que mucho o poco participaran en la obra.

Los barcos españoles que iban a las Indias Occidentales tenían tres principales puertos de embarque: Sevilla, primeramente (antes del enarenamiento del Guadalquivir), Cádiz y Sanlúcar.

Cruzaban el Atlántico en unos treinta días e iban a realizar sus cargamentos de oro, plata, piedras preciosas, especias, maderas raras, telas, en todas las islas y continentes habidos desde los 30° paralelo norte hasta los 30° paralelo sur.

Luego, bordeando las costas de las Indias Occidentales, los galeones efectuaban su reunión en Veracruz de México o en La Habana, para cruzar en grupo el gran océano.

Los productos del imperio de los incas (Chile, Perú, Ecuador, Bolivia, Colombia), bañado por el "mar del Sur" (el océano Pacífico), eran embarcados en naves que efectuaban el cabotaje hasta el istmo de Darién (Panamá) y transbordados hasta las riberas del mar de las Antillas, a lomo de mula.

He aquí un típico ejemplo de la carga de un galeón: oro nativo, residuos, oro en bruto o en lingotes, o acuñado en el lugar, plata, cochinilla, índigo, palo de campeche, caoba, algodón, tabaco, pieles, bálsamo del Perú, cañafístula, cacao, azúcar, vainilla, perlas, esmeraldas, amatistas.

Los cargamentos, sobre todo el oro, no llegaban siempre a su destino. Las tempestades y los piratas cobraban un pesado tributo, y puede adelantarse que en los primeros años del siglo XVI, del 30 al 40% de los galeones zozobraron a causa de los caprichos del mar o fueron destruidos o hundidos por los piratas.

Por otra parte, los comandantes de a bordo —por cuenta propia o con aprobación de los armadores— se entregaban a un verdadero mercado negro, vendiendo en particular al rey de Francia una parte del oro, a precio más ventajoso que en el mercado oficial español.

De manera que el rey de España quedaba a menudo frustrado en cuanto a su porcentaje, pues se disimulaba el cargamento real.

¡Fue así cómo después del naufragio de la nave del almirante Rodrigo Farfán, ante Tarifa, en 1555, se recuperaron 350.000 piastras, siendo que la contabilidad de a bordo mencionaba sólo 150.000!

En el siglo XVI, el balance de ganancias y pérdidas de las expediciones al Nuevo Mundo se establece así, en lo que concierne a los metales preciosos:

	ORO	PLATA
Llegado a España . . . . .	700 toneladas	23.000 toneladas
Hundido por tempestades	200       "	7.000       "
Tomado por los piratas	100       "	3.000       "

A estas cifras muy aproximativas hay que agregar una cantidad no determinada, pero considerable, de piedras preciosas, alhajas y objetos de gran valor.

Así, pues, a partir del siglo XVI, los galeones cruzaban el Atlántico con las más fabulosas fortunas que los humanos hayan podido soñar.

Los ingleses los llamaban los *treasure ships*; los españoles, las *plata flota*, y los franceses, las *flottes de l'or*.

Esas fabulosas riquezas que flotaban debían, forzosamente, suscitar la avidez de los piratas y de las naciones vecinas.

Fernando V, Carlos V y Felipe II tuvieron la imprudencia de querer monopolizar el comercio con el Nuevo Mundo, matando a los colonos extranjeros —principalmente franceses— que se instalaban en los territorios vecinos, donde los españoles no habían tenido tiempo para clavar su bandera.

¡El oro de las Indias Occidentales! El más Shylock, el más Harpagon de los descubridores de todos los tiempos, Cristóbal Colón, fue llevado hasta el nuevo continente, en buenas cuentas, por la fiebre del oro.

Por este oro que habitaba su alma, su corazón y sus menores fibras, Colón se hizo falsario, perjuró y negrero.

El descubrimiento de un tesoro en casa de su protector, el señor de Santángel, decidió el financiamiento de la expedición; de oro habla a cada instante Colón en su libro de a bordo; es oro lo que busca en cuanto llega a las islas.

Cuando hace mucho calor en algún lugar, en seguida entrevé una perspectiva de minas de oro. Para él, Cipango “es realmente riquísima en oro, perlas y piedras preciosas; allí se revisten los templos y las mansiones reales con oro macizo” (carta de Toscanelli a Colón, pero verosímelmente falsa y escrita por el genovés).

Más tarde, Cristóbal Colón escribirá estas frases que denotan, por lo menos, un curioso estado de espíritu:

*El oro es una cosa excelente. Poseerlo es tener lo más deseable que hay en el mundo. El oro puede conducir hasta el Paraíso si se lo emplea en hacer que digan misas.*

Profesión de fe que repite con más cinismo aún Hernán Cortés al dirigirse al embajador del rey de México Moctezuma II: “Di a tu señor que nos envíe oro, mucho oro, pues mis compañeros y yo sufrimos de una enfermedad del corazón que no puede curarse sino con ayuda del oro”.

¡Ah, cuán grandes fueron los Marco Polo, los Jacques Cartier, los Cabral! Sea como fuere, se adivina por la rapacidad de un Colón o de un Cortés lo que debió ser la de los piratas de las rutas marinas.

La conquista española fue, por excelencia, la era de los tesoros robados, perdidos, ocultos, y, sobre todo, de los tesoros sumergidos.

Brotados de la fabulosa aventura, el oro, la plata, las perlas, las esmeraldas y los rubíes yacen sepultados en el esqueleto petrificado de los galeones hundidos en combate o naufragos de la tempestad.

¡Más de 500.000 kilos de oro asegura la tradición! ¡Más de 1.000.000 de kilos de plata en piastras, doblones, lingotes y monedas diversas!

En España, hay en el fondo de una bahía toneladas de oro que yacen mezcladas a la arena y a los restos naufragos; toneladas de plata en capas más espesas todavía, y, por allí y por allá, algunos cofres con esmeraldas, amatistas, perlas, ámbar negro y gris.

Los siglos, las tempestades y las corrientes han sumergido poco a poco esas riquezas colosales bajo metros de limo y arena, y ahora los fondos marinos no ofrecen saliente alguno que pueda revelar la existencia del tesoro.

Se conoce el sitio con un margen de apreciación de una milla. Precisión insuficiente, pues el tesoro de Vigo está bajo 30 ó 50 metros de agua.

Sin embargo, los hombres se han encarnizado desde hace tres siglos en la conquista del prodigioso yacimiento; algunos han traído a la superficie galeones vacíos de su contenido original; otros han rebuscado algunas cajas de piastras; otros excavan aún, armados con todos los instrumentos de la técnica moderna.

Pero el mar defiende sus tesoros, que algunos avalúan en 200.000.000.000 oro, lo que resueltamente es optimista.

Porque también se ha deslizado la leyenda en la historia de Vigo, aportando su oro y sus cargamentos de piedras preciosas, de modo que ya no se sabe a cuántos centenares de miles de millones se llega al cifrar el tesoro.

En 1702, por miedo de los robos de Inglaterra y de Holanda, los soberanos españoles no recurrieron a las Casas de

Monedas de la colonia de América, donde el oro y la plata se acumulaban desde hacía cuatro años.

Pero como el tesoro de Madrid disminuyera, Felipe V dio orden de convoyar hacia Sevilla el tributo debido a la metrópoli. Riesgo enorme, pues los millones que iban a partir por el océano no dejarían de provocar vehementes ansias, tanto más cuanto que España e Inglaterra se hallaban en guerra.

No obstante, el 2 de junio de 1702, diecinueve grandes galeones salieron de La Habana e hicieron vela con sus riquezas hacia la madre patria española. Felipe V era nieto de Luis XIV, y el poderoso rey de Francia —en guerra, por cierto, con el enemigo hereditario inglés— proveyó para escoltar la flota del oro una escuadra de veintitrés fragatas bajo las ordenes del marqués de Châteaurenault.

Ninguna elección podía ser más feliz, puesto que, digno sucesor de Tourville, Châteaurenault, con fuerzas iguales o inferiores, siempre había aplastado a los ingleses y derrotado a los almirantes holandeses Ruyter y Evertzen.

*La Plata Flota* estaba bajo el comando en jefe de don Manuel Velasco.

Los galeones iban a iniciar la última etapa del trayecto —la más peligrosa— cuando en la escala de las Azores se anunció que una poderosa flota anglo-holandesa cruzaba ante las costas de Andalucía.

En seguida hubo consejo de guerra en la nave española “La Capitana”.

—¿Cuántos barcos enemigos? —preguntó Châteaurenault.

—Ciento cincuenta —respondió la estafeta enviada por el rey.

—La lucha es imposible. Propongo que esta noche nos dirijamos hacia el norte para encontrar un refugio en un puerto francés bien defendido: La Rochela o Brest.

Pero don Manuel Velasco no prestó oídos.

*La Plata Flota* representaba lo mejor del tesoro disponible de España, y aunque los franceses fueran aliados... ¡más valía no tentar al diablo!

--Vamos a tratar de forzar el bloqueo --dijo.

--Es insensato --alzó Châteaurenault--. Parece no darse usted cuenta de lo que es todo el poderío anglo-holandés, diez escuadras que se lanzarán sobre nosotros. Con esas fuerzas se puede invadir un país, y ni aun un puerto como La Rochela, es absolutamente seguro. ¿No comprende que semejante concentración significa invasión o guerra?

Ciertos españoles opinaron, pero la mayoría se plegó al parecer de Velasco, y finalmente se decidió que la *Plata Flota* buscaría refugio en la bahía de Vigo.

La elección no parecía irrazonable.

La bahía de Vigo, de 25 kilómetros de profundidad, con una anchura de 3 ó 4, posee una rada cerrada por un angosto gollete de apenas 700 metros, y está defendida a su entrada en el norte y en el sur por baterías de costa.

Así, pues, los diecinueve galeones y las veintitrés naves de escolta tuercen a Vigo, donde entran sin dificultad el 22 de septiembre.

Châteaurenault ha cumplido bien su misión y el almirante Velasco cree su convoy seguro.

Para mayor seguridad, sin embargo, se duplica el número de piezas de artillería que defienden la rada; se refuerzan las guarniciones norte y sur y se construye una estacada (dique de cadenas y estacas) a la entrada del gollete.

Cinco navíos de la escolta parten a Francia, tan total les parece a los españoles la seguridad. Bien, ya no hay riesgo, se cree.

¡Y no es así! No, porque el pueblo español, el más genial tal vez, y pensamos en esos titanes que se llaman Cervantes, Goya, Velázquez, Garcilaso de la Vega, Granados; ese pueblo genial, como decimos, tiene una tara congénita: es rutinario, sombrío, complicado, "administrativo", con todo lo que el término encierra de catastrófico.

Bastaría desembarcar el tesoro de la *Plata Flota* para que todo quedara terminado... Sí, pero eso sería demasiado simple.

En realidad, la buena regla quiere que la totalidad del

comercio con destino o venido de América sea controlado por la Casa de Contratación de Sevilla, donde se dan las licencias reales y se realizan los inventarios. Así, pues, ¡imposible desembarcar el tesoro!

O bien, habría que transportarlo por tierra hasta Sevilla, y ya se adivina el problema del acarreo de miles y miles de toneladas de mineral, la escolta que se debe calcular, los riesgos de pérdidas y deterioros.

No obstante, por orden expresa de María Luisa de Saboya, que administra el reino en ausencia de su marido, que guerra en Italia, el quinto del rey y la parte del tesoro real en lingotes y monedas son desembarcados y conducidos a Madrid.

Parece razonable dejar la *Plata Flota* intacta con su tesoro en el fondo de la bahía de Vigo y esperar que los anglo-holandeses, cansados de montar guardia, se decidan a retirarse. Entonces los galeones podrán hacerse otra vez al mar y llegar al puerto de Sevilla, o, en su defecto, de Sanlúcar o Cádiz.

Después de todo, este punto de vista es aceptable, y nada parece mal en el asunto, salvo que, como se verá, el enemigo ha tomado sus disposiciones y la defensa terrestre de la bahía, que se creía suficiente, es en realidad irrisoria.

Los diecinueve grandes galeones están, pues, anclados en la bahía, en el puerto de Redondela, protegidos por la estacada, las baterías costeras y dieciocho fragatas de Châteaurenault dispuestas en abanico en el gollete.

La posición de los galeones es exactamente: bahía de San Simón, entre el gollete, la isla de los Monjes y la aldea de Redondela; allí se mecen, en la leve marea, los cofres flotantes de nombre sonoro cuando se les pronuncia: "Jesús-María-José", "Santa Cruz", "Nuestra Señora de los Dolores", "La Capitana", "San Diego", "Ayudante Bestra", "San Juan", "Santísima Trinidad", "San Juan Bautista", "Nuestra Señora del Rosario", "Nuestra Señora de las Mercedes", "Tojo", "Sagrada Familia", "Nuestra Señora de las Animas", "Santo Cristo del Buen Viaje", etc.

En las panzas de madera de cedro duermen las riquezas recogidas en el Perú y en México.

El sueño de la *Plata Flota* dura exactamente un mes, y de súbito, el 21 de octubre, los ciento cincuenta navíos de la flota anglo-holandesa, comandados por el almirante Rooke, caen brutalmente sobre Vigo. Rooke desembarca ocho mil hombres que barren las guarniciones de los fuertes costeros, lanza algunos buques como granadas sobre la estacada que cede, y libera el gollete.

Con esta salvedad, no obstante: que las dieciocho fragatas de Châteaurenault están agrupadas a la entrada del callejón sin salida.

Pero el enemigo es ocho veces superior en número y sus treinta mil hombres de tropa traen una fuerza duplicada por el cebo de la ganancia: el tesoro está ahí, ante ellos, al alcance de la mano.

Los treinta mil soldados se convierten en treinta mil piratas con deseos exacerbados que ya ven bailar la ronda de las piastras, los doblones, las piedras preciosas y las alhajas cinceladas. . .

Treinta mil bestias feroces se lanzan, pues, al asalto de las fragatas y los galeones, apoyadas por el fuego infernal de tres mil ciento quince cañones. Batalla naval de Apocalipsis, sin duda sin precedentes, pues cerca de doscientos barcos se enredan entre sí, sin posibilidad de maniobrar, amarrados por garfios, cordajes entremezclados y mástiles destruidos.

Bajo el diluvio de hombres y metralla, los franco-españoles resisten largas horas; luego, agotados, aniquilados casi, dejan al enemigo dueño del campo.

Entonces se toman resoluciones desesperadas: Velasco da orden de incendiar los galeones.

Más vale ver la *Plata Flota* hundida con sus riquezas que en manos de los agresores.

Y el día de pesadilla termina con una noche dantesca: en la bahía, una veintena de galeones y fragatas arden, ilu-

mirando los montes circundantes y la rada hasta las islas Cies.

Cascos de barcos calcinados, el oro fundido corre por las aguas, el mineral de plata forma un magma incandescente de un blancor insoportable; el aire caliente huele a todos los aromas y especias preciosas de las islas, y se vio, según dicen, a marineros españoles lanzar por la borda, al océano, cofres repletos de perlas, rubíes y diamantes.

Los franceses perdieron once navés y cerca de diez mil hombres.

Los anglo-holandeses vencedores se entregan a extinguir los incendios. Logran salvar algunos galeones, que se llevan a remolque, pero grande es su rabia al saber que la mayor parte de las riquezas yace en el mar, a 10 ó 20 metros de profundidad.

En la mañana del 24, buzos ingleses se arriesgan hasta los restos y retiran algún botín; pero cogidos bajo el fuego de guerrilla de las tropas terrestres deben abandonar pronto la recuperación.

Toda la flota de Rooke empieza a navegar, llevando a la rastra cinco galeones con cargamentos casi intactos.

Según la tradición, España perdió la mitad del tesoro de la *Plata Flota* saqueada: 200.000.000 de libras esterlinas, que yacen todavía en las arenas limosas de la bahía.

Un francés, Florent Ramaugé, buscó el tesoro de Vigo de 1945 a 1962 y su esfuerzo se limitó en especial alrededor de las islas Cies, donde se tiene la certeza histórica de que un galeón cargado de botín y llevado a remolque por los ingleses se hundió el 24 de octubre de 1702.

Ese galeón está metido en la arena, invisible, a una profundidad de 35 a 50 metros; pero Florent Ramaugé espera caer un día sobre esos restos, y entonces se sentirá pagado de todos sus afanes.

Pero ¿será ése todo el fabuloso tesoro de Vigo?

A riesgo de menguar una leyenda y de disparar mortalmente contra los fantasmas de la flota del oro, puede muy

bien conjeturarse que el galeón de las islas Cies debe representar a lo menos la mitad del tesoro todavía existente.

Y, sin duda alguna, la única porción prácticamente recuperable.

Su valor puede aproximarse a los 10.000.000.000, tal vez a los 20.000.000.000<sup>1</sup>, y eso vale la pena aún.

La crónica dice que, por órdenes de la reina María Luisa: "el general Velasco hizo evacuar hasta Lugo 1.500 carretas de oro, según algunos; 3.000, según otros".

Una parte del convoy habría sido saqueada por los bandidos y ocultada en la montaña alrededor de Pontevedra.

El almirante Chacón, hecho prisionero por los ingleses, estimaba que "cuatro a cinco mil carretas habrían sido hundidas". No deja de ser una hermosa cifra.

Lo que resta hasta nuestros días puede satisfacer la sed de oro más desmedida, aún la de un Pizarro moderno.

<sup>1</sup> Cuando no se especifique la moneda —a través de todo el libro—, el autor se refiere a francos. (N. del T.)

*El tesoro de los incas*

SIN duda, podría sostenerse que Marco Polo, don Quijote, don Juan y William Phips caracterizan el espíritu de curiosidad de los hombres de la tierra.

Curiosidad de conocimiento, de justicia, de amor y de misterio: la aventura, el derecho, la mujer y el oro.

Un compuesto sutil de tal complejo guió a Sir Walter Raleigh hacia el prodigioso El Dorado americano: había amado a una reina, aspiraba a justificarse, el misterioso reino del Rey Dorado le llamaba con sus montañas de oro y sus ríos de perlas.

Walter Raleigh era una especie de caballero andante; así, pues, un verdadero buscador de oro. ¿Y qué tesoro más bello que El Dorado podía soñarse en el siglo XVI?

Todo el mundo hablaba, algunos aseguraban haberlo visto y haber ido; pero ubicarlo con exactitud en las cartas de la época hubiera cohibido a los geógrafos más audaces.

Aproximadamente, se lo situaba en la cuenca comprendida entre el Amazonas y el Orinoco, en la Guayana venezolana actual, o sea, entre el Ecuador = 0° de latitud y 68° de longitud oeste.

La capital de ese reino imaginario era Manoa, y su soberano, indiferentemente, se llamaba Gran Paititi o Gran Moxo o Gran Paru o Enim o —mejor todavía— el Rey Dorado (El Dorado).

Un teniente de Pizarro llamado Orellana es el descubridor

de esa región paradisíaca donde abundan las más preciosas riquezas codiciables.

El español Martínez afirmó que él residió allí siete meses y en apoyo de su aserto trazó una carta geográfica donde dibujó las tres montañas que rodean el reino de El Dorado: una montaña de oro, una segunda de plata y la tercera de sal.

Walter Raleigh, por su parte, después de una expedición por América del Sur, no temió publicar un relato circunstanciado de sus aventuras, con el título "Descubrimiento del vasto, rico y hermoso imperio de la Guayana y de Manoa, la gran ciudad de oro", donde describió, complaciente, los palacios de pórfido y alabastro, las montañas de oro y de perlas, los hombres sin cabeza que habitaban en la parte posterior del país y también las tribus de amazonas de seno cortado.

Cierto es que contaba "de oídas".

Además de sus riquezas naturales, El Dorado pasaba por ocultar el tesoro de los incas. A El Dorado, decían los españoles, se retiró un hermano de Atahualpa, el Inca asesinado por Pizarro, con tesoros recogidos por el imperio del Perú.

¡Leyenda, seguramente! Pero si El Dorado fue un mito maravilloso que, además de su llamada mágica, revelaba entre los hombres el instinto ancestral, prehistórico, de la marcha hacia el oeste, del descubrimiento del final de la tierra, allí donde se hunde el sol cada día...; si El Dorado, pues, fue inventado, en cambio el tesoro de los incas, que pobló el sueño de tantas generaciones, no es un tesoro mítico.

Es el más colosal de los tesoros, de un valor acaso igual al de todos los tesoros del mundo, si se pudiera reunirlos.

Es difícil avanzar una cifra, ya que es necesario aventurarse en millones de millones; pero puede admitirse que el oro escondido por los incas en 1533, que representaba la fortuna de un milenio de civilización, era de un valor igual al oro extraído de las minas del Perú desde el siglo XVI a 1803.

En tal lapso y en tal hipótesis, remitiéndonos a lo expuesto por el historiador Bertrand de Jouvenel, ese oro importado a Europa representaba 1.232.445.500 piastras, alrededor, y salvo error, de un billón quinientos mil millones de francos actuales.

Una cifra de tal modo desmesurada que abisma más a la imaginación que a la inteligencia.

La génesis de los tesoros incas necesita la exposición preliminar de un compendio histórico del imperio inca hasta su conquista por Francisco Pizarro en 1532.

El imperio se extendía de Chile a Colombia, junto a la cordillera de los Andes. Manco Cápac fue su fundador hacia el siglo XI y catorce monarcas, o Incas, le sucedieron.

En 1524, Huayna Cápac, duodécimo Inca, compartió su reino entre sus dos hijos mayores, Huáscar, Inca legítimo, que reinó en el Cuzco, y Atahualpa, hijo natural, que reinó en Quito; de ahí, una guerra fratricida.

Atahualpa destrona a su hermano y se proclama Inca soberano en 1532, precisamente el año escogido por Pizarro para conquistar la América del Sur.

Una entrevista se realiza el 16 de noviembre de 1532 entre Atahualpa y el conquistador en Cajamarca, al norte del país, y muy pérfidamente —hay que reconocerlo— Pizarro hace al Inca prisionero.

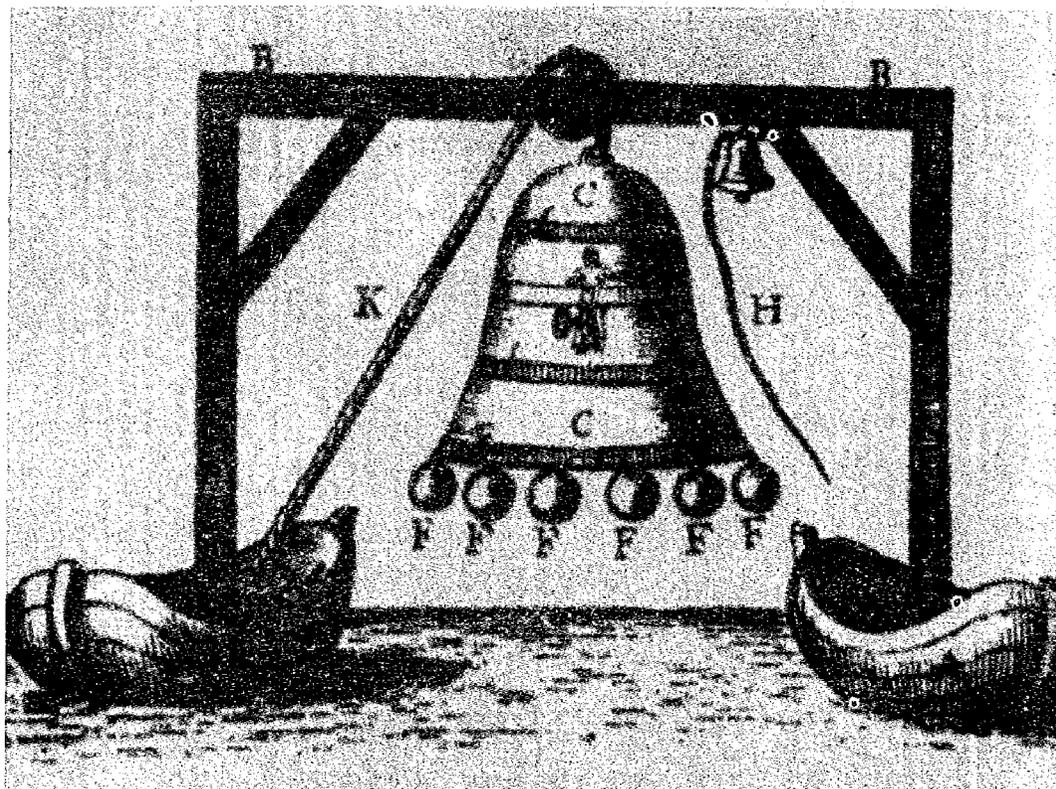
De ahí proviene la célebre historia del rescate: Atahualpa, que entretanto ha hecho asesinar a Huáscar, ofreció para recobrar su libertad el contenido en oro de su prisión, hasta 9 pies del suelo, y, además, dos veces el contenido en plata de una sala contigua.

El plazo de la entrega del rescate era de dos meses.

Pizarro, por cierto, aceptó la proposición, y mensajeros indios partieron por el país a reunir los metales preciosos.

La celda de Atahualpa tenía las siguientes dimensiones: Según Jerez, secretario de Pizarro: 17 pies por 22, o sea, 5,50 metros por 7.

Según Francisco Pizarro: 35 pies de largo por 17 ó 18 de ancho.



*Campana catalana* (1678). Con una campana idéntica a ésta fueron recuperados los tesoros hundidos en Vigo. (Arch. CBT.)

Siendo la altura convenida de 9 pies, el volumen del rescate en oro se elevaba a 105 metros cúbicos, más o menos.

Tomando en cuenta los vacíos del amontonamiento, cifrado en cuatro quintos a lo sumo, el volumen de oro habría sido, por lo menos, de 20 metros cúbicos, que representan 400.000 kilos de oro = 200 a 300 mil millones.

Pero Atahualpa no dejó de aventurarse al ofrecer ese rescate; no era sino un Inca bastardo, no reconocido por los sacerdotes y muy poco estimado por los grandes del reino; su autoridad ya dudosa era más o menos nula después de su captura por Pizarro, de modo que el metal precioso no llegó sino con gotario.

Atahualpa había anunciado 400.000 kilos de oro; llegaron alrededor de 5.000 kilos. Los españoles se repartieron ese botín en Cajamarca el 18 de junio de 1533, después de hacer fundir la masa total.

El producto, pesado y detallado, era el siguiente:

1.326.539 pesos de oro (alrededor de 4.500 kilos).

51.610 marcos de plata (alrededor de 12.900 kilos), que se repartieron Pizarro, sus sesenta y dos caballeros y ciento dos infantes, después de dar algunas migajas a Almagro y su pequeña tropa.

Se dice que Francisco Pizarro recibió 57.220 escudos y 1.175 libras de plata. Para cada caballero hubo: 8.880 escudos y 180 libras de plata. Para cada infante: 4.400 escudos y 90 libras de plata.

¡Un buen bulto para arrastrar por las montañas de las Indias Occidentales! ¡La bagatela de 60 kilos para los menos cargados!

En suma, asesinado el Inca Atahualpa por los españoles, cesó de llegar el rescate y se asegura que convoyes de oro, detenidos en el trayecto, fueron escondidos en las montañas.

Está demostrado que la aventura de Cajamarca y el rescate de Atahualpa nada tienen que ver con el tesoro de los incas, tesoro que comprende oro labrado en todas sus formas, las riquezas del culto, del palacio real, de los grandes

del imperio, excluidas las monedas, que los indios no conocían o que desdeñaban acuñar.

Aunque la civilización protoperuana sea mucho más antigua, puede admitirse que los antepasados de los incas amontonaron ese oro a partir del siglo XI.

O sea, siete siglos de acumulación, en un país donde el metal precioso abundaba y cuyo valor podía, por lo tanto, alcanzar a un billón quinientos mil millones de francos, como antes lo hemos dicho.

Los españoles no encontraron ese oro.

Claro está que, para juzgar, no estuvimos en Cajamarca ni en el Cuzco durante la conquista, pero Pedro Pizarro estaba allí con sus hermanos; fue testigo de los hechos y he aquí lo que escribió en su crónica:

*Voy ahora a describir lo que encontramos a nuestra entrada en el Cuzco . . .*

*Asombrados, contemplamos los vasos de madera, de oro y de plata, aunque los más bellos hayan sido llevados por los indios.*

*Entre otras cosas, descubrimos una efigie de oro y los indios nos dijeron, no sin pesar, que era la del fundador de la dinastía Inca.*

*Encontramos igualmente cangrejos de oro, vasos decorados con motivos de pájaros, serpientes, arañas, lagartos y otros reptiles. Todas esas cosas preciosas fueron descubiertas en una gruta de los alrededores del Cuzco.*

*Un indio nos dijo que en una caverna próxima a Villaconga se hallaban escondidas grandes cantidades de placas de oro, que Huáscar había hecho fundir para decorar su palacio.*

*Pero días después de habernos hecho tal revelación, nuestro informante desapareció sin dejar huellas.*

*En general, todos esos tesoros están ocultos, y de tal manera que es imposible encontrarlos.*

*Los orejones los hicieron portar por servidores hasta proximidad del escondrijo; ahí, otros indios reemplazaron a los*

*portadores, enterraron los objetos, luego por orden de sus amos se ahorcaron o precipitáronse a un barranco, sin protestar.*

*Innumerables tesoros se hallan en este país; pero sólo un milagro podría hacer que los descubriéramos. . .*

Hay que inferir de esta crónica de Pedro Pizarro un hecho de extrema importancia: los tesoros fueron escondidos de modo que sólo algunos iniciados, posiblemente sacerdotes, tuvieron conocimiento de los escondrijos. Esos iniciados fueron, sin duda, muertos, o se suicidaron, y lo cierto es que nunca tuvieron interés ni pretexto para divulgar su secreto, ya que su culto fue irremediablemente reemplazado por la religión cristiana.

Lo que los galeones de la *Plata Flota* llevaron del Perú a Europa estuvo compuesto, en su mayor parte, por minerales de explotación.

Minerales a menudo tratados ahí mismo y acuñados en las Casas de Monedas de la Ciudad de los Reyes (Lima) o de México.

No existe duda al respecto: el tesoro está aún en sus escondrijos. Provenía en su mayor parte, ya lo hemos dicho, del palacio real y de los templos, sobre todo de los Templos del Sol del Cuzco y de Titicaca.

En cuanto al tesoro del Titicaca, hay una pintoresca leyenda que merece contarse: la del sol de oro.

Cuando los españoles se repartieron el considerable botín de Cajamarca y del Cuzco, estaban de tal modo ricos, tan repletos de oro y plata, que ya no sabían qué hacer con sus riquezas. Entonces se divirtieron jugándolas a los dados.

Se cuenta que uno de ellos —el caballero Leguisano, según el escritor Prescott; el soldado Mancio Serra, según el historiador Huber— tuvo en su parte de botín un disco de oro con la efigie del sol.

A la noche siguiente, perdió el disco a los dados, de donde nació el proverbio español: "Jugarse el sol antes de que aparezca".

El disco solar vino a dar después a un caballero perdidamente enamorado de una hermosa muchacha inca, que logró convertirle a la religión del dios Sol y persuadirle de que el disco solar de oro debía ser devuelto a los sacerdotes y llevado al templo aún inviolado de Titicaca.

Se dirigieron, pues, al sur; pero, tras ellos, un destacamento español comandado por un teniente de Pizarro.

A poco de caminar los fugitivos, llegaron al lago sagrado, donde se embarcaron en una balsa con la preciosa efigie. Rodeados por los españoles y sabiendo que ninguna merced les sería concedida, los amantes lanzaron el sol de oro a las aguas, en las que se hundió lanzando un postrer brillo de maravilloso esplendor; luego, abrazados, se arrojaron al lago y también desaparecieron.

Una muy hermosa leyenda, conocida por Florent Ramaugé, habla de dos tesoros incas, ¡ay!, muy problemáticos.

*Es una historia fascinante que quiero contar de memoria —dice Florent Ramaugé—; pero por desgracia he olvidado ciertos detalles y también el nombre de los héroes; se me asegura que los hechos son auténticos, y acaso sea verdad.*

*Así, pues, un viejo inca de noble cuna, heredero de las tradiciones y los grandes secretos de sus antepasados, sintióse morir muy perplejo, pues lo que sabía era de considerable importancia y no debía perecer con él.*

*Se trataba de dos grandes tesoros incas ocultos en la cordillera de los Andes por los sacerdotes del Sol, en dos escondrijos llamados: “el Pez Grande” y “el Pez Chico”.*

*El anciano tenía un amigo español de alta calidad moral, seguro admirador de las costumbres de los aborígenes —al menos, así lo creía— y que desde hacía años le prodigaba muestras de la mayor amistad.*

*Ese español era, con toda evidencia, su mejor amigo, y tras maduras reflexiones el Inca decidió hacerle su supremo confidente, aquel que, a su muerte, poseería el prodigioso secreto del Pez Grande y del Pez Chico.*

*Le hizo llamar a su cabecera y le dijo:*

—Escucha, amigo mío, siempre me has demostrado amistad y creo en tu grandeza de alma y en las cualidades de tu corazón. Mis días están contados; tengo que transmitir a la posteridad el secreto que mis abuelos me confiaron. A ti, mi amigo, voy a decir dónde se sitúa el tesoro del Pez Chico; es en los Andes de Carahaya, en el flanco del valle por donde corre el río. Encontrarás una gruta que ilumina el sol naciente, justamente en su primer rayo. Grandes bloques de piedra cierran el fondo de la gruta y tendrás que esforzarte para encontrar una fisura lo suficientemente ancha para dar paso a un hombre. Detrás, un subterráneo se hunde en la montaña, y hay que abrir sucesivamente tres puertas para llegar al santuario secreto.

”La primera puerta es de cobre y se abre con una llave de oro. La segunda es de plata y se abre con una llave de cobre. La tercera es de oro y se abre con una llave de plata.

”En el santuario encontrarás grandes riquezas: estatuas de metal precioso y un disco de oro puro que cogerás y me traerás, porque quiero contemplarlo antes de morir. Luego lo dejarás en el santuario, y buen cuidado tendrás de no tomar nunca la menor porción de las riquezas que pertenecen al dios.

El español prometió cuanto quiso el anciano y partió a los Andes de Carahaya.

Pero a medida que avanzaba por la montaña, la fiebre del oro le exaltaba y enloquecía. Se introdujo en la gruta, las cerraduras funcionaban mal e hizo saltar las puertas; luego despejó el santuario de lo más preciado que tenía.

Pero tal botín no hizo sino agravar su locura de oro, y le vino el deseo imperioso, irresistible de apropiarse del tesoro del Pez Grande, que era más maravilloso todavía.

Volvió a casa del viejo inca y con amenazas y súplicas trató de hacerle decir el secreto del gran tesoro.

—No —dijo el inca—. Me has engañado, has traicionado la confianza que puse en ti, y nunca llegarás a conocer el secreto del Pez Grande, nunca, nunca...

Antes de morir bajo las torturas, el anciano murmuró,

*sin embargo, unas palabras que excitaron la esperanza del español:*

*—La entrada del Pez Grande está bajo la estatua del dios Sol, pero no la encontrarás.*

*El español, recordando tal estatua en el santuario del Pez Chico, comprendió o sospechó que debía buscar en la gruta, y regresó con un pico y una pala. A la luz de un fanal, se afanó durante horas contra la estatua del dios, que logró, por fin, derribar. Pero, en ese mismo instante, las paredes de la gruta se derrumbaron sepultándole.*

*Así se perdió para siempre el secreto del Pez Chico y del Pez Grande, cuya historia nos ha llegado por no se sabe cuáles vías misteriosas.*

La historia del lago Titicaca pertenece muchísimo más al reino de lo posible y de lo verosímil.

El lago es una especie de mar interior, de más de 200 kilómetros de largo y que se halla a caballo sobre las fronteras de Perú y de Bolivia, a 3.919 metros de altura.

Fue en la isla Titicaca donde hacia 1100 Manco Cápac, primer rey inca —o primer Inca—, tuvo la revelación de la suerte a que lo destinaba el dios Sol.

Titicaca se convirtió entonces en el centro de peregrinación de los indios, como lo son Jerusalén, La Meca o Benares.

Los incas edificaron en la isla —situada actualmente en territorio boliviano— un templo magnífico cuyos muros estaban cubiertos de oro. (En la historia o la mitología inca, los muros de los templos están siempre revestidos de láminas de oro. Sin duda, era verdad.)

Cada indio, siquiera una vez en la vida, debía hacer una peregrinación a ese templo y aportar una ofrenda en metal precioso.

Garcilaso Inca de la Vega ha escrito al respecto:

*Los incas edificaron allí un templo resplandeciente, de muros cubiertos de placas de oro.*

*Cada año, las provincias del imperio enviaban ofrendas*

*de un valor considerable, en forma de oro y de plata, para agradecer al dios Sol.*

El padre Blas Valera ha dicho que según las afirmaciones de los mitimac, guardias nobles de la isla sagrada, o *ayllus*, las cantidades de oro almacenadas en la isla Titicaca habrían bastado para construir un nuevo templo, sin que fuese necesario recurrir a la piedra o al mortero.

Había allí, incuestionablemente, oro amontonado, en placas, enlosado, cincelado, esculpido, como para hacer soñar a veinte generaciones de hombres.

El templo fulgía, pues, de riquezas al menos comparables a las del templo del Cuzco.

¿Qué se han hecho esas riquezas?

Los cronistas aseguran que cuando los *ayllus* supieron la llegada de los conquistadores, cuando advirtieron que lo que codiciaban era el oro, echaron al lago todos los tesoros del templo de Titicaca, de manera que los españoles no encontraron sino ruinas despojadas.

Hoy, en el emplazamiento del antiguo santuario, por sacrilegio monstruoso, se encuentra la iglesia de Nuestra Señora de Cápac Arana.

El tesoro está sumergido, sin duda en las mayores profundidades, que en ciertos sitios alcanzan 185 metros.

El agua del lago es fría, revuelta, y la altura —que alcanza cerca de los 4.000 metros— imposibilita maniobrar con escafandra autónoma más allá de una veintena de metros, pues la presión bajo el agua es inversamente proporcional a la presión atmosférica.

¿Secar el lago? Tarea gigantesca, irrealizable, pues el Titicaca es un verdadero mar interior; a lo sumo, en el Perú, es cuestión de cavar un túnel de 60 kilómetros de largo para crear caídas de agua que alimenten usinas hidroeléctricas.

Para siempre, es lo probable, el tesoro del Titicaca duerme en el limo del lago sagrado.

Desde nuestro punto de vista, el tesoro de los incas pro-

piamente dicho es el del Templo del Sol en el Cuzco, el cual, sucediendo en el favor popular al santuario de Titicaca, convirtiéndose en el más grande monumento sagrado del imperio en el siglo XVI.

El Templo del Sol se erguía en la zona sur de la ciudad, al borde del río Guatanay.

Contiguo estaba el jardín sagrado, el CURICANCHA (del quichua *curi* = oro, y *cancha* = cercado) o cercado del oro.

El padre Cobo, jesuita e historiador español, que en el siglo XVII vivió en el Perú y en México, cuenta que el Curicancha del Cuzco encerraba prodigiosas cantidades de oro y plata; que los muros de la capilla donde se alzaba la estatua del dios Sol estaban cubiertos de láminas de oro y que todos los objetos utilizados en el templo eran de oro macizo.

Otro cronista español, contemporáneo de Pizarro, y que estaba en el Cuzco hacia 1540, el ilustre Cieza de León, escribió:

*Una grande porción de los muros del santuario está cubierta de delgadas láminas de oro batido; el techo de aguilón, construido de fina paja, está soportado por una armazón cuyas piezas se ven ornadas de placas de oro. Los ídolos, los vasos y todos los objetos son de oro.*

He aquí para el templo; véamos ahora algo sobre el Curicancha, bajo la firma de Garcilaso Inca de la Vega:

*Pero por encima de todas esas maravillas, aparecían campos de maíz hechos al natural, con sus raíces, sus flores y sus espigas cuyas puntas eran de oro y el resto de plata, todo ello bien soldado; cuanto observaban en materia de todas las otras plantas dábanse maña en representarlo naturalmente por la aleación y soldadura de esos metales.*

*Asimismo, veíanse animales grandes y pequeños hechos de oro y de plata, y representados al natural, como conejos, ratas, lagartos, culebras, mariposas, zorros y gatos salvajes, pues domésticos no los había.*

*Veíanse, además, pájaros de toda suerte, algunos de los cuales parecían cantar, trepados en los árboles, y otros extendían sus alas como para volar.*

*En suma, se admiraban gamos, leones, tigres y toda suerte de animales, cada uno hecho al natural y colocado en su sitio.*

*Todas las casas tenían baños con grandes tinas de oro y plata, donde los incas se lavaban, y los tubos de donde el agua se sacaba eran de los mismos metales.*

*Con esto, enriquecíanse de muchas obras de oro extremadamente hermosas en los lugares en que había fuentes, cuyas aguas eran naturalmente cálidas, y también de ellas se servían para hacer baños.*

*Pero, entre otras grandezas, tenían bosquecillos de oro y plata, cuyos leños estaban hechos al natural para emplearse, llegado el caso, al servicio de las Casas Reales.*

*Los indios escondieron la mayoría de esas riquezas apenas advirtieron la insaciable avidez de los españoles por adquirir el oro y la plata, y las escondieron de tal suerte que desde entonces no pudo descubrirse cosa alguna y hasta no hay apariencia de que se encuentre ese oro en el porvenir, si no es por un azar.*

*Porque es muy cierto que los indios de hoy no saben dónde están esos tesoros y que sus abuelos les han ocultado su conocimiento para impedir que tales cosas sirvan a otros que sus Reyes, a quienes solamente estaban dedicadas.*

Evidentemente, Garcilaso Inca de la Vega no vio lo que describe del Curicancha; fue su madre, princesa inca, quien le informó, de memoria, acerca de esas riquezas que, sin duda, conocía perfectamente, pero sobre las cuales de seguro exageraba.

Con todo, los hechos eran recentísimos. Si tuvo conocimiento de ellos a los siete años, no haría más allá de unos ocho años que estaban escondidos los tesoros. Su testimonio, pues, es casi contemporáneo de los sucesos.

¿Vio tal vez la famosa cadena de oro de Huáscar, esa cadena que habría pesado más de 2.000 kilos?

Cieza de León dice al respecto:

*Poco después de que viniera al mundo el hijo mayor de Huayna Cápac, se afirma que ese príncipe hizo hacer una especie de cable, o para decirlo mejor, una cadena de oro que era tan gruesa y pesada, al decir de quienes la vieron, que se necesitaban más de doscientos indios para levantarla, y mucho que les costaba.*

Y agrega poco después:

*Si se pudiera tener nuevamente todos los tesoros encerrados en el Perú, no sería posible ponerles precio, y lo que tienen los españoles es muy poca cosa en comparación de lo que ha quedado.*

*De donde puede verse que se han perdido una infinidad de tesoros y que si la venida de los españoles no hubiera obligado a los indios a ocultarlos, seguramente los habrían ellos ofrecido al diablo o puesto en las tumbas de los muertos.*

Todos los cronistas se hallan de acuerdo, pues, para certificar la existencia histórica de los tesoros incas.

Basándose en la tradición y en indicios probatorios, es permisible pensar que el tesoro del Curicancha está escondido en los subterráneos de la fortaleza de Sacsahuaman.

Esta fortaleza está al norte del Cuzco.

Ahí ha situado siempre la tradición el mayor tesoro inca. Se cuenta que un día dos muchachos se perdieron en los subterráneos de la fortaleza; tres días después, salieron por un boquete que daba a los bajos del monasterio de Santo Domingo, antiguo emplazamiento del Templo del Sol.

Uno de los muchachos tenía en la mano una espiga de oro, que sólo se puede relacionar con el tesoro del culto del Curicancha.

Otras razones argumentan en favor de Sacsahuaman como principal escondrijo del tesoro de los incas.

En el centro de la fortaleza se alzaba una torre redonda —la Moyoc Marca— sobre una plataforma caprichosamente dividida en compartimientos, unida a subterráneos que constituían tal laberinto que sólo algunos guías iniciados lograban salir.

En esos subterráneos corría un manantial abundante cuyo origen conocían únicamente el Inca y miembros del Consejo de los Ancianos.

¿Por qué esos subterráneos en laberinto? ¿Por qué ese privilegio real concedido al manantial, si no era con el fin de extraviar o de impedir las búsquedas posibles, y preservar la gruta del tesoro, el antro, el lugar supremo de las riquezas del imperio?

Los españoles —lo dice Huber— hubieran querido explorar los subterráneos de Sacsahuaman, donde sabían, o creían en todo caso, que se hallaban escondidas grandes riquezas; pero no pudieron penetrar porque la fortaleza había sido desmantelada durante la guerra y obstáculos voluntarios debían tapar las galerías.

Podría ser también que un importante escondrijo estuviera en el templo de Machu Picchu, en las fronteras.

En efecto, hacia 1435, los españoles le enviaron a Manco, último Inca tras la muerte de Huáscar y Atahualpa, al embajador Ruiz Díaz, que fue testigo de un extraño mercado.

Manco hizo traer un celemín de maíz colmado, cuyo contenido desparramó por el suelo.

Tomó un grano y lo tendió a Díaz diciéndole:

—Esto es lo que los españoles han tomado del oro de los incas.

Luego, señalando todo lo desparramado, agregó:

—He aquí lo que resta y que os podría dar si os comprometierais a salir definitivamente del imperio. (Según el historiador Huber.)

Pizarro no aceptó el negocio, ya que también había venido al Perú como misionero cristiano; pero esa anécdota parece

probar que Manco conocía uno de los principales escondrijos del tesoro inca.

Es posible que tal escondrijo, y otros —en especial los del Cuzco y Machu Picchu— sean actualmente conocidos por los sacerdotes autóctonos que tienen por misión perpetuar el culto del Sol, y acaso un día unos hombres deslumbrados vean salir de los subterráneos, o de las grutas andinas, la cadena de oro de Huáscar, las placas de oro, las espigas de oro, los leones y los tigres, cada uno hecho al natural en un metal precioso, y las riquezas prodigiosas del Curicancha. . .

## *Los piratas*

**E**L ORO, que motivó el descubrimiento de un mundo desconocido, ilustró también la historia de una novela púrpura, amarilla y negra: la de los piratas, filibusteros, bucaneros, Hermanos de la Costa y corsarios, grandes ladrones de las rutas oceánicas y beneficiarios por casualidad de las incalculables riquezas americanas.

Algunos de esos aventureros eran auténticos gentileshombres, marinos y descubridores de tierras, arrastrados por los acontecimientos políticos a la guerra de corso.

Otros, simplemente, buscaban un botín.

Varios terminaron sus días ricos y respetados; algunos fueron ahorcados en lo alto de un mástil, y bien se lo esperaban.

Sus nombres: Drake, Frobisher, Hawkins, Levasseur, Mansweldt, Legrand, L'Olonnois, Morgan, Montbars el Exterminador, Wafer, Dampier, Davis, Laurent de Graff, De Lussan, Kidd...

Cuando la *Plata Flota*, escoltada por una nube de fragatas, se dirigía a Sevilla o a Cádiz, era raro que los piratas se atrevieran a atacarla de frente.

Pero antes de agruparse, cuando en las costas de Brasil o de Perú, en el golfo de México o en el mar Caribe se aventuraban los galeones colectores, la jauría de los *bricks* piratas, rápidos y finos veleros, se lanzaba sobre su presa.

Veinte cañones contra sesenta, cien piratas contra tres-

cientos hombres de tripulación, entablábase la lucha, que siempre volvíase ventajosa para los más decididos, los más rabiosos, para los que un cebo de botín fabuloso animaba a todos los atrevimientos.

Los piratas o corsarios ingleses, cuyo país estaba en guerra declarada con España —al menos, la mayor parte del tiempo—, eran los que causaban más grandes daños a los *treasure ships*.

En el siglo XVI, el “San Felipe” y el “Cacafuego” entregaron a Sir Francis Drake 2.000.000 de dólares en oro y plata.

Francis Frobisher se apoderó, en el “Madre de Dios”, que venía de Filipinas, de un rico cargamento de tapices, ébano, marfil, piedras preciosas y monedas, por un valor de 1.250.000 dólares.

En el siglo XVII, los bucaneros robaron en el “San Pedro” “21.000 piastras en ocho cofres de ébano, y 16.000 en sacos, así como gran cantidad de plata”.

Se llevaron de Cartagena, según se dice, un tesoro de 20.000.000 de libras esterlinas.

El pirata Avery, hacia 1694, capturó el “Gunsway”, del Gran Mogol, con 100.000 piastras y otros tantos cequíes.

Esos piratas y aventureros de toda especie tenían sus leyes, al menos los que —como los bucaneros y filibusteros— observaban las reglas elementales de la guerra y compartían sus presas de acuerdo con sus normas de justicia.

La ley, sin que pueda trazarse una regla absoluta, se establecía de la manera siguiente:

1. Cada cual jura no apoderarse ni esconder la menor porción para su beneficio personal.
2. Parte de la nave dada al capitán.
3. Sueldo del carpintero (100 a 150 piastras).
4. Parte de provisiones (200 piastras).
5. Sueldo del cirujano y para su caja de medicamentos (250 piastras).
6. Indemnizaciones por heridas, pérdida de un miembro.

etc., que determine incapacidad física (según el grado de la incapacidad): 600 piastras por el brazo derecho, 500 por el brazo izquierdo, 500 por la pierna derecha, 100 por un ojo o un dedo, etc. Es interesante saber que la piastra valía entonces lo que un dólar de 1960.

7. Del botín: cinco o seis partes para el capitán, dos partes para el segundo y los oficiales, una parte para los marineros y el grumete.

8. Si no hay botín, no hay sueldo.

De esta exposición resulta que los cargamentos de los galeones, y por consecuencia el botín de los piratas, estaban lejos de alcanzar las sumas enormes que la tradición menciona en relación con los tesoros submarinos y terrestres.

Pero en la incapacidad en que nos encontramos para establecer la aproximación, por fuerza hemos de valerlos de los valores transmitidos por relatos orales deliberadamente optimistas. Permitido está el suponer que el monto total de los tesoros submarinos y terrestres alcanza o supera los 1.000.000.000 de dólares.

Raro era que los piratas, aves de la horca, aprovecharan de su fortuna mal adquirida. ¿Dónde retirarse a vivir? . . ., suponiendo que esto se pudiera, pues los riesgos del oficio eran grandes, como es fácil imaginar.

Así, pues, más valía derrochar sin tasa ni medida en las tabernas, los campos privados de los filibusteros, y en particular en la isla de la Tortuga y en Jamaica.

Desconfiados y previsores, sin embargo, como vulgares burgueses, los piratas no dejaban de encontrar buenos escondrijos para un tesoro que en cualquier instante les sería útil; en tales escondrijos se amontonan, por la fuerza de las cosas, doblones y monedas de una gran fortuna, y luego alhajas, piedras preciosas que era difícil trocar.

Numerosos son esos escondrijos que permanecen intactos —habiendo sido muertos o ahorcados los piratas— y cuya existencia y planos de posición fueron objeto de febriles búsquedas.

En 1932 partió de Francia a las Galápagos una singular expedición de buscadores de tesoros: la baronesa Antoinette de Wagner, de origen austríaco (pero casada con el aviador francés B.), y sus tres acompañantes: Robert Philipson, Rudolph Lorentz y el doctor Ritter.

Los cuatro ambicionaban vivir un doble romance de amor y de aventura.

La aventura era la búsqueda del tesoro de Desmarest y la creación en las Galápagos, en la isleta de Marchena, de un imperio autónomo de que sería soberana la hermosa y morena baronesa.

El amor... ¡Dios mío!, hay sólo que hacer conjeturas, ya que todos los héroes de la historia han muerto o desaparecido. Se presume que la baronesa quiso, con la carta del rey Pausole, resucitar la vida inimitable de Cleopatra, de Antonio y de los amimetobies.

Se la vio en Marchena pasearse desnuda por los campos, escoltada por sus tres súbditos, y unos diarios naturistas aseguraron que era una de sus adeptas más convencidas.

Sin embargo, cuando tenía una tienda de juguetes en la calle de Picpus de París, no se entregaba a la gimnosofía, sino a lo sumo al *flirt* animoso.

Por toda vestidura, Antoinette de Wagner no llevaba en su isla sino un cinturón de cuero del cual pendían una daga con pomo de carbunclo y un revólver con cache de nácar.

Sus súbditos —los tres hombres— efectuaron excavaciones en diversas partes, lo que hace suponer que poseían un plano.

Un marino noruego llamado Nuggerud, atraído por la reputación de la bella soberana, atracó un día en Marchena. Fue primero tratado con rigor, y para saber si buscaba el tesoro se le secuestró toda una noche.

Confesó no ser sino un admirador, y la baronesa, después de someterlo a ciertas pruebas de iniciación y de convertirlo al nudismo, le agregó a su corte de amor.

Para ella, un amante más era un regalo que no le disgus-

taba; para sus compañeros, dos brazos nuevos no estaban de más para cavar y remover la tierra.

Dos *yachtmen* norteamericanos que desembarcaron poco después fueron recibidos a balazos y se retiraron de prisa.

La historia de la comunidad, a partir de 1936, no es conocida y no se sabe si el tesoro fue descubierto; pero en noviembre de 1944 se encontraron en la ribera de Marchena los cuerpos de Rudolph Lorentz y de Nuggerud, muertos de amor, como se dijo, asesinados, según otras versiones; la muerte, en todo caso, remontaba a varios meses.

¿Qué se hicieron los demás habitantes de la isla?

Según ciertos rumores —tal vez sin fundamento—, el doctor Ritter habría sido envenenado y enterrado en Floriana, isla situada al sur de las Galápagos, donde su tumba fue violada en 1949 por misteriosos visitantes que, al parecer, buscaban algún documento en el cadáver.

¿Philipson y la baronesa desaparecieron para disfrutar del perfecto amor? ¿O para disfrutar, solos, del tesoro por fin descubierto?

Es imposible dar una explicación de los dramas, ni un epílogo a esta extraña novela.

Más al sur, hacia el estrecho de Magallanes, alrededor de los 49° 7' de latitud sur y los 76° 38' de longitud oeste, está oculto el muy verdadero tesoro del corsario Terracuca, teniente de Pol l'Olonnois.

El "Césarès", su *brick* goleta, iba tan tremendamente cargado y se hallaba en estado tan desastroso después de haber cruzado el estrecho en 1751, que Terracuca juzgó prudente ocultar su botín en la isla Saumapé, donde hacía escala.

El tesoro se componía de lingotes de oro de un valor de 100.000.000 de doblones de oro, del botín del saqueo de Bahía Blanca, del tesoro de los indios mahuidas, que consistía en 5.000 kilos de láminas de oro arrancadas de los altares de los templos.

Antes del ocultamiento, los dieciocho hombres de la tripulación saquearon en parte las riquezas, pero nada pudie-

ron llevarse, tan enfermos estaban, particularmente de escorbuto. Varios marineros murieron ahí mismo con su porción de oro y plata; y es probable que ninguno de los piratas del "Césarès" escapara de esa aventura.

En 1846, se encontraron en una gruta nueve esqueletos, armas y láminas de oro. Más tarde se recuperaron alhajas y doblones. Dos expediciones, en 1896 y en 1912, descubrieron algunos pequeños escondrijos que contenían 6.000.000 en doblones; pero lo mejor del tesoro permanece enterrado en una de las numerosas grutas de la isla.

En el fondo del golfo de Tonkín, en una de las islas de los Piratas, alrededor de los 21° 15' de latitud norte y los 106° 5' de longitud este, está enterrado, en una caverna, dice la crónica, y verosímilmente en una isla cercana a Ha-Tien, el tesoro del pirata Laka Bang, que en 1780 desoló las costas birmanas y Siam, y fue amo de Calcuta durante dos años.

Laka Bang, que ofreció el famoso diamante "El Gran Mogol" al rajá de Rampur, fue muerto por su rival Kai-Tu sin haber revelado el secreto de su escondrijo.

Cuando un hombre cae en un precipicio, va a ser triturado en un monstruoso engranaje, o se ahoga al fondo de un abismo, el último segundo consciente de su vida tiende hacia el milagro con una fe indecible: vencer la gravedad, detener la materia, convertirse en un ser alado, sin consistencia, o remontar la cadena del tiempo...

Pero no hay milagro frente a la irreductibilidad de la materia no consciente: la gravedad precipitará al hombre contra las rocas, el engranaje triturará, el agua asesina ahogará al nadador: las leyes físicas nunca ceden a las instancias del pensamiento.

En cambio, de hombre a hombre, de inteligencia humana a inteligencia humana, existe casi siempre una posibilidad de milagro con la pronunciación de una sola palabra, la famosa palabra mágica: tesoro.

Al gangster decidido a mataros, al enemigo que os tiene a su merced, a la sociedad indiferente ante vuestra quiebra

o vuestra angustia, os bastará decirles, para salvaros: "Sé dónde se halla un tesoro..."

Entonces el gangster baja su colt, el enemigo os perdona y las buenas gentes se inclinan hacia vos con interés.

Verdadera o falsa, la aseveración mágica produce su efecto —al menos temporal—, y muchos piratas, muchos aventureros, muchos descubridores verdaderos han experimentado su inmenso poderío.

Es el preso tomado del *brick* corsario que se salva de la cuerda revelando el tesoro de su jefe pirata; es el preso de derecho común, Luigi Lorenzi, que revela el tesoro de la montaña de Ora; es Peter Fleight, que cuenta que ha escondido el tesoro de Rommel; es el detenido de la prisión de Florencia que sabe dónde Buffarino Guidi ha escondido las riquezas de su ministerio; es el ex soldado español y el tesoro de Argelès; es el vagabundo de Sydney que posee el plano de los escondrijos de la isla Cocos; es el radiestesista de Sully-sur-Loire que descubre cofres llenos de oro y de documentos; es el trabajador Pierre Alquier, de Perpiñán, que asegura que ha penetrado en la cripta de los tesoros de Rennes-le-Château...

Todos saben dónde está el tesoro, pero lo saben de modo imperfecto, o bien ha cambiado la configuración del terreno, o sucede que el escondrijo se halla al otro extremo del mundo; en suma, siempre hay un obstáculo que debe salvarse.

En 1710, en una mañana gloriosa de agosto, el tres palos "Assomption", cuyo capitán era Porée, dobló la isla del Grand-Bé y vino a amarrar en el muelle de Saint-Malo.

Una gran muchedumbre llenaba el puerto, pues se sabía que el barco llegaba de las Américas trayendo, sin duda, un rico cargamento, acaso animales extraordinarios y plantas exóticas.

Los bodoques sintieron algo desilusionados al no ver sino a unos cincuenta prisioneros de guerra, ingleses en su mayoría, de que los españoles del Perú se habían desprendido en beneficio de las buenas cárceles francesas. Los prisione-

ros se estimaban pájaros de cuenta, pues todos eran más o menos piratas y merecían la justicia de una buena porción de cordel en el cogote.

La Cruz Roja internacional no estaba creada todavía, pero el buen sentido y la buena voluntad tenían entonces buen ambiente, y aun entre los enemigos hereditarios de Francia e Inglaterra existía en plena guerra un servicio oficial de cambio de prisioneros.

Estos eran embarcados en Plymouth y en Saint-Malo a bordo de "naves parlamentarias" que llevaban su propio pabellón donde correspondía y la bandera enemiga en lo alto del mástil de mesana, a proa.

Las prisiones del fuerte de Saint-Malo no debían servir, pues, sino para una internación provisoria, en espera del próximo convoy. Los prisioneros fueron filiados y se les advirtió que pocos días después partirían a Inglaterra; entonces uno de ellos, el teniente Thomas Stradling, se negó a la repatriación y pidió que se le pusiera en libertad en suelo francés.

—Imposible —dijo Lempereur, comisario de clases y ordenador de la Marina del Rey, quien hacía los interrogatorios—. Ya no sabemos qué hacer con tantas bocas y tantos ingleses que alimentar en el buen suelo de Francia. Quiéralo o no, será conducido a Plymouth.

Pero Stradling se obstinó y el comisario de clases terminó por preguntarle las razones de tan singular determinación.

—Salí de Kinsale, Irlanda, a bordo de una vieja fragata, la "Cinque Ports Galley", para hacer la guerra de corso. Mi campaña, como lo ve usted, ha sido desastrosa, y no les llevo nada a mis armadores.

—Son los azares del mar —replicó Lempereur.

—Sí, pero... cuando mis armadores sepan que me he enriquecido, me perseguirán para hacerme entregarlo todo.

Y poco a poco, presionado por las preguntas y amenazado de repatriación forzosa, Thomas Stradling largó la pepa y contó la historia de su tesoro.

Esta historia metió mucha bulla en esa época e interesó

particularmente a Lempereur, que creyó encontrar un medio de hacer fortuna.

Stradling aseguraba que había enterrado más de 100.000 piastras (500.000.000 de 1938) en un escondrijo que sólo él conocía, en la isla de la Plata.

Lempereur creyó esta historia y, con él, un notable escritor marino, Henri Lemarquand, que en 1938 encontró la documentación en los Archivos del Arsenal de Brest y en la Biblioteca Nacional.

Lempereur, funcionario concienzudo, era muy poco versado en geografía. Dio cuenta de la declaración de Stradling, hecha en inglés mal interpretado, a su Ministro de la Marina, conde Jérôme de Pontchartrain, situando la isla de la Plata en el litoral uruguayo, en el Río de la Plata.

En realidad, se trataba de la isla de la Plata en el Pacífico, a la vista de las costas de Perú, un poco más abajo de la línea ecuatorial.

El ministro no se equivoca, pero no quiere dar curso al asunto si el rey de España no es puesto al tanto. Lempereur se alegra y apoyándose en las Ordenanzas de Colbert certifica que el tesoro es botín de guerra; hasta propone las proporciones de una repartición: un cuarto para el inglés, un cuarto para la empresa de recuperación, dos cuartos para el ministerio.

En realidad, los armadores de Saint-Malo están listos para lanzar una expedición, y Lempereur sabe que tendrá su parte.

Tras un estéril cambio de notas, no se llega a acuerdo y Stradling, forzadamente, es embarcado en una nave parlamentaria.

Según los manuscritos estudiados por Lemarquand, he aquí la historia contada por Thomas Stradling.

El inglés, nacido en Londres, tenía veintiocho años cuando partió de Kinsale en septiembre de 1703, como teniente de la fragata "Cinque Ports Galley" para hacer la guerra de corso en los mares del Sur, en compañía del célebre filibus-

tero Dampier, comandante de la expedición en el "San Jorge", de veintiséis cañones.

Después de una mala campaña, agravada por la desavenencia entre Dampier y Stradling, la "Cinque Ports Galley" se separó del "San Jorge" en el golfo de Panamá e intentó sola su fortuna.

Nuevo desacuerdo poco después, esta vez entre el pendenciero Stradling y Alexander Selkirk, su jefe de tripulación, que es dejado solo con su fusil y una libra de pólvora en la isla desierta de Juan Fernández.

Selkirk debía servir más tarde de modelo a Daniel Defoe para encarnar al héroe de su célebre novela "Robinson Crusoe".

La "Cinque Ports Galley" es un mal barco, roído por la broma y las algas, necesitado de una buena reparación, y deberá tenerla muy pronto si no se quiere que la podredumbre de su esqueleto lo haga zozobrar.

En el cabo Bianca, Stradling se apodera astutamente de un patache español de doce cañones, mata a la tripulación y descubre en el inventario de a bordo una fabulosa nomenclatura: sacos de pieles, cajas, cofres con oro, plata, diamantes, perlas.

El patache transportaba fraudulentamente hacia Acapulco, México, riquezas privadas que debían ser embarcadas en forma clandestina a España burlando el "quinto" del rey.

Saquean el tesoro, hunden el patache con sus sobrevivientes y discuten sobre la ruta que se tomará: ¿cabo de Hornos o Indias Orientales? Los piratas no tienen tiempo para decidirlo, porque uno grita:

—¡Nos hundimos! ¡Vía de agua!...

Se tapan los boquetes con lonas engrasadas, pero hay que bombear incesantemente para que la cala no se llene de agua... y tratar de llegar a alguna isla.

La "Cinque Ports Galley" navega a tumbos y, para colmo de desgracia —si no es por justo castigo del cielo— el tifus se declara a bordo.

Cuando hacen escala en Albemarle, de las Galápagos, los piratas, diezmados por la enfermedad, no son sino treinta sobrevivientes; luego no son sino veinte, y no es cosa de poner el buquecillo en cómodo refugio. Se le repara más mal que bien, la fragata se hace a la mar, pero una importante vía de agua vuelve a declararse.

Esta vez las averías son serias, irreparables para decirlo brevemente, y los ingleses, con su tesoro avaluado en unas 100.000 ó 200.000 piastras, desesperan de volver a ver el cabo Clear y el puerto de Kinsale.

Ahora que son ricos ¿van a hundirse con su fragata podrida y sus cofres de piastras y pedrerías?

Se echan los cañones al mar para aligerarse, y por último hay que buscar refugio, hombres, viveres y tesoro, en una balsa confeccionada con rapidez y en la única chalupa de a bordo.

La "Cinque Ports Galley" se hunde y los náufragos, llevados por las corrientes, logran tras mil peligros aterrizar en una isleta desierta que presumen es la isla Plata o de la Plata.

El tesoro es escondido en una gruta del acantilado, cerca de la caleta en que desembarcan, y los piratas transportan con mucho esfuerzo grandes piedras para ocultar la entrada.

Cada vez más destruidos por el tifus, tratan de subsistir en medio de una naturaleza hostil, sin agua, sin frutas, sin caza, a la que serían, por lo demás, harto incapaces de perseguir, y cada mañana aparece un nuevo cadáver: hombre muerto de enfermedad, de hambre o de agotamiento.

Cuando no quedan sino cuatro sobrevivientes, Stradling iza la bandera de peligro: mejor caer en manos de los españoles que reventar como unos condenados.

Borrachos de fatiga y de fiebre, los ingleses están caídos, pero con un postrer impulso de energía, Stradling, que no quiere perder su tesoro, hace saltar la caverna con dos barriles de pólvora y toma un punto de referencia: un pico rocoso a sesenta pasos del escondrijo.

Los náufragos ya no pueden más, cuando he aquí que aparece una fragata española que da en la caleta; murmuran palabras incoherentes, hablan de un tesoro, de piastras y de diamantes, pero en inglés, y los recién llegados no parecen dar crédito a ese delirio verbal.

Tres de los moribundos sobreviven algunos días y uno solo escapa: Stradling, que de las cárceles del Perú pasa a la prisión de Saint-Malo, con su fabuloso secreto y los datos exactos que permitirán encontrar el escondrijo.

Se cree que, apenas repatriado, el ex pirata, tal vez para acercarse a su tesoro, pasa a servir en un barquito que zozobró en Terranova.

Las 100.000 ó 200.000 piastras malditas del patache español permanecen, pues, metidas en los cofres, tras las piedras, en el acantilado de la isla enigmática.

Para quienes tiene la aventura, he aquí el punto exacto de la isla de la Plata en el mar del Sur: 1° 15' de latitud sur y 81° 10' de longitud oeste.

*Fabulosa aventura en la isla Cocos*

**E**N LA jerarquía de los botines de piratas, escondidos y nunca hallados, el tesoro de la isla Cocos se sitúa en el primer rango, y en el segundo sitio mundial de la totalidad de los tesoros conocidos, inmediatamente después del tesoro de los incas.

La documentación relacionada con los acontecimientos que vamos a relatar está lejos de asentarse sobre bases históricas sólidas; pero la isla Cocos ha tenido el privilegio de recibir la visita de célebres huéspedes: el presidente Franklin Roosevelt, el almirante Nicholson, Malcolm Campbell, el capitán Tony Mangel, y sus cartas de nobleza son patentes e irrecusables.

La isla, que pertenece a la República de Costa Rica, emerge en pleno océano Pacífico, apartada de toda frecuentada ruta, al norte de la línea ecuatorial y a lo largo de las costas de Colombia. Posición geográfica: 5° 32' de latitud norte, 87° 10' de longitud oeste.

De unos 8 kilómetros de largo y 4 de ancho, se presenta como una meseta rocosa plantada de cocoteros y erizada en tres picos volcánicos: la cumbre oeste, la Gran Cumbre (850 metros) y el cono sur (480 metros). Al este, dominando el mar, a pique, se yergue una barrera rocosa de 60 a 180 metros de alto.

Tiene dos fuentes de agua dulce, una cerca de la bahía de Wafer, y la otra en la bahía de Chatham. Dos riachuelos,

que corren en cascadas, pero a trechos secos, se lanzan al sur de la isla, el uno en la bahía de la Esperanza y el otro a 1.250 metros más al este.

La isla es desierta, infestada de serpientes según se dice; pero el capitán Tony Mangel, que la visitó dos veces, asegura no haberlas visto.

Según crónicas de carácter semihistórico, la isla Cocos encierra varios tesoros cuyo valor alcanza a 20.000.000.000 de francos.

El principal es, sin duda, el de la "Mary Dear", que alcanzaría de 10 mil a 20 mil millones.

A principios del siglo XIX, los Estados de América del Sur iniciaron una serie de guerras para conquistar su independencia.

En 1820, el general San Martín por tierra, y Lord Cochrane por mar, convergieron sobre Lima, entonces en poder del virrey español Pezuela.

Las tropas del general hicieron un avance victorioso y Lord Cochrane puso a raya a la gran fragata "Esmeralda" y veintiséis naves y chalupas de guerra, protegidas por trescientos cañones del fuerte.

Invadidos por el pánico antes del asalto final, los ricos españoles de Lima optaron por la fuga, portando sus riquezas, ciertamente, o lo que de ellas pudiesen llevar.

Únicamente la vía marítima estaba aún libre; pero el Callao, puerto de Lima, no tenía sino una unidad capaz de emprender con éxito la travesía de Perú a España: la "Esmeralda", que por desgracia tenía la imperiosa misión de defender el puerto.

Un *brick* de buena apariencia, el "Mary Dear", del capitán escocés Thompson, se disponía a levar anclas para huir de la batalla inminente; a precio de oro, los comerciantes y el clero de Lima alquilaron la nave.

Durante dos días se embarcó en ella cuanto de máspreciado había en la ciudad: los capitales privados, piastras, ducados, luises, alhajas, piedras preciosas, candelabros de

oro de la catedral, los copones y objetos del culto, las vajillas de oro y de plata, libros, archivos, objetos de arte, etc.

Thompson no era un pirata, pero literalmente enloquecido por la incalculable riqueza de su cargamento, aparejó con sus pasajeros muy poco decidido a conducirles al puerto de Cádiz o a cualquier otro de España.

Puso proa al norte, y una noche, aceptando las incitaciones de su tripulación, se dejó arrastrar al crimen: los pasajeros fueron degollados, lanzados por la borda, y el "Mary Dear", convertido en barco pirata, hizo velas hacia la isla Cocos, cuya situación aislada, lejos de toda vigilada vía, atraía invenciblemente desde hacía siglos a los filibusteros del mar del Sur.

El botín fue enterrado en la isla a modo de precaución, pues el "Mary Dear", señalado en todos los océanos, no tenía ninguna posibilidad de llegar a puerto o a nación civilizada alguna, donde infaltablemente habría de dar cuentas, asunto sobremanera peligroso.

Se estaba en pleno siglo XIX y acuerdos internacionales tenían normas precisas, que castigaban con la muerte el crimen de piratería.

¿Dónde ir, pues? La ruta del cabo de Hornos era difícilmente practicable, pues había que pasar por las costas de Colombia, Perú y Chile, donde los barcos de la Independencia tenían segura vigilancia.

¿Cruzar el Pacífico? Era igualmente peligroso, y además no se podía abandonar en una isla tan lejana un tesoro que muy inciertamente se podría volver a buscar. Había otro medio: Thompson se acercó a América Central, incendió su *brick* y trató de ganar la costa en chalupas con su tripulación, con el ánimo de desempeñar el papel de naufragos involuntarios.

Pero se habían encontrado algunos cadáveres de los pasajeros asesinados, de modo que la treta fracasó por completo: los marineros, interrogados en forma hábil, con la cuerda al cuello y las plantas de los pies tostándose suavemente en un lecho de brasas, revelaron todos los detalles de la

aventura, comprendidas las indicaciones de sus tesoros personales, que sin duda se recobraron.

Por desgracia para la moral, pero felizmente para lo pintoresco, el capitán Thompson, gracias sin duda a unos buenos puñados de piastras, logró escapar y fue a establecerse al Canadá, en Nueva Escocia, y acaso volvió a la isla Cocos a extraer algo de su inmenso tesoro, pero sin disminuirlo seriamente.

En su lecho de muerte, para descargar su conciencia y hacer que de sus riquezas se beneficiara un amigo, reveló el punto exacto del escondrijo.

El amigo se llamaba Keating; Thompson le dio un plano y las coordenadas siguientes, si ha de creerse a la tradición:

*Desembarcar en la bahía de la Esperanza entre dos islotes, con un fondo de 10 yardas. Caminar a lo largo del río 350 pasos, luego torcer nornordeste 850 yardas, pico, sol poniente pico dibuja sombra de un águila, alas desplegadas. En el límite sombra y sol: gruta marcada con una cruz. Ahí está el tesoro.*

Keating fue a la isla Cocos y en tres viajes se habría traído más de 500.000.000, sin haber agotado el tesoro, del cual no pudo desenterrar las piezas mayores.

A su vez, legó su secreto a un contramaestre llamado Nicolas Fitzgerald, el que, demasiado pobre, nunca pudo organizar una expedición.

Más tarde se encuentra a Fitzgerald, semivagabundo, en Melbourne, donde al sentir que va a morir con su inútil secreto, decide revelarlo por carta al capitán Curzon Howe, que en otro tiempo le salvara la vida.

Curzon Howe tampoco fue a la isla Cocos.

De todas esas aventuras han quedado documentos: planos, mapas, mediciones que pasaron de mano en mano en el curso de los años, se legaron, dieron, robaron, vendieron o trocaron.

La carta de Fitzgerald en que hablaba de las notas deja-

das por Keating se conserva, se dice, en el Nautical and Traveller Club de Sydney bajo el número 18.755.

Allí se ven las siguientes indicaciones:

*A dos cables, al sur de la última aguada, en tres puntas. La gruta es la que se encuentra bajo la segunda punta.*

*Christie, Ned y Anton intentaron, pero ninguno de los tres volvió. Ned, en la cuarta inmersión, encontró la entrada a doce brazas; a la quinta inmersión no regresó.*

*No hay pulpos, sino tiburones.*

*Hay que abrirse camino por el oeste hacia la gruta.*

*Creo en un derrumbe a la entrada.*

Otro documento original, encontrado en el museo de Caracas, es el inventario dejado por Fitzgerald en Coiba, y que llegó a Howe en 1835.

He aquí el inventario:

*Pusimos en la tierra roja:*

*1 caja: guarniciones de oro, con copones, custodias, cálices, que comprendían 1.244 piedras.*

*1 caja: 2 relicarios de oro que pesaban 120 libras, con 654 topacios, cornalinas y esmeraldas, 12 diamantes.*

*1 caja: 3 relicarios de 160 libras, con 860 rubíes y diversas piedras, 19 diamantes.*

*1 caja: 4.000 doblones de España, 5.000 coronas de México, 124 espadas, 64 dagas, 120 tahalíes, 28 rodelas.*

*1 caja: 8 cofrecillos de cedro y plata, con 3.840 piedras talladas, anillos y patenas y 4.265 piedras brutas.*

*A 28 pies noroeste, a 8 pies en la arena amarilla:*

*7 cajas: con 22 candelabros de oro y plata, que pesan 250 libras, con 164 rubíes por pie.*

*A 12 brazas por el oeste, a 10 pies en la tierra roja: la Virgen de 2 metros, de oro, con el Niño Jesús, con su corona y su pectoral de 780 libras, enrollada en su casulla de oro, y debajo 1.684 piedras, de las cuales 3 esmeraldas de 4 pulga-*

*das en el pectoral y 6 topacios de 6 pulgadas en la corona.  
Las 7 cruces de diamantes.*

He aquí, pues, lo concerniente al tesoro de Thompson, en dos documentos detallados que se contradicen formalmente.

¡Ay!, sea porque la traducción ha sido defectuosa, sea porque la transmisión oral sólo ha puesto en evidencia una memoria ya débil, el hecho es que quienes conocen la isla Cocos están obligados a acoger esos pormenores con mucha reticencia.

Si se toman las declaraciones al pie de la letra, la última aguada de la isla es la de la bahía de Wafer, situándose la primera en la bahía de Chatham, donde habitualmente atracan los barcos. No hay otros puntos de agua potable en la Cocos.

Ahora bien, a “dos cables (370,40 metros) al sur” de una u otra aguada, es imposible encontrar “tres puntas” y “doce brazas de fondo”, por la razón muy simple de que se está en plena tierra.

Pero hay otro atracadero al sur de la isla, en la bahía de la Esperanza, con —en rigor— una aguada, ya que en período de lluvia una cascada va a dar al mar.

Con respecto a las aguadas del norte, ésta es efectivamente la “última”.

Además, si se entiende por 12 brazas una profundidad de 21,84 metros, no se encontrará semejante fondo en las cercanías de las aguadas de Chatham y de Wafer, donde las profundidades oscilan entre 3 y 4 metros, en lechos de arena donde en vano se buscarían masas rocosas que pudieran tener una caverna.

Fondos de 21 metros no existen sino cerca de la isla Nuez (al norte de las aguadas), entre esa isla y la punta Colnett, y al sur en la isla Pan de Azúcar, y en la costa frente a la isla Muela.

Puede admitirse que las 12 brazas del documento no signifiquen 21,84 metros, sino 12 brazadas de nadador, o sea unos 9 a 12 metros.

Por lo demás, no suelen verse a nadadores ocasionales que bajen hasta 21 metros, lo que casi constituiría un record mundial (el *record* correspondió en 1933 al ruso Georges Kramarenko, de Niza, con 21 metros precisamente).

Para llegar a 10 metros ya hay que ser un nadador notable, y es inconcebible que se hayan depositado tesoros en una gruta submarina donde sólo buzos de gran clase hubieran podido llevar o traer cajas con botín.

Todos los técnicos en inmersión están de acuerdo en reconocer que tal trabajo, efectuado por piratas, no ha podido hacerse sino, a lo sumo, a una profundidad de 6 a 8 metros.

Es materialmente imposible que las cosas hayan ocurrido de otra manera, y se llega a esta conclusión razonable: las cajas de Thompson y de Keating han sido sumergidas en los fondos de 6 a 9 metros de la bahía de la Esperanza, más o menos 370 metros al sur de la "última aguada", la de la Cascada.

En ese sitio, todos los datos de los documentos parecen aceptables: "a dos cables de la última aguada, con fondo de doce brazas" (brazadas de nadador).

Allí también se encontrarán la tierra roja de la isla y la arena amarilla de la bahía, al noroeste y al oeste.

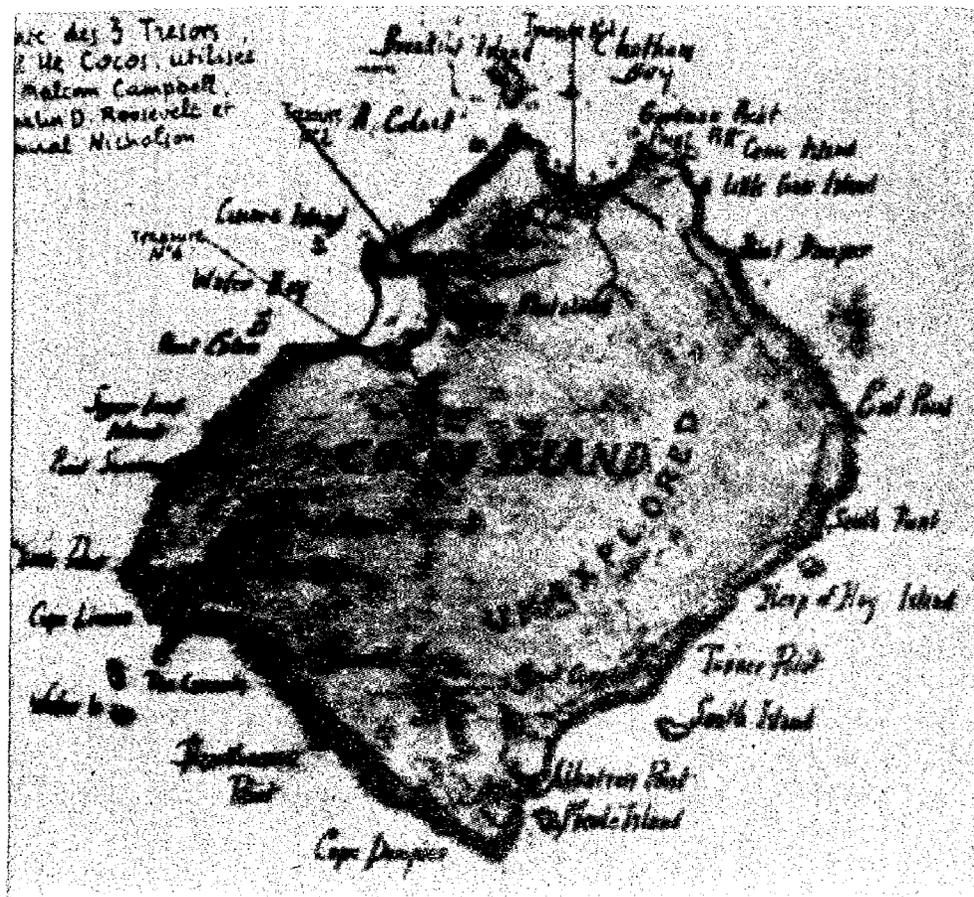
Esta interpretación se ve reforzada por el plano de Keating (propiedad del Club de Buscadores de Tesoros), donde los puntos corresponden aproximadamente a los muy evasivos y misteriosos de la carta de Fitzgerald.

La descripción de las "tres puntas" rocosas debe ayudar a localizar el escondrijo.

En cuanto al inventario, ciertamente es erróneo, exagerado, pero esto es lo habitual en la nomenclatura acostumbrada de tesoros.

Estos datos inciertos determinaron, no obstante, al capitán Tony Mangel, gran buscador de tesoros ante el Eterno —y un tanto pirata ante el diablo—, a tentar la aventura en 1927, cuando a bordo de su yate el "Perhaps I" navegaba por las aguas del estrecho de Bass.

—En esa época —dice—, al visitar el Nautical and Tra-



Isla Cocos. Carta de Malcolm Campbell y del Presidente Franklin D. Roosevelt que señala la ubicación de tres tesoros. (Arch. CBT.)

veller Club de Sydney, caí en éxtasis ante documentos guardados en vitrina y rodeados de notas explicativas: se trataba de la famosa carta de Keating, registrada bajo el N.º 18.755, y de otro documento de origen desconocido.

"Pedí copia, y como la isla Cocos no se hallaba muy apartada de mi ruta de retorno, decidí dar el rodeo.

"No tenía material alguno, y esa expedición revestía para mí el carácter de una simple toma de contacto; quería ver en el sitio mismo si, en particular, encontraba la zona en que la sombra de la cabeza del águila era proyectada por el sol poniente.

"Me hice de nuevo a la mar y desembarqué en la bahía de Wafer, como todo el mundo, pues allí están el mejor atracadero y el manantial.

"La isla es una plataforma rocosa que baja hacia el norte y hacia el sur en suaves pendientes, y que está erizada por tres picos volcánicos muy conocidos.

"Desde luego, renové mi provisión de agua dulce, y después me dirigí al sur. El terreno no era difícil: piedras y cocoteros.

"Mi idea consistía en ver la famosa sombra, y en seguida pensé en la Gran Cumbre.

"Efectivamente, desde la primera tarde advertí un hecho: cuando el sol poniente está en su perigeo, la Gran Cumbre proyecta una sombra en la que puede reconocerse la forma de la cabeza de un cóndor. Esto ocurría en septiembre, y la proyección caía de lleno a tierra.

"No era lo esperado.

"No me hallaba seguramente en la época en que Thompson efectuara sus observaciones: el tesoro había sido escondido en septiembre, pero la observación se hizo en invierno, cuando el sol sale al sudeste, se pone al noroeste y proyecta verosímilmente la sombra de la Gran Cumbre en la bahía de la Esperanza.

"Es lo que comprendí apenas hecho el plano de la isla y dado algunos golpes de azadón por puro descargo de conciencia, antes de levar anclas.

"Volví a la isla Cocos en 1929.

"Esta vez iba preparado, llevaba palas, picos y dinamita; pero, sobre todo, había estudiado el punto de Thompson, calculado en grados y minutos. . . , punto que sólo yo poseía; y había adquirido una certidumbre: el punto ese era falso. Y en eso estaba todo.

"Y era falso porque estamos en el siglo XX y operamos con sextante, instrumentos muy precisos, y según la declinación dada del polo.

"Ahora bien, Thompson había escondido su tesoro en 1820, y calculado el punto con un octante, durante una recuperación entre 1820 y 1823, y con un reloj más o menos preciso y una brújula que daba un norte magnético bien determinado.

"Había que rehacer, pues, los cálculos de Thompson cometiendo los mismos errores y según los datos de las tablas náuticas de los años 1820 a 1823; y mi punto rectificado en tal sentido fue el siguiente en 1929: 5° 30'17" de latitud norte y 87° 0'40" de longitud oeste.

"Con una aproximación de cien metros, ahí estaba el tesoro.

"En suma, mis cálculos situaban el escondrijo al sur de la bahía de la Esperanza, al nornoroeste de la isla Muela.

"Ahí encontré una gruta accesible en marea baja durante más o menos una hora.

"Casi me ahogué, por haber cometido la imprudencia de ir solo a la isla Cocos.

"En ese sitio y en tal día, la corriente era violentísima; yo había anclado mi yate y dejado que se deslizara mi bote, atado por un cable, hasta el fondo de la gruta, donde había un pequeño banco de arena. En la penumbra me puse a cavar y luego a emplear la pala cuando, a un metro, encontré una resistencia que me dio cierta esperanza, pero esto era entre mar y arena seca, y las olas provocaban de continuo derrumbes en el hoyo. Tras una buena media hora de lucha insensata, comprendí que no podría cavar un metro..., qué digo, cincuenta centímetros. Y en tanto me encarniza-

ba, el mar colmaba más y más el agujero y la caverna; tenía que irme pronto.

"Entonces tuve la mala sorpresa de que mi bote estaba bloqueado en un saliente de roca a causa de la marea que subía.

"Me esforcé en desprenderlo, pero el agua subía y, finalmente, iba a encontrarme preso en la gruta, como en una ratonera, y tendría que perecer con los prodigiosos tesoros que no había divisado siquiera.

"Pensé en la maldición sobre los buscadores de tesoros... , y luego vino un golpe de mar, más fuerte que los otros, y la resaca me arrastró de las piernas, al mismo tiempo que el bote se desprendía, lo que aproveché para impulsarlo fuera.

"¡Uf!, ¡de buenas escapaba!

"No volví a la gruta después de eso; pero hice explotar dinamita en diversos lugares, sin encontrar el menor duca-do; luego regresé a Francia, desilusionado y resuelto a no seguir con ese cuento que tanto dinero me había costado.

El capitán Tony Mangel estaba equivocado, pues rozó toneladas de plata y oro, y con un poco de suerte hubiera podido desenterrar los tesoros del "Mary Dear".

En efecto, en 1931, un belga llamado Bergmans desenterró, de acuerdo con los datos de Tony Mangel, en la bahía de la Esperanza, una virgen de oro de 60 centímetros de alto, que vendió en 11.000 dólares en Nueva York.

Los demás tesoros de la isla Cocos resistieron muy bien todos los asaltos, sin cansar nunca la fiebre de los buscadores, cada vez más numerosos y siempre en posesión de datos calificados auténtiquísimos.

Un plano encontrado en Indochina llegó a manos del marino Louis Rebillard de Dinard, que hizo algunas confidencias al Club Internacional de Buscadores de Tesoros.

Otro plano pertenece al capitán Tony Mangel; un tercero, a un rico horticultor de Los Angeles: James Forbes.

Forbes, que decía poseer cartas dejadas por Thompson a uno de sus bisabuelos, creía que los tesoros estaban enterrados bajo un colchón de trapos y 50 centímetros de piedras.

Organizó con un material ultramoderno cinco ruinosas expediciones sin encontrar nada.

Los relicarios, los candelabros, la Virgen de 2 metros, de oro macizo como su Niño Jesús, su prodigioso pectoral de diamantes, esmeraldas y topacios, y todas las piedras preciosas de las bellas señoras de Lima asesinadas en el "Mary Dear", yacen en la tierra roja y la arena amarilla de la isla de los piratas, vigilados por el vuelo silencioso del cóndor de alas desplegadas, y únicamente el ojo penetrante del pájaro de presa ve espejear en los secretos escondrijos los maravillosos amontonamientos que pueblan el sueño de los buscadores...

## *Tesoros de la Revolución*

**S**E LLEVO a cabo la Revolución Francesa y todos los manuales de Historia se ocupan de ella.

Sin embargo, fuera de toda preocupación política, que nos repugna sea cual fuere su dirección, dejamos a la reflexión de los cronistas muy curiosas comprobaciones.

En el plano de los tesoros, las revoluciones —esas guerras de jungla— son prolíficas en tesoros de toda especie, siendo el fin oculto del vencedor el robar las riquezas del vencido, intentando éste, por cierto, librarse de tan mala suerte.

En 1789, y hasta 1793, centenares de miles de franceses, señores ricos, abates poderosos, tímidos burgueses y pobres diablos, huyeron de su patria o perecieron asesinados, pero no sin antes haber escondido en lugar seguro sus riquezas de grande o modesta importancia.

En Vandea, antes de su exterminio, los Blancos escondieron su oro en miles de escondites, y ni el suplicio del fuego, ni la guillotina, ni las torturas les arrancaron de su mutismo.

Los que escaparon de la muerte, castellanos en su mayoría, volvieron más tarde en secreto a llevarse sus bienes, en todo o en parte; muchos, no obstante, murieron en el destierro después de haber dejado un plano de su escondite, pero está probado que diez años después de esconderlo hay cinco posibilidades en diez de que un tesoro no sea encontrado, y el porcentaje sube de siete a diez al cabo de veinticinco años,

tanto más cuanto que la configuración de los lugares corre el riesgo de ser profundamente cambiada.

De aquí la multitud de tesoros de la Revolución que han quedado sin dueño.

Todo esto, que es muy dramático, se mantiene dentro de la norma de los conocimientos admitidos; pero los casos de Conques y de Saint-Antonin (que no son excepcionales) abren nuevos horizontes a nuestra curiosidad.

La iglesia de Conques, en 1789, poseía un tesoro constituido por relicarios prestigiosos que hoy pueden admirarse en la pintoresca ciudad auvernesa: la "Majestad" de Santa Fe, el relicario de Pipino, la linterna de Bégon, todo ello de oro, con esmaltes y talladuras (esmeraldas, cornalinas, berilos, grabados para servir de sellos), que databan del siglo X.

Un día de 1792 llegó la noticia de que delegados de la Convención se dirigían a Conques con la evidente intención de apoderarse del tesoro religioso. En seguida, con unanimidad espontánea, reaccionó la población.

En la noche, un grupo entra en la iglesia, se adueña del tesoro y lo divide en cuarenta partes distribuidas a cuarenta familias. Cuando llegan los revolucionarios, los habitantes fingen sorpresa e indignación: han robado el tesoro de Conques, seguramente unos gitanos.

Interrogatorios, búsquedas, los relicarios permanecen incontrables y los enviados de la Convención retornan a París carilargos.

¡Ni un solo habitante ha dicho palabra, ni uno solo en miles! ¡Es de creer que no había un solo republicano en Conques en 1792!

Pasada la tormenta, las cuarenta piezas intactas vuelven a la iglesia.

La misma comedia en Saint-Antonin (Tarn-et-Garonne), acaso con los mismos revolucionarios; pero esta vez se trata de esconder las campanas de la iglesia, que quieren fundir.

Para hacer entrar las más grandes en los sótanos de la calle Mayor, se despanzurra una casa, por allá se cava, y se tapián las criptas. En un día y una noche, las campanas

quedan escondidas y nuevamente no aparece un solo hombre que sople media palabra: ¡se esfumaron!...

Fueron escondidas con tal esmero que cuatro están aún por descubrir y constituyen el "tesoro de bronce y plata de Saint-Antonin".

Una memoria que data de 1825 da, sin embargo, precisiones muy claras:

*Las campanas de la antigua iglesia de Saint-Antonin están en casa de la señora Alliez, viuda, en un sótano que está bajo la calle de la Plaza, donde se entra por el sótano.*

*No hay puerta, pero en los fundamentos de la muralla que da a la calle hay dos lindas piedras juntas que salen fácilmente y por esa abertura se entra en el dicho sótano, donde están las dos campanas sobre vigas.*

*Hay otras dos campanas en la bodega de M. Bardon, en un sótano que también está bajo la Calle Mayor, al cual se entra por la bodega.*

Los revolucionarios de 1789, tan ávidos de tesoros escondidos, perdieron uno, sin embargo, que se les ofrecía con gran insistencia: el tesoro de la Du Barry.

He aquí cómo el muy republicano Gran Diccionario Larousse, en diecisiete tomos, explica las cosas:

*A instancias reiteradas de la Municipalidad y de la Sociedad Popular de Luciennes, el Comité de Seguridad General terminó por autorizar el arresto de Mme Du Barry.*

*Los principales miembros de esas autoridades locales eran criados de la condesa (especialmente Zamore), y todos conocían los sitios del castillo en que ella escondiera el resto de sus tesoros. Sin contar todo lo que pudieron llevarse esos patriotas de librea.*

Y un poco más adelante:

*Reveló ella, uno a uno, todos los escondrijos en que metiera el resto de sus alhajas y de sus riquezas, pues las tenía aún, y acaso no se haya encontrado todo.*

*Eso le hizo ganar una noche de vida . . .*

No, la Du Barry no reveló todos los escondrijos: el más importante lo mantuvo en secreto hasta el final, tratando de negociarlo a cambio de su vida, pero los sans-culottes se negaron al negocio, acaso porque pensaban haberlo tomado todo o porque, además del oro, les agradaba ver rodar por el patíbulo la cabeza todavía encantadora de la favorita del rey.

La tradición, recogida por Henri de Rochefort, dice que las más bellas alhajas de la condesa, y un cofrecillo de monedas de oro, están escondidos en el parque de Sceaux.

Henri Camille de Colmont, hidalgo del Châlonnais, sufrió idéntica suerte a la de la Du Barry, y por las mismas razones.

Ese capitán, ex pretendiente en 1762 de Marie Corneille, pupila de Voltaire, se casó en 1779 con una rica heredera de Villefranche (Ródano).

*Cuando rugió la Revolución, logró a fuerza de ingenio poner de lado quinientos o seiscientos luises de oro, que a los primeros trastornos escondió en una de las avenidas de su jardín.*

*Poco querido en los alrededores, denunciado como aristócrata y falsamente como emigrado, fue detenido, liberado, apresado de nuevo y, tras un juicio inicuo, ejecutado con su mujer por los revolucionarios que querían apropiarse de su tesoro.*

Colmont murió sin revelar el sitio del escondite y los revolucionarios cavaron inútilmente en el jardín.

Su proceso fue tan odiosamente parcial que sus asesinos fueron juzgados a su vez y guillotinado.

El tesoro estaría ya en la antigua propiedad de la familia

Jacquet de La Colonge, en Villefranché, ya en su castillo de La Cruzille, parroquia de Chatenoy-le-Royal.

Felizmente, muchos perseguidos escaparon del furor ciego de las masas incontroladas; felizmente también para la causa de los buscadores modernos, tuvieron la buena idea de dejar sus tesoros sin dueño, ya porque murieron en el exilio, ya porque no se atrevieron a regresar a Francia.

Este fue el caso del señor de Lamboulas, ricacho de la región de Moissac; no pudiendo llevarse la totalidad de su fortuna en su fuga a España, escondió en su propiedad "un cuero entero de buey" lleno de piezas de oro y de plata. Antes de morir en el exilio, confió al fiel servidor que le había acompañado el secreto del emplazamiento del escondite: "en el terraplén del riachuelo que pasa cerca del castillo, al pie de un gran sauce".

Años después, vuelto a Francia, el confidente buscó el tesoro en el valle de Luc, pero había transcurrido demasiado tiempo: el valle se había vuelto pantanoso y cubierto de sauces, por lo que las búsquedas fueron vanas.

Y como su patrón a la hora de su muerte, el fiel servidor transmitió, en parecidas vísperas, el secreto a los miembros de la Cofradía de San Matías, de la iglesia de San Pedro de Moissac.

El secreto, en 1962, es propiedad de la familia Baret, hortelanos de Moissac.

En Bois-Charmant (Charente-Maritime), otro tesoro abandonado yace al pie de un árbol más reconocible que el sauce de Luc, ya que ese árbol "está siempre verde". Sin duda, se trata de algún pino o un abeto.

En Bois-Charruau, no lejos de La Romagne (Maine-et-Loire), un tesoro de 1789 puede ser encontrado gracias a estas indicaciones..., en verdad sibilinas:

*Cien pasos adelante,  
Cien pasos atrás,  
Una barrica de oro y una barrica de plata,  
Dos espadas en cruz marcan el lugar.*

De la misma época, pueden anotarse: dos jarras de oro enterradas en el castillo de Bourdeilles (Dordoña); 1.500.000 libras de oro "en el palacio del marqués de Chambray, calle de la Mirada, en París"; el tesoro de los señores de Beaulon en su castillo de Allier, pero quien excave el suelo será picado por las cinco víboras rojas que defienden el escondrijo; el tesoro de la abadía de Jumières, cerca del tejo del claustro; 2.000.000.000 enterrados en el Louvre por Luis XVI en 1789; la esmeralda del tamaño de un corazón humano del castillo de Malicorne (Sarthe); una piel de vaca repleta de piezas de oro de los castellanos de Mirandol (Lot) en su castillo con fantasmas.

Además, existen los tesoros de los subterráneos: oro y campanas de bronce en los de la abadía de Saint-Acheul (Paso de Calais), relicarios, joyeles, cofres de luises de oro en los de casi todos los castillos en ruinas.

Los monjes de la abadía de Faize (Gironde) huyeron de la Revolución con sus reliquias y sus tesoros, pasando por un subterráneo que alcanzaba hasta Lussac. Pero cuando llegaron a la luz, tenían las manos vacías y el subterráneo se llenaba de agua.

Desde entonces ha permanecido inundado.

Es en un subterráneo —el hecho está demostrado— donde duerme el muy histórico tesoro de Mans, que tiene sus credenciales y fue autenticado por numerosos cronistas, entre ellos el erudito André Bouton, arqueólogo de la ciudad e historiador eminente.

El 3 Vendimiario del año I de la República Francesa, Una, Indivisible y Primera (24 de septiembre de 1792), el rico, el opulento convento de las ursulinas de Mans vivía en medio del terror. Después de tres años de sobresaltos, las religiosas estaban amenazadas de expulsión y —al menos, así lo creían— de las peores represalias republicanas.

En realidad, no se trataba sino de transformar el convento en prisión, pues éstas faltaban en toda Francia, y de convertir, en las Casas de Monedas, la platería eclesiástica

en piezas de treinta y de quince sueldos, de que la Convención estaba necesitadísima.

Por cierto, las religiosas y su superiora, Louise Desportes, hicieron lo posible por salvar los bienes de la comunidad. Así se creó el tesoro de las ursulinas de Mans.

Sacerdotes de San Julián vinieron antes del alba a anunciarle a Louise Desportes la visita de los oficiales municipales E. Chevereau, L. Franchet y Toussaint Gargant, que vendrían al otro día a las nueve de la mañana.

Así, pues, antes de despuntar el día, la superiora tomó sus precauciones: en la gran mesa del refectorio, cinco cofres de madera se hallaban abiertos y algunas monjas de confianza se afanaban en depositar en ellos las principales riquezas del convento.

Aproximadamente, la nomenclatura del tesoro era la siguiente:

- copones, cálices, copas, vinajeras, cubiertos de plata;
- una custodia, candelabros de plata, un crucifijo de oro;
- dos pilas, incensarios, relicarios;
- documentos y pergaminos;
- rollos de monedas de oro y de escudos de seis libras.

Y se dice también: tres campanitas de la capilla, una de plata sobredorada; las otras de plata y de acero, respectivamente.

Llenos estaban ya los cofres cuando la hermana vigía vino a anunciar a “un hombre de cara horrible . . . , un municipal, en fin”, que pedía entrar en el convento.

—Hágale pasar —dijo Louise Desportes.

La hermana lanzó una mirada de desesperación a los cofres con las riquezas; pero la superiora reiteró su orden.

El municipal, cubierto con un amplio sombrero empenachado, un largo sable al cinto, llevaba un gran saco, “cuya sola vista hizo palidecer a las religiosas”<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> X. M. “El Amigo de las Leyes”. Junio 1836.

Las ursulinas se retiraron entonces, y la superiora, a solas con el hombre, le habló familiarmente:

—Jean —le dijo—, le necesito y tengo que contar con su discreción absoluta.

El presunto “municipal”, un albañil llamado Dorizon, se inclinó con respeto.

—Nada de juramentos conmigo, señora —replicó—. Usted ha hecho tales servicios a mi familia, que seré su servidor hasta la muerte.

—Muy bien. En tal caso, pongámonos inmediatamente al trabajo. Hay que transportar estas riquezas a un subterráneo, amurallarlas en seguida y pronto. Tome un cofre y sígame.

Encendió una vela, cerró los postigos del refectorio y levantó una trampa entre las losas. Luego, seguida del albañil, se internó por una escalera que llevaba a Clos de Gazonfière según una versión, al cercado de las ursulinas según otra crónica.

El albañil y la monja caminaron largamente; pero acaso se trataba de una treta para desorientar a Jean Dorizon.

Por fin se detuvo la abadesa.

—Es aquí —dijo— donde hay que cavar. He contado los pasos y anotado el sitio.

El albañil hizo cinco viajes semejantes para transportar los cofres y, con ayuda del pico y a la débil luz de una vela, atacó vigorosamente el lado derecho de la bóveda.

Hizo una gran excavación, escondió los cofres y tapó la muralla empotrando las piedras de manera tan diestra que toda huella del trabajo tornóse invisible.

Hecho esto, la abadesa marcó el emplazamiento del tesoro con una cruz e hizo que el albañil diera un gran rodeo antes de volver a la salida.

Se acercaban a la trampa cuando una gran bulla se oyó por sobre ellos; los gritos de las monjas les advirtieron que los municipales —los auténticos— acababan de llegar al convento.

En su prisa por subir y en su turbación, la abadesa dejó

caer la vela, que se apagó, y tuvieron que trepar la escalera en la oscuridad.

Esto es más o menos todo lo de histórico que se sabe acerca del tesoro de Mans, como fue contado por los cronistas.

El convento fue demolido en el siglo XIX y reemplazado por los jardines Tascher. No hubo más iglesia, salas, subterráneos; todo cambió de aspecto.

Jean Dorizon vivió largo tiempo, pero su discreción fue absoluta y de la aventura no reveló cosa alguna.

La abadesa se retiró a Vire, en Normandía, y cuando el conde de Tascher, pariente de Josefina de Beauharnais y buscador de tesoros, la encontró, Louise Desportes se había vuelto sorda, ciega y tan débil por los años, que de ella no se pudo sacar casi ningún dato útil.

Aseguró que la vela se había perdido muy cerca del escondrijo. Como se sabe que la abadesa se hallaba entonces no lejos de la salida del subterráneo, puede deducirse que el tesoro se escondió a poca distancia del refectorio.

En cuanto a las largas caminatas por la galería, se efectuaron con el propósito de enredar las pistas, a menos que hayan sido inventadas simplemente, como creemos. En efecto, es inverosímil que Louise Desportes haya querido engañar así a un albañil manifiestamente familiarizado con esos lugares y que debía conocer mucho mejor que ella los rincones y recovecos del convento.

Además, esa historia de "largos" subterráneos hace creer que el trayecto fue, al contrario, cortísimo, en un túnel de pequeña longitud.

El señor de Tascher emprendió búsquedas importantes y onerosas, ensayó en vano el poder equívoco de los rabadomantes y gastó 100.000 escudos en 1882 para desenterrar el tesoro avaluado en 4 ó 5.000.000 oro.

Detalle notable: la vela se encontró durante los registros municipales.

El secreto del escondrijo no está perdido, no obstante, y se certifica que una personalidad de Mans del siglo pasado sabía con toda exactitud dónde se encuentran los cinco cofres.

Hoy, una descendiente de esa persona sería la heredera de los planos reveladores. En tales condiciones, se pregunta uno por qué el tesoro no se ha recuperado.

Tal vez porque durante una época, el propietario del terreno —¿el Estado, el señor Gargant?— no daba garantías suficientes para que en caso de hallarse, el tesoro volviera a la autoridad religiosa.

¿Acaso por el hecho de que sea ahora inaccesible el escondite?

¿O porque el tesoro ha sido robado?

Se cuenta que hacia 1875 un extranjero arrendó una casa en la calle Champgarreau (Albert Maignan), hizo excavaciones en su bodega y desapareció muy misteriosamente. ¿Encontró los cofres ese buscador? Es muy poco probable.

El Club de Buscadores de Tesoros, y particularmente los señores Lejeune y Boudet, de Mans, han estudiado minuciosamente la tradición confrontándola con el estado actual de los lugares.

Parece que el tesoro fue escondido en el antiguo pasaje subterráneo que unía el convento con el Gran Cercado casi contiguo, pasaje que se llamaba bóveda de las Arenas o bóveda de las Ursulinas.

Medía 4,52 metros de ancho, unos 30 metros de largo y 3,50 metros de altura abovedada; estaba empedrado y permitía el paso de las mayores carretas. Lo cerraba una gruesa reja.

Este pasaje o túnel se sitúa hoy bajo la Plaza de la Estrella entre la calle de las Arenas y la de las Ursulinas, y debe existir aún, parcialmente tapiado, pues fue descubierto en 1906 al instalarse unas cañerías de agua. Se encuentra su huella en el sótano del Banco de Francia y bajo las calles Albert Maignan, Gougeard y las Ursulinas.

Ahí está el tesoro. . . , tal vez en alguna galería desplomada, acaso en una bodega de las casas que bordean la Plaza de la Estrella.

Esos tesoros de la Revolución existen por millares en la tierra de Francia, y no hay castillos, abadías o viejas man-

siones que no cuenten con sus tradiciones o pergaminos en que se habla de riquezas ocultas.

El tesoro de Luis XVI es uno de los más célebres —aunque problemático— y se le sitúa en varios lugares, y aún fuera de Francia.

Se habla de 2.000.000.000 que el rey habría enterrado en el Louvre, pero el tesoro del “Telémaco” está más acreditado.

El *brick* “Telémaco”, disfrazado de barco mercante, se hundió accidentalmente el 3 de enero de 1790 más allá de Quilleboeuf (Eure); de 26 metros de largo, con una capacidad de 130 toneladas, era comandado por el capitán Adrien Quemín (o Cumming) e iba de Ruán a Londres por el Sena, con carga de alquitrán y madera de construcción.

Echó anclas en Quilleboeuf para dejar pasar la marea; pero en la noche, cortando sus amarras, fue a hundirse en el extremo de la ciudad, ante el faro.

El “Telémaco” iba escoltado por una goleta, que exigida por los revolucionarios entregó la platería de la familia real.

En el *brick* se dice que estaban ocultos los tesoros personales de Luis XVI y los diamantes de María Antonieta.

El detalle de las riquezas sería el siguiente:

—2.500.000 libras en oro, pertenecientes al rey;

—el collar de diamantes de María Antonieta: 1.500.000 libras;

—orfebrería;

—objetos de plata y objetos del culto de la abadía de Jumièges y de San Martín de Boscheville;

—500.000 francos en lises de oro;

—las fortunas de cinco abades y treinta emigrados “de alta distinción”.

El confesor de Luis XVI y un monje de la abadía de Jumièges habrían confirmado la existencia de la mayoría de esos tesoros.

Los restos del “Telémaco” fueron hallados en el limo, a una profundidad de 17 metros; entre 1830 y 1850 los levan-

taron, pero los cables se rompieron, y de este modo bajaron de nuevo al fondo del agua.

Búsquedas hechas en 1939 no lograron sino el hallazgo, por lo demás discutido, de cinco antorchas de cobre y de hebillas de escarpines. Fuera de eso, no hay certeza alguna de que se trate de los restos del "Telémaco".

La autenticidad del tesoro está, no obstante, atestiguada por numerosos informes y por confidencias recogidas de boca de un descendiente del camarero de Luis XVI.

Según otros documentos —dudosos—, parte de las alhajas de la Corona fue enterrada en las costas de Nueva Escocia, en la isla del Roble (Oak Island), en 1795.

Desde 1800, el tesoro fue buscado muchas veces, siempre en vano; en 1909, Franklin Roosevelt, buscador decididamente infortunado, participó en una expedición que fracasó por completo.

En Verdún, en la tierra sagrada, destruida por el hierro, regada de sangre y confidente muda de los últimos estertores de los muchachos de 1914-18, están escondidos, según una tradición, los tesoros de las "Vírgenes de Verdún".

Fue en 1794. Doce jovencitas de la ciudad, culpables de haberle ofrecido, al parecer, una canasta de almendras al duque de Brunswick, fueron guillotinas por los republicanos.

Lamartine ha escrito al respecto:

*Traídas a París y llevadas ante el Tribunal, su edad, su belleza y la antigüedad de la injuria no fueron consideradas como excusas por los triunfantes vengadores de la República.*

*Fueron enviadas a la muerte por el crimen de sus padres (que habían emigrado). La mayor tenía dieciocho años. Todas estaban vestidas de blanco. La carreta que las conducía parecía un canastillo de lirios cuyas cabezas flotan al movimiento de los brazos.*

En suma, fueron cercenadas las cabezas de doce jovenci-

tas, y entre las víctimas figuraban: las hermanas Watrin, Anne, de veinticinco años; Henriette, de veintitrés, y Hélène, de veintidós, hijas del antiguo presidente de la bailía de Verdún y sobrinas de la linda baronesa de la Lance, también ejecutada; asimismo iban allí las hermanas Henry: Suzanne, de veintiséis años, y Gabrielle, de veinticinco.

Se dice que Anne Watrin, antes de ser detenida, enterró las 10.000 libras de su dote, sin duda en las caballerizas de su mansión.

Suzanne y Gabrielle Henry habrían escondido un tesorito de 5.000 escudos en su jardín, donde estaría aún.

Por fin existen los innumerables tesoros de Vandea.

El historiador local Jean Lagniau, de Beaurepaire, conoce mejor que nadie los mil secretos y anécdotas dramáticas.

Auténtico chuan —en el noble sentido de la palabra—, patriota orgulloso del blasón vandeano de dos corazones entrelazados bajo la corona y la cruz cristiana, el señor Lagniau cuenta con agrado, en las veladas del anochecer, las hermosas historias de los tesoros del Boccage y del Marais.

Bajo las cenizas, las castañas crujen y estallan, la sidra y el vino dulce refréscanse en buen lugar y, en esa atmósfera quieta, las guerrillas de los antiguos tiempos resurgen más vivas y crueles.

*Cuantos poseían algún bien lo pusieron fuera del alcance de los Azules, escondiéndolo a menudo bajo las piedras del hogar, bajo los umbrales de las puertas, al pie de los árboles, pues las casas eran generalmente incendiadas y no era prudente utilizar los escondrijos del suelo o las armazones.*

*Los republicanos mataron 300.000 personas; familias enteras —padre, madre, hijos— fueron asesinadas, de manera que con frecuencia nadie quedó vivo para volver en busca del tesoro.*

*En Soullans, en el Marais, la familia Pivoín huyó al extranjero, a excepción de Paul, el padre, que permaneció en su casa para tratar de salvar su fortuna.*

*Su calidad de burgués adinerado le hizo pronto sospechoso del Comité Revolucionario, que vino a visitarle.*

*—Eres rico —dijo un sans-culotte— y nosotros somos pobres. Deberíamos matarte; pero te dejaremos vivo si nos dices dónde está tu dinero.*

*—Mi familia todo se lo llevó en su fuga —respondió el “chuan”.*

*—Cuando se huye es porque se tiene mala la conciencia...*

*Los revolucionarios registraron en vano cada pieza de la casa y, furiosos, pasaron a los grandes medios.*

*Paul Pivoín fue amarrado, despojado de sus zapatos, y pusieron sus pies desnudos sobre los carbones encendidos de la imponente chimenea, que todavía existe. Tan porfiado como sus verdugos eran obstinados, no dijo palabra; entonces, pensando que no podían dejar a sus espaldas un testigo con los pies quemados, un desalmado le hizo saltar los sesos de un pistoletazo.*

*Nunca se encontró el tesoro; algunos pretenden que está escondido bajo las piedras de la chimenea que vio la tortura de Pivoín.*

*El señor Lagniau se refiere también a otra tradición del burgo de Fontaines, cerca de Fontenay-le-Comte.*

*En el solar, los propietarios escondieron en 1793 sus monedas de oro y de plata, cerca del viejo palomar.*

*El solar fue incendiado por las Columnas Infernales y el tesoro nunca se encontró.*

*Dejamos al relato de nuestro informador toda su sal de terruño y su prejuicio simpático e inofensivo.*

*Quienquiera encontrar la puerta de oro macizo cincelado del tabernáculo de la iglesia de Epesses debe buscarla en el piso de la iglesia o en la cripta.*

*A menos que haya sido robada por el notario del burgo,*

*que durante la guerra de Vandea se hizo de una enorme fortuna.*

El magnífico y pesado Cristo de oro macizo del castellano Girard de Beaurepaire está siempre oculto en el subterráneo que une el castillo con la iglesia de la parroquia.

*Los descendientes de una criada del castillo de la Boucherie, cerca de Landes-Génusson, cuentan por haberlo oído de sus antecesores, que esa criada, llamada Testaud, trabajó con sus amos en el ocultamiento de su tesoro en 1793.*

*Bolsas y cofres llenos de oro y de plata, copas preciosas, platería de mesa, etc., todo fue celosamente encerrado en una gran barrica circuida de hierro, que se transportó en la noche y con mil precauciones a un lugar hoy desconocido, entre el castillo de la Boucherie y el molino de Landes.*

*Y la barrica plena de oro y plata nunca fue descubierta.*

*En la noche que siguió a la toma de Gaubretière, el 10 de marzo de 1793, los vandeanos se concentraron para preparar el asalto del gran burgo de Herbiers.*

*En la noche del 10 al 11, Pierre Prosper de Boisy, caballero, marqués de Landebaudière, presintiendo que la batalla sería tremenda, puso en un gran cofre con amarras de hierro sus valores en oro, plata, alhajas, y luego ayudado por su criado Saint-Paul cargó el cofre en una carreta y fue a esconderlo en una de sus alquerías.*

*A principios de enero de 1794, el marqués y su sirviente fueron fusilados por los Infernales en la plaza de Noirmoutier.*

El tesoro está aún intacto; el castillo de Landebaudière y sus alquerías han sido vendidos, pero el acta prevé que en caso de descubrimiento la propiedad del tesoro vuelve a los herederos del señor de Boisy.

Charette, llamado por Lenôtre "el Rey de la Vandea", y que durante la guerra comandó los ejércitos reales en el sec-

tor de Nantes a Sables-d'Olonne, dispuso de un fuerte tesoro de guerra nutrido en parte por los ingleses.

En 1794, Charette buscó refugio en los bosques de la Chaize y de Gralas; en un claro de este último, cortado por un riachuelo y llamado aún "El Refugio", se alzaba entonces una verdadera ciudad.

*Ramas apoyadas en troncos de árboles y sostenidas por fuertes puntales formaban la armazón de la casa; otras ramas entrelazadas y tapizadas de porciones de césped servían de muros.*

*Esas cabañas alineadas en varias filas daban el aspecto de calles de hierba corta y dura...*

*Dos pozos daban agua potable al pueblecito, dos pozos de albañilería que aún existen, llenos de barro, y que desempeñaran un papel de primera en la historia de los tesoros de Charette.*

En julio de 1795, el general Hoche, poco deseoso de toparse con jefes vandeanos que hasta entonces le infligieran sangrientos reveses, escribió al general Delage: "Charette tiene seis mil luises de oro; prométalos a quien lo traiga muerto o vivo..."

Con gran dignidad, Travot y Delage responden: "Cogeremos a Charette, pero si encontramos sus luises de oro los repartiremos, si usted quiere, entre los hospitales de Angers, de Nantes y de Sables. El oro inglés pagará las drogas con que curaremos las heridas de nuestros soldados".

Tres meses después, gran agitación en el bosque de Gralas: los Azules atacan poderosamente, y los Blancos, dominados, se repliegan en desorden. Charette ordena poner en dos caballos sacos amarrados de dos en dos y repletos de víveres, municiones, documentos; pero los bagajes se componen también de dos grandes maletas, sólidas, bien amarradas: contienen el tesoro de Charette, y el oficial tesorero del ejército pide, al respecto, instrucciones.

—El oro no se pudre —responde Charette.

Y una maleta es arrojada a uno de los pozos; la otra es llevada a lomo de caballo.

A pesar del heroísmo de los vandeanos y de los mercenarios alemanes, Charette se bate en retirada y se despoja al máximo; así, al pasar por Andrière, cerca de Saint-Denis-la-Chevasse, la última maleta de oro es arrojada a su vez al pozo del pueblo.

—Volveremos a buscar nuestro tesoro —dice el jefe a algunos confidentes.

Pero ninguno escapó a la matanza y el tesoro habría quedado en el agua, si un marido burlado por Charette no se adueñara de él, como se pretende.

Pero bien puede ser que las maletas con oro del jefe vandeano estén aún en el fondo de los pozos de "El Refugio" y de Andrière, porque si es histórico que los tesoros fueron allí arrojados, no hay prueba alguna de que hayan sido retirados.

Numerosos tesoros fueron encontrados:

*El tesoro del señor De Joubert de Landreau escapó de las Columnas Infernales y se recuperó; estaba escondido al fondo de la chimenea de la granja de la Meancièrre, cerca del monte de las Alondras, tras una placa de hierro.*

*Siempre en esa región del Haut-Bocage, hacia 1900, un granjero de la aldea de la Señoría, el viejo Rondeau, mientras trabajaba en uno de sus campos al borde de la ruta de la Gaubretière a Bazoche, en Paillers, vio detenerse un hermoso coche del que bajaron dos señores vestidos con esmero.*

*Los desconocidos preguntaron dónde se encontraba el campo de la Cruz, y si la cruz que en otro tiempo allí se hallaba no había sido quitada.*

*Rondeau les condujo al lugar y les mostró lo que quedaba de la antigua cruz de granito, de brazos cortísimos, que reposaba sobre una gran base de albañilería, como se ve en los cruces de los caminos.*

*Los desconocidos agradecieron y se marcharon, pero días después, al volver al campo de la Cruz, Rondeau se sorpren-*

*dió al ver que el zócalo había sido demolido, quedando al descubierto un escondrijo, ahora vacío.*

El antiguo tesoro había sido recuperado una noche, sin duda por descendientes del propietario emigrado.

En Nieul-le-Dolent subsisten vestigios del castillo del caballero Joseph Robert, señor de Chaon la Moricière, Vildor y otros lugares.

En 1660, el caballero se batió a duelo con su vecino el señor de la Burcerie, y tan furiosamente que ambos se mataron.

Nunca se encontraron los tesoros del señor de Chaon, y dice la tradición que el pozo de la granja de Vildor oculta "un juego de bolos de oro", que el poderoso señor habría hecho fundir.

En 1950, el granjero bajó al pozo, con pretexto de limpiarlo, pero sobre todo por curiosidad.

*Vio a 2,70 metros del suelo, en la pared, enormes trozos de robles, entre los que hundió una horquilla sin encontrar fondo ni resistencia.*

*El juego de bolos de oro está posiblemente escondido ahí, o bien bajo las losas del estanque o en el subterráneo hoy tapiado que se encuentra cerca de los edificios.*

Sea como fuere, se cuenta que uno de los antecesores del granjero, habiendo encontrado en la tierra una "barra de hierro" de feo aspecto, la llevó al herrero de Nieul para hacer con ella una pieza de arado.

Qué sorpresa la del artesano cuando, al martillar, se dio cuenta de que la famosa barra de hierro... era de oro.

Se dice también que unos vagabundos que durmieron en la granja de Vildor encontraron trozos de metal de que se valieron para herrar sus zuecos. ¡Y esos trozos eran de oro!

La crónica se ocupa también de otra historia del tesoro de Charette, el que perseguido por los Azules antes del desastre del bosque de Gralas hizo colocar grandes riquezas

en un fuerte saco suspendido en dos pértigas entrecruzadas en las albardas de cuatro caballos.

En ese saco no sólo había monedas, sino también alhajas, entre ellas varios collares hechos de láminas de oro.

Al pasar un pantano, Charette, perseguido de cerca, cortó las correas y el saco cayó al agua.

Un criado de la familia Lindreau encontró las láminas de oro de los collares y de ellas se valió para herrar sus zuecos.

Su patrón, más astuto, reconoció el oro, y cambió esas láminas por buenos trozos de hierro forjado, lo que el criado aceptó.

Al saber dónde se habían encontrado las láminas, Lindreau se robó el tesoro de Charette. Murió poco después, y cuentan que los que le velaban la noche fúnebre vieron salir de la pieza del granjero una inmensa ave negra.

El cuerpo de Lindreau había desaparecido, y pusieron leños en su ataúd para ocultar ese hecho demoníaco.

Se dice . . . , se dice . . . ; evidentemente, muchas leyendas o historias falsificadas se cuentan, pero no es normal que Vandea, y más precisamente Soulans, Beaurepaire, Epesses, Nieul-le-Dolent y Vildor, de predestinado nombre, sugieran cofres con luises de oro, a veces salpicados con la sangre azul de los aristócratas, que siglos republicanos han tornado en herrumbre purpurina.

*Los tesoros del culto*

**E**N FRANCIA, al parecer, los tesoros del culto brotaron directamente de la revolución de 1789, como manaron los tesoros de Vandea y los de los aristócratas guillotizados u obligados a un viaje sin regreso.

En América del Sur, la revolución de la Independencia fue igualmente buena proveedora de riquezas enterradas, y no es raro encontrar copones, crucifijos, estatuas sagradas en las nomenclaturas de los tesoros.

A esas causas mayores se añaden causas particulares: persecuciones recíprocas de partidos religiosos, tesoros de los cátaros, de los jesuitas y de los templarios.

Hecho extraordinario que se debe señalar: no se conocen tesoros del culto en la católica España, que, habiendo tenido la Inquisición, escapó hasta 1936 a las catastróficas guerras de religión y a los furores de las masas.

A decir verdad, los grandes tesoros como los de los cátaros, los jesuitas y los templarios no tienen existencia demostrada, y puede tenerse por asombroso que ningún sobreviviente de una gran colectividad haya quedado para divulgar los lugares de los escondites.

Sea como fuere, para muchos historiadores poseían los cátaros grandes riquezas que lograron ocultar de la avidez de sus enemigos.

En 1243, el senescal de Carcasona sitió a los últimos albigenses —o cátaros— en el castillo de Montségur, situado en

el Ariège, al sur de Lavelanet, en una roca escarpada de 1.207 metros.

En 1244, logrando los católicos un temerario escalamiento, pudieron embestir un ala de la fortaleza. Viéndose perdidos, los cátaros fanáticos, después de recibir el sacramento del Consuelo, se lanzaron a las llamas de una gran hoguera que encendieran; otros, en gran número, fueron quemados vivos por los asaltantes.

Los cátaros albigenses pasaban por poseer grandes riquezas de que no hacían caso alguno, y que según un relato histórico habrían sido evacuadas antes de la capitulación de la fortaleza.

Según Armand Roger de Mirepoix, que vivió esas horas trágicas, el tesoro habría permanecido en el castillo hasta febrero de 1244; luego, en una noche tenebrosa, tres herejes, llamados Amiel, Aicart y Hugo, fueron bajados por medio de largas cuerdas hasta el pie de la roca, con la misión de transportar a lugar seguro las riquezas de la secta.

Pero no habiendo podido cruzar las líneas de los asaltantes, los tres hombres habrían enterrado esos bienes en los bosques de Serrelongue o en la gruta de Lombrive, cerca de Ormolac, por sobre los baños de Ussat.

Es en esa gruta de múltiples ramificaciones, de varios kilómetros de largo, donde los cátaros habían instalado su iglesia secreta. Centenares de ellos fueron emparedados con su obispo y se dejaron morir de hambre antes que abjurar.

Otras tradiciones circulan, no obstante, en la región. Los tesoros habrían sido arrojados al fondo de un pozo natural en el castillo de Montségur, pozo que luego fue colmado, o habrían sido escondidos en los vastos subterráneos de la fortaleza.

Napoléon Peyrat, historiador acaso demasiado crédulo, fiándose de los relatos de los pastores, ha escrito que los flancos de la montaña encerraban una ciudad subterránea surcada por largas galerías. Una escalera en espiral bajaría del castillo al pueblecito, y aún hasta el río Hers, lo que es inverosímil.

Al pie de la escalera existirían hipogeos y grutas espacia-  
sas donde se conservaría el Santo Graal.

Un buscador de tesoros, Arnaud de Bordeaux, efectuó ex-  
cavaciones a una treintena de metros bajo el castillo, en la  
esperanza de encontrar la milagrosa escalera o una galería  
de la ciudad subterránea; pero hubo de abandonar ese tra-  
bajo gigantesco que se reveló inútil.

Parece probable, sin embargo, que los tesoros de los cáta-  
ros estén escondidos en alguna parte de los alrededores de  
Montségur, o bien en Rennes-le-Château (Aude).

Venido de otras guerras de religión e igualmente histórico  
es el tesoro de Crain, donde ya la leyenda ha bordado un  
festón maravilloso con protección oculta determinada por  
un loable anhelo de salvaguardia contra intentos impíos.

Una dama blanca vela sobre el tesoro, pero —según se  
dice— favorecería las búsquedas inspiradas por un móvil  
encomiable.

La historia remonta a la noche trágica del 27 de septiem-  
bre de 1567, cuando los hugonotes se apoderaron de Auxé-  
rre, matando a los católicos y saqueando las iglesias con un  
furor demencial.

Por cierto, el robo se asoció a la acción militar, al sectaris-  
mo religioso, y entre los más encarnizados ladrones se hizo  
notar Jacques de Loron, señor de la Casa Blanca de Crain.

En su "Historia de la Toma de Auxerre", el abate Leboeuf  
relata el saqueo de la ciudad y de los relicarios, vasos y  
ornamentos que figuran en el inventario de la catedral.

*En el Gran Tesoro: una cruz, un joyel, una capilla en mi-  
niatura que contenía un trozo de la mandíbula de San Lo-  
renzo, un relicario que representaba a María y Salomé, un  
crucifijo con madera de la auténtica Cruz, otro relicario...,  
objetos todos de un precio inestimable, de plata dorada; es-  
tatuas de San Pedro y de San Juan Evangelista, cubiertas  
de plata dorada.*

*En el Pequeño Tesoro: las llaves de San Amatre obispo, de  
San Justo niño (?), engastadas en plata dorada; cajas, re-*

*licarios, servicios de mesa, cruces, candelabros, incensarios, cálices, casullas, dalmáticas, capas, etc.*

Todo eso fue roto, robado o echado a la calle, con carbunclos, granates, zafiros, amatistas y otras piedras preciosas venidas de dádivas hechas por todos los obispos que hasta entonces se habían sucedido en la sede episcopal de Auxerre, o por príncipes transeúntes o por los reyes de Francia.

Las campanas fueron fundidas, los sepulcros abiertos para robar el cobre; el plomo de las columnas, los bronce de los candelabros y de las pilas fueron convertidos en balas y en cañones.

Las crónicas testimonian que el señor Loron de Crain cargó "en once o diez carretas", inmediatamente dirigidas a su mansión de la Casa Blanca, un botín principalmente tomado en la abadía de San Germán.

Estamos informados de modo preciso acerca de lo que debió constituir el tesoro de Crain, por medio del testimonio de Claudine Ravier, sirvienta del castillo, que el 15 de diciembre de 1610 hizo una declaración oficial ante Jean Lanne, teniente de la bailía particular de Donzouis.

El señor de Loron, en 1567, habitaba el castillo de Crain con su esposa, sus tres hijos, dos muchachos y una joven, y una servidumbre bastante numerosa, de que formaba parte Claudine Ravier, entonces de once años de edad.

Claudine vio llegar a la Casa Blanca, escoltadas por una centena de soldados, "las once o diez carretas" llenas de objetos preciosos, cruces, copones, candelabros y la caja de oro de San Germán.

Los objetos de metal precioso fueron descargados y seleccionados sin duda por orden de importancia, y es probable que una parte fuese distribuida "a los bandoleros de caminos y a los descamisados de los alrededores", que ayudaron al saqueo.

El señor de Loron se reservó, evidentemente, los mejores lotes y la caja de oro, que quiso que fundiera un orfebre de Auxerre. Pero como el trabajo fuera difícil, el castellano de-

ció esconderla en el jardín, según Claudine Ravier; en los subterráneos, según otras fuentes.

La joven criada asegura que fue en el jardín y que para el efecto se requirió la ayuda de un albañil de Clamecy, llamado Denis, que se encargó del trabajo de enterrarla por el precio de veinte escudos.

Era ya de noche cuando el *crot* (foso) fue tenido por suficientemente profundo. Claudine tenía una antorcha en la mano para alumbrar el trabajo; el señor de Loron, su mujer y Denis portaron la caja con la intención de depositarla en el agujero.

Fue entonces cuando la sirvienta tuvo una visión que sólo ella, sin duda, advirtió: una dama blanca apareció mágicamente y con todas sus fuerzas impidió el entierro del cofre sagrado.

Se necesitaron todos los esfuerzos de los tres impíos para llevar a cabo la faena, y cuando Denis quiso llenar el hoyo, la dama blanca comenzó a rechazar la tierra frenéticamente.

La muchachita, espantada, miraba la escena; por fin, la aparición, vencida, huyó lanzando un gran grito de desesperación.

Colmado el agujero y enterrada la caja, los actores del drama volvieron al castillo y se pusieron a la mesa para comer. El albañil estaba sentado cerca de un arcabucero amigo suyo, el cual, terminada la comida, le acompañó por el camino de regreso hasta unos doscientos pasos de la Casa Blanca.

Entonces se oyó un disparo, y Claudine, no repuesta de sus emociones, gritó enardecida:

—¡Ay! ¡Los papistas!

—¡Cállate! —le dijo brutalmente Loron—. Si no lo haces, te sucederá lo mismo que a ese que acaba de caer.

Al otro día se encontró el cadáver destrozado del albañil, y Claudine tuvo la confirmación del crimen que presintiera: Loron, inquieto, había suprimido a ese testigo de sus fechorías, y Claudine, poco segura, no debió la vida sino a las súplicas de su patrona.

Pero sea por ferocidad natural o a modo de advertencia ante una eventual delación, el villano caballero sacó la lengua de la muchacha y la destrozó a cuchilladas.

Durante largo tiempo no pudo hablar Claudine, ni comer alimentos sólidos; pero curaron las heridas y la joven criada sintióse feliz de volver a casa de su padre, Jules Ravier, en Arcy-sur-Cure, donde habitó hasta su matrimonio.

Seis años después, Loron fue ahorcado por los católicos, tras haber escondido y enterrado la caja y algunos tesoros—según se dice— en los subterráneos del castillo.

Claudine, para descargar su conciencia de la involuntaria complicidad, quiso contarles a los dos hijos de Loron la escena de que fue testigo en 1567; pero los descendientes hombres del señor habían muerto prematuramente, y fue al señor de Domecy, que se casara con la hija, a quien la mujer hizo sus primeras declaraciones.

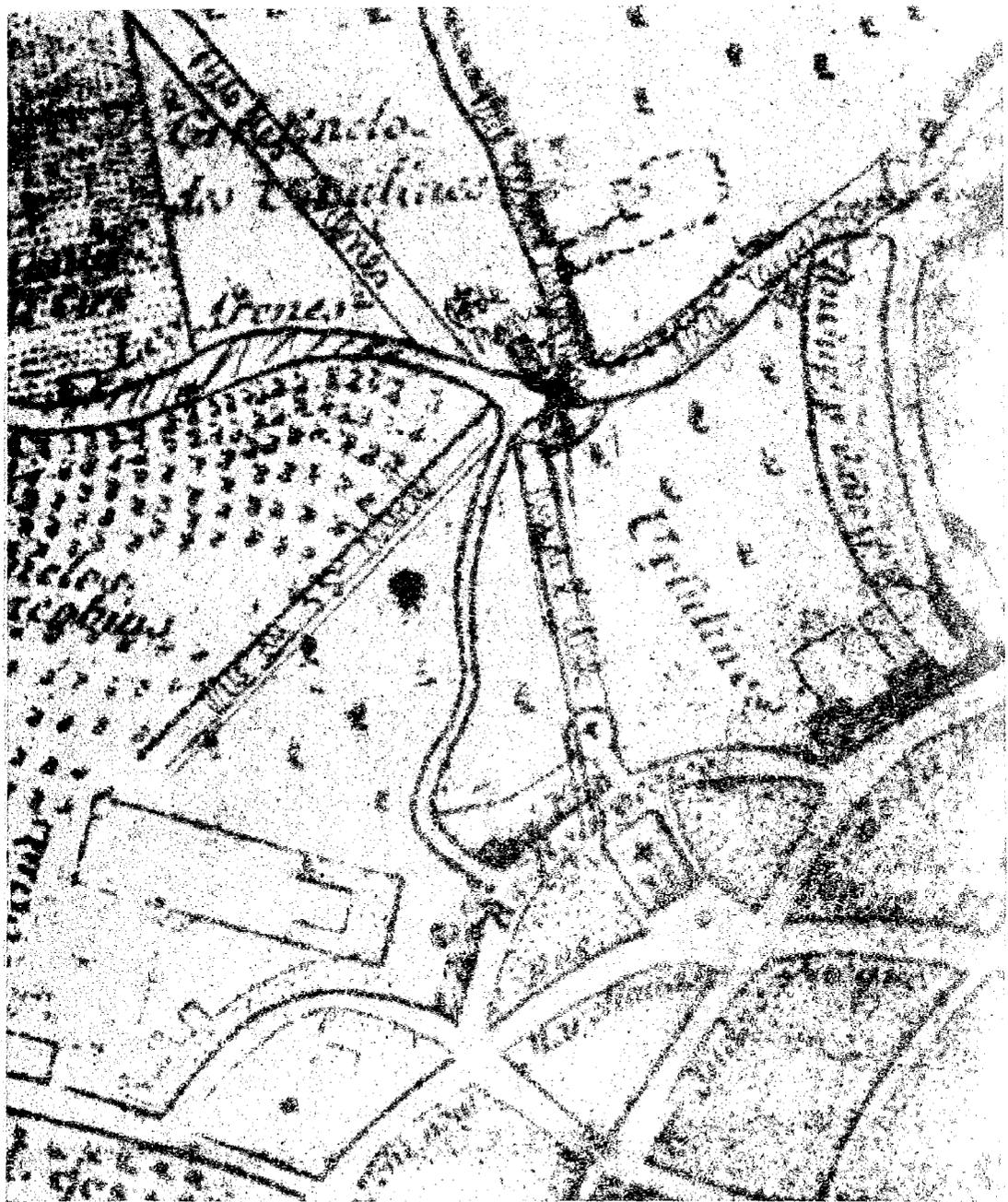
Las renovó a su marido, Claude Villain, domiciliado en Saint-Martin-du-Pré-lès-Donzy, en el Nivernais, quien la decidió a que informara a la justicia.

No obstante, no pudo recordar el sitio exacto del jardín en que se enterrara la caja, lo que es muy normal, dados su estado de ánimo durante el acto y la falta de puntos de referencia en un terreno removido durante cuarenta y tres años desde el día del ocultamiento.

Es probable, sin embargo, que la caja de oro de San Germán esté enterrada todavía en la Casa Blanca, y con ayuda de la imaginación de los habitantes de Crain se asegura que otros tesoros están emparedados o escondidos en los subterráneos. Se habla también de una gallina y doce pollitos de oro macizo que yacerían en las paredes del pozo del castillo. La leyenda, una vez más, no ha tardado en abultar la verdad histórica, o lo que parece serlo.

Hacia 1900, una descendiente del señor de Loron, Henriette Marie Cécile Rabé, para limpiar el sacrilegio de su antepasado, hizo realizar excavaciones que no dieron resultado alguno.

Radiestesistas y videntes localizaron muchas veces el ya-



*Tesoro de Mans. Plano del siglo XVII; el tesoro de las ursulinas está enterrado en el sitio marcado con una cruz. (Arch. CBT.)*

cimiento de la caja y de otros tesoros; pero búsquedas vanas demostraron lo mal fundado de sus pretensiones.

Henriette Rabé murió en 1940, legando su castillo de Casa Blanca al Hospicio de Coulanges. En 1957, una radiestesista y vidente, la señora Ozanne, de París, compró la vieja mansión después de haber tenido un sueño premonitorio muy curioso. La señora Ozanne cuenta la aventura con estas palabras:

—En la noche del 6 de abril de 1957, hallándome deprimida, le pedí un sueño consolador a Nuestra Señora de Siracusa, por quien tengo particular devoción.

"Como un film, una serie de imágenes se desarrolló en mi sueño y partí a Yonne, en busca de verificaciones.

"Encontré en Crain a una mujer que tendía ropa, lo que correspondía a la primera imagen de mi sueño; esa mujer me dijo que el castillo de Casa Blanca estaba en venta y que había un tesoro oculto en los muros o en el jardín; en suma, todo concordaba con lo que venía yo a buscar.

"Vendí todos mis bienes, y ahora el castillo me pertenece.

"Quisiera encontrar la caja para devolverla a la Iglesia, y creo saber dónde se encuentra: no lejos de una ventana de la fachada. Con péndulo he detectado el sitio y espero que la dama blanca venga en mi ayuda.

"Pero no ha llegado la hora tal vez; cuando ésta suene, la dama me hará señas y un rosal florecerá sobre el lugar en que se halle el tesoro.

Ansiosamente, la señora Ozanne espera el milagro y acecha cada primavera el florecimiento de su parque. . .

Los cartujos de Francia, sometidos a la regla de San Bruno, y que vivían retirados en París, Grenoble, Marsella, Villeneuve-lès-Avignon, tuvieron que huir de sus monasterios después de la Revolución.

Los edificios, convertidos en bienes nacionales, fueron demolidos en su mayor parte o vendidos en parcelas, lo que le sucedió a la bellísima cartuja de Villeneuve-lès-Avignon, que las repúblicas del siglo XX, contrariamente a la de 1790,

tratan de salvar de la ruina recuperando los vestigios aún grandiosos.

En esos sitios abandonados, removidos, a veces reconstruidos, donde desde hace cerca de dos siglos se han instalado familias, ha nacido una tradición de tesoro preciosamente recogida por un erudito local, el historiador Laurent Com-mune.

De hecho, esa tradición reposa en bases históricas serias y en ciertos documentos aún mantenidos en secreto, pero que un día permitirán encontrar riquezas en monedas de oro, que pueden evaluarse en unos 500.000.000 de francos.

La Convención, en 1792, necesitó oro para acuñar moneda, plata para mantener sus ejércitos amenazados por toda Europa, y bronce para fundir cañones.

Envió emisarios por toda Francia con la misión de saquear las riquezas de los monasterios, de las iglesias y de todos los santuarios religiosos.

Pero la colecta de los revolucionarios no fue, ni mucho menos, tan grande como lo previsto: por todas las provincias, el pueblo inquieto, tal vez incomprensivo, hostil de seguro, dio la peor acogida a los enviados.

Que esos parisienses, esos marselleses se diviertan haciendo la Revolución, puede pasar, pero venir a vaciar los tabernáculos de sus copones, las criptas de sus candelabros, los campanarios de sus campanas, el buen pueblo francés no lo entendía.

Se cree que los convencionales que fracasaron ante las reliquias escondidas en Conques y las campanas enterradas en Saint-Antonin fueron los que pasaron, a fines de 1792, por la ciudad de Villeneuve-lès-Avignon, de la que acababan de huir los cartujos.

Nuestros emisarios estaban furiosos —se comprende— y decididos esta vez a no dejarse burlar. Lo fueron, sin embargo, si se cree al inventario de las riquezas de la cartuja de que lograron apropiarse:

*En dos armarios de 27 cajones cada uno —escribieron— hemos encontrado:*

*— 120 piezas de oro; 935 de plata; 2.188 de cobre.*

*A lo que hay que agregar:*

*— campanas;*

*— cuadros de maestros, a saber: Le Guide, Mignard, Guerchin, etc., repartidos entre la Colegiala y el Hospicio;*

*— 9.200 volúmenes (vendidos y dispersos en 1812, entre los que había biblias rarísimas y un inestimable talmud).*

Parece que éstas son riquezas muy escasas para una cartuja poderosa que gozaba de las rentas de numerosos dominios, prioratos, granjas, estanques desecados de Rochefort y de Pújaut, y también de dones y legados en que se complacieron los preladados de la corte cuando el Papa residía en Aviñón.

¿Qué se hicieron los cálices, las cruces, los copones, los candelabros, la casulla de Inocencio VI y otras reliquias?

Pues bien, todo aquello había sido escondido con extrema prudencia y tan minucioso esmero, que desde entonces (como para con las campanas de Saint-Antonin) se tornó casi imposible encontrar los tesoros.

No obstante, varias personas saben, con aproximación de algunos metros, dónde se hallan ocultos los millones de lises de oro, y hasta se posee el plano del escondrijo.

En 1790, el prior de la cartuja fue a ver a un honorable de Villeneuve que habitaba la granja de la Chabrelle: David, llamado de la Meynargue.

—Amigo mío —le dijo el eclesiástico—, nos conocemos desde hace tiempo y yo sé que puedo confiar en ti, por lo cual quiero encomendarte una misión de confianza. En agradecimiento, te cambiaré la granja de la Grand' Bastide por una pareja de bueyes, lo que dará valor al negocio.

—No, no —dijo David—. Por anticipado y con mucho gusto acepto hacer el servicio, pero me niego al cambio. El Cielo me recompensará.

—Lo que dices es de buen cristiano, pero haces mal en

rechazar esa granja que muy pronto, como todas las demás, será cedida a vil precio, y sólo Dios sabe a quién.

"La misión que voy a confiarte —añadió— es misteriosa y secretísima; no trates de comprenderla, pero has de saber que se trata del honor y la gloria del Altísimo. . .

Y David de la Meynargue supo entonces que tendría que vigilar con el mayor cuidado ciertos mojones de piedra, grabados con las armas de la cartuja, recientemente puestos en las tierras vecinas.

Bajo pretexto alguno esos mojones debían ser desplazados, pero si por la fuerza lo eran, había que anotar las distancias y trazar un mapa preciso de su situación nueva.

Un año después de esa conversación los cartujos abandonaron su monasterio, salvo el hermano Louis, muy viejo para partir, a menos que tuviese algún encargo como el de David.

El hermano Louis encontró refugio en la gruta de Cabrion, donde vivió dos años, alimentado diariamente, a escondidas, por los hijos de David.

En el instante de morir, asistido por sus salvadores, no pronunció sino estas palabras: "En los Cuatro Caminos".

Exilados en Zaragoza, los cartujos vieron llegar en 1807 a los soldados de Napoleón, y el antiguo prior tuvo la sorpresa de reconocer en un joven jinete a Pascal, apodado Boufigue, de Villeneuve, a quien conociera muchos años y sabía adepto de sus ideas.

Invitó al soldado a su mesa y rompió en tal ocasión, para rememorar las horas pasadas, la regla de silencio de la Orden.

Hubo manifestaciones de simpatía, fortalecidas por un doble exilio, y al final de la comida el prior hizo algunas confidencias:

—Pascal, a tu vuelta a Aviñón, anda a buscar a David de la Meynargue y recomiéndale que continúe sin desanimarse la misión que le confié.

Y como el joven jinete manifestara algunos temores sobre la suerte de la célebre cartuja, agregó el prior:

—Tranquilízate, amigo, acerca del porvenir de nuestro querido monasterio. Aunque fuera completamente arrasado, quedaría oro suficiente para reconstruirlo tres veces.

Vuelto a su país, Pascal cumplió su misión. Los mojones permanecieron largo tiempo en su sitio, salvo uno que, arrancado, sirvió de pilar al portal de la propiedad de Thomas David.

Por cierto que el antiguo y el nuevo emplazamiento fueron anotados con precisión.

A qué conclusión llegar ante tales hechos, enigmáticos ciertamente, pero que permiten que se filtre una semicerteza: el emplazamiento del tesoro está relacionado con la situación de los mojones, y no falta quienes digan que por triangulación sitúan un lugar determinado de un subterráneo que parte de la cartuja en dirección de los Cuatro Caminos, sitio señalable en la superficie, en caso de que las galerías se hubieran accidentalmente desmoronado.

Es curioso señalar que semejantes precauciones tomaron —igualmente en 1790— los monjes de la abadía de Faize, en Gironda, y que varias veces en el curso de los siglos misteriosos personajes, tanto en Faize como en Villeneuve, acudieron a esos lugares ya sea para sacar porciones de esos tesoros, o para hacer búsquedas, o para verificar si los puntos de referencia existían todavía.

La aventura del tesoro de la cartuja de Villeneuve-lès-Avignon prosiguió a través de los años y aún en nuestros días se ejerce una vigilancia oculta, pero atenta, en los alrededores de los Cuatro Caminos.

David de la Meynargue transmitió fielmente a sus descendientes las consignas del prior, y hoy uno de sus nietos, el señor Canonge, personalidad muy conocida del lugar, asegura las referencias y mantiene, sin duda, el secreto del tesoro.

Sea como fuere, en 1850, cuando recogía su ganado, un pastor de la Chabrelle se encontró súbitamente, en plena noche, con un cartujo que se le apareció como por arte de magia.

—Pastor —dijo el fantasma—, haz que me digan sin tardar una misa, pues de eso depende la salvación de mi alma.

Desaparecido el cartujo como había venido, y estupefacto el pastor, pronto se encogió éste de hombros, creyendo que había tenido una alucinación.

No dio importancia al hecho, ni dijo a nadie media palabra; pero a la noche siguiente volvió la aparición, más apremiada y suplicante, de modo que al alba se fue el pastor a Aviñón, hizo decir la misa y nunca más fue importunado por el fantasma.

Hacia 1920, el señor Vallat, guardián de la cartuja de Villeneuve, habiendo sido trasladado al castillo de Vizille, donde permaneció hasta su muerte, recibió la visita de un desconocido que se presentó solamente como un pariente del último Padre Superior.

Pidió con mucha cortesía que se le condujera a la “Casa del Prior” y el guardián le llevó a la pieza principal, donde notó con extrañeza el comportamiento del visitante.

El hombre, tomando para orientarse como punto de partida la ventana, dio algunos pasos hasta una especie de alacena cuyo fondo midió; luego le pidió al guardián que le dejara solo todo ese día.

Vallat se negó. El desconocido, que había parecido vacilar ante la alacena, como si buscara un índice, fuese y no volvió nunca.

Canonge venía en los atardeceres a conversar un poco con el guardián, que le contó la misteriosa visita.

Intrigado, Canonge examinó la alacena y comprobó que había sido rápidamente construida con materiales ligeros, como para ocultar de prisa algo que convenía esconder de toda mirada.

Con un azadón echó abajo fácilmente el tabique, que dejó aparecer sobre el verdadero muro un plano grabado en la piedra, plano tomado en diciembre de 1957 y que tiene una inscripción angular.

Esa inscripción y las grabadas en los mojones dan vero-

símilmente la dirección de los subterráneos y su punto de partida desde el monasterio.

Pero hay que interpretarlas, situarlas en el plano y en la triangulación de los límites.

Esto es más o menos cuanto se sabe sobre el tesoro de Villeneuve-lès-Avignon, o lo que está permitido decir, pues, en realidad, los datos son notablemente más precisos.

Como el prior asegurara que el tesoro “en oro”, es decir, probablemente, en luises, permitiría reconstruir tres veces el monasterio, puede estimarse su valor en unos 500.000.000, o sea una tonelada de oro.

Una tonelada de oro que yace bajo una débil capa de tierra, ya que el yacimiento lo mismo puede ser alcanzado por la superficie que por el subterráneo.

No se necesita más para que la imaginación se excite.

Habitantes de Villeneuve han buscado muchas veces la entrada del subterráneo en los sótanos, y se descubrieron galerías que llevan, según se dice, a la cripta de la capilla.

Otras ramificaciones llegarían a las cocinas de la posada, a los “infiernos” del molino de aceite y a los palacios vecinos...

Los empíricos emplean sus varillas y todos los buscadores su materia gris. En realidad, el acceso al subterráneo no es muy difícil de encontrar, sobre todo para quienes están algo al corriente de los principios elementales de la construcción de criptas<sup>1</sup>.

Pero la vía corre el riesgo de ser obstruida. Entonces quedan el plano, los límites, los signos grabados, los Cuatro Caminos: un maravilloso misterio que fascina a los habitantes de Villeneuve.

.....

<sup>1</sup> El domingo 12 de enero de 1957, el hermano René, del Servicio de Investigaciones Históricas, de Marsella, encargado de una misión para la que necesitó la ayuda del Cuerpo de Zapadores-Bomberos de Villeneuve y una gran escala, vino a la cartuja—como reveló después— a encontrar un secreto que sólo conocen los cartujos. Un poco de sentido común: los orificios de ventilación de los subterráneos tomaban, por lo general, la apariencia de conductos de verdaderas o falsas chimeneas. El hermano René, con la gran escala, se entregó a un control fácil de imaginar.

Como los templarios bajo Felipe el Hermoso, los jesuitas en el siglo XVIII constituyeron un Estado dentro de los Estados, un poder soberano que gozaba de todos los privilegios de las naciones organizadas, con una flota mercante, un ejército, escuelas, y un tesoro harto más considerable que el de los reyes europeos.

Su orgulloso poderío y sus riquezas les hicieron indeseables en el viejo continente, y los jesuitas, expulsados de Inglaterra, Rusia, España, Francia e Italia, fueron a establecerse principalmente en América del Sur.

Pero sus enemigos no soltaron presa, y con la Bula *Dominus ac redemptor noster*, del 21 de julio de 1773, el Papa Clemente XIV pronunció la supresión de la Orden.

Entonces los jesuitas entraron en abierta rebelión contra la Santa Sede y los gobiernos.

En 1778, los de Bolivia estaban en guerra contra el rey de España, que acababa de quitarles la administración de las minas de oro, plata y de los campos diamantíferos de América del Sur.

Previendo su desgracia, de 1767 a 1778 acumularon la casi totalidad de las rentas de las minas, lo que en parte motivó la decisión del rey de España.

Se cuenta que escondieron ese inmenso tesoro en galerías subterráneas, talladas en la roca por seiscientos cincuenta indios, que allí trabajaron más de dos años.

Cuando las tropas reales se posesionaron de Plazuela, fortaleza de los jesuitas, los soldados no encontraron nada y torturaron en vano a indígenas sospechosos de haber trabajado en la construcción del escondrijo.

Reuniendo las indiscreciones, se supo que los tesoros, avaluados en 12.000.000.000 de francos oro, estaban amontonados en grutas a las que se penetraba por una galería principal de 188 metros de largo y de 39 metros de ancho en ciertos sitios.

Se supo también que para desorientar a los buscadores, las galerías formaban un vasto dédalo de falsos corredores, de calles ciegas, de revueltas laberínticas, defendidas por

muros espesos, y que una inextricable red secundaria de pasillos sabiamente entremezclados se había trazado bajo la alta colina que encerraba el escondite.

En 1903, un ingeniero inglés, C. H. Prodgers, encontró en Yura, Bolivia, a doña Corina San Román, sobrina del Reverendo Padre San Román, el que, antes de morir, transmitió un documento sobre el tesoro de los jesuitas a su hermano, entonces prefecto de Callao.

Este documento, en substancia, decía:

*Si encontráis una colina abrupta, colmada de árboles y cuya cumbre lisa está cubierta de arbustos, y si de tal cumbre podéis ver el río Sacambaya desde tres lados, entonces buscad entre las hierbas una gran piedra ovoidal, tan pesada que se ha necesitado la fuerza de quinientos indios para ponerla ahí.*

*Si caváis unas cinco yardas, encontraréis la bóveda de una inmensa caverna que quinientos indios cavaron en dos años y medio.*

*La bóveda tiene setenta yardas; hay dos puertas y un largo y angosto pasaje que lleva de la cámara del este a la entrada mayor, que se encuentra a una distancia de doscientas yardas.*

*Cuando hayáis alcanzado la puerta, poned sumo cuidado al abrirla; es una gran puerta de hierro, y apenas la crucéis encontraréis una estatua de oro puro de tres pies de alto, cuyos ojos son dos magníficos diamantes.*

*Esta estatua ha sido colocada allí para dicha de la humanidad.*

*Si continuáis por el pasaje, encontraréis en la primera cámara treinta y cinco pilones de oro y un montón de ornamentos y de alhajas de oro y de plata realizadas de piedras preciosas.*

*Entrando en la segunda cámara, encontraréis en el ángulo derecho un gran cofre en que hay 90.000 dólares de plata (piastras de plata de 910 milésimos de plata pura).*

*Deben tomarse las mayores precauciones al entrar en ta-*

*les cámaras, pues se ha desparramado veneno alrededor en cantidad bastante como para matar un regimiento.*

*Repartidos en las cavidades, de cada lado del túnel y en las dos cámaras, se hallan dispuestos ciento sesenta y tres pilones de oro, cuyo valor es de unos 60 millones de dólares.*

*Los muros de ambas cámaras han sido reforzados por gruesos bloques de granito; de la bóveda al suelo pueden medirse cinco yardas.*

*La cima de la bóveda está formada por tres terrazas distintas que fueron cuidadosamente cubiertas de cinco yardas de tierra compacta y de rocas amontonadas.*

*Cuando lleguéis a un sitio de veinte pies de altura donde hay una vía tan ancha que dos hombres pueden pasar de frente, cruzad el río y llegaréis a la iglesia, al monasterio y los demás edificios. (Fin del documento.)*

Es evidente que la poseedora de ese documento es voluntariamente o no muy sibilina, a menos que retranscripciones y traducciones sucesivas hayan alterado el sentido original.

El tesoro suscitó numerosas y vanas búsquedas en 1903, y hasta 1930.

Su situación es la siguiente: bajo una colina llamada El Caballo Cunco, cerca de Plazuela, en el cruce de los ríos Kato y Sacambaya.

Valor aproximado: 12.000.000.000.

*Del oro, la voluptuosidad y la locura*

**A**MÉRICA es el continente más asombroso del globo, porque esta tierra nueva, deshabitada según se cree durante largos milenios, ha visto nacer hombres y civilizaciones exóticos que no querían ni podían evolucionar a un ritmo racional.

América del Norte, con el aporte inglés, francés, italiano, alemán, ha exhalado su expresión materialista con una historia lúgubrememente prosaica, como podría decirse no sin cierta amargura.

En cambio, América Central y América del Sur, con los injertos de médula española, han vivido una anarquía febril y colorida, rica de aventuras, de miseria y de grandeza, de amor y de crueldad inhumana.

La epopeya de los tesoros en este mundo nuevo que se extiende de uno a otro polo, ha escogido su tierra predilecta y sus momentos estelares; ha escogido el centro y el sur, el México de los mayas, el Perú de los incas, la Argentina y la Venezuela de los revolucionarios del siglo XIX.

A medida que en los bosques y pampas se roturaba el devenir, la aventura se tornaba menos salvaje y grandiosa; pero aún tenían libre campo los héroes de tesoros del final del siglo pasado.

Uno de ellos, Juan Facundo Quiroga, fue sucesivamente peón, soldado, bandido, caudillo, gobernador de provincia,

en los trastornados tiempos, es verdad, de las guerras de la Independencia.

Como bandido, Quiroga desoló la provincia de Rioja hacia 1829.

Entre cada expedición, ocultaba en escondrijos de la región de Rioja fusiles, pólvora y puñados de oro, todo ello como reservas de guerra.

Cada escondite, se asegura, contaba con 300 ó 400 pias-tras, conseguidas con el robo, y que el bandido pensaba tomar para sí una vez instaurada la paz.

Murió asesinado por un gaucho, en 1835, y los escondrijos conservan su secreto.

A fines de la guerra que enfrentó al Paraguay, por una parte, con Brasil, Argentina y Uruguay, por la otra, el general Francisco Solano López, Presidente del Paraguay, hubo de huir hacia el sur, con algunos partidarios, tras una heroica resistencia.

En 1870, encontró la muerte combatiendo contra el general Cámara.

Quiere la tradición que haya transportado a Posadas, Argentina —en la frontera del Paraguay—, su tesoro de guerra compuesto de 40 toneladas de oro fino, repartido en cuarenta carretas (!).

El salto de un ángel en un vitral, la inmersión en lo oculto, he aquí lo que nos propone la insólita historia del tesoro de Catamarca, que data de la época en que Quiroga y sus bandas de forajidos marchaban sobre Córdoba, República Argentina.

La ciudad parecía mal defendida por las tropas unitarias de José Paz; de aquí que, temiendo lo peor, el obispo Balboa tomó la decisión de huir llevándose los preciosos tesoros de la catedral.

Esta determinación insensata sumió a la ciudad en el asombro; pero nadie osó oponerse, y una noche, después de una solemne misa de despedida, Balboa, acompañado de una pequeña tropa de fieles, tomó la ruta del noroeste, hundiéndose en la Sierra y las Salinas Grandes.

Una caravana de mulas transportaba los tesoros, exhumados de su seguro escondrijo en un subterráneo que desembocaba bajo el altar principal de la catedral; tesoros infinitamente preciosos según la crónica:

- trece candelabros de oro macizo;
- varios cofres con reliquias, engastados de piedras preciosas;
- cálices, copones de oro, vinajeras cinceladas;
- estolas y casullas tejidas de oro;
- las alhajas episcopales;
- cofres con las monedas que constituían la fortuna del prelado y sus acompañantes;
- un gran crucifijo bizantino, de oro, que tenía en su base un pico de hierro para clavarlo en tierra.

Ese crucifijo, según se dice, fue traído a América por Pizarro y Almagro; precedía la marcha de los ejércitos, y en la noche dormían los conquistadores a la sombra de su divina protección.

Detalle inquietante en este equipo ya de por sí extraño: el guía era un aventurero mulato; mago y notorio abortador, a quien sus rojos cabellos dieran el sobrenombre de Colorado.

Los fugitivos habían pasado San Pedro y llegaban al pueblecito de Ambargasta cuando un mensajero vino a advertirles que, contra cuanto se esperaba, las tropas de José Paz habían aplastado a los gauchos federalistas de Quiroga.

Hubiera sido prudente abandonar la marcha hacia el interior, por valles casi impracticables que llegaban fatalmente a la infranqueable cadena de la cordillera, cuyas cimas de 6.000 metros se dibujaban ya en el horizonte.

El obispo convocó a consejo, pero se atuvo al parecer del guía, que pretendió que la noticia de la victoria de Paz no era sino una trampa para detener la marcha; y el Colorado aseguró que conocía un camino que llevaba a la costa del Pacífico.

Balboa ordenó seguir en dirección del oeste y Salinas

Grandes, sin que se pudieran adivinar sus intenciones definitivas.

Algunos piensan que había enloquecido, o que se entregaba a prácticas de brujería.

Tras días de marcha incoherente, sin otros descansos que los concedidos por el obispo para las misas rituales, la caravana alcanzó las montañas de Catamarca, en un sitio de forma de circo pintoresco, donde en otros tiempos los indios edificaran un templo al dios Sol.

Al norte del circo, la pendiente tomaba la forma de una gigantesca escalera de roca, que daba acceso a una plataforma en que se erigían ruinas piramidales.

En adelante, hay que perderse en conjeturas sobre el destino de los fugitivos, a quienes nadie volvió a ver jamás. Algunos viajeros han contado que divisaron poco después los trece candelabros de oro dispuestos en orden en el circo, el crucifijo clavado en tierra, al centro, y dominado por una cabeza humana, pero el relato es dudoso.

Se cree que Balboa y sus fieles fueron astutamente conducidos al lugar por el Colorado, asesinados por los indios, y los tesoros de la catedral de Córdoba escondidos en un subterráneo de la montaña, bajo el templo, no lejos de la aldea de Huayamaca.

Los tesoros, tanto en objetos de culto como en piedras preciosas y monedas de oro, representarían un valor aproximado de 1.000.000.000 de francos.

El punto aproximado del templo es 29° de latitud sur y 69° de longitud oeste.

Lo oculto y la locura se muestran en la extraordinaria aventura del tesoro de Cerrito Colorado, asociado a joyeles y al oro vivo y voluptuoso de una muchacha insaciable y bella.

Esa muchacha es conocida a través del gran poeta Maurice Magre, y acaso toda su historia se habría puesto en duda si no hubiese dado motivos, en 1826, para una pesquisa policial en Maracaibo.

Además, un amigo del Club de Buscadores de Tesoros,

Jean Legrand, al viajar por América Central, pudo reunir relatos que coincidían exactamente con los del poeta, aunque la heroína tuviese otro nombre: Maurice Magre la llamó Wanda, pero en Venezuela se la conoce por el nombre más verosímil de Rosita.

“Prohibida para menores de 16 años”, tal podría ser el título de esa historia del tesoro en que se halla junto a una muchacha siempre desnuda un sacerdote manifiestamente vencido por encantamientos diabólicos.

Pero vamos a los hechos.

Al norte de Maracaibo (Venezuela), a algunas millas del cabo San Román, está la isleta de Aruba, casi inaccesible salvo por un paso angosto y peligroso que da acceso a una bahía bordeada por una colina escarpada de rojas rocas: Cerrito Colorado.

En esa colina, el sacerdote desventurado, convertido en pirata, Domingo Muñoz, ocultaba sus riquezas y sus apasionados amores.

Muñoz comenzó su vida aventurera como cura en Quito, Ecuador, entonces bajo dominio español.

Era un sacerdote pulcro y que tal vez hubiera consagrado su vida a su misión, si entre sus feligreses no se encontrara una linda señora, Rosita, casada con un individuo muy poco recomendable, cuya principal ocupación consistía en beber desmesuradamente.

Ardiente, fríyola, la muchacha no titubeaba en engañar a su marido; pero, católica practicante, nunca dejaba, después de sus aventurillas, de ir a confesarse con el padre Muñoz, el cual la limpiaba de sus culpas, según las enseñanzas de su Iglesia, pero con gran peligro para su conciencia.

Rosita era hermosa y su inverosímil caballera rubia caía casi hasta sus pies, lo cual no era uno de sus menores encantos a ojos de sus amantes.

Al comienzo, el confesor rugió contra su penitente devorada por el pecado de la carne; luego su mansedumbre se tiñó de sentimientos más agitados, aunque secretos.

Un día, después de una disputa, Rosita huyó de su casa,

desnuda, corriendo por las calles y escondiendo lo mejor que podía sus formas encantadoras entre las olas de sus cabellos dorados.

Su marido la perseguía, armado de un puñal y tambaleando; pero la joven encontró refugio en la curia, donde Domingo Muñoz la acogió, cohibido y maravillado.

Nunca hasta entonces había visto el sacerdote una mujer blanca desnuda, y ésta, que dejaba pasar por entre sus cabellos su pecho y sus piernas delicadamente cinceladas, despertó su deseo.

—Rosita —dijo—, tienes que vestirte y volver a tu casa.

Esta escena sucedía en 1820, mientras trastornos políticos sacudían al país, y no constituyó sino un pequeño escándalo local, tanto tenían que hacer los españoles con el sofocamiento de las rebeliones que estallaban en todas las ciudades del gobierno de Quito.

Domingo Muñoz fue el mediador entre la pecadora y su marido, de manera que todo quedó en relativo orden.

¡Ay!, tiempo después suscitó el diablo un nuevo incidente —un drama esta vez— y el sacerdote sucumbió a la prueba.

Una noche, Rosita vino nuevamente a golpear a la curia. Domingo abrió la puerta y la hermosa entró en la casa, otra vez desnuda y palpitante de emoción.

—¡Padre! —gritó—. Maté a mi marido. Fue para defenderme.

El movimiento de la Independencia se hallaba entonces en un momento crucial; Ecuador y Nueva Granada acababan de constituirse en federación, y los españoles, aguijoneados por los revolucionarios, se batían en todos los frentes.

Ya algunos ciudadanos huían hacia los puertos, deseosos de volver a España, y la anarquía reinaba en toda la provincia.

El mismo Muñoz había preparado sus maletas y aguardaba una ocasión propicia para escapar del furor de los insurgentes.

Esa ocasión se la traía la hermosa mujer, con la ayuda del diablo.

—Está bien —dijo—. Partiremos. Hoy Quito es tan imposible para ti como para mí.

En la noche, seguido por Rosita la Rubia, que no había podido o querido vestirse, llegaron a las afueras de la ciudad, deslizándose por las callejuelas y evitando las escaramuzas entre republicanos y españoles leales.

Tal vez Muñoz se viera obligado a disparar en algún momento, pues los caminos eran poco seguros y estaban llenos de elementos dudosos que no vacilaban en saquear y matar, sin discriminación de partidos.

Para quienes lo vieron, no dejó de carecer de carácter este espectáculo de un sacerdote vestido de negro y de una mujer blanca, desnuda, con los cabellos al viento.

La crónica calla acerca del destino de la pareja durante dos años; luego se les encuentra al sur del mar de las Antillas, en las costas de Venezuela; pero ya una fuerza decisiva les ha empujado a las vías del pecado, o, más exactamente, a los caminos prohibidos por las leyes de todos los continentes.

Muñoz se ha convertido en pirata, en jefe de banda, y Rosita la Rubia, señalada sin duda por una predestinación ineluctable, es su compañera y su cómplice, siempre hermosa y no más vestida que cuando huyó de Quito.

Los que la vieron en los años siguientes declaran unánimemente que no tenía más vestido que una falda corta, muy libre de pechos y caderas, con sus piernas maravillosas, todo lo cual dejaba adivinar si no percibir cabalmente sus encantos más íntimos.

A menudo quedaba desnuda por entero, llenos los brazos de brazaletes, con ajorcas en los tobillos y unos anillos brillantísimos que realzaban la belleza de sus pies.

Muñoz recorría el mar en un *brick* y comandaba a una veintena de piratas acostumbrados a todos los violentos quehaceres. A veces atracaban a un rico barco mercante, pillaban el cargamento, mataban a la tripulación, y trataban de borrar toda huella de la fechoría quemando la nave, ya limpia de su precioso contenido.

A veces también, cuando la guerra corsaria daba poco, operaban una incursión por las costas de Venezuela; pero fuera cual fuere su manera de robar, nunca dejaban de llevarse el botín a su refugio, situado en una caverna de Cerrito Colorado.

Allí, invulnerables, no temiendo ningún ataque por tierra, ni por el difícil paso de la montaña, encendían grandes hogueras para celebrar su buena fortuna y se entregaban a orgías, cuyo relato se tiene de un servidor negro de Muñoz, llamado Congo, el cual, tomado preso más tarde, dio los únicos informes que se tienen sobre los piratas de Cerrito Colorado.

Muñoz, acaso por unos restos de creencia, y más probablemente por espíritu demoníaco, había hecho una capilla en una gruta y dispuesto en torno a un altar de piedra los objetos de culto robados en las iglesias.

Las orgías de los piratas comenzaban invariablemente con un copioso banquete en que no faltaban ni la buena carne, ni los vinos raros, ni la vajilla de lujo.

Rosita presidía, desnuda, adornada de joyas deslumbrantes. Sentada en una silla de madera esculpida, recibía los homenajes de los piratas y las dádivas de toda naturaleza que acostumbradamente le hacían, sea por propia voluntad o por complacer al jefe.

Por lo demás, Muñoz era el primero en depositar a los pies desnudos de su amante las alhajas más raras, y no cabe duda de que un amor extraño, anormal pero sincero, que una inmensa pasión le dominaba, dictándole su conducta.

Terminado el banquete, los piratas se iban a la capilla, salvo —lo que solía suceder de vez en cuando— los que permanecían clavados en el suelo con una daga en pleno pecho, pues las riñas eran corrientes y buscadas.

En la capilla, Muñoz oficiaba, pero no se sabe con exactitud qué clase de misa cantaba en latín. A Satanás, posiblemente, a menos que fuera a Rosita, que tendida en el altar representaba a la vez a la divinidad y la hostia.

Los hombres acudían a adorarla de rodillas, y el sacerdote,

dominado por la máxima histeria y sacrilegio, la entregaba a esos brutos sobreexcitados.

Esto es, por lo menos, lo que contó Congo, y no debió mentir.

¿Le gustaban estas orgías a Rosita? ¿Era la amante todopoderosa o la esclava adorada? Sin duda, ambas cosas a la vez.

Algunos marinos dicen haberla visto en el *brick* pirata, semivestida y atada al mástil con una cadena de hierro, a la vez que remachada por ancho anillo de oro que le aprisionaba un tobillo.

Siempre era hermosa, sus largos cabellos de oro caían en cascadas sobre sus senos, pero su mirada era vacía, como privada de conciencia. ¿Acaso ya había enloquecido?

Muñoz, por su parte, no tardó en hundirse en una atroz misantropía. Abandonó la piratería y se enclaustró con su compañera en el retiro de Cerrito Colorado.

Entretanto, dispersa la banda, entregado Congo a sí mismo, y habiendo dilapidado su parte de botín, fue arrestado por la policía federal y conducido a prisión.

Sus declaraciones permiten reconstituir los últimos capítulos de esta novela de amor y de bandolerismo, y tener la certeza de la existencia de un tesoro escondido.

—Cuando el amo se hacía a la mar —dijo el prisionero—, me entregaba a la señora en custodia, y yo no podía dejarla un instante. Si el amo no volvía de una expedición, tenía orden de desenterrar los tesoros para entregarlos a la señora; pero sólo ella sabía dónde se hallaban los escondites.

Cuando Congo vio a Rosita por última vez, estaba de pie, inmóvil, como una estatua, a la entrada del refugio.

Desnuda, pero adornada de pies a cabeza de una profusión de alhajas de oro y piedras preciosas, parecía un ídolo pagano, petrificada a la hora de la adoración.

Sus extraños ojos esmeraldas estaban desmesuradamente abiertos y miraban fijos, como en éxtasis, el horizonte de cielo y mar.

En torno a la estatua de carne rubia, el oro ondulante de

su larga cabellera brillaba como una marea incandescente.

Congo empleaba expresiones torpes para expresar su turbación, su extrañeza y su temor ante esa imagen irreal que todavía, en su celda, le visitaba, dominándole.

—Rosita no vivía ya —dijo—. Era su fantasma el que se erguía ante la caverna.

Las autoridades policiales de Maracaibo, ante tales declaraciones, rodearon en 1826 todo el macizo de Aruba. No encontraron a nadie en el refugio; pero un fuego aún humeante atestiguaba una reciente presencia humana.

La iglesia subterránea estaba intacta, unas flores adornaban su altar de piedra, rodeadas de candelabros de plata y de objetos del culto, la mayoría de ellos de oro.

Pero no había huella alguna de Muñoz ni de Rosita, ni de tesoros, buscados, no obstante, largamente en todas las grutas y en las galerías cavadas en la colina.

El botín de cuatro años de piratería y las alhajas ofrecidas a la hermosa esclava rubia pertenecerán a quien sepa encontrarlos.

Muñoz y Rosita fueron divisados en el bosque de Paraguana, donde, como aseguran los indígenas, murieron locos a fines de 1826, sin haber tratado de recuperar los tesoros de Cerrito Colorado.

*Tesoros de guerra (I):  
Un ejército y 500 toneladas de oro  
se van a pique*

**P**ENSANDOLO bien, todos los tesoros —o casi todos— tienen a la guerra como causa o razón: la guerra motiva el ocultamiento, provoca el naufragio, y por la guerra se constituye el tesoro.

Responden a tales imperativos: los tesoros templarios, del culto, de la Revolución, de los piratas; en suma, y desde luego, no se ve claramente qué tesoro importante sería excepción de semejante regla.

De manera, pues, que por “tesoros de guerra” entendemos de modo arbitrario los constituidos en conflictos recientes, o cuyo evidente destino es el subvenir los conflictos futuros.

En tal sentido, y volviendo deliberadamente al pasado, el más importante de los tesoros ocultos —conocido pero mantenido en estricto secreto— es el tesoro de los incas, una porción del cual, según se cree, sirvió en 1915 para fomentar los trastornos en el Perú.

Cuando lleguen los tiempos, ¿saldrá el oro de Atahualpa de las criptas de la cordillera para armar a los indígenas en rebelión? No es deseable pensarlo.

En plena guerra, en plena retirada, según los rusos, habría sido enterrado en Kaunas, Lituania, el tesoro del Gran Ejército.

Paul Krüger, Presidente de la República Sudafricana, habría escondido en 1900, entre Pretoria y Petersburgo,

15.000.000 en oro. El plano del escondrijo está en manos de los hijos del general De Wett, héroe de la guerra de los bóers, muerto en 1922.

Cinco millones de francos en barras de plata fueron enterrados cerca de Temosachic (Estado de Chihuahua) en 1920 por el célebre Pancho Villa.

En 1917, durante la Gran Guerra, el coronel ruso Ikaturov enterró en Armenia, cerca de la frontera persa, un tesoro avaluado en 80.000.000 oro de la época.

En 1933, una expedición inglesa buscó en vano ese tesoro.

El señor de Gaalon, de Cannes, preparó a su vez un viaje de recuperación en 1939, en compañía del hijo del comandante Tcherniawsky, pero la guerra detuvo su proyecto.

Del señor de Gaalon tenemos las siguientes precisiones sobre el inventario del depósito:

*Un vaso de oro macizo atribuido a la época de Salomón. Es de 8 faces, cada una de ellas con la incrustación de un enorme diamante de 80 quilates. En la parte inferior hay, suspendida, una esmeralda de 70 a 80 quilates (en cada faz). Falta una sola.*

*70 kilos de oro (en la caja).*

*2 kilos de platino.*

*50.000 libras esterlinas.*

*2.000.000 de libras turcas.*

*Un gran saco de cuero que contiene piedras de color: diamantes, rubíes, zafiros y esmeraldas.*

*Ese tesoro, que proviene del saqueo del monasterio por los turcos, fue recuperado por un destacamento de cosacos blancos a las órdenes del coronel Ikaturov.*

*Rodeados por las tropas turcas, los cosacos fueron diezmados, muerto el coronel, y el comandante Tcherniawsky, para salvar el tesoro, hizo dos atados que empaquetó en dos sacos de soldado y los enterró en la montaña.*

Surgido de la revolución, el tesoro de los zares de Rusia se rodea de un secreto casi total, el cual espera pronto descubrir el gobierno de la U.R.S.S.

En 13 de noviembre de 1919, el almirante ruso Alexis Vasilievich Koltchak partió de Omsk a Siberia a la cabeza de poblaciones presas de pánico. Fue un verdadero éxodo de un millón doscientos cincuenta mil pobres seres más aterrados por las fechorías de los revolucionarios que por la locura de una fuga en pleno invierno a través de 3.000 kilómetros de estepas y hielos.

La caravana comprendía, fuera de los civiles, quinientos mil hombres de tropa —el ejército en retirada del almirante—, que tenían la misión de escoltar un tren blindado de veintiocho vagones que transportaban las 500 toneladas de oro del tesoro imperial.

Era materialmente imposible que los fugitivos pudieran subsistir durante los cuatro o cinco meses que duraría el éxodo, a pesar de las toneladas de abastecimientos que llevaba el tren.

El almirante, por lo demás, había prevenido a los setecientos cincuenta mil civiles que le acompañaban que se negaba a hacerse cargo de ellos y sólo atendería a la subsistencia de sus tropas.

Pero los relatos de las matanzas en las ciudades del oeste tomadas a los bolcheviques aterraban de tal modo a las poblaciones, que preferían el éxodo de la muerte a las carnicerías de la guerra civil.

El invierno de 1919-20 fue de un rigor excepcional y el termómetro bajó en Siberia varias veces hasta llegar a -60°.

En cada etapa, centenares, luego millares de fugitivos morían de hambre, de agotamiento o de frío, y la lamentable cohorte se alargaba más de 100 kilómetros, jalonando su recorrido con pequeños montículos de cadáveres, donde los lobos se disputaban su pitanza.

La ruta del éxodo seguía la vía del Transiberiano, y el tren no hacía más que 30 kilómetros diarios, pues los rieles estaban sacados a trechos por los revolucionarios locales, que no se atrevían a atacar al grueso del ejército.

Después de tres meses de indecible calvario, de sufrimientos sobrehumanos, casi todos los civiles perecieron, y los

lobos, hartos ya, no seguían a los sobrevivientes; por fin, los doscientos cincuenta mil fantasmas que todavía tenían fuerzas para caminar llegaron ante el lago Baikal.

Un millón de infelices —bienaventurados debería decirse, tan infernal se había hecho la vida terrestre entre los hielos— durmieron su último sueño en la nieve del más grande cementerio del mundo.

Para los doscientos cincuenta mil sobrevivientes, el lago Baikal representaba la última etapa antes de la Tierra Prometida: una vez hecha la travesía no quedaría más que alcanzar la frontera acogedora de Manchuria, y sería el fin de la pesadilla terrible.

Las riberas del lago son escarpadas siempre, y el Transiberiano las costea hacia el sur describiendo una ondulación de Irkutsk a Mysovala, que alarga el trayecto en 150 kilómetros.

Como la vía férrea había sido sabotada en Irkutsk, el almirante Koltchak decidió atravesar el lago en trineo, lo cual —además de acortar el viaje— constituía una práctica corriente en invierno, pues el espesor del hielo en las aguas era de 2 a 4 metros.

Las 500 toneladas de oro fueron descargadas y los fugitivos se aventuraron por los 80 kilómetros de anchura del lago.

La nieve caía en grandes copos, con una fantasía ordenada por las ráfagas de viento; el frío se hacía más intenso cada vez y en el diluvio algodonoso el almirante se guiaba por la brújula para mantener la orientación. Bajo la inmensa pista de hielo, por un fenómeno muy conocido pero siempre impresionante, se oía mugir una tormenta submarina que parecía querer destrozar la corteza de hielo.

Los trineos pesadamente cargados avanzaban con lentitud y a cada instante era necesario limpiar la ruta o cavar trincheras en las dunas de nieve que sucesivamente se amontonaban. Nunca la caravana había tenido que luchar contra los elementos desencadenados con tan satánica furia.

Cegados, helados los párpados y la nariz, transidos hasta la médula, los sobrevivientes no avanzaban sino con un can-

sancio inmenso, cercano de la muerte. Y, poco a poco, la columna, entorpecida, se aglutinó en torno a la vanguardia petrificada, y con dramático silencio detuvieron todos su cadencia vital, como se detendrían a la señal de un mago los doscientos cincuenta mil péndulos de doscientos cincuenta mil relojes.

El ejército de Koltchak, amontonado alrededor de su tesoro, se había convertido en una imagen, en un diorama dan-tesco e inmóvil, que debía mirar el ojo despiadado de la Providencia.

No hubo, sin duda, un grito, ni un soplo, como un mecanismo ya sin cuerda, y los doscientos cincuenta mil hombres murieron de frío y entraron en el abrigado paraíso de la nada.

El viento les hizo una mortaja común con una montaña de nieve, y ya no hubo sino el invierno que soplaba su rabia victoriosa sobre los hielos.

A principios de mayo, el lago Baikal sufrió las angustias del deshielo, y en un solo bloque el ejército del almirante Koltchak, de pie, soldado al hielo como soldaditos de plomo a su base, se hundió con su cargamento de oro.

Esto es lo que dice una tradición casi histórica, pero seguramente falsa en algunos aspectos.

Desde luego, hubo quienes se salvaron de la atroz tragedia, poquísimos es cierto, y entre ellos el almirante, que murió en 1921 fusilado por los bolcheviques, y cierto capitán Slava Bogdanov, que en 1938 residía en los Estados Unidos.

Bogdanov contó la asombrosa y tal vez verdadera historia siguiente:

—El tesoro de los zares no está en el fondo del lago Baikal. A pesar del almirante —que prefirió ignorar el asunto— se decidió esconder en tierra, mucho antes de Irkutsk, los 500.000 kilos de oro en lingotes que entrababan la marcha de la caravana.

”Se hacía evidente que las posibilidades de alcanzar la Manchuria eran casi inexistentes. En tal caso, ¿para qué estorbarse con toneladas de metal que manifiestamente no

llegarian a su destino? Desde todo punto de vista, era preferible enterrar el tesoro.

"Fui el encargado de dirigir la operación, con otro oficial llamado Drankovich. El tesoro fue enterrado en la cripta de una capilla en ruinas por 45 soldados a quienes llevamos en seguida a una cantera, donde con ayuda de Drankovich procedí a su exterminación, ametrallándolos; no podíamos dejar a merced de cuarenta y cinco lenguas el prodigioso secreto del tesoro de los zares.

"Al volver la expedición, advertí que Drankovich tenía el propósito de suprimirme; entonces, más rápido, disparé sobre él y le maté. La desaparición de todos esos hombres pasó por completo inadvertida; más de cien personas morían diariamente, de modo que nada importaban cuarenta y seis de más o de menos.

"Y fui el único depositario del secreto.

En 1959, Slava Bogdanov, que aprovechando una amnistía volvió a Rusia, encontró en Magnitogorsk a un ingeniero norteamericano, a quien conociera en California.

Le propuso huir de la U.R.S.S. llevando lo que se pudiera tomar de esas 500 toneladas de oro enterradas en 1920.

Acompañados de una joven llamada Tania partieron en jeep y descubrieron el tesoro intacto en la cripta situada a 3 kilómetros del Transiberiano, en algún sitio entre Tomsk y Yeniseisk. Tomaron 150 kilos de oro en un montón de lingotes cuidadosamente ordenados, de 6 metros de largo por 3 de ancho.

—Los hay de dos metros y medio de espesor —precisó Bogdanov.

Trataron en seguida de salir de Rusia pasando por Georgia, forzaron una barrera con el jeep y a Bogdanov lo mataron con una ráfaga de ametralladora; el norteamericano y Tania pudieron escapar con las manos vacías, dejando el vehículo y el oro en poder de los soldados del puesto fronterizo.

El norteamericano, cuyo nombre se ignora y que se escon-

de bajo el seudónimo de John Smith, sería el único, con Tania, en conocer el secreto del tesoro.

Queda por saber si la última parte, harto rocambolesca, de esta historia, no fue forjada de punta a cabo por el imaginativo y muy misterioso John Smith, y si las 500 toneladas de oro no se han hundido —lo que es lo más probable— en las aguas claras pero glaciales del lago Baikal, de un fondo de por lo menos 100 metros.

.....

Otro tesoro en que también se trata de toneladas de oro, y que fue buscado por centenares de miles de personas —entre ellas el ministro francés Jules Moch— y luego por el Club de Buscadores de Tesoros, es el tesoro de los republicanos españoles, que yace en las arenas de una playa, hacia Argelès. Un grande, grandísimo tesoro, primitivamente destinado a mantener a guerrilleros comunistas, cuya existencia y lugar de yacimiento conocen ocho personas.

Y luego vino la guerra de 1939-1945: varios poseedores del secreto fueron muertos y los sobrevivientes nunca pudieron encontrar el sitio del escondite.

¿Piensan ustedes que es increíble?

De ninguna manera. Pues la región, a partir de la playa, no es sino arena ganada al mar, con magra vegetación en que los árboles y los refugios son raros.

Agreguen a esa hostilidad natural el hecho de que dos veces por año, por término medio, las mareas y las inundaciones devastan el pueblecito vecino, barren los bordes del mar, y así podrán apreciar ustedes por qué cuando volvieron en 1946 a los lugares de su internación y del entierro del oro y las alhajas, los españoles se sintieron incapaces de situarlos.

Todo había cambiado. Donde había chozas y árboles se había instalado un campo de deportes; las viejas casas, algunas de las cuales casi databan de la Edad Media y de que se valieron para la triangulación de la playa, habían cedido

su lugar a villas modernas; allí donde había un jardín, veíase ahora una plaza pública.

La fortuna personal de esos españoles se había perdido con el tesoro de su grupo político.

¿Para siempre? Tal vez no, pues el oro yace a más o menos 2 metros de profundidad, y algún día, al cavar fundamentos, los excavadores caerán sobre el más sensacional tesoro encontrado en este siglo.

Tesoros de guerra existen por centenares y sin duda por miles en los sótanos de París, abandonados en 1940 por los israelitas, o en 1945 por los colaboracionistas antes de huir, los unos a campos de muerte; los otros a un viaje sin vuelta.

En Saint-Chéron (Seine-et-Oise), en una villa del camino de Dourdan, los milicianos Massuy y Bassompierre habrían enterrado el 15 de agosto de 1944 un tesoro avaluado en 200.000.000 de francos.

La caja con luises de oro y dólares del político Marcel Déat está a unos 20 metros de profundidad en la bahía de Eze.

Todo ese trastornado período de 1940 a 1945 fue extraordinariamente fértil en tesoros enterrados y perdidos, sobre todo en Europa Occidental.

Un "Junker 81" que transportaba 166.000.000 de francos oro, caído en un glaciar al norte de Saint-Moritz, nunca fue encontrado.

Algún día, los hielos, en el valle, devolverán el precioso depósito, para gran asombro de los descubridores.

En la montaña de Orà, en Adige (Italia), el comandante de una columna alemana ubicado por la aviación norteamericana escondió el tesoro que transportaba: cinco grandes cubas de hierro que contenía cada una "un quintal de oro". El depósito está protegido por un cinturón de granadas colocadas alrededor de cada recipiente. La existencia del tesoro, encerrado en una caverna obstruida, fue revelada antes de su muerte por el oficial alemán al prisionero de delito común Luigi Lorenzi, que compartía su celda.

"Antes de su muerte", he aquí una expresión que a me-

nudo se repite en nuestras historias. Ciertamente; pero hay que admitir que mientras le queda alguna posibilidad de vivir y de apropiarse de algún tesoro, el que conoce su escondrijo calla obstinadamente.

Otro detenido de la prisión de Florencia contó que, antes de ser muerto por los fascistas, el ministro Buffarino Guidi le reveló que el tesoro de su ministerio había sido inmerso cerca de las rocas de Calafuria, a 40 metros de profundidad.

El tesoro oficial de Mussolini, conocido con el nombre de tesoro de Dongo, no ofrece misterio: fue pillado por los partidarios de extrema izquierda, como se probó durante un proceso del que se ha podido escribir que fue una siniestra mascarada.

Lo que puede quedar en el lago Como, en Dongo, no debe de tener un gran valor, parecer que no comparte el canciller alemán Adenauer, simpático buscador de tesoros, si se ha de creer a la lógica. En efecto, Adenauer toma siempre, como por azar, sus vacaciones en lugares altos: en el castillo del dominio de Saint-Martin, en Vence (Alpes Marítimos), donde los propietarios buscan un tesoro templario, y cerca del lago Como, donde están hundidos los cofres repletos de oro italiano.

Si existe verdaderamente el tesoro del "U-435" en una de las islas Marquesas, parece el tema de un drama de Corneille en que el heroísmo se mide con el amor.

Pero habiendo tomado una vez por todas el partido de no discutir la autenticidad de la mayoría de las hermosas historias de tesoros, presentamos el asunto del submarino "U-435" tal como lo contó el radiotelegrafista alemán Wolfgang.

En mayo de 1943, el suizo Max Stadler, que trabajaba en París para las tropas de ocupación, trabó amistad con el alemán, y luego, terminada la guerra, volvió a su casa de Zurich.

En 1947 tuvo la sorpresa de ver que Wolfgang venía a pedirle asilo.

A cambio de la hospitalidad que recibió, y sintiéndose

minado por una cruel enfermedad, el ex radiotelegrafista le confió a su amigo el secreto de un tesoro enterrado en una isla del archipiélago de las Marquesas, en el océano Pacífico.

—En 1945 —dijo— formé parte de un grupo de alemanes que a bordo del submarino “U-435” salió del puerto de Hamburgo con destino al Japón.

”El comandante del “U-435” era el capitán Helmut, y llevábamos algunos pasajeros civiles, entre los cuales la señora Helmut y otras cuatro mujeres. A fin de constituir un tesoro de guerra y de salvar una porción del patrimonio nacional, se pusieron en seguridad, a bordo, alhajas, oro y tres cuadros del pintor Van Dyck, del museo de Bremen.

”Todo esto, encerrado en tres cajones que representaban un valor de 500.000.000.

”El submarino navegó hacia la Argentina, dobló el cabo de Hornos y se internó por el océano Pacífico.

”Estalló un vivo incidente cuando la señora Helmut, después de una discusión, le reveló a su marido que estaba encinta, lo cual no podía ser por obra del capitán, en campaña desde largos meses.

”Obligada a hablar, le reveló que yo era su amante. Se evitó un drama pasional a causa de la súbita rendición del Japón, lo que me salvó, pues puso al comandante en extrema dificultad. El “U-435” siguió navegando hacia el noreste de las Marquesas, hasta que Helmut, patriota y hitlerista convencido, decidió hundirlo.

”Nos encontrábamos entonces en el archipiélago de las Marquesas, y allí demostró el comandante su grandeza de alma y su heroísmo de marino. Hizo desembarcar a todos los que prefirieron seguir viviendo, y con algunos hitleristas fieles se dejó sepultar con su nave.

”Antes ocurrió una escena dramática, verdaderamente única por su intensidad, su carácter insólito y la complejidad de los sentimientos en juego.

”Helmut, que había reflexionado hondamente y pesado su determinación, me hizo llamar a la sala de los oficiales, y allí, sin testigos, me habló así: “Wolfgang, eres un cochino y

debería meterse una bala en el cráneo. Pero soy un soldado del Führer y también el marido de una mujer a quien amo siempre. Como comandante de esta nave, me hundiré con ella; como marido, perdono a Martha y quiero que el inocente que va a nacer tenga posibilidades de vivir. No te mataré. Vivirás, ocultarás el tesoro de a bordo, y, si puedes, lo entregarás al gobierno alemán. En ese tesoro hay una suma de 2.000.000 de Reichmarks, que me pertenecen, y que podrás usar para subvenir a las necesidades del niño que va a nacer. Tienes que expiar tu crimen comportándote como un buen alemán y un buen padre. Exijo que jures que respetarás semejante conducta". Yo juré, pedí perdón a Helmut y bajé a tierra con Martha, el tesoro y gran parte de la tripulación. A escondidas de todos, enterré los tres cajones en un sitio fácilmente encontrable, y luego nos averiguamos para subsistir.

Wolfgang dio el punto exacto del escondrijo a Max Stadler, y días después murió en el hospital de Zurich.

De tal aventura se deduce que los salvados del "U-435" vivieron algunos meses con los naturales de la isla, donde la señora Helmut tuvo una hija. La madre murió; los alemanes, apresados por los franceses, fueron repatriados; la niña quedó al cuidado de una indígena de la isla Fatou-Hiva (isla Magdalena).

Wolfgang, al confiar su secreto, pidió encarecidamente que su amigo emprendiera búsquedas de la niñita, llamada Martha como su madre, y que los 2.000.000 de Reichmarks le fueran dados en caso de descubrirse el tesoro.

El 9 de abril de 1957, en compañía del norteamericano John R. Moses y del francés Edouard Desenfants, el suizo partió de Italia a bordo del yate "Yanutha", con el propósito de encontrar el tesoro y a Martha; pero los exploradores no dieron jamás noticias de ellos.

*Tesoros de guerra (II):  
El oro de Alemania yace en las alturas*

**S**EA cual fuere su interés por la ciencia y el progreso social, los hombres no pueden pensar sin temor en los finales del siglo XX.

Nos parece, pues, difícil extrañarse del gran miedo que el año 1000 suscitó en la Edad Media, cuando el del año 2000 rompe ya contra un mundo crispado por las guerras frías.

Ya algunos espíritus lúcidos del Asia estudian el aniquilamiento de Europa, para vaciar sobre ella la sobrepoblación amarilla.

Otros espíritus lúcidos, en Europa y América, preparan las grandes guerras de exterminio racial: matar unos mil millones de amarillos para que vivan los blancos.

¿Tendrán tiempo para esconder sus tesoros los millones y millones de hombres destinados al sacrificio? Aniquiladas por completo las colectividades, borrados deliberadamente de la historia los gobiernos, ¿podrán en los últimos minutos de su vida constituir el tesoro de guerra destinado a financiar un eventual desquite?

En el derrumbe de 1945, cuando la Alemania de Adolf Hitler, habiéndose atrasado en algunos meses en su guerra relámpago de destrucción total, se hundía bajo las fuerzas conjugadas de los ruso-norteamericanos y los anglo-franceses, unos hombres para quienes el mundo no tenía ya una significación válida —los hitleristas— pensaron poner en

lugar seguro el último potencial de su país, las últimas riquezas de su gobierno.

Por primera vez en la historia de Europa, una nación vencida ocultaba su tesoro.

Dos tesoros, para ser exactos; uno perfectamente auténtico, probado, casi controlable: el tesoro del Gran Reich; el otro más conjetural: el tesoro de la Madriguera de los Lobos.

Decenas de hombres ya han pagado con su vida no sólo la temeridad de una búsqueda, sino el mero hecho de poseer mínimos conocimientos de los escondrijos.

En esta aventura en que se mezclan estrechamente la política, la muerte y hasta el ocultismo, el azar nos ha permitido descubrir lugares asombrosos que asocian el oro de Polonia y Austria a actividades ultrasecretas, ciertamente peligrosas de conocer.

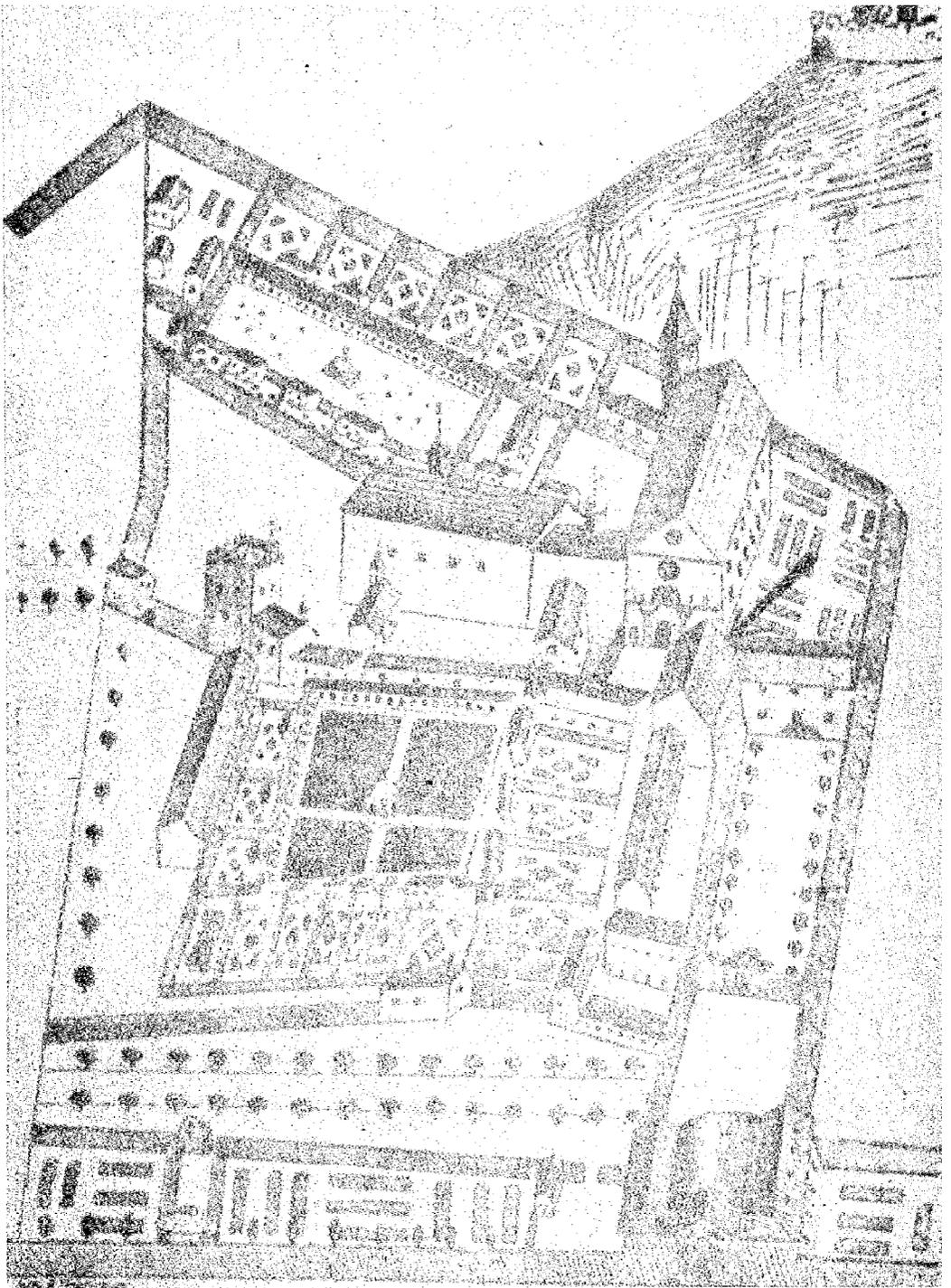
El ejército norteamericano y el F. B. I. buscan siempre en el lago Toplitz, en Austria, un tesoro, parte del cual fue recuperado; en julio de 1959, técnicos alemanes, provistos de sondas ultrasónicas y de cámaras de televisión submarina, localizaron dieciséis cajas en el lago, a 70 y 80 metros de profundidad.

Varias fueron retiradas y en ellas se hallaron falsas libras esterlinas perfectamente imitadas, por un valor de 10.000 millones de francos. Esta moneda falsa fabricada magistralmente en el campo de Sachsenhausen, por monederos falsos sacados de las prisiones alemanas, constituía el cebo mayor de la "operación Bernhardt", destinada a perturbar la economía aliada.

Pero como lo certifica el resistente austríaco Albrecht Gaiswinkler, que operaba en la región durante la guerra, verdaderos lingotes se encuentran en el lago junto a la moneda falsa.

Sin embargo, el verdadero tesoro está en otra parte, no cambia de sitio, se halla severamente custodiado, y no parece probable que los no iniciados puedan apropiarse de él.

Los escondrijos, que encierran alrededor de 500.000.000.000 de francos oro, se sitúan en torno a la pequeña ciudad de



Plano en perspectiva caballera de la cartuja de Villeneuve-lès-Avignon. La flecha indica la entrada del subterráneo que conduce sin duda al tesoro. (Arch. CBT.)

Ausse, que se encuentra geográficamente a unos 60 kilómetros, a vuelo de pájaro, de Salzburgo, y en la punta sudoeste de dos lagos de montaña de 10 kilómetros de largo, que atraviesa un pequeño río, afluente del Traun.

Ausse fue uno de los últimos reductos de la resistencia alemana durante la guerra, y estaba en primer plano de un proyecto de Hitler, concebido a fines de 1944. El Führer habría declarado a sus íntimos, cinco meses antes de la rendición alemana:

—Seremos, finalmente, vencidos. Inglaterra rechaza el armisticio. Churchill será el gran responsable ante las generaciones futuras del aplastamiento de Occidente. La próxima guerra verá el exterminio de Europa en un día; si nuestro pueblo escapa, tendrá que tomar la antorcha de la civilización y reagrupar a la *élite* occidental. Quiero constituir un tesoro para el advenimiento del futuro Gran Reich.

Estas palabras nos han sido comunicadas en España en 1947 por colaboracionistas franceses condenados a muerte, que las recibieron de una alta personalidad, que se las oyó a Hitler en persona.

Fue así cómo algunos días antes del derrumbe todas las riquezas todavía recuperables del Reich convergieron hacia Ausse bajo el término "bienes nacionales".

En abril de 1945 se enumeraron cerca de mil camiones que aseguraban el transporte de los valores del Banco de Alemania, avaluados entonces en 350.000.000.000 de francos, a los que hay que agregar: gran cantidad de alhajas, lingotes, piedras preciosas, las fortunas personales de los dirigentes nazis, tesoros del culto, riquezas constituidas por bienes judíos de Italia, Yugoslavia, Grecia y Checoslovaquia, e importantísimos tesoros artísticos, como cuadros de grandes maestros, estatuas, libros, todo ello avaluado en 700.000 millones de francos.

Parte de esos tesoros fue recuperada: principalmente en mayo de 1945, en el importantísimo escondite de Alt Ausse, al fondo de una mina de sal (100.000.000.000); luego el tesoro de Kaltenbrunner, jefe de los servicios secretos, en el

jardín de la villa Kerry, en Ausse (1.000.000.000); el tesoro del barón Helmut von Himmel, lugarteniente de Martin Bormann, en los sótanos del palacio del arzobispado de Salzburgo, en 1946.

Descubrimientos que vinieron a agregarse al efectuado en los sótanos de cemento del castillo de Veldenstein, cerca de Nuremberg, donde el mariscal Goering había escondido su fortuna personal: treinta y seis candelabros de oro macizo, una tina de plata, cuadros de grandes pintores, coñac rarísimo, etc.

En el proceso de Nuremberg se avaluó en más de 200 millones de marcos (17.500.000.000) la riqueza escondida en la región de Ausse.

Un día, en 1946, un ex teniente, Franz Gottlich, que participara en las operaciones, reveló que un tesoro considerable estaba enterrado cerca de Lend.

—Lo sé —dijo imprudentemente—, porque estuve allí.

"Había treinta cajones que enterraron prisioneros rusos. Pero éstos no hablarán, como se comprende.

Gottlich no hablaría mucho más acerca de tal tesoro, pues desapareció misteriosamente al cabo de unos días.

Su hermano, que averiguaba acerca de su desaparición, recibió un misterioso consejo de no seguir adelante.

El mismo año, buscadores de tesoros, Helmut Mayr y Ludwig Pichler, en posesión de planos precisos, partieron a la montaña austríaca. Se les encontró asesinados.

El corazón, los pulmones y el estómago de Mayr estaban metidos en sus bolsillos, como si los asesinos hubieran querido recuperar y destruir un documento que había sido tragado, según se pensó.

No lejos de los cadáveres, unos escondrijos abiertos y vacíos indicaban que los tesoros buscados habían sido, por prudencia, sacados y escondidos en otra parte.

En 1952, el profesor francés de geografía, Jean Le Sauce, cuya familia habita La Flèche, encontró un tesoro, sin duda, y fue asesinado.

En la montaña de Rifflekopf, un cadáver y ocho escondri-

jos encontrados vacíos, en mayo de 1953, acreditaron una hipótesis semejante.

En agosto de 1952, dos deportistas aficionados a la canoa tuvieron la singular idea —que no era sino un pretexto— de navegar sobre el lago Toplitz. Uno de ellos, Gert Gerens, se mató al caer en un abismo, lo que pareció muy extraño a las autoridades locales encargadas de la pesquisa; y su compañero, Hans Keller, ex soldado S. S., que participó en la “operación Bernhardt”, salió de la región sin dejar huella.

Emmanuel Werba, empleado de banco en Lend, trató de probar suerte con los tesoros de la montaña de Gastein, y se encontró decapitado su cuerpo.

No hay huellas de Joseph Matteis, de quien no se encontró sino el material de *camping* abandonado en la montaña de Rifflekopf, siempre en ese año terrible de 1952.

¿Y qué decir de esos seudobotánicos que, en 1950, recuperaron 10 cajas en el lago Toplitz después de haber amarrado a un guarda forestal que podía estorbarles el trabajo, pero sin hacerle otro daño?

Esos asesinatos y accidentes extraños indican claramente que los tesoros de los Alpes austríacos están ferozmente controlados y custodiados por comandos ocultos.

Tesoros considerables, ya que en un alemán sospechoso detenido por los norteamericanos, se encontró la nomenclatura siguiente, debidamente comprobada y firmada por Fröhlich, general S. S.:

166.250.000 francos suizos,  
299.018.300 en billetes norteamericanos,  
31.351.250.000 en barras de oro,  
2.949.100 en diamantes,  
93.450.000 en sellos de colección y objetos de arte,  
5.425.000.000 en estupefacientes.

Esos millones y esos miles de millones, ¿están cifrados en marcos, libras, dólares o francos? No se sabe.

Diecinueve mil millones de francos fueron enterrados en las montañas de Blaa Alm por Adolf Eichmann, condenado a muerte en Nuremberg, hecho prisionero por Israel en 1960 y ejecutado tras un proceso.

Se cree que en el lago Toplitz, a 2.000 metros de altura, donde aún existía en 1945 una base de estudios de armas secretas, se enterraron más de veinte cajones herméticos, que encierran, además de las libras falsas ya encontradas, planos de prototipos y cofres de alhajas, oro y diamantes sintéticos.

Los escondrijos principales están diseminados en la montaña, en especial hacia Gastein, Salzburgo, Salzkammergut.

Dos grandes maletas fueron enterradas en 1945 bajo la vigilancia del jefe S. S. Sawad, en una granja de Faistenau, pueblecito vecino del castillo de Fuschi. Un matadero de piso de cemento cubre ahora el escondrijo de oro de divisas y joyas del antiguo Ministerio de Asuntos Extranjeros.

Así desparramados y vigilados, los 500.000.000.000 del Gran Reich desafiarán tal vez a los años y a los buscadores.

El gobierno federal de Alemania Occidental y el de Austria se preocupan actualmente de recuperar esos tesoros que también acechan los servicios secretos de Francia, Inglaterra, Rusia e Israel. Porque, jurídicamente, se puede preguntar: ¿a quién pertenecen?

Tal es el tesoro del Gran Reich, el primero de los dos grandes tesoros alemanes; el segundo, el de la Madriguera de los Lobos, nos lleva a una aventura que se desarrollará a saltos extraordinarios y dejará percibir resurgimientos enloquecedores y casi increíbles.

En Polonia —en la antigua Prusia Oriental—, en el río Gruber, que nace no lejos del lago Mauer, está el pueblecito de Ketrzyn, ex Rastenburgo.

Posición aproximada: 54° 5' de latitud norte, 19° 1' de longitud oeste, meridiano de París.

En 1938, Adolf Hitler hizo construir en ese lugar un

formidable refugio subterráneo que debía servir después de cuartel general: el Wolfschanze o Madriguera de los Lobos.

El refugio, verdadera ciudad de cemento, está sumido a más de 20 metros bajo tierra, defendido por 80 fortines y una inextricable red de minas y trampas explosivas.

Durante años, la región de Rastenburgo fue zona prohibida y ahora las autoridades polacas la controlan estrictamente.

Es que, de 1939 a 1944, el Wolfschanze fue el Berchtesgaden militar de Hitler, la ciudad secreta donde se elaboraban los planes ofensivos y también, sin duda, las tácticas sociales que debían experimentarse sobre Europa.

Los habitantes de la región pasan por saber bastante sobre el Wolfschanze, pero, alemanes de corazón, callan, según se asegura, los secretos más extraños, y seguramente los menos fundados.

Sin embargo, se sabe que la Madriguera fue construida por diez mil obreros de la organización Todt; según ciertos rumores, y para que se guardara el secreto, esos diez mil obreros habrían sido muertos apenas terminado el trabajo, y los ingenieros y arquitectos del proyecto, enviados a Alemania Occidental en un avión que hizo explosión misteriosamente —y muy a propósito— instantes después de despegar.

Por cierto que todo esto está forjado de manera que es permisible el preguntar hasta qué punto la ficción en tal relato se mezcla con la realidad.

No obstante, es indudable que existe un "misterio Wolfschanze". Se sabe que el refugio tenía inmensas instalaciones, a veces a 50 metros bajo tierra: oficinas, departamentos, bibliotecas, salas de archivo, dormitorios, cuarteles, refectorios, salas de juego y de gimnasia, piscinas, una central eléctrica encargada del alumbrado, de la calefacción y del acondicionamiento del aire, una estación cuya vía férrea estaba unida a la línea Koenigsberg-Lyk, un campo de aterrizaje subterráneo, un hospital, una autopista.

Es menos verdadero, en cambio, y esto es, sin embargo, lo que más nos interesa, que el Wolfschanze tuviera una casa de monedas (donde se habrían acuñado los dólares y libras falsos encontrados en el lago Toplitz), y un banco donde los nazis mantenían un tesoro considerable en oro, plata y valores diversos.

Tesoro que estaría hoy escondido y custodiado, para servir fines políticos ocultos cuando la hora del Gran Reich suene en la última mitad del siglo XX, como piensan algunos hitleristas llenos de optimismo.

El ocultismo parece mezclarse estrechamente con esta historia de tesoros protegidos y reservados; ocultismo político, muy en el espíritu de Hitler, que debía en cierto modo servir de catalizador para fundir la leyenda y la historia del nacionalsocialismo.

Con tal propósito, Hitler habría resucitado la orden teutónica con centros de entrenamiento y escuelas de iniciación en Koenigsberg (Prusia), en Salzburgo (Austria), en los burgos del Rin y en castillos del extranjero.

En apoyo de esta tesis, podemos adelantar un índice curioso, si no turbador: en 1949, a título de reportero y no perteneciendo ni de cerca ni de lejos a un partido político, fuimos autorizados, bajo ciertas condiciones, para asistir a la celebración del solsticio de verano en un monte de Francia.

Sabíamos que los hitleristas franceses (o Tercera Fuerza Negra), poco numerosos en verdad, acostumbraban consagrarse al culto germano pagano de la noche de San Juan.

Al efecto, reuníanse secretamente en una colina o en una montaña y encendían grandes fogatas que celebraban a la vez al dios Sol y a la nueva mítica hitlerista que se asociaba estrechamente con el culto de los caballeros teutónicos.

En la noche del sábado 24 de junio de 1949, velábamos por deber profesional junto a una fogata encendida en una pradera de Ozoir-la-Ferrière, en Seine-et-Marne. A nuestro lado, unos jóvenes —muchachas y muchachos— cantaban

canciones: “El señor de Charette dijo”, “Maté a mi capitán”, “Iremos hasta el Ural”, o recitaban extractos del “Maestre de Santiago”, de Montherlant, y de “Antígona”, de Anouilh.

Algunos hacían guardia de honor en torno a la fogata, armados de bastones, con las piernas abiertas, en la posición habitual de los centinelas alemanes.

El muchacho que nos había patrocinado para ir hasta el lugar, charlaba en un grupo y la conversación vino a parar en el porvenir político de Europa.

Fue entonces cuando oímos una opinión que tiene tal vez una importancia considerable.

Uno de los manifestantes dijo, en efecto (citamos de memoria y no palabra por palabra):

—Las órdenes vendrán de Salzburgo y de Koenigsberg.

Inmediatamente, otro hizo un movimiento lento pero autoritario con la mano, al tiempo que sus labios dejaban escapar un silbido que pedía discreción. Nos impresionó el silencio que sobrevino —¡oh!, unos segundos tan sólo—, y hubo cierta molestia, como la impresión de que un gran secreto acababa de revelarse y de que una sorda amenaza se cernía sobre el autor de la indiscreción.

En el relato que hicimos en la prensa de la velada cultural hitlerista (“France-Dimanche” N.º 149, del 10 de julio de 1949, primera página), no mencionamos el incidente, pero lo guardamos preciosamente en la memoria.<sup>1</sup>

Sin hacer conjeturas peligrosas, nos interesa, sin embargo, señalar la extrañísima coincidencia siguiente:

Salzburgo está a 60 kilómetros del refugio secreto y del tesoro de Ausse, situado en la montaña, cerca de un lago, y reservado a las generaciones del futuro Gran Reich, según

<sup>1</sup> Nuestro colega y amigo Guy Goujon, redactor jefe de “France-Dimanche”, puso en duda la autenticidad del reportaje y envió a un mediocre cronista a Ozoir, que volvió declarando que la reunión nocturna se había realizado, pero con *scouts*.

Guy Goujon nos pidió, entonces, explicaciones y tuvimos que llevar a un bar de la calle Réaumur a un “colaboracionista” notorio, condenado a muerte en rebeldía, que fue reconocido por Julien Guernec y por Guy Goujon, y el cual acreditó la exactitud del reportaje y la presencia de hitleristas franceses.

la orden expresa de Adolf Hitler. Koenigsberg esta a 90 kilómetros del refugio secreto y del tesoro del Wolfschanze.

Todo esto, que parece muy extravagante, lo parece mucho menos si se quiere admitir que está probado que el tesoro de Ausse está custodiado y que hay hitleristas habitando en la fortaleza alpina.

El tesoro (si existe) de la Madriguera de los Lobos está custodiado también por hitleristas que habitan la ciudad secreta.

En efecto, ha ocurrido varias veces, y más de diez años después de finalizada la guerra, que la central eléctrica ha funcionado y dado corriente a ciertas instalaciones exteriores aún unidas a la red del refugio.

Pero ni los rusos ni los polacos han logrado penetrar en las salas subterráneas, tan defendido es su acceso por derrumbes, trampas mortales y campos de minas absolutamente infranqueables.

Hay que llegar a la única suposición posible: el Wolfschanze está habitado todavía.

¿Y por quién, sino por alemanes perfectamente al tanto del sistema defensivo y la arquitectura interna de esos lugares?

La tradición —ya— quiere que enormes *stocks* de víveres hayan sido depositados en los sótanos y las instalaciones frigoríficas. Pero es mucho más plausible pensar que existen pasajes secretos cuyas salidas pueden situarse a 20 kilómetros y más de la ciudad subterránea. Versión tanto más lógica si se tiene en cuenta que los polacos no han podido limpiar hasta ahora sino un largo corredor de 15 kilómetros, a través de una zona exterior, en el que se han desenterrado más de treinta mil minas.

El Wolfschanze guarda, pues, todo su misterio y nada hace prever que pronto pueda ser descubierto, de tal manera la faena para conseguirlo —además de trabajos gigantes— exige afrontar riesgos que nadie desea encarar.

Pero parece harto verosímil que los pasajes secretos sean

conocidos por un núcleo de iniciados, algunos de los cuales son acaso franceses, belgas, austriacos y españoles.<sup>1</sup>

Por considerable que pueda ser, el tesoro de la Madriguera de los Lobos nunca ha sido inventariado, y al azar se le avalúa (si existe) en varios miles de millones oro.

Según el periodista francés Y.-C. Franck (diario "Sudoeste", del 9 de noviembre de 1957), los polacos habrían descubierto en 1955, a la entrada de un fortín limpio ya de minas, el cadáver irreconocible y despojado de todo objeto de identidad de un S. S., reconocido como tal por la marca tatuada bajo su axila.

Lo que podría indicar que los pasajes secretos no están exentos de todo riesgo, o bien que el S. S. en cuestión haya sido víctima de un arreglo de cuentas.

*Tesoros de leyenda (I):  
Invenciones y varillas adivinatorias*

**L**AS historias de tesoros han trastornado muchas vidas, alimentado muchos sueños y turbado a muchos espíritus, pues nada es más fácil que provocar la avidez o hacer creer en quimeras.

Los responsables de la mayoría de las leyendas, en todos los continentes, son los rabdomantes, brujos y otros ocultistas poseídos por imágenes alucinantes nunca pasadas por el tamiz de la razón.

A veces también algún escritor, un periodista o un charlatán lanza al ciclo eterno del mito una bella historia de joyas, de ducados enterrados, a menudo defendidos por dragones, demonios y alguna defensa mágica: ha nacido un tesoro nuevo, para siempre, pues nada ni nadie podrá destruir la creencia.

Basta aún una simple broma; un día, un bromista dijo: "Un tesoro está enterrado en las ruinas del viejo castillo". Porque las ruinas, los subterráneos y las antiguas mansiones son la sede por excelencia de los tesoros escondidos.

Los más cercanos al charlatán saben que se trata de una broma; pero el tiempo gasta la trama y si más tarde alguien vuelve a tocar el tema o repite las palabras, la duda se desliza.

Un oído desprevenido recoge las palabras que, sin fundamento, se tornan en una verdad dada, en la génesis del tesoro, perdiéndose todo lo demás en las brumas del pasado.

En nuestros días, los grandes inventores de tesoros sin fundamento son los radiestesistas; basta presentar un plano a algún maníaco del péndulo para que descubra uno, dos, diez puntos en que el oro y la plata "dan radiaciones".

No hay necesidad de hacer presión alguna para obtener una localización precisa, el peso del depósito, su profundidad bajo tierra y la fecha del entierro. Miles de gentes ingenuas, afiebradas por declaraciones mentirosas y la perspectiva de una fabulosa fortuna, han removido toneladas de tierra, derribado muros, cavado pozos, gastado hasta su último céntimo, para encontrar al fin sólo ruina y desesperación.

La marquesa de B., propietaria del magnífico castillo histórico de Sully-sur-Loire, perdió 18.000.000 en 1952, jugando el peligroso juego a instancias de un radiestesista, y sin que tan grande fracaso haya aminorado su certidumbre de un tesoro escondido en los muros de su mansión.

En La Dimeresse, cerca de Messy, en Seine-et-Marne, el comandante L. C., basándose en sus propios medios de radiestesista y los de cuarenta notorios manejadores de péndulos, hizo cavar hoyos en que podrían enterrarse diez autobuses. El resultado, conseguido tras gastos enormes, fue negativo, sin que por ello vacilara la seguridad del propietario de esas tierras.

¡En 1953, y siempre por los decires de un ferviente del péndulo, la municipalidad de Lusignan (Vienne) estuvo a punto de emprender la búsqueda del tesoro del hada Melusina!

Podrían citarse centenares de historias parecidas, todas nacidas de las oscilaciones de un péndulo y las cogitaciones de un cerebro de empírico, y todas condenadas al fracaso, todas sin interés y sin nada pintoresco, pues se basaban en el viento.

Pero es sintomático notar que esas tres fábulas: Sully-sur-Loire, La Dimeresse y Lusignan, creadas en un lapso inferior a cuatro años, están escritas con letras indelebles, y hasta el fin del mundo esos inexistentes tesoros encontrarán

crédito en el sueño de los hombres, y también, sin duda, en la mente de muchas personas de buen sentido.

A menudo la leyenda nace de una necesidad innata de lo maravilloso, en que se complacen los pesimistas, los reaccionarios de la vida, y los que viven a disgusto en una situación social difícil.

Más a menudo todavía la leyenda nace de mentiras muy razonables en su origen y que degeneran en tradición cuyo hilo se pierde. Por ejemplo: una ruina de muros vacilantes, un abismo, un lago profundo, un pozo abandonado constituyen para los niños tantos peligros que las madres, amedrentadas, tratan de conjurarlos inventando historietas: hay una gran serpiente en las ruinas, una bruja muy mala arrastra al abismo y al lago a los imprudentes que se aventuran hasta sus bordes, y en el pozo vive un terrible unicornio...

Naturalmente, a más o menos breve plazo, alegres compadres, o cuentistas para pasar el tiempo o ingenuas abuelas agregan a esas fábulas un tesoro escondido.

A decir verdad, la credulidad humana es tal, que nunca hay necesidad de esforzarse mucho, y cuando se trata de ocultismo y de tesoros una mentira gorda como una locomotora pasa perfectamente.

Tal fue la de "La Confianza".

Se cuenta en Vandea que en la noche de Navidad de 1821 el barco "La Confianza", que llevaba a bordo al capitán Dupré, tres marineros y la propietaria, la linda señora Charrier, tocó en la isla de Ré.

La nave, que sin duda venía de América, se dirigía a Burdeos; sus ocupantes bajaron para ir a la misa de medianoche en Saint-Martin-de-Ré. La mar estaba mala, y rompiendo sus amarras "La Confianza" partió a la deriva y vino a encallar en la punta de Arçay y la Faute-sur-Mer, para luego hundirse en los fondos limosos.

Es posible que un tesoro haya sido hundido en el naufragio —si lo hubo—, pero no se puede creer a la tradición que habla de un tonel lleno de oro dejado junto al mástil, tonel

que quedó sin vigilancia durante toda la noche de Navidad.

Al ganarle la tierra espacio al mar, se dice ahora que los restos yacen en la misma península, y una radiestesista, Germaine B., los ha detectado en la viña de la señora Mady, a 30 metros de profundidad. La varilla indicaba toneladas de oro. Se hicieron excavaciones en 1953 y 1957, y por cierto que nada se encontró. Así, dado que los restos náufragos no se hundan sensiblemente en el fondo de los mares, se podría deducir que las costas de Vandea se alzan en unos 25 metros por siglo, que formarán una cadena de montañas de 2.500 metros de altura en 2960, y que en esa época se irá a pie de La Rochela a Nueva York.

Con todo, sucede que lo increíble es a menudo expresión de la verdad. Como ese tesoro del marqués de Carabás que podría perfectamente existir en monedas contantes y sonantes.

Claude Gouffier, escudero de Francisco I en 1546, y que llevaba el título de conde de Caravas, sirvió, según se dice, de modelo a Perrault para su cuento "El Gato con Botas". El conde de Caravas, convertido literariamente en marqués de Carabas, murió dejando una enorme fortuna que nunca se encontró. Debe de estar enterrada en su castillo de Oiron, cerca de Airvault (Deux-Sèvres).

En cambio, el muy histórico tesoro de Christophe, rey de Haití, puede perfectamente ser una leyenda.

Antiguo esclavo, el negro Henri Christophe se proclamó rey de Haití en 1811, con el nombre de Enrique I. Se hizo construir un suntuoso palacio durante su reinado —que no fue peor ni mejor que otro cualquiera— y ennobleció a sus compañeros de revolución y a los dignatarios de su reino concediéndoles títulos oficiales que ilustran la Historia de divertida manera: así creó al duque de la Mermelada, al barón de la Jeringa, al conde de la Limonada, etc.

En 1820, una insurrección derribó a Enrique I, que se suicidó de un pistoletazo, dejando, según se cuenta, un tesoro enterrado en su palacio de Sans-Souci, en Puerto Príncipe.

Esto no es del todo seguro, pero ¿no debe la Historia pagar su tributo a la leyenda, su antecesora directa, y a menudo su rostro más visible?

La leyenda de carácter histórico se ha complacido siempre en pegar un tesoro a todo personaje célebre: héroe, duque o rey.

Hay una veintena de tesoros del rey Salomón, dos o tres de la reina de Saba, de Carlomagno, de Luis XVI, de Napoleón; pero el tesoro de la reina Berta, en París —tesoro mítico si los hay— es una obra maestra del género.

Roberto, hijo de Hugo Capeto, que debía suceder a su padre en el trono de Francia, se casó en 995 con la bella Berta de Borgoña, hija de Conrado el Pacífico y viuda de Eudes, conde de Chartres.

Peró cuando se convirtió en rey, con el nombre de Roberto II el Piadoso, la Iglesia no quiso reconocer su matrimonio, con el pretexto de que Berta era prima suya en cuarto grado.

Sin embargo, Roberto amaba tiernamente a su joven esposa y aunque muy piadoso y habitualmente sometido a las órdenes de la Iglesia, se indignó, se rebeló y se negó a repudiar a la hermosa Berta.

El Papa Gregorio V lo excomulgó, lo que entonces era una sanción mayor, de manera que la corte abandonó a su soberano, y el corazón destrozado de Roberto tuvo que ceder.

Esta es la historia.

La leyenda agrega que para convencer mejor al rey, el verdadero hijo de la reina fue substituido a su nacimiento por un monstruo; lo que evidentemente en el siglo X debía probar que Berta había fornicado con el diablo.

Cuando fue repudiada, ella reunió un importante tesoro que se enterró en el monte Cétard, que siglos más tarde se convirtió en el pintoresco barrio Mouffetard.

El verdadero hijo de la reina y de Roberto el Piadoso fue educado en el monte y se asegura que su descendencia existe aún en esos lugares en que el ocultismo es todopoderoso.

El tesoro estaría intacto y escondido en un sitio conocido

por los "Antiguos de la Mouff", especie de Gran Consejo compuesto de ancianos de varios centenares de años, cuya longevidad estaría asegurada por los relojes que fabrica en la calle de los Grandes Peldaños un relojero ocultista.

Esos relojes, cuyas agujas giran en sentido contrario al habitual, es decir, que van de derecha a izquierda, fueron inventados por el maestro relojero Biber, en el siglo XIV.

Biber era el conde de Saint-Germain, y el conde de Saint-Germain sería Cyril M., el maestro relojero que actualmente ejerce en la calle de los Grandes Escalones.<sup>1</sup>

Ese personaje asombroso y el Consejo de los Ancianos de la Mouff serían los depositarios del tesoro de la reina Berta.

.....

La historia del tesoro del ilustre Samuel Champlain, fundador de Quebec y gobernador de Nueva Francia, transmitida por tradición oral, no concuerda más que las aventuras de la reina Berta con los hechos históricos, y sin embargo algunos canadienses aseguran que es verdadera.

Según la tradición, Samuel Champlain, para procurarse el dinero que no le enviaba el rey de Francia, habría armado secretamente un barco para la piratería, tal vez contra los españoles, más seguramente contra los ingleses.

Así habría amontonado un tesoro de 300.000.000 "en oro macizo".

Cuando una escuadra inglesa vino a sitiar Quebec en 1627, Champlain, seguido por algunos soldados de confianza, fue a enterrar su tesoro en la costa desierta de Nueva Brunswick, en la caleta del Molino (Mill Cowe, como ahora se llama).

Se cavó una fosa y se metieron en ella los cofres de roble que encerraban el oro; comenzaban a colmar el agujero cuando de súbito surgió una mujer que creyendo haberse-

<sup>1</sup> El escritor Jacques Yonnet, en su libro "Hechicerías sobre París", revela las extrañas prácticas de la Mouff, los ritos de sus sociedades secretas y las magias que rigen sobre un pueblo, y de cuya existencia no tiene la menor sospecha el profano.

las con malandrines y asesinos les lanzó las peores maldiciones.

Un soldado, furioso, decapitó a la infeliz con su sable, antes de que Champlain tuviera tiempo de intervenir. Entonces se reconoció en esa mujer a una joven religiosa de la comunidad de Quebec, cuyo cuerpo fue enterrado con el cofre, tras las preces habituales. Champlain habría expresado su desesperación ante el accidente y encargado a la víctima inocente que velara por el tesoro. En 1628, los ingleses lograron la capitulación heroica de Quebec, y Champlain partió a Francia.

Después de regresar a su patria, volvió a Quebec en 1633, pero nunca quiso recuperar el maldito tesoro. Murió en 1635 y para honrar su memoria ni los indios ni sus soldados volvieron a la caleta del Molino.

Pasaron los siglos y recientemente unos granjeros de Newcastle, al tanto de la historia, vinieron a cavar en el sitio en que yacía el cofre.

Fue entonces cuando el hombre que cavaba vio abalanzarse sobre él una nave de fuego, y enloqueció. Dos norteamericanos buscadores de tesoros murieron, uno de una caída; el otro ahogado.

El secreto, dicen los canadienses, mata a quienes lo conocen y la maldición de la Religiosa sin Cabeza guarda los 300.000.000 en oro, sin que haya contramaleficio posible.

A menudo, el descubrimiento de un tesoro escondido está unido a un rito acreditado, cuyo proceso conviene seguir escrupulosamente.

El tesoro está, por lo general, protegido por las hadas, los duendes, los diablos o los perros negros, o "caballeros de pesada espada"; la roca, la piedra o el dolmen que lo cubre se levanta ciertos días, sobre todo durante la misa de medianoche de Navidad, en los momentos de la elevación.

Hay que actuar con rapidez en los pocos segundos que dura la ceremonia sagrada; a menudo hay que recorrer cierta distancia en ese lapso, sin decir palabra, si no la pie-

dra cae enterrando al imprudente o al buscador muy lento o concupiscente.

Así, en Montauban, el tesoro del castillo no puede recuperarse sino en Navidad, en el momento preciso en que el sacerdote alza la hostia por encima del cáliz.

En Champey (Alto Saona), al norte del pueblo y en un macizo forestal, hay una enorme piedra de arenisca llamada "La Piedra que Gira".

Según la leyenda, esa piedra da una vuelta sobre sí misma cada cien años en la noche de Navidad, y quien tiene la suerte de verla girar puede recoger, bajo ella —si actúa con rapidez—, una hoz sagrada de oro y también el tesoro de los druidas.

¡Maravillosa fantasía ésta de los tesoros de leyenda!

*Tesoros de leyenda (II):  
Bestias maravillosas y damas blancas*

**E**L TESORO típico de leyenda posee un arsenal probado y un bestiario ritual: quillas de oro, apóstoles de oro, calderas, pipas, toneles llenos de oro, pilones, pieles de vaca repletas de monedas, terneros y cabras de oro, gallinas y pollitos del mismo metal, todo ello protegido por damas blancas, dragones u otras bestias del Apocalipsis.

El primer guardián animal de los tesoros de leyenda y de los tesoros verdaderos debió ser el perro, que se inmolvaba y momificaba en Egipto, como lo demuestran excavaciones en Abidos y Tebas.

Más allá de la muerte, nuestros fieles, nuestros admirables amigos debían proteger el sueño de sus amos y velar sobre las riquezas acumuladas en sus tumbas. A veces se les agregaban momias de serpientes venenosas (en Kon Ombo), siempre con un fin defensivo y no por razones de culto.

En China, en las islas del océano Indico, en América y en Francia, a menudo se han desenterrado, junto a tesoros escondidos, esqueletos de perros cuyo papel oculto era evidente.

La serpiente, que más que ningún animal inspira terror a los hombres, es el prototipo de las fabulosas bestias de leyenda: el basilisco, el dragón, el grifo, la tarasca, la melusina, la sirena misma y el unicornio.

Bien miradas las cosas, el perro es un animal fiel, vigilante, pero que no tiene nada de terrible, ya que desde las más distantes épocas prehistóricas fue el primer amigo del hombre, aún antes del reno.

De aquí la idea de reemplazarlo junto a los tesoros por alguna bestia formidable, horrible y venenosa: la serpiente.

La más terrible era ciertamente el basilisco, nacido de un huevo de gallo incubado por un sapo. Serpiente gigantesca, tenía colmillos venenosos, harto menos temibles, no obstante, que su mirada, que la mataba a sí misma si se le presentaba un espejo.

Otro excelente guardián era el grifo de cuerpo de león, de alas y cabeza de águila y dardo de serpiente.

Ese monstruo extraordinario, que la mayoría de los historiadores de la Antigüedad asegura haber visto, tenía un pronunciado amor por el oro, al que sabía descubrir y defender contra los hombres.

En la Edad Media, el dragón, especie de víbora alada, que vomitaba fuego y apestaba el aire con su aliento, tenía mayor renombre todavía. El dragón era el guarda tutelar de los tesoros, el único a que nadie podía engañar, tan grande era su vigilancia (dragón viene del sánscrito *drkkarna*, que significa: aquel cuyo ojo es oído).

Con el nombre de grángola en Poitiers, de gárgola en Ruán, de lagarto en Provins, de tarasca en Tarascón, de dragón en Magné (Deux-Sèvres) y en Sommières-du-Clain (Vienne), vigila los tesoros escondidos. En el Jura, el dragón originó la *vouivre* (o *guivre*), especie de culebra grande y fantástica que descubre y protege los tesoros en las ruinas de los castillos.

A menudo, esta serpiente posee busto de mujer, pero siempre, mujer o serpiente, lleva en la frente un carbunclo rojo o un rubí, que hay que arrancarle si se quiere aproximar a los tesoros que vigila. ¡Ay del imprudente que falle, porque la serpiente se venga con ferocidad!

Su carbunclo es tan resplandeciente que con frecuencia

traiciona el lugar en que se halla, que es también la cripta de las joyas.

Aunque con cabeza de ciervo y cuerpo de caballo, el unicornio puede tener una cola de serpiente y hasta un busto de mujer, fuera del famoso cuerno multicolor y encantado que lleva ritualmente en mitad de la frente.

Cuando es serpiente, el unicornio se llama *bigorne* en Poitou y habita al fondo de los pozos. Pasa por guardar tesoros y a veces se confunde en la tradición popular con la melusina de Lusignan.

Además de los monstruos fabulosos, muchos animales reales participan en la historia de los tesoros; desde luego, los becerros de oro caros a los judíos de la Antigüedad, a los que se señala en muchas partes, escondidos en las ruinas; las cabras de oro, también muy numerosas, y cuya razón de existir no se ve bien.

Es de notar que durante el Terror, en Francia (1793), muchos escondieron su fortuna metida en piel de vaca, de becerro o de cabra, antes de huir de la guillotina.

Estos son los tesoros de Cabries (Bouches-du-Rhône), de Lamboulas (Tarn-et-Garonne), de Mirandol (Dordoña), etcétera.

También existen corderos de oro bajo las ruinas y en los subterráneos, salidos ciertamente de las monedas acuñadas bajo San Luis, y que se llamaban *agnels*, o corderos, una de cuyas caras era reproducción del cordero pascual.

En Crain (Yonne), en el castillo de Mme Ozanne, la crónica escrita habla de "una gallina con sus doce pollitos", todos de oro macizo.

El tesoro de los señores de Beaulon (Allier) está escondido en las ruinas de su castillo, pero quien cava para encontrarlo corre el riesgo de ser mordido por las cinco víboras rojas, guardas tutelares.

En el castillo de San Pablo (Bajo Rin), en Viernes Santo a mediodía, puede alguno tener la suerte de ver un perro negro tendido cerca de una fuente. El perro tiene en el hocico la llave que abre una puertecita disimulada en las rocas

de los alrededores. Quien tiene el valor de tomar la llave no corre riesgo alguno si no dice una sola palabra, y puede entrar hasta la cripta de la montaña.

De nuevo se encuentra con el perro negro, que custodia el cofre con las riquezas y que mantiene entre sus colmillos amenazadores la llave de oro de la cerradura.

El que es valiente, tiene el alma pura y las manos vírgenes de sangre, puede tomar la llave, abrir el cofre y sacar tanto oro y piedras preciosas como lo que puede llevarse.

En la Chebba, a 65 kilómetros al nordeste de Sfax (Túnez), un tesoro es defendido por un perro negro al que se debe llamar tres veces: "Duleb, Duleb, Duleb".

En la Babilonia de los egipcios (El Cairo), las perlas, las esmeraldas y las grandes riquezas enterradas en un pozo no pueden ser descubiertas si no se cumple con el siguiente rito:

*Primero, escribid los nombres mágicos siguientes [en árabe] . . . sobre un pedazo de alfarería cruda. Fumigad el fragmento con almácigo macho y assa foetida y arrojadlo en el pozo para que en seguida el agua se retire.*

*Cuando encontréis el tesoro, no podréis adueñaros de él si no inmoláis un cinocéfalo.*

.....

Fuera de la leyenda, nuestras bestias amigas o enemigas han desempeñado un eminente papel en auténticas historias de tesoros.

En Rennes-le-Château, en el siglo XVI, es una cabra que, extraviándose en una caverna, revela al pastor Pâris el fabuloso tesoro que redescubrirá en 1897 el abate Béranger Saunière.

Pero otra vez entra la serpiente en la lid: en Africa del Sur, en el abismo de Hadje Aibeep, hacia Pella y el río Orange, existe un tesoro de diamantes que fue saqueado varias veces, sin verse agotado.

En 1925, un tal Gerte, al buscarlo, fue mordido por una

víbora y abandonó su propósito; en 1958, los exploradores Jan Holland, Peter Campion y Arthur Ruste murieron, mordidos los tres por las serpientes que pululan en el abismo.

Las murenas, naturalmente, ya que les gusta habitar entre restos náufragos, constituyen un peligro no desdeñable para los buscadores de tesoros submarinos.

Unos restos célebres, los del galeón "San Fernando", que yace ante la isla Santa Lucía, pasan por ser protegidos por un "monstruo de cabellera de ébano".

Y he aquí el precioso auxiliar de los tesoros submarinos: el pulpo.

Nuestro amigo Florent Ramaugé, del Club de Buscadores de Tesoros, gran buzo que desde hace años se empeña ante los galeones hundidos en Vigo en 1702, pesca el pulpo y lo larga en seguida al agua.

Para él, se trata de saber si el pulpo tiene algún pedazo de oro pegado a una ventosa, lo que a menudo ocurre, pues la bestia se apodera de todo objeto brillante que encuentra al fondo del mar, o sea, de monedas de oro brotadas del galeón despanzurrado. Lo que ayudaría poderosamente a localizar un resto náufrago.

Pero si el pulpo puede ponerse en la realidad admisible, las damas blancas, en cambio, exigen mucha buena voluntad.

¿Pero por qué no creer en las hadas, en Viviana, en Huon de Burdeos, en Arturo de la Mesa Redonda, en Melusina? ¿Y en las leyendas de caballería, en los cuentos del diablo y las fórmulas mágicas, buenas para contar en las veladas ante una gran chimenea en que arden los leños del bosque de Brocelandia? ¿Por qué no creer en las hermosas y dulces damas blancas?

En Koëpfle, en el Bajo Rin, mucha buena gente ha visto, al mediodía, una dama blanca que lleva un manojo de llaves de oro y baja de la colina al valle. Sonríe a quienes encuentra y llega hasta orillas del Ill, cerca del molino de Bismühl. Allí se lava la cara, los cabellos y los pies desnudos, y se la oye quejarse y llorar.

Vuelve después a la colina y desaparece mágicamente en un sitio en que, en la noche, como aseguran los campesinos, resplandecen unas largas llamas azules. La colina pasó por encerrar un tesoro que a menudo se ha buscado, pero vanamente.

En el sitio del molino de Bismühl existía en otro tiempo un castillo, incendiado en 1452 por los mulhusianos. Es posible que todavía un subterráneo una el molino con la colina.

En el Jura, quiere la leyenda que la dama blanca de Montbarrey baile en la noche sobre el escondrijo de un tesoro de oro, vajilla y monedas. El gracioso fantasma baila con una antorcha encendida en la mano, hasta las dos de la mañana. Quien tenga la suerte de verlo deberá mirar sin moverse y advertir bien el sitio en que sus pies desnudos tracen un círculo. Allí estará el tesoro y será permitido buscarlo cuando la bailarina haya desaparecido mágicamente.

.....

De esto hace mucho tiempo: la dama de Montbron era una castellana de gran belleza, pero llena de orgullo y de crueldad.

Detestaba a los niños, y Dios, para castigarla, la hizo madre de seis hijos de una sola vez.

Una noche, la cruel castellana puso a los inocentes en un cesto de mimbre y fue a ahogarlos en una fuente profunda. Pronto, vencida por devorador arrepentimiento, desgarró sus vestidos, se quitó sus alhajas, su oro, sus collares, y todo lo lanzó al fondo de la fuente trágica; luego se retiró del mundo y murió condenada.

Varios habitantes de Montbron trataron en otros tiempos de recuperar el tesoro, secando la fuente; pero en cada intento vino una tempestad y la mala suerte se encarnizó sobre los sacrílegos.

La fuente se encontraría entre Montbron y Rouzède (Charente).

.....

Cada siete años, en Illzach, en el sector norte de Mulhouse, en el lugar llamado "El Estanque", al pie y al oeste de la colina de Rain, una muchacha rubia de gran belleza aparece en los prados.

En su cuello y su pecho brillan collares de oro, en la mano izquierda sostiene un manojo de llaves y con la otra mano hace un gesto que invita a seguirla a quienes la encuentran.

El hombre que tenga la buena suerte de encontrarla deberá acompañarla hasta un fuego de carbón en el que la dama se desvanecerá hecha humo. Tendrá que apagar el fuego cubriéndolo con un gran paño, y cavar allí para abrirse paso a un subterráneo que conduce a una sala abovedada.

Allí es donde la dama rubia de Illzach, entre un demonio negro y un diablo con cuerpo de sapo, espera al héroe que romperá su encantamiento. Este podrá llevarse dos grandes cofres de tesoros, pero cuidará de no pronunciar una sola palabra durante toda la aventura.

Esto conviene saberlo: hay que dominar la lengua si se quiere encontrar tesoros, y el del Hoyo Cuadrado, cerca de Guebviller, en el Alto Rin, es buena prueba... si así puede decirse.

Dos leñadores que regresaban del bosque percibieron un atardecer un cofre de oro macizo que contenía todas las riquezas del mundo. Ese cofre, por lo general —nos atengamos a la leyenda—, estaba custodiado por un dragón de fuego, pero ese atardecer subió a la superficie de la tierra y luego se hundió suavemente para desaparecer en las entrañas del suelo.

Los leñadores cavaron y después de haber desenterrado una piedra enorme y un sable agudo (tesoro bien protegido), lograron desprender el cofre de oro. Estaban tan con-

movidos que uno de los buscadores rompió el silencio y dijo a su compañero:

—¡Dios mío, estás pálido como un muerto!

No terminó de decir tales palabras cuando el cofre se hundió en la tierra y desapareció para siempre.

¡Nunca se debe hablar durante un encantamiento!

.....

El misterio de la Bodega Encantada es, sin duda, una de las más extraordinarias leyendas verdaderas que pueden existir.

En 1951, al publicar en el hebdomadario "Ici-Paris" una encuesta titulada "La Búsqueda de Tesoros", recibimos varias cartas de la señora Van E. de Boissy-le-Châtel, de Seine-et-Marne, relativas a un misterio que trastornaba a su bodega y al espíritu de su familia.

Esta historia no podría contarse mejor sino transcribiendo in extenso unas cartas de la señora Van E.

Primera carta. 25 de mayo de 1951:

*...Les diré, desde luego, que no soy supersticiosa, que no creo en fantasmas, ni en la magia ni la brujería.*

*He aquí los hechos: hace alrededor de treinta años, mis padres compraron una casa en el pueblecito de Rebais (cerca de Coulommiers).*

*Esa casa es muy antigua y los títulos que poseen mis padres hacen remontar sus primeros propietarios al siglo de Luis XI. La casa es mucho más vieja, y más todavía la bodega..., y de la bodega se trata.*

*Cuando bajé por primera vez a esa bodega, apenas crucé la puerta recibí como un choque, y vi ante mis ojos un tesoro.*

*No le dije nada a mi madre, creyendo en una alucinación.*

*La segunda y la tercera vez, el mismo choque, la misma visión..., un tesoro cuyas piezas veo entremezcladas con-*

*fusamente, tesoro que debió ser escondido (si hay tal tesoro) con precipitación.*

*Cuando salgo de la bodega, me parece tener la cabeza vacía (el espacio de un minuto) y ya no pienso en nada.*

*¿No encuentra que eso es extraño? ¿Hay verdaderamente un tesoro? ¿Es un hechizo incomprensible?*

*Les hago en seguida el plano de la bodega...*

Segunda carta. 8 de junio de 1951:

*...La bodega de la visión pertenece a mi madre, que desea que ese misterioso hechizo que me aflige se aclare cuanto antes.*

*La bodega se encuentra en Rebais a siete kilómetros de Fontenelle.*

Tercera carta. 20 de abril de 1953:

*He recibido las dos cartas de ustedes, pero habiendo tomado mis vacaciones no las he encontrado sino a mi llegada.*

*La bodega en cuestión pertenece a mi madre y se halla en Rebais; pero no hemos encontrado nada porque no hemos buscado.*

*A causa de hechos inverosímiles, mi madre ha cerrado su bodega mientras viva. Aunque lo que les escribo sea muy turbador, creo que sólo el azar es la causa..., a menos que, si hay un tesoro, esté protegido por esas fuerzas que se llaman ocultas.*

*Sólo mi madre y yo estamos al corriente. Mi madre, días antes de aquel en que les cito, le pidió a la criada que bajara a la bodega para quitar las telarañas. La mujer cogió la escoba, bajó los viejos peldaños de piedra y luego se negó a entrar en la bodega.*

*Como la mujer es algo simple, mi madre no prestó atención al principio. Días después, uno de mis hermanos, que había dejado una cajita en la bodega, bajó a las nueve de la noche a buscarla.*

*Con gran estupefacción, vio al fondo de la bodega una cabeza ovalada de unos cuarenta centímetros, fosforescente, con un ojo en cada extremo, que le miraba pestañeando. Subió muy de prisa.*

*Cuando estuvo arriba, se dijo: "Vamos, Albert, eres hombre, y no te vas a poner a ver visiones". Y con todo valor volvió a bajar; pero ésta vez la cabeza vino a su encuentro, amenazadora. Huyó y al día siguiente, con luz, bajó no muy seguro. Pero no vio sino un hueso.*

*No nos contó eso en seguida, de miedo a que no nos atreviéramos a bajar nunca más.*

*Entonces les escribí para darles una cita para el sábado siguiente; pero no teniendo sellos a mano me llevé la carta a la fábrica, con intención de ponerla en el correo al salir de mi trabajo.*

*Hacia apenas una hora que me hallaba trabajando cuando un prensa-papeles que pesa sesenta y cinco kilos me cayó en la cabeza. Tardé tres meses en reponerme, y la carta no salió.*

*Mi madre, que enfermó en los mismos momentos, concluyó que su bodega estaba encantada e hizo condenar la puerta.*

*Esta es la causa de mi silencio.*

*No me atreví a escribirles todo eso... porque tal vez estaba escrito.*

*Les ruego, señores, aceptar mis mejores consideraciones...*

Estas son las cartas que recibimos sin seguir más adelante, conforme a los deseos de Mme Van E.; pero es lamentable que una detección electrónica no haya solucionado el misterio de la Bodega Encantada.

Sea como fuere, esta historia es harto extraña, y muy insólitas las circunstancias que parecieron prohibir la detección del tesoro.

Hay que confesar que nuestro racionalismo no está exento de perplejidades.

*Tesoros ocultos,  
encantamientos, hombres voladores, fantasmas*

**E**N LOS pueblos primitivos, y particularmente en las latitudes tropicales, la imaginación y la fiebre del oro se han conjugado para engendrar fantásticas historias de tesoros donde la magia desempeña el papel principal.

Avidos de maravillas, los árabes están persuadidos de que los rumíes que en otros tiempos ocupaban el Africa del Norte, antes de la conquista musulmana, enterraron todos sus tesoros después de escribir en libros mágicos los secretos que permitirían encontrarlos.

León el Africano, geógrafo e historiador, cuenta que en Fez existían en el siglo XVI buscadores de tesoros llamados: El-Kannazin.

Los El-Kannazin aseguraban que los romanos habían encantado las riquezas enterradas; pero que les era posible, por medio de invocaciones y conjuros mágicos, romper esos encantamientos.

Según los árabes, el método racional de recuperación sería la consulta del "Libro de la Ciencia de los Tesoros", donde se explican los ritos eficaces para encontrar los escondrijos y alejar a los espíritus malignos; pero ese libro se encontraba —según se dice— en "la iglesia de Constantinopla", o habría sido llevado a Toledo.

En ese santuario estarían depositados también otros documentos que dan los lugares exactos de los tesoros de los rumíes.

Sea como fuere, tales libros eran inaccesibles a los El-Kannazin, los cuales, excelentes alquimistas y particularmente expertos en las ciencias ocultas, tuvieron que descender a los métodos mágicos.

Sus búsquedas de tesoros se basaban en los poderes de los filtros, los elixires, las fumigaciones, los polvos y sobre todo en el siguiente encantamiento:

“Tamsh, Karhatial, Akfahitha, Tahtut, Aketthuntha, Ahia, Shaqatqir, Ahirqal, Tafhut! ¡Escúchame, oh sabio gigante, por el poder de estos nombres! Aléjate de nosotros por el poder evocador de estos nombres sagrados.”

Hay que decirlo siete veces.

Convenía, a la vez, hacer fumigaciones de kondor, de sándalo, de estoraque y granos de algarrobo. Para descubrir el tesoro, había también que repetir siete veces:

“Ahiakshéh, Ahishakish, Maksha, Aherqul, Daig, Maig, Qinburg, apresúrate y muestra el tesoro por el poder de estos nombres que acabo de leer ante ti”.

Entonces los gigantes, las bestias monstruosas se apartaban del escondrijo y se tornaban inofensivos.

Ahmed Bey Kamal, miembro del Instituto Egipcio, tradujo y recogió en el “Libro de las Perlas Enterradas” historias de tesoros en que se reflejan la magia y las creencias de los El-Kannazin, al mismo tiempo que el estilo de imaginación de los orientales.

He aquí el relato del tesoro de los rubies del rey:

*Sal de Abu-Shamah en la montaña de Charunah, distrito de Maghagha, provincia de Minieh, y camina hacia el este hasta un wadi cortado por varios barrancos.*

*Dirígete hacia Abu-l-Dahim, y encontrarás una quiebra enorme que permite a un jinete entrar con su yegua y su lanza y hacer pasar por ahí tres cargamentos.*

*Entra y camina hasta un pozo que contiene tres vasijas de greda y verás un tell (montículo) de escombros y otros tres peldaños enterrados.*

*Quita toda la arena y descubrirás un camino que sube a*



la montaña y está rodeado por una banqueta. Si pasas bajo la banqueta, encontrarás una puerta con un anillo adornado con inscripciones griegas y una marca.

Tira del anillo; se abrirá la puerta y tú la cruzarás sin temor.

Encontrarás, más allá, una sala grande y hermosa que contiene cien ardebs de barro filosofal.

Calienta este barro en el fuego hasta que se torne rojo, luego empápalo en vinagre puro; se desmigajará.

Verás en la misma sala un montón y un lecho real en que el rey está acostado, rodeado de piedras preciosas, de rubíes como los que nadie jamás ha visto, ni jamás ha oído hablar de tales rubíes, ni puede sospechar siquiera que puedan existir tan hermosos.

Cerca de la cabeza del rey se ven setenta flechas mágicas, destinadas a matar a los enemigos.

Si haces con cera la imagen de tu enemigo y escribes en la cabeza de esa imagen el nombre de ese enemigo y el de su madre, y luego traspasas el corazón de esa imagen lanzando una de las flechas con un arco, diciendo: "Mato a tal rey de tal ciudad", el enemigo caerá muerto.

Si la flecha traspasa la nuca, la cabeza de ese hombre se desprenderá del cuerpo. Aprende esto, pues es obra de los espíritus mágicos que habitan tales flechas.

Verás cerca de la cabeza de ese rey una caja que contiene cuarenta y ocho anillos que pertenecen a cuarenta y ocho gigantes; si alguien se pone uno de esos anillos, se le aparecerá el genio y se pondrá a su servicio.

Si deseas ser invisible, el genio te esconderá de todos mientras el anillo esté en tu dedo.

Si quieres entrar en esa pieza, perfúmame con estagonias, mandrágora y estoraque empapadas en sangre humana brotada de una sangría, a condición de que tu entrada en el lugar sea en viernes o en sábado de luna llena, y de que recites de continuo el hechizo siguiente:

"Baalshaqesh, Mihraqesh, Aqshamqesh, Shaqmunhish, Rekinshar, Ashlekh, Barkiaz, Hawra, Alarkiaz, Iaslub, Ias-

*kiub, Bishghab, Alghiub, Bitfun, Bizuzam, Huzam, Shamk-hisha, Shemrakh, Shemrakh, Ashmekh, Shamakhi, más alto que todo Barakh, por la manifestación al Señor en la montaña, pero éste fue derribado por Moisés y cayó en decadencia. Os conjuro, oh espíritus, que cedáis y escuchéis al lector de este hechizo."*

Siempre en tierra africana, otra historia oculta, aunque encantadora y liviana, asegura la transición entre la brujería cruel y la afabulación poética.

El tesoro supuesto es el de la Tumba de la Cristiana o K'bur Rumia, gigantesco monumento de 30 metros de altura por 15 de base, erigido en el extremo oeste de la punta de la Mitidja, a 62 kilómetros de Argel.

Asegura la leyenda que grandes riquezas están enterradas en esa tumba, lo que acaso sea verdad. Numerosas excavaciones se han hecho sin resultado y los historiadores se pierden en conjeturas acerca del significado de ese monumento.

Adrien Berbrügger, inspector general de monumentos históricos, fue el primero en entrar en el hipogeo el 16 de mayo de 1866.

Según las tradiciones, el K'bur Rumia sería la tumba de una princesa, expulsada de España en la Edad Media, o bien, como suele decirse, que habría pertenecido a la familia real de Numidia o de Juba II, muerto en Cesarea hacia el año 30.

En el siglo XVI se aseguraba que era la sepultura de la Cava (Kaaba), cortesana de maravillosa hermosura, seducida por el rey de los visigodos y cuyo padre, el conde Julián, para vengarse, habría entregado España a los musulmanes.

Dentro de la tumba estarían acumulados montones de piedras preciosas, celamines de perlas y rubíes, cuádruplos como para remover con pala (un cuádruplo es un doble doblón de España).

El escondrijo, dice la leyenda, no se abriría sino con ayu-

da de fórmulas cabalísticas secretas, y sólo un cristiano podría descubrirlo.

El monumento se llama Tumba de la Cristiana entre los franceses, Huesa de la Cristiana entre los españoles, Tumba de la Romana o Rumí entre los árabes.

Dos leyendas muy pintorescas han acreditado la existencia de un tesoro oculto.

La primera cuenta que un joven árabe llamado Hadj-Ahmed estaba cautivo en España y se lamentaba de la mala suerte que le mantenía lejos de su dulce amiga, la hermosa y blanca Al-Djezair, a la que no creía volver a ver.

Un día, su amo, mago reputado, le hizo la siguiente proposición:

—Oyeme, Ahmed, con oído honrado, y recobrarás tu libertad. Te la ofrezco, pero en cambio, apenas llegues a tierra africana, irás a la Tumba de la Cristiana y subirás hasta lo más alto. Buscarás cuidadosamente el centro geométrico y en ese punto preciso quemarás el pergamino que voy a darte. ¿Estás de acuerdo?

Hadj-Ahmed aceptó con alegría, se embarcó en una galera y apenas llegado a Africa fue a la tumba, cuyos peldaños nada le costó escalar.

Buscó el punto geométrico de la bóveda y, como lo prometió, quemó el pergamino repleto de signos cabalísticos que le diera el mago.

En seguida se abrió la tumba con espantable crujido y como un volcán en erupción comenzó a vomitar sus entrañas, que eran una maravillosa lluvia de oro, plata, piedras preciosas y alhajas.

En vuelo multicolor y prodigioso, los ducados, las piastras, los escudos, los doblones, los cuádruplos, las esmeraldas, los rubíes, los diamantes, las perlas, las amatistas y los ópalos surgían, se elevaban como si nunca fuera a agotarse la fuente del tesoro.

Y el maravilloso fuego de artificio, a la manera de un tifón, se prolongaba en las nubes en una gran corriente que

iba en dirección de España, sin duda aspirado por los encantamientos del mago.

Cuando Ahmed realizó el milagro, quiso tener su parte en el tesoro y arrojó su albornoz sobre la abertura del cráter. Entonces se rompió el hechizo, la tumba volvió a adquirir su antigua forma ruinoso, y las monedas y las joyas cesaron de brotar en miríadas de chispas.

En los pliegues de su albornoz, el joven árabe no recogió sino una piedra preciosa, tan bella, tan pura, que de ella sacó suficiente dinero para terminar su vida rico y feliz junto a la hermosa Al-Djezair.

La segunda leyenda es más asombrosa aún.

Un pastor árabe acostumbraba llevar sus vacas a pacer junto a la tumba. Notó que cada tarde una vaca negra, la más hermosa de la manada, se perdía, pero todas las mañanas la encontraba entre las otras, con muy buen aspecto. Como la tumba estaba cerrada por sus cuatro costados, el pastor no lograba comprender el milagro.

Decidido a averiguarlo, se escondió al atardecer tras unos arbustos y vigiló a la vaca negra. La vio de súbito aproximarse a las ruinas y frotarse contra las paredes, que se entreabrieron y se la trágaron, cerrándose en seguida.

El pastor creyó volverse loco de miedo, pues pensaba haber sorprendido el secreto de los duendes y sabía que tales indiscreciones se pagan generalmente con la vida.

Pero llegó la aurora, el pastor estaba vivo y el ganado se hallaba completo en medio de la hermosa mañana.

Se tranquilizó el pastor y pensó que los duendes nada tenían que ver con el asunto y que tal vez él podría, pobre y desconocido, adquirir riqueza y celebridad descubriendo el misterio de la tumba de los tesoros.

Al siguiente anochecer, se acercó a las ruinas, cuidando de seguir a la vaca paso a paso, y cuando la vio desaparecer por la abertura mágica se aferró de la cola y entró con ella en el antro.

El muro se cerró sin ruido y el deslumbrado pastor se

encontró ante una gran sala refulgente de luz y repleta como arenilla de una profusión de inauditas riquezas.

Había cofres en que resplandecían piedras preciosas y aguamaniles de oro cincelado, columnas de monedas de plata, cajas de rubíes, tazas plenas de esmeraldas, y al centro de la tumba la vaca negra, plácida, amamantaba al hijo del hada Halloula, acostado en una cuna de oro macizo con adornos de diamantes del tamaño de huevos de gallina.

El pastor amontonó el mayor botín posible en su albornoz y aprovechó la salida de la vaca para irse del monumento.

Varias veces repitió el viaje, llevándose sacos llenos de piedras preciosas; pero el tesoro era tan prodigioso que nunca aminoró.

Y ese tesoro existe todavía y quien sepa abrir el muro de la tumba podrá cosechar a manos llenas. Pero será necesario saberlo.

Según otras tradiciones, una serpiente gigantesca, la Agüerra, custodia el tesoro.

Se dice también que una entrada subterránea que parte del borde del mar, en una caleta apartada, llega al centro de la tumba; pero la entrada de la galería está defendida por una hoz afilada que, balanceándose, impide el paso:

La hoz se llama Ras bel Mendjel (Cabeza para la Hoz), y hay peligro mortal en querer forzar su defensa.

Por eso el tesoro de la Tumba de la Cristiana es inviolable para quien no sepa vencer sus hechizos.

Africa no tiene el monopolio de los tesoros mágicos, y Francia, país de buen sentido, posee en su panteón de buscadores las historias más locas y las más razonables.

Hay como para encontrar la justa medida, que no poseía —ni muchísimo menos— la curiosa baronesa Martine de Bertereau Beausoleil, mineralogista y radiestesista de que se ocupó la crónica a mitad del siglo XVII.

Nunca persona alguna pudo haber sido tan rica como la baronesa de Beausoleil si su arte hubiese estado a la par de

su fe en los tesoros fabulosos que descubrió, o, mejor dicho, que pretendió descubrir.

Jean du Chastelet, barón de Beausoleil, esposo, tan loco como ella, de Martine de Bertereau, llamada la Bruja, autora de lo que va a leerse en seguida, tenía la mayor confianza en los dones de la buscadora de tesoros.

El libro titulado "La Restitución de Plutón" comienza con este preámbulo dirigido al rey:

*Pero hoy, Dios os abra los ojos e ilumine a Vuestra Emi-nencia Augustísima, por mi intermedio, que no soy sino una mujer de la cual ha querido tal vez la Divina Bondad valerse, a fin de que dé noticias de los tesoros y riquezas encerrados en las minas y yacimientos de Francia, como en otros tiempos quiso valerse de Juana de Arco para rechazar a los ingleses fuera de la herencia que sus abuelos dejaron a Su Majestad.*

En suma, después de haberse comparado con la Doncella, Martine de Beausoleil exponía sus títulos, sus descubrimientos y la manera de que se aprovechara de ellos el Estado francés.

*He visitado muchos fondos de minas y cavernas en que a menudo se encuentran enanitos de la altura de tres o cuatro palmos, viejos y vestidos como los que trabajan en las minas, a saber, con un viejo blusón y un delantal de cuero que les cubre el cuerpo, con un vestido blanco con capuchón, una lámpara y un bastón en la mano.*

*Habiéndome así encontrado en las oficinas de las fundiciones, donde se aparta lo grosero de lo puro, y queriendo hacer las pruebas y habiéndolas hecho yo misma en largos años, he dicho las cinco reglas que hay que saber para conocer las minas, los metales, las aguas y fuentes.*

*1. Por la abertura de la tierra, que es la más sensible y la menor,*

*2. por las hierbas y plantas que crecen encima,*

3. *por el sabor de las aguas que ahí brotan,*
4. *por los vapores que se elevan alrededor de las montañas y los valles a la hora del sol levante,*
5. *por medio de dieciséis instrumentos metálicos e hidráulicos que encima se aplican.*

Con siete varillas metálicas, esta precursora de la radiestesia descubrió tesoros prodigiosos, cuyas muestras se dan a continuación:

—Cerca de Saint-Beat, Pirineos, minas de oro en cantidades.

—A media hora de Saint-Bertrand, una gran mina de cristal y dos de cobre con plata.

—En la Bastide-Delpeyrat, en Languedoc, cinco minas de iayet (azabache) y una mina de vitriolo.

—Cerca de Tournon, seis minas de arquifou (sulfuro de plomo) o barniz.

—Velay y Gevaudan: minas de zafiros blancos y azules muy buenos.

—Samatan: tres minas de turquesas.

—Pegu, en Auvernia: una mina de amatistas.

—Bajo el castillo de Usson, en la viña de Anthoine du Vert, una mina de azul.

—Cerca de la ciudad de Die (Delfinado), piedras y diamantes parecidos a los de Alençon.

En Francia, añade la baronesa, hay de todo, salvo las especies de Levante, los monstruos de Africa, los elefantes, los leones y otros animales de alta estatura del Asia, los castores del Canadá, etc.

*Hay minas de todas las piedras finas: amatistas, ágatas, esmeraldas, jacintos, rubies, granates, zafiros turquesas y también diamantes y además arroyos donde hay perlas y toda clase de pedrerías. En las minas, todos los metales poseen un principio de crecimiento por medio de un licor vaporoso que sale de las materias metálicas, luego se forma*

*como un aceite gordo o como manteca en el que encontramos muy a menudo oro y plata fina, etc.*

La baronesa radiestesista ponía su varilla adivinatoria al servicio del rey para extraer todos esos tesoros de la tierra.

Su Memoria, por extraño que pueda parecer, fue aprobada por el Consejo Real, pero no se llevó a ejecución, porque el cardenal Richelieu, con buen sentido, hizo detener a la baronesa y su marido y los internó en un asilo de locos.

.....

En 1740, en Beauce, los tesoros y la brujería se unieron bajo los auspicios de Jean-Baptiste Potin, rabdomante, charlatán y estafador de los mejores.

Los crédulos burgueses y los campesinos acudían al antro de Dourdan, donde Potin y sus acólitos se hacían pagar carísimo para descubrir invocando a Astaroth, sus obras y sus pompas.

Descubrir no es la palabra exacta, porque Astaroth nunca honró su reputación, ni Potin sus promesas.

Un mueblista estafado en 1.000 libras entabló pleito y el 22 de agosto de 1744 la gendarmería envió a Bicêtre "ese montón de estafadores y locos", así dicen las crónicas al referirse a los brujos buscadores de tesoros.

.....

El príncipe Cherenzii Lind, Maha Choan, Amo del Mundo y señor de otros lugares, ¿también fue internado?

Conocimos a ese paranoico que reunía en su persona aventajada y grave —si así puede decirse— la audacia de la baronesa de Beausoleil, la inconsciencia de Aymar Vernay y el cinismo de Potin, pero de manera muy pintoresca, hay que confesarlo.

¡Si su fabuloso tesoro de Agarthá existiera verdaderamente, se podría relegar al limbo del olvido todos los demás

tesoros del mundo, o exhibirlos en el célebre Mercado de las Pulgas de Saint-Ouen!

Su historia prodigiosa preocupó a la crónica mundial en 1947, y creemos poder dar una versión original, por la sencilla razón de que desempeñamos un papel de primer orden, que al fin nos valió una condena a muerte, en debida forma.

Pero empecemos por el principio.

Hacia mediados de junio de 1947, viniendo de Cuba, trayendo por todo bagaje dos cajas de cigarros H. Upmann, un hombre de alta estatura y cara de bulldog bajó en el aeropuerto de Orly.

Un pequeño grupo le aguardaba y en seguida le manifestó una deferencia vecina de la veneración.

Si el viajero hubiese sido un presidente de República o un rey, no habría sido tratado con mayores consideraciones.

Era algo más que eso, mucho más, para el grupo que le acogía y para los dos mil adeptos e iniciados de la Gran Fraternidad Universal: el hombre de los cigarros Upmann era —ni más ni menos— el Amo del Mundo.

¡Hubiérase querido conocer, Dios mío, su verdadero estado civil! Pero nadie, por cierto, fue admitido a semejante control, el cual, por lo demás, no habría demostrado nada, ya que el Amo del Mundo no podía, como un cualquiera, contar con un certificado de nacimiento ni con una cédula de identidad acreditados ante los poderes civiles humanos.

En suma, este soberano supremo pretendía tener derecho igualmente a los títulos de Maha Choan (Gran Jefe), Kut Humi Lal Singh, príncipe Cherenzii Lind, y su domicilio permanente era el reino subterráneo de Agartha, en el Tíbet, entre Lhassa y Chigatzé, en todo caso, bajo la enorme masa de los montes Himalaya.

El Amo del Mundo o Maha Choan fue oficialmente recibido por un mago, discípulo del búlgaro Peter Deunov, el cual enseñaba filosofía en su *ashram* de Sèvres, cerca de París.

Para esos técnicos de la sabiduría y de la alta espiritua-

lidad, no cabía la menor duda de que el príncipe Cherenzii Lind era el Todopoderoso Amo del Mundo, jefe del Cenáculo de los Doce Sabios que desde Agartha, en el Tibet, gobernaba los altos destinos del globo.

Como el Amo fijara su residencia en la calle Lesueur, en París, acudieron los fieles, ya en trance, descalzos, para recibir la santa bendición.

Y permanecían toda una tarde de rodillas, rezando, mientras el Amo del Mundo y el mago disertaban sobre los grandiosos problemas cósmicos. Así pensaban, al menos, esos ingenuos.

En realidad, los dos amos, el uno (el Maha Choan) llevándose al otro por la escalera de servicio, partían a medir la vanidad de los placeres humanos en el Folies-Bergère, y se iban luego a perfeccionar su educación en un segundo templo consagrado: el Cabañet Tabarin.

Y mientras las bailarinas de canacán brincaban y lindas muchachas exhibían sus encantos paganos, los dos compadres saboreaban su champaña, pensando en los devotos que rezaban y que a esas horas invocaban su sagrado poderío<sup>1</sup>.

Días después, claro está que luego de múltiples palabras, sesiones de sabiduría y de iniciación, y otras sorpresas espiritualistas, el Amo del Mundo convocó a la prensa e hizo las más asombrosas revelaciones que se puedan escuchar:

—Soy un descendiente de Gengis Kan y la reencarnación del Kut Humi, fundador de la Sociedad Teosófica. Mi título de Maha Choan me fue dado por el Gran Consejo de Agartha, reunido en congreso.

"En el Tibet, Agartha es el reino subterráneo de los iniciados, pero la palabra designa también el conjunto de sabios y de grandes instructores que rigen el mundo.

"Ese reino, fundado hace 56.000 años, no es un mito: existe realmente y se encuentra unido a los monasterios del Himalaya por inmensas galerías subterráneas que a menudo alcanzan 800 kilómetros de longitud.

"Lo habitan seres humanos y también *jinas*, seres dotados

<sup>1</sup> Seamos justos: todo estaba tramado por el Maha Choan.

de una gran inteligencia, pero que no tienen cuerpo físico. Los *jinas* viven en las entrañas de la tierra, nunca suben a la superficie y se alimentan de las fuerzas del éter.

"También existen en Agartha seres inferiores, armados de largas garras y provistos de alas análogas a las de los murciélagos. Son capaces de poseer inteligencia, y su civilización, aunque de otro orden, es comparable a la de los hombres. Más tarde, al evolucionar, se convertirán en hombres. Son los gnomos, los silfos y los duendes de las leyendas humanas.

"El reino subterráneo de Agartha tiene su capital bajo el Tibet, pero se extiende por igual bajo todas las grandes montañas del globo. La civilización es ahí, para los iniciados, únicamente espiritual y mental. No tenemos máquinas, pero sí bibliotecas de las que ustedes no tienen la menor idea, museos de pintura —con la verdadera "Gioconda" de Vinci— y de escultura, y, en general, un desenvolvimiento artístico que a ustedes les parecería prodigioso.

"Nuestra biblioteca contiene los preciosos libros de la Biblioteca de Alejandría, que fue incendiada tres veces.

"Poseemos también, pero sólo para deleite visual, las más hermosas joyas que haya producido la tierra desde su creación: diamantes tres veces mayores y más puros que el "Regent", esmeraldas del tamaño de un huevo, rubíes prodigiosos engastados en pendientes de que no tienen idea ustedes.

"Esas riquezas y muchas otras, de que no hacemos ningún caso, están reunidas en un museo cuya bóveda es de cristal de roca y el piso de oro macizo. Es el tesoro material de Agartha.

"Todo esto existe realmente, y el mundo entero tendrá que comprenderlo así cuando yo permita a periodistas y *cameramen* que vayan a hacer un reportaje.

"Antes de salir de París, haré un milagro para convencer a los incrédulos.

Estas declaraciones son las palabras textuales del Maha Choan, Amo del Mundo, y se pronunciaron en una confe-

rencia de prensa de la calle Lesueur, ante una decena de periodistas.

Dimos un relato integral en el hebdomadario "Point de Vue-Image du Monde" del 28 de octubre de 1947.

El Maha Choan aseguraba que hablaba diecinueve lenguas y que deseaba iniciar en todas las ciencias a los sabios franceses Jean Rostand, Broglie, Joliot-Curie, Tresfouel, etc.

Se nos encomendó que organizáramos una entrevista, pero el mago se negó en el último momento. Entonces denunciamos la impostura del charlatán, que nos hizo "condenar a muerte por los sabios de Agartha", lo que originó un divertido debate en el Club del Faubourg, el 2 de diciembre de 1947.

Cogido en flagrante delito de mentira en Italia, donde el profesor Tucci no tuvo la menor dificultad en probar que el falso maestro, el falso sabio no sabía ni media palabra de tibetano, el aventurero se retiró algún tiempo a París; luego desapareció sin dejar huella, a caza de nuevos tontos.

¡Ay, ya no está permitido creer en los tesoros de Agartha mucho más que en la identidad del Maha Choan, príncipe Cherenzii Lind y, por sobre todo eso, Amo del Mundo! Es harto lastimoso.

.....

En 1951, Marcel Bruegghe, de Damville, Eure, conmovió a la prensa y al público con la pretensión de haber descubierto una ciudad celta subterránea de la más grande importancia.

Ese buen hombre —grandemente iluminado, en el sentido menos noble de la palabra— hizo imprimir prospectos en los que, después de revelar su descubrimiento, hacía un llamado a la generosidad de suscriptores eventuales para constituir un fondo de explotación de la ciudad.

El prospecto terminaba con esta candorosa promesa:

*A toda dádiva de un mínimo de mil francos se le remitirá una recompensa cuando el notario de la obra haya hecho el inventario de todo lo que existe en la ciudad.*

*Dirigir las dádivas a la obra de la ciudad celta, en Coulonges, por Damville, Eure.*

En realidad, el asunto se circunscribía a una simple detección radiestésica; la ciudad y todas sus maravillas no habían sido descubiertas y todo ello dormía aún a unos 30 metros de profundidad, cerca de una granja, en Coulonges.

Pero el gran sacerdote celta, con el tono de la buena fe, describía sus esplendores, los detalles y los planos, habiendo ido él varias veces, en cuerpo astral, como precisaba.

—Esa ciudad —decía Marcel Bruegghe— fue edificada bajo tierra hace unos trece mil años por los celtas, para dejar a las generaciones futuras un testimonio de sus riquezas y de su alta civilización. Tiene dos entradas cerradas por portales de metal inoxidable, y se extiende en 6.400 hectáreas, en tres pisos.

”El primer subsuelo es un cementerio; el segundo tiene un circo, mercados, silos y depósitos de agua potable; el tercero es un vasto museo en que podrán verse momias vitrificadas de animales monstruosos, de seres humanos, y el tesoro de los celtas: objetos de oro, piedras preciosas y un pedazo de la verdadera piedra filosofal, tallada en una esmeralda de forma de corazón.

Era difícil creer en esta historia fantástica, pero Marcel Bruegghe aseguraba que esa descripción de la ciudad celta estaba escrita en las tabletas sagradas de nuestros distantes antepasados, en caracteres oghams.

Pretendía poseer algunos de esos documentos, siendo los demás de propiedad del comité celta de Glasgow.

Se emprendieron trabajos para liberar las entradas de la ciudad fabulosa. ¡Ay!, fue pura pérdida y los subscriptores de la obra esperan todavía el tesoro de los celtas.

.....

Sería imposible creer en el tesoro de los Siete Sellos si su

descubrimiento no atestiguara formalmente la realidad de la inverosímil, misteriosa e insólita aventura.

Sin embargo, aunque descubierto, ese tesoro guarda aún su secreto casi intacto y exige una prolongación que no podrá expresarse sino en lo oculto.

La señora A. F., legataria del tesoro de los Siete Sellos, no era en absoluto partidaria del ocultismo antes de recibir, en sueños, la visita de un personaje vestido con un jubón y unos calzones granates fuertes, que por eso llamó ella el Caballero de la Rosa.

Le contó a su marido la singular aparición y las enseñanzas que le diera el fantasma, no sin cierto temor, pues el señor M. F. no creía en absoluto en las manifestaciones supranormales.

—Es un sueño sin pies ni cabeza —le dijo—, y no tiene interés, además.

Sin embargo, la señora F., impresionada, y como siguiera viendo en sueños al fantasma, anotó en su diario personal las revelaciones que recibía en estado inconsciente.

Hasta aquí, se puede suponer que se trata de una alucinación o de un simple sueño de una persona imaginativa, y nos quedamos, pues, en los estrictos límites de la trivialidad.

Las primeras apariciones del Caballero de la Rosa se efectuaron en 1951 y cesaron un tiempo, olvidándose luego el incidente.

En 1952, el señor M. F. compró una casa ruinosa en Seine-et-Marne, no lejos de Provins; la hizo reparar, y durante sus fines de semana encontró un agradable y sano pasatiempo en trabajos de desmonte y jardinería.

Así fue cómo emprendió la nivelación del parque terraplenando una antigua bodega, cuyos primeros peldaños sacó con ayuda de un obrero.

Una noche, después de la comida, se paseaba tranquilamente por la propiedad en compañía de la señora F., cuando su esposa hizo una insólita observación:

—Mira ese resplandor azul que se mueve ante nosotros.

—No veo nada —dijo el señor M. F.—. Estás soñando.

—Sí. Hay un resplandor azul y acaba de detenerse a la entrada de la bodega, donde estuviste cavando esta mañana. Hay que mirar bien; tengo el presentimiento de que hay allí un tesoro. Por lo demás, el Caballero de la Rosa me dijo que encontraría uno y, como tú sabes, anoté en mi diario su descripción y dibujé los signos misteriosos grabados en las piezas que lo componen.

—En todo caso, no puede haber un tesoro donde me dices, pues en ese sitio acabo de remover peldaños y toda la tierra de su alrededor.

Sin embargo, para estupefacción del señor M. F., bastó una excavación mínima para que apareciera un cofre italiano de conchas, que parecía datar del siglo XVIII.

En esos instantes, el señor M. F. tuvo tal vez un mal pensamiento, poniendo en duda la buena fe de su esposa: ¿no habría enterrado el cofrecillo para acreditar sus locas alucinaciones?

Pero la inconveniente hipótesis no cuadraba en absoluto con la gran honestidad moral de la señora F. y resultaba harto improbable cuando se hizo el inventario del hallazgo: el cofre encerraba una redecilla de perlas que contenía un escarabajo que servía, incuestionablemente, de sello, y una caja roja de marfil, esculpida con una multitud de svásticas, que tenía un marco de oro y de medallas de plata o de metal de tal modo patinadas y gastadas que varias generaciones, sin duda, debieron llevarlas colgadas como pectoral.

En un primer examen de expertos, algunas de esas medallas —las más antiguas— databan del siglo XV.

Parecía aventurado admitir que alguien, intencionalmente, hubiera escondido el cofre en la tierra recién removida; pero el hecho se tornó de una imposibilidad total, absoluta, cuando en una anfractuosidad de la bodega, junto al primer depósito, el señor y la señora F. encontraron dos estuches de cobre muy oxidados que contenían siete sellos extraordinarios, los más grandes con la superficie de la palma de una mano, todos grabados con signos cabalísticos, templa-

rios, masónicos, hebreos, árabes, rosacruces y más, harto difíciles de identificar<sup>1</sup>.

Para quien los ve, en su materia y su pátina, con sus formas insólitas de ruedas dentadas, de hexágonos o rectángulos, y sus grabados misteriosos, hasta impenetrables, en los que a veces se abre una rosa como una tranquilizadora sonrisa, esos sellos o plaquetas de la bodega de la lucecilla azul constituyen el tesoro más impresionante, más lleno de misterio y de ocultismo que nos haya sido dado contemplar.

¡Ay!, pocos humanos tendrán el privilegio de admirarlo; tal cúmulo de coincidencias milagrosas rodea su descubrimiento, que la señora F. no quiere entregar las misteriosas plaquetas a la curiosidad incomprensiva de los profanos.

Porque se trata incuestionablemente de un tesoro secreto y de una sociedad secreta, acerca de la cual, hasta ahora, ni los técnicos del simbolismo ni los de la criptografía, ni los del Gran Oriente y la Gran Logia de Francia, han podido aportar algún notable esclarecimiento.

El balance de la aventura, como lo establecemos con nuestro espíritu crítico, reticente, fuertemente hostil a las charlatanerías de los empíricos, pero honradamente abierto a las conjeturas y las evidencias, es el siguiente:

—Por medio de una videncia incuestionable y caracterizada, anunciada con varios meses de anticipación, la señora F. encontró el tesoro.

—No puede haber superchería, porque es materialmente imposible que cualquiera establezca un falso tesoro con objetos tan preciosos y raros que ningún museo, ningún coleccionista los posee semejantes.

—Ese tesoro de sellos, plaquetas y medallas que no pueden identificar los especialistas del simbolismo, es en verdad el legado de una sociedad extremadamente secreta, cuyo último miembro (poseedor de todos los signos de reconoci-

<sup>1</sup> Es probable que esos sellos sean más exactamente signos o plaquetas de reconocimiento —“marcas”— y que nunca sirvieron para testimoniar un acta escrita, pero atestiguaban ciertamente una personalidad, un acto de presencia, y de todas maneras, recuerdan invenciblemente y por obscuras razones, pero tal vez fundadas, los siete sellos del libro del Apocalipsis.

miento de sus antecesores) ocultó antes de morir, acaso en circunstancias dramáticas, como la guerra de 1914-1918, o bien con algún fin oculto determinado.

—Las circunstancias excepcionales del descubrimiento implican una continuación, una prolongación en lo oculto, que parece necesario y evidente.

La señora F. sería, pues, la legataria de una misión no formulada, pero que se presiente sea la resurrección de la sociedad secreta.

Las plaquetas, por su forma, los signos grabados y su indudable “presencia”, irradian, turban, hablan un lenguaje cierto pero aún desconocido. Sólo es luminoso el sentido general: sociedad secreta.

Queda por esperar o provocar la continuación de este misterioso asunto que parece querer prolongarse y revivir en hora oportuna.

Sin embargo, otra hipótesis retiene la atención: después de la matanza de los templarios en el siglo XIV, es incuestionable que la Orden sobrevivió, tal vez bajo varias formas: una, ritual, dirigida por Guichard de Beaujeu; la otra, más esotérica, ya fundada desde larguísimo tiempo.

Los sellos eran los signos de pertenencia a esa orden hermética, que se entregaba muy especialmente a la alquimia, en colaboración con iniciados judíos y musulmanes expertísimos en tal arte.

Jacques Cœur, cuya inmensa fortuna fue confiscada por Carlos VII, luego reconstituida gracias al oro filosofal, como han dicho, pertenecía a esa orden hermética.

Y también esos “pilotos” de Juan II de Portugal que obligatoriamente tomaban su retiro en las islas Azores o en Madeira, lejos de los curiosos, después de haber ido, diez años antes de Colón, a buscar el oro de las minas de Brasil.

Evidentemente, es seductor imaginar a esos pilotos, que llevaban en el pecho medallitas gastadas por siglos de haberse frotado contra la piel, legadas por hermandad, y partícipes de todas las grandes conquistas marítimas del globo y

destinadas tal vez a proteger a los futuros conquistadores del cosmos.

Mme de Grazia, la eminente criptógrafa del Club de Buscadores de Tesoros, cree que los sellos pertenecían a alquimistas, a caballeros alquimistas, más exactamente.

Hasta ve en ellos, oscuramente transcrito, el secreto de la Gran Obra, en la plaqueta de ocho caras, con las siete fases del proceso ritual que terminaba en el oro.

Sea como fuere, y aunque el misterio nunca sea aclarado, el tesoro de los Siete Sellos es uno de los más ocultos de la historia de los tesoros, y los que han tenido el privilegio de contemplarlo guardan aún en su recuerdo la imagen maravillosa, mágica y algo perturbadora de las plaquetas grabadas con signos impenetrables.

*Tesoros eternos, tesoros fantasmas*

**A** FUERZA de verse atacado, un tesoro termina por deshacerse, si no de hecho, en cuanto a reputación.

El tesoro de los incas, el más célebre de todos, mantiene su aureola intacta, pues nadie se empeña en atacarlo; en cambio, es indudable que Vigo ha perdido mucho de su prestigio desde que los hombres ranas exploraron en vano los limos de la bahía durante los años 1955 a 1961.

El tesoro del "Duque di Florencia", o tesoro del duque de Argyll, ha sufrido la misma suerte, hasta convertirse en una especie de tesoro de barro del que ya nada se espera.

Se puede, por lo demás, preguntar si el tesoro verdaderamente existió; en todo caso, su génesis no es en absoluto probatoria.

Después del aniquilamiento de la Invencible Armada, el gran galeón "Duque di Florencia" entró en la bahía de Tobermory, al norte de Escocia, en septiembre de 1588, para reparar sus averías y embarcar víveres.

Escocia está en paz con España, y sin embargo el clan de los Campbell ataca el galeón, y no pudiendo triunfar propone la paz. En cambio, el capitán español Pereira debe ayudar a Lachlan Maclean, jefe de los Campbell, a aplastar al clan rival de los MacDonald.

La expedición tiene éxito, y Pereira, reparado el "Duque di Florencia", se prepara para levar anclas cuando el hijo

de Maclean se presenta en embajada para reclamar el pago en oro de los víveres embarcados.

El capitán español, juzgando con justa razón, al parecer, que ha pagado sus deudas guerreando, aherroja pura y simplemente al joven enviado, el cual, creyéndose perdido, pone fuego a la pólvora y salta con el navío.

El galeón yace en el limo a unos 18 metros de profundidad, "a tiro de piedra de la costa".

El heredero de los restos, por decisión (no discutida) del rey Carlos I, en 1641, es el conde de Argyll, descendiente de los Maclean.

Las autoridades españolas del siglo XVII negaron que el galeón llevara un tesoro a bordo, lo que es muy verosímil; pero la tradición, con razón o sin ella, habla de 2.000.000 de libras de oro, alhajas y doblones.

.....

Regularmente buscado, el tesoro de Monomotapa no ha cesado jamás de ser desilusionador.

Monomotapa es tal vez la antigua Ofir del rey Salomón, al centro de la Cafrería, y la tradición sitúa ahí las minas de oro y las riquezas enterradas de los reyes cafres.

Pasando las mismas decepciones, los norteamericanos se empeñan, no obstante, cada año, en el seudotesoro del pirata Jean Lafitte, que barrenara su fragata "La Fierté" en las aguas cenagosas de la bahía de Galveston, ante Wallisville (Texas).

¿Y qué decir del tesoro de Gisors (Eure), descubierto por Roger Lhomoy en una prodigiosa iglesia subterránea? ¿Y del fabuloso tesoro de Rommel, cuya existencia no reposa sino en las declaraciones extravagantes y diez veces contradichas del buzo checo Peter Fleig, ex S. S. de la Wehrmacht, que habría hundido el tesoro encerrado en seis cajones al sur de Bastia, en Córcega?

Según Fleig, un destacamento de especialistas que acompañaba al Afrika Korps, el "Devisenschutzkommando"

(DSK), tenía la misión de saquear los Bancos y reunir un tesoro de guerra.

El 8 de mayo de 1943, ese tesoro de la DSK habría sido transportado de Bizerta a un puerto italiano, donde comienza su verdadera odisea.

—El 17 de septiembre —declaró Peter Fleig—, siendo yo buzo en la base italiana de La Spezia, cerca de Génova, fui embarcado en una rápida falúa que, al caer la noche, puso proa a Córcega.

A otras pesquisas declaró Fleig que era cuartelero y que el embarque del tesoro se efectuó por orden de la Gestapo en Castellammare, en la bahía de Nápoles.

Antes de hacerse a la mar, el teniente coronel Ludwig Dall exigió la certificación del contenido de los seis cajones de madera con aros de hierro, que pesaban 10.324 kilos y llevaban el conocimiento de a bordo, y fue allí cuando Fleig, al ayudar a levantar las cubiertas, vio el “colosal tesoro del Afrika Korps”, llamado ahora: el tesoro de Rommel.

El tesoro se componía de:

—monedas de oro: luises, dólares, piastras;

—lingotes de oro y de platino;

—vajilla de oro (!);

—copones, candelabros, estatuillas;

—un cofre de piedras preciosas: 20.000 quilates.

Una vez verificado todo, la falúa se dirigió a Bastia, donde, en principio, debía unirse a un convoy de naves alemanas.

—Al llegar al amanecer a Bastia —dijo Fleig— caímos en pleno bombardeo: una escuadra aérea U. S. incendió la ciudad y el convoy alemán se diseminó, se hundió o se incendió.

¿Qué hacer en tales circunstancias?

El coronel Dall pidió consejo a dos oficiales que le acompañaban y decidió ir a hundir el tesoro más al sur, “según las órdenes recibidas”.

Estas declaraciones fueron hechas por Fleig en 1951, pero en 1948 eran sensiblemente distintas: ni una palabra del bombardeo; el tesoro estaba en un *bunker* de Bastia, donde

los S. S. alemanes le rogaron al checo Fleig que les ayudara a llenar los cajones.

—Una visión de “Las Mil y Una Noches” —declaró entonces—. Los S. S. hundían los brazos en grandes cofres repletos de diamantes, lingotes, monedas de oro, piedras preciosas, perlas, copones, platos de oro. Y vi también dos telas firmadas por Chagall y Picasso.

Todo eso a granel, como debe ser en toda novela, y representaba por lo menos unos 20.000.000 de libras esterlinas y bien sus 100.000.000.000 de francos oro.

En el *bunker* había seis cajones cuyas dimensiones se conocen: 80 cm. × 40 cm. × 40 cm.

La falúa vuelve al mar en la noche con el tesoro, costea el estanque de Biguglia y se detiene ante la desembocadura del Golo, apagadas todas las luces.

En el alba naciente, Fleig se sumerge, encuentra una cavidad rocosa ya conocida, a 55 metros de profundidad<sup>1</sup>, y los cajones son hundidos con boyas flotantes. Por cierto que corresponde situar con exactitud el punto. Y el checo presenta dos versiones:

1. Dall hace un reconocimiento con el sextante y anota en una carta marina. Fleig, tan desmemoriado para todos los demás detalles, declara que leyó en la carta y retuvo las cifras anotadas.

2. Dall, asegura Fleig (años después), no sabía calcular el punto. “Yo efectué entonces una triangulación con la alidada en tres refugios de la costa: una casa en una colina, un faro y un montón de árboles. Lo que daba exactamente 340-208-262.”

De modo que el tesoro está inmerso y Fleig sabe que Dall y sus acólitos trabajan por su cuenta y no bajo las órdenes de su gobierno.

No obstante, esos oficiales astutos y felones baten todos los *records* de la ingenuidad: le muestran el tesoro al checo,

<sup>1</sup> Todo buzo sabe que es imposible ver a 55 metros a tan temprana hora, en el mes de octubre. ¿Tenía acaso Fleig una linterna hermética? ¡Pero de ahí a encontrar una gruta! Tanto más cuanto que los fondos marinos en esos parajes son lisos como una estepa.

le muestran los cálculos, le dejan vivo, dueño del secreto prodigioso, antes de volver a La Spezia, donde son fusilados por orden de la Gestapo.

Fleig queda libre, pero se le envía al frente del Este y después de la guerra se le encuentra, en 1948, en Baden-Baden, donde se presenta a la gendarmería militar francesa, a la que impone de la existencia del tesoro.

De esa época data una inverosímil cascada de aventuras que debieron abrir los ojos a los menos perspicaces.

El gobierno francés, por intermedio de Puentes y Calzadas y bajo la vigilancia del comisario Jérôme Buoncuori, organiza en el mes de agosto la primera tentativa de recuperación.

Fleig se dice seguro del asunto, pero un desacuerdo de extremada importancia frena su entusiasmo: no recibirá sino un porcentaje no determinado en caso de descubrimiento, y no la tercera parte del tesoro, como lo deseaba.

Dirige, no obstante, los barcos de recuperación, equipados de tornos, hacia la desembocadura del Golo, donde una sorpresa aguarda a los organizadores y al mismo Fleig que, por cierto, nunca había estado en esos parajes: ¡no hay casa alguna en una colina, tampoco hay faro, y en cuanto a los montones de árboles, se les encuentra por centenares!

Fleig tartamudea, cohibido, pero sus compañeros tienen la fiebre del oro y están dispuestos a tragarse todas las mentiras.

Con mucha buena voluntad, se señalan en extensión de 3 kilómetros las casas del pueblecito de Poretta (¿dónde las ruinas de la Canónica, antigua iglesia?), y también un bosquecillo escogido al azar.

Fleig bucea, vuelve a bucear. Reconoce, dice, la configuración de los fondos marinos; pero en cuanto al tesoro, ¡nada!

Desesperados, vuelven al levantamiento por triangulación y se recuerda una vieja baliza que, si se quiere, podría llamarse "faro"; pero la han quitado y hay que pedir su emplazamiento exacto al Servicio Marítimo de Marsella.

Pasan unos días; por fin responde Marsella; se pone un jalón en el emplazamiento del "faro" y se calcula la triangulación.

Nuevos buceos, nuevas decepciones y esta vez siente Fleig que se acaba el optimismo de sus amparadores, que comienzan a mirarle con malos ojos.

Decide desaparecer, pero antes tiene la torpeza de robar una máquina fotográfica y un par de anteojos, lo que le conduce al juzgado de Bastia, que le condena a dos meses de prisión.

¡Uf!, por fin sale de apuros: más vale la quietud de una cárcel a esos buceos extenuantes en que debe fingir búsquedas y luego perplejidad.

El 5 de diciembre, Fleig sale de prisión y desaparece.

A los periodistas les habría hecho raras declaraciones:

—En la prisión conocí a un tal Mattéi, que se interesaba por el asunto; pero por otra parte supe que unos *gangsters* querían secuestrarme al salir, de manera que avisé a la policía. Los inspectores me hicieron salir de la cárcel antes de lo previsto, pero a su vez quisieron extorsionarme.

"Para que me dejaran en paz les conduje a Poretta, donde una providencial intervención de los *gangsters* me salvó de nuevo. Hubo cambio de balazos y volvimos apresuradamente a Bastia.

"Se me tuvo en residencia vigilada en el Hotel Grimaldi, pero logré escapar.

Meses después, Fleig da otra versión, más rocambolesca aún, de su fuga:

—En el Hotel Grimaldi tuve una querida: Concetta Mirandi, a la que en seguida identifiqué como espía encargada de hacerme decir dónde se encontraba realmente el tesoro. Y yo no quería informar a los franceses, que no me aseguraban un porcentaje de un tercio. No le dije nada a Concetta, pero un día la encontré acostada en mi cama con un alemán que inmediatamente me mostró, bajo su axila, su marca distintiva de S. S. Yo había borrado la mía haciéndome pe-

dazos la carne; pero el hombre sabía quién era yo y se presentó:

—Comandante Rolf Dieterle. Fui el segundo del coronel Dall y soy el marido de Concetta. Prepárese para partir, pues mis amigos y yo hemos venido a buscarle. En ningún caso debe hablar de lo que sabe, salvo a “nosotros”, por cierto.

”A la mañana siguiente estábamos en lugar seguro.

Como los periodistas inventaron bastante más que Fleig sobre todas esas aventuras, es absolutamente imposible entender algo y separar las lucubraciones del checo de las imaginéras de los periodistas.

Ni siquiera se sabe si la morena Concetta Mirandi ha existido, pues la única mujer que parece haber desempeñado un papel, muy subalterno, en esa época, se hacía llamar Rita la Rubia.

Sea como fuere, se efectuaron muchas tentativas de recuperación:

1952. Por el quincallero Loebenberg, Ruth Ronzy y Henri Helle, en el yate “Starlena”, que el “Sampiero Corso” despanzurró en pleno puerto de Bastia.

Poco después, otro yate, el “Novia del Gitano”, comandado por Helle, fue víctima de averías que nadie logró reparar.

Extraños accidentes, como se creyó.

1954. Se buscaba un “Comet” desaparecido en los alrededores de Bastia. Aprovechando esa batahola, Fleig habría reaparecido e intentado la recuperación del tesoro de Rommel.

El mismo año, el abogado marsellés Cancellieri recibió la visita del checo, que le habría propuesto una expedición común. El abogado aceptó, con la condición de que la organización S. S. fuera eliminada del asunto. La firma de recuperaciones marítimas Lowell H. Voorhies, de Génova, entró en esa dudosa operación que no tuvo resultado. Y Fleig no volvió a aparecer.

—Se las arregla para hacer que detengan a sus comparsas S. S. —aseguró Cancellieri, que murió con sus sueños el 28

de marzo de 1958, poco antes de que Lowell Voorhies recibiera una carta y un recorte de prensa.

El recorte de prensa mencionaba el arresto en Alemania del ex comandante S. S. Rolf Dieterle; y una hoja de papel en blanco contenía estas pocas palabras:

*Esperen noticias mías. PETER FLEIG.*

Desde aquello, el checo está mudo y no se encuentra por parte alguna.

Siempre, en 1954, un norteamericano comunista de Tánger, llamado Correy, diciéndose poseedor del plano del tesoro de Rommel, se puso en comunicación con Vinogradov, embajador de los Soviets en París, que le dio 100.000 dólares para gastos de búsquedas. Por cierto, Correy desapareció sin dejar su dirección.

El asunto no estaba terminado, sin embargo, y encuentra y encontrará más tarde, como la Serpiente de Mar, secuelas fantásticas.

En 1961 se detuvo en la Costa Azul a un ladrón de alhajas conocido por el nombre de Bello Sacha, dueño de piedras preciosas que ningún propietario reivindicaba. ¿De dónde venían esas alhajas y piedras preciosas?

Se cree que Sacha había encontrado un tesoro de guerra, robado antes a israelitas grandemente indemnizados después y nada preocupados ya de reconocer alhajas que les fueran pagadas por Alemania a tres veces su valor.

Algunos piensan que el tesoro en cuestión podría ser el de Rommel.

En agosto de 1961, un diario de la tarde resucita el asunto a propósito del asesinato del buzo André Mattéi:

*El tesoro de Rommel vuelve a tener víctimas.*

*Mattéi, el joven buzo corso muerto de varios tiros de colt 11,45, la semana pasada, cerca del pueblecito de Propriano, ¿había descubierto realmente, como lo decía en los bares del pueblecito, el tesoro de Rommel? ¿Había descubierto lo que*

*Peter Fleig buscara durante años antes de ser muerto por la Maffia, que empleó todos los medios para hacerle confesar su secreto?...*

He aquí la leyenda del fabuloso tesoro de Rommel, donde no se encuentra sino una sola certidumbre, muchas veces afirmada con vehemencia por Peter Fleig:

—He mentido... he mentido siempre y cuanto he dicho es falso. El tesoro de Rommel fue llevado a un convento italiano aislado en la montaña...

Un ex guerrillero, Louis Bordes, dio otro testimonio:

—En la noche del 17 al 18 de septiembre de 1943, estaba yo con un grupo de guerrilleros corsos en el pueblecito de Poretta.

"La aviación aliada bombardeaba un convoy alemán venido de Italia; al resplandor de las bombas, percibí con los anteojos, a poca distancia de la ribera, la silueta de una falúa.

"Eran las tres de la mañana. Vi claramente a unos hombres arrojar por la borda unos enormes cajones, cuya caída levantaba al barco.

¿A quién y qué creer?

Toda esta historia es inverosímil, complicada, alambicada, cuando debía ser de una sencillez bíblica, si fuera verdad. No se entiende por qué Fleig, si quiere apropiarse del tesoro, no va simplemente a recuperarlo. Basta, lo que es fácil, si se conoce el punto, sumergirse con escafandra autónoma para amarrar un cable en torno a los cajones, para izarlos luego a bordo de cualquier pontoncillo equipado con una grúa. Admitamos que la operación presente algunas dificultades para Fleig: es extranjero, vigilado, tienen que ser varios... Muy justo. Y esto es, según parece, lo que motivó la asociación del checo con el abogado Cancellieri. Pues bien, una vez más, se prueba la superchería de Fleig o la inexactitud de la asociación, pues Fleig *disponía gratuitamente de un formidable equipo de recuperación.*

Se ha dicho que el S. S. Fleig operó por cuenta del teniente

coronel de S. S. Dall, el que requisó a su ayudante y su barco en condiciones que no pueden aceptarse como verídicas.

¿Y Dall habría dejado con vida a Fleig, soldado dudoso, después de esconder el tesoro?

Y los S. S. que amenazaban al checo ¿le habrían dejado vivo sin recuperar los cajones? Es absolutamente impensable y falso. Y vamos a demostrarlo.

En efecto, es sabido que la aventura submarina, en el mundo entero, está en parte bajo la dirección de nacionalistas alemanes, italianos, franceses, etc., conocidos todos ellos por sus opiniones políticas. He aquí lo que uno de ellos nos declaró al respecto:

—Fleig es un impostor. Todo lo que cuenta es inventado para sacarles plata a los ingenuos. Si el tesoro existiera, hace ya mucho tiempo que lo habríamos recuperado. Ya comprenderá usted que no íbamos a dejar vivo a Fleig con semejante secreto. Por lo demás, es posible, y hasta probable, que ejecutemos a Fleig, llegado el momento, por ultraje a la memoria de ese grande e íntegro soldado que fue Rommel. Puedo decirle que por deber de conciencia, o, mejor, por juego y porque hay que darles alguna finalidad a nuestras inmersiones submarinas, centenares de buzos de nuestras agrupaciones han explorado metro a metro toda la costa oriental corsa, de norte a sur. No hay ningún tesoro en cajas que surjan de los fondos de arena. Le autorizamos para que publique esta declaración, que no será desmentida por ninguno de nuestros camaradas de Alemania, de Francia o de Italia.

Este es un punto final para nuestra pesquisa, pero no para la leyenda: ¡los buzos seguirán buscando durante años el misterioso tesoro de Rommel!

Un entretenimiento como otro cualquiera.

.....

Eterno..., y tal vez fantasma también, es el famoso, el célebre tesoro del capitán Kidd.

He aquí una palabra que llamea en la novela de las riquezas sumergidas, y el solo nombre de Kidd hará siempre parar la oreja en la vieja Inglaterra.

Kidd nació en Greenock, Escocia, hacia el año 1645.

Era capitán y propietario de varios barcos mercantes y residía en Nueva York con su mujer y sus hijos cuando, en 1696, el rey Guillermo III de Inglaterra le encomendó que reprimiera la piratería que abundaba en el mar, y que detuviera, si era posible, a los piratas y filibusteros que se llamaban: Thomas Tew, Thomas Wake, William Maze, John Ireland, etc.

Pero Guillermo III, que por lo demás trataba a Kidd de "querido amigo", omitió asegurarle una remuneración fija, y el conde de Bellomont, gobernador de Massachusetts, hubo de compensar esta laguna acordándole al policía de los mares un porcentaje "sobre los botines hechos a bordo de las naves piratas".

La expedición policial fue armada y financiada por una sociedad privada en que el conde de Bellomont y varios llores ingleses estaban vivamente interesados.

El barco de Kidd, el "Adventure Galley", fragata de ciento cincuenta y cinco hombres de tripulación, armado de cuarenta cañones, puso proa al sudeste en busca de los forajidos, e hizo sucesivamente escala en Madera y en el Cabo Verde, antes de cruzar el Cabo de Buena Esperanza.

Kidd esperaba que su operación policial tuviera más posibilidades de éxito en el océano Indico que en el Atlántico, cuyas aguas estaban particularmente vigiladas.

Pero el "Adventure Galley" navegó en torno a Madagascar y las costas africanas durante meses sin encontrar un solo pirata ni el más infeliz filibustero. Era desmoralizador.

Había que vivir, que comprar abastecimientos, mantener bien la nave y la gente. ¿Volver derrotado a Nueva York? ¿Qué vergüenza para un cazador de aventuras! Además, fácil era imaginar la acogida que darían a la expedición los armadores de la "Adventure Galley".

En suma, la operación policial resultaba desastrosa, y la

tripulación, que soñaba con peleas y botines de oro y piedras preciosas, se hallaba harto desilusionada.

Un día, el jefe artillero William Moore, por un motivo fútil, riñó con Kidd, el cual, molesto, le dio tan furioso golpe con un pesado cubo de madera, que Moore, roto el cráneo, murió al otro día.

Tal vez fue este accidente el que determinó el destino del "Adventure Galley".

Insensiblemente, las pocas reglas morales que aún subsistían entre los miembros de la expedición se desvanecieron y la psicosis de la piratería se infiltró en los espíritus.

El 20 de septiembre de 1697, Kidd atracó una nave mora bajo el falaz pretexto de que los moros eran unos piratas rematados. El cargamento de la nave cogida no era de los más ricos: pimienta, seda, aromas; pero bastó para exacerbar los malsanos deseos de la tripulación.

Kidd, por su parte, luchaba levemente contra sus escrúpulos de conciencia y se daba razones extralegales para seguir pillando pequeñas naves sospechosas o... susceptibles de serlo.

En buenas cuentas, ya nadie intentó ocultar su papel de pirata.

El 27 de noviembre, la "Maiden" fue pillada y otras presas de menor importancia vinieron a nutrir el tesoro de a bordo.

El atraco del "Quedagh Merchant", gran barco de 500 toneladas, puso término a una primera temporada brillante, y se pensó en hacer escala para inventariar el botín y repartirlo según las reglas de la filibustería.

Kidd decidió entonces destruir el "Adventure Galley", ya muy conocido como barco pirata, y se echó al mar en el "Quedagh Merchant", fino velero de apariencia honrada y tranquilizadora.

Las riquezas de a bordo eran ya considerables: mercancías preciosas, especias, sedas, telas diversas, azúcar, salitre y, además, piastras, monedas de plata, perlas, diamantes,

rubíes y alhajas de oro, por una suma de 400.000 libras esterlinas.

Quedaba por llevar ese botín a Norteamérica y justificar su procedencia: problema difícil de resolver.

Pues Kidd era ahora famoso en todos los mares del globo, lo cual le honraba. Pirata, claro está, lo era, pero bravo pirata, que siempre dejaba vivos a los tripulantes prisioneros, aunque sabía que tal clemencia terminaría alguna vez por hacerle una mala jugada, ya que sus víctimas, apenas en el continente, podían contar su infortunio y facilitar la identificación del agresor. Por lo demás, esos relatos de atracos permiten asegurar que Kidd nunca sobrepasó, sin duda, los 75° de longitud, y, en todo caso, nunca penetró en el mar de la China, donde generalmente se sitúa su tesoro.

Así, pues, cambiando de pellejo y sintiendo que el océano Indico era ya de peligrosa frecuentación, el "Quedagh Merchant" dobló nuevamente el cabo de Buena Esperanza y navegó hacia Norteamérica.

¿Continuó Kidd la piratería por el trayecto? Es posible, si no probable, lo cierto es que con rara inconsciencia volvió a su base, sin sospechar el peligro que le amenazaba.

En verdad, piensan algunos, y acaso sea lo cierto, Kidd se entregó poquísimamente a la piratería; no cometió ningún asesinato —salvo el accidental de William Moore—, y esperaba no haber sido identificado durante sus fechorías.

En tales condiciones, confiando en el apoyo del rey y verosímelmente de los grandes señores, a quienes traía un rico botín, esperaba poder regresar a Norteamérica con toda impunidad.

En octubre de 1698, el "Quedagh Merchant" llegó a Anguilla, en las Antillas.

Anguilla se sitúa al norte de las Caribes, en 18° 20' latitud norte y 65° 42' latitud oeste. Es una isla baja, arenosa, de contornos extremadamente recortados y sinuosos, lo que le valió su nombre de Anguilla (anguila).

La tripulación, después de la larga travesía del océano, bajó a tierra con evidente placer; pero Kidd, vagamente in-

quieto y desconfiado, permaneció a bordo. Tal vez también para no dejar sin vigilancia su tesoro personal, que se componía de piedras preciosas, alhajas, perlas, habiendo sido remunerada la tripulación de idéntica manera y quedando la carga de mercancías destinada a los armadores.

Una mala noticia le llegó con el regreso de los marineros: el "Adventure Galley" era considerado navío pirata y su capitán estaba inculcado de "robo a mano armada en el dominio de la jurisdicción del Almirantazgo", lo que equivalía a que se le tuviera por pirata y subentendía la pena de muerte o, por lo menos, la condena a trabajos forzados a perpetuidad.

La amenaza no amedrentó gran cosa a Kidd, pues si se le culpaba de robo —lo que quedaba por demostrarse—, en ningún caso se podía acusarle de asesinato, pues en verdad nunca mató a nadie. Sin embargo, un doble riesgo se presentó en su mente: el de una condena y el de una fuerte multa. Entonces, razonablemente, hay que pensar en el tesoro. Sobre todo cuando se sabe que Kidd va a tomar la determinación de entregarse a la policía. ¿Sería lo bastante tonto para ir a Nueva York llevando consigo o en sus bagajes su precioso tesoro personal? Es inconcebible.

Sintiéndose perseguido, Kidd, antes de establecer un sistema de defensa, hubo de pensar en poner sus riquezas a buen recaudo. ¿Y dónde encontrar un escondite mejor que en las caletas sinuosas, desgarradas y tortuosas de la isla Anguilla?

Bastaba con que, antes del alba, el capitán del "Quedagh Merchant" saliera de su barco en una chalupa, solo, transportando la caja preciosa que, ciertamente, no pesaba más de 30 ó 40 kilos.

Las caletas estaban cerca, eran fáciles de abordar a merced de la noche, y no era menos fácil llegar a un sitio desierto y enterrar el tesoro bajo algunos pies de arena, en espera de mejores días.

Es lo que debió acaecer, y el verdadero tesoro del capitán

Kidd, desde nuestro punto de vista, está enterrado en la costa, a lo sumo a 3 millas de la ciudad de Anguilla.

He aquí enterrado el tesoro, y el "Quedagh Merchant" apareja para La Española, donde atraca y espera. Ahí está seguro, y en la mente de Kidd: "Ahora se puede esperar lo que venga".

Seguro de su inocencia en materia criminal y de la prenda que ha dejado en La Española, Kidd se embarca en la goleta "Antonio" y se hace llevar a Nueva York. Les explica a sus armadores, los lores Bellomont, Orford (primer lord del Almirantazgo), Sommers, Ronney y al duque de Shrewsbury, que tiene a disposición de ellos un cargamento riquísimo y conseguido del modo más legal del mundo.

Pero las fechorías del "Adventure Galley" han hecho har- to más ruido de lo que Kidd supone y el escándalo es tan grande, que los armadores, a pesar de sus posiciones privilegiadas, no quieren correr el riesgo de amparar a su capitán.

Al contrario, lo agobian a recriminaciones, y el pobre Kidd, que no cree ni a sus oídos ni a sus ojos, es calificado de pirata N.º 1 del mundo y de enemigo público. Detenido, expatriado, es llevado a Inglaterra y permanece en prisión más de dos años.

El 8 de mayo de 1701, el tribunal de Old Bayley le condena a muerte, así como a nueve miembros de su tripulación.

Kidd protestó siempre de su inocencia, y se asegura que cuando conoció la sentencia que le condenaba, hizo la siguiente proposición a sus jueces:

—Sé dónde se encuentra un tesoro prodigioso; concédanme la vida y les diré dónde está.

Fue ahorcado en Execution Dock el 23 de mayo de 1701; la cuerda se rompió y el sacerdote Paul Lorrain pudo, según se dice, recoger la confesión de culpabilidad, es decir, de piratería, pero no de asesinato.

El infeliz volvió a ser colgado, y en debida forma esta vez.

Resulta de todas estas aventuras que uno de los más modestos piratas de los océanos, el que, de acuerdo con la

Alphabet du forban

P  
 Q  
 R  
 S  
 T  
 U  
 V  
 W  
 X  
 Y  
 Z  
 A  
 B  
 C  
 D  
 E  
 F  
 G  
 H  
 I  
 J  
 K  
 L  
 M  
 N  
 O  
 P  
 Q  
 R  
 S  
 T  
 U  
 V  
 W  
 X  
 Y  
 Z

lettres	chiffres
a	1
b	
c	
d	
e	2
f	
g	
h	
i	3
j	
k	
l	4
m	5
n	6
o	7
p	
q	
r	8
s	
t	
u	9
v	
w	
x	
y	
z	

Alfabeto del "Criptograma del Pirata". (Foto Bibl. Nac.)

lógica, no debió dejar sino débil huella en los anales de la filibustería, por un inverosímil golpe de la suerte conoció una notoriedad y rigores injustificados.

Brotada de su destino postfabricado, la historia de su tesoro se infló con parecido ritmo y entró en la leyenda con un lujo de detalles realmente increíble.

Una multitud de planos y de relatos circularon clandestinamente y pronto el fabuloso tesoro de Kidd afiebró las imaginaciones.

A fines del siglo XIX, se pretendió haberlo descubierto en la isla Gardiner, Estado de Maine, en los Estados Unidos.

Se habría hecho el inventario y el monto ascendió a 10.000.000 oro.

Tal tesoro nunca perteneció, ciertamente, a Kidd, que no habría podido ni osado llevar su botín al dirigirse hacia sus armadores.

Se señalaron otros escondrijos: uno al sur de Nueva Escocia, en la isla Oak (isla del Roble); otro en una caverna de Coco Lomo, bahía de Santa Elena, en la frontera de Nicaragua y Costa Rica, al borde del Pacífico, donde estarían enterrados varios cofres de oro.

Todo esto es inverosímil y hasta imposible.

Igual imposibilidad, sin duda, en lo concerniente al punto fijado en Extremo Oriente; pero este relato es el más corrientemente admitido y el que se hermosea con detalles más románticos y extravagantes.

En 1950, el capitán inglés Mumford preparó una expedición de búsqueda que quedó en estado de proyecto, y fue un canadiense, Geoffrey Tayqui, el que a bordo del cúter de 80 toneladas "La Contenta" emprendió su realización.

Tayqui poseía un mapa que Kidd habría anotado con su propia mano, precisando el yacimiento de su tesoro.

Partió la expedición y no volvió a dar noticias. En 1953, el asunto metió bulla. El abogado inglés Hubert Palmer, de Eastbourne (Gran Bretaña), adquirió donde un anticuario cofres y armas que habrían pertenecido —según la crónica— a Kidd.

En el doble fondo de un cofre descubrió un fragmento de carta marina que databa del siglo XVIII, en la que se dibujaban los contornos de una isla bautizada "Skeleton Island". Arriba, y a la izquierda de la carta, se leía esta inscripción: "Costa de China".

En el doble fondo de los demás cofres, Palmer encontró otros pedazos de carta que completaban el primero y daban precisiones sobre el tesoro de la misteriosa "isla de los Esqueletos".

El rompimiento del documento, según se explicó, habría sido una precaución tomada para que eventuales ladrones no pudieran reconstituir el conjunto, situar la isla y el escondrijo.

Hubert Palmer murió prematuramente, sin haber tenido tiempo para armar una expedición y legó su fortuna y sus planos a su criada Elizabeth Dick.

En seguida, los buscadores de tesoros, basándose en las cartas del abogado, decidieron partir al Extremo Oriente.

Con trece hombres de tripulación, un grupo se embarcó en la goleta de 120 toneladas "La Morna" y salió una mañana de Gosport, en Inglaterra.

¡Ay!, tres días después de su partida, "La Morna" fue cogida por una tempestad y, desamparada, terminó su carrera encallando en la costa de la isla Wight.

He aquí, según los documentos ingleses, la historia de ese tesoro atribuido a Kidd.

La isla de los Esqueletos, situada en el mapa en 125° de longitud, encerraría 300.000.000 de francos de la época, robados al príncipe Aurengzeb, "Gran Mogol y soberano de las Indias", por Kidd, entonces en fechorías de pirata en el "Adventure Galley". El pirata habría transportado su tesoro a una isleta desierta, y habría muerto, con ayuda de su lugarteniente, a los hombres que le acompañaban. En seguida habría crucificado los cadáveres en los árboles, teniendo buen cuidado de que el brazo derecho de cada mártir indicara a los iniciados la ruta que debía seguirse para encontrar

el escondrijo. Luego Kidd habría asesinado a su cómplice para ser el único dueño del secreto.

Durante cierto tiempo, los esqueletos de los crucificados pudieron permanecer en su sitio; pero es absolutamente cierto que desde hace lustros han desaparecido, así como los árboles que los soportaban.

Los documentos precisan que en el camino que conduce al escondite debe hallarse un árbol de forma muy característica (también desaparecido); luego hay que caminar hasta una depresión del terreno o "Valle de la Muerte".

El tesoro estaría a "cinco brazas de fondo", lo que hace presumir que habría sido escondido en un lago interior o en un río.

Otra tradición dice: "El tesoro está al fondo de un lago, en una isla. Para llegar allí hay que seguir al Valle de la Muerte. Cráneos sin ojos ni cabellos jalonan la ruta".

Es esta versión la que originó la leyenda de los "ángeles sin ojos ni cabellos" del capitán Kidd.

La isla en cuestión se situaría al norte de las Filipinas, en el archipiélago asesino —dicen los indígenas de la región—, llamado el Padre de los Tifones, pues violentas tempestades parecen engendrarse ahí.

Evidentemente, si tal tesoro existe en tal isla, no puede razonablemente suponerse que sea el del capitán Kidd, pues ninguna navegación por el mar de la China se ha mencionado en sus correrías marítimas.

Por otra parte, la leyenda de "los ángeles" y de las matanzas no corresponde en modo alguno, más bien se opone, al carácter sedentario del pirata ocasional que fue Kidd.

Lo más que puede pensarse es que éste, habiendo abordado hacia 1697 a un auténtico filibustero, haya encontrado en los papeles de a bordo de su presa planos e informes concernientes a un tesoro cuya existencia no sospechaba hasta entonces.

Sea como fuere, el tesoro de Kidd, enterrado en el mar de la China, es desde entonces y por los siglos futuros una realidad indestructible. Tal es la prodigiosa fuerza de las

leyendas y, más generalmente aún, de todo lo que no existe pero halaga el sueño de los hombres.

En 1956, el asunto pareció renacer con el hallazgo no controlado, en la isla Yokoate (al norte de las Riu-Kiu, al sur del Japón), de un tesoro que se supone de Kidd. Unos arqueólogos japoneses efectuaban excavaciones por cuenta del financista Masahiro Nagashima cuando encontraron, en una gruta de coral, barras de plata apiladas y cofres de hierro repletos de oro.

Masahiro Nagashima mostró a unos periodistas varias barras de plata y monedas de oro chinas, luego le ofreció el tesoro al gobierno (?).

He aquí todo lo que atañe al fabuloso tesoro del capitán Kidd: cosas creíbles e increíbles, lo posible y lo extravagante.

Desde nuestro punto de vista, el oro, las piedras preciosas y las alhajas del simpático pirata nunca enriquecerán a los buscadores de tesoros; pero la novela prodigiosa permanecerá.

¡Y una novela dramática, de aventuras y pintoresca, es un valor seguro que bien se merece otro valor!

*Tesoros de Plutón*

SI TODOS los tesoros de la tierra y de los fondos marinos se encontraran milagrosamente y se los amontonara en un solo lugar, formarían una hermosa colina de oro, de plata, pedrerías y alhajas.

Pero nunca la totalidad de esos tesoros será reunida en ese montón centelleante por la simple razón de que al menos la mitad de las riquezas escondidas es irre recuperable.

Si los tesoros enterrados pueden subir por sí mismos a la superficie según leyes geofísicas controladas, aunque mal conocidas, en cambio las toneladas de oro y las gemas encerradas en grutas rocosas, en subterráneos construidos, en abismos montañoses, están irremediamente prisioneros de la materia inerte, y no se imagina bien cuál milagro podría devolverlos a la luz.

Los tesoros inmersos en los océanos profundos no pueden pretender sino enriquecer los palacios de la fauna abisal o adornar las legendarias sirenas.

Técnicamente, un tesoro submarino parece perdido si yace a más de 200 metros de profundidad, al menos en el actual estado de las posibilidades de recuperación.

A pesar de esto, los ingleses no desesperan completamente de levantar los restos del "Titanic", que yace a 4.600 metros de profundidad, a 150 kilómetros al sur de Terranova.

El "Titanic", gigante de 60.000 toneladas de la White Star Line, chocó con un *iceberg* el 14 de abril de 1912 y se hundió

con los 8.000.000.000 depositados en los cofres de a bordo. También, ¡ay!, con mil quinientos pasajeros.

En julio de 1954, el navío inglés "Help" trató de señalar los restos; pero hay muy pocas posibilidades de que el tesoro del "Titanic" vuelva algún día a la superficie.

Perdido asimismo el oro en pepitas y en polvo desparra- mado en torno a la armazón desmantelada del "Islander", también destripado por un iceberg ante Douglas Island.

Perdidos los 500.000.000 oro del "Lusitania", torpedeado en 1915 por un submarino alemán ante Kinsale (Irlanda), y los miles de millones de las multitudes de barcos hundidos en los mares profundos del globo.

Pero si se acepta lo ineluctable, en cambio no es con alegría alguna cómo se ven pasar voluntariamente tesoros de diamantes de las manos de los hombres a los bajos fondos del Mar del Norte, lo que fue oficialmente ejecutado y registrado en marzo de 1948.

Poco antes de la guerra de 1939, moría en Hartlepool, condado de Durham, en la costa oriental inglesa, el excéntrico doctor Watkinson.

Cuando se abrió su testamento, se tuvo la sorpresa de leer la siguiente cláusula:

*Todas mis alhajas deben meterse en una caja y ser arrojadas al mar, a dos millas al norte de Hartlepool, en el sitio marcado en el mapa adjunto. He comprobado que las alhajas son fuente de deslealtad, de perfidia, de violencia y de injusticia; que la posesión de piedras preciosas inspira orgullo y vanidad y que conduce a los hombres a la degradación moral.*

*Por eso he estimado que debe hacerse desaparecer esos objetos susceptibles de corromper la naturaleza humana.*

*El resto de mi fortuna, que se eleva a diez mil libras esterlinas, corresponde a mi hijo, pero, sólo cuando haya ejecutado mi voluntad en cuanto a la inmersión de las piedras preciosas. En caso de que se niegue, las diez mil libras ester-*

*linas se repartirán en partes iguales a los tres establecimientos de beneficencia designados a continuación.*

La fortuna del doctor Watkinson consistía principalmente en magníficos diamantes de colección, que había comprado en Africa del Sur. Por cierto, el hijo del doctor atacó el testamento; pero su tenor era perfectamente legal, y en marzo de 1948, en presencia de las autoridades de la justicia, los diamantes fueron lanzados al mar en el sitio designado.

Constituían un valor de unos 100.000.000.

.....

Fue en el Café Atlantic, de la calle del Puerto, en La Rochela, donde Francis Marche, llamado Trinquete, contó su prodigiosa historia a un miembro del Club de Buscadores de Tesoros:

—Debe existir en alguna parte, hacia los Sargazos, un cementerio de tesoros, y lo seguro es que, desde hace siglos, miles de barcos han ido allí en procesión. Como quien dijera a su entierro.

"La décima parte del oro del globo está allí, y en fondos que no exceden los 30 metros en ciertos sitios.

"El Mar de los Sargazos, en el Atlántico, es mal conocido; siempre se ha dicho que hay un entablamiento rocoso a débil profundidad.

Marche se rascó la nuca antes de proseguir su explicación.

Resultaba de ella que cuando un navío se hunde no va siempre directamente al fondo.

—A menudo desciende a los abismos según una larga línea oblicua que puede tener su punto terminal a grandes distancias del sitio del naufragio.

"A veces también, los restos quedan entre dos aguas; todo depende de su densidad, de su cargamento y de los bolsillos de aire que permanecen en su casco.

"Puede entonces, y esto acredita la leyenda de los barcos

fantasmas, permanecer larguísimo tiempo en equilibrio, hundiéndose, subiendo, mostrándose en la superficie en ciertos momentos, pues resulta juguete de las corrientes marinas, y deriva millas y millas.

Francis Marche, después de esta exposición, pasó directamente a su tema:

—He aquí lo que se dice y he oído contar en Madera, Las Palmas y Puerto Plata: esos barcos a la deriva hundidos sobre el Gulf Stream y la corriente norecuatorial, a lo largo de Europa occidental, de Africa y del mar de las Antillas, navegan bajo el agua hasta la altura de Haití.

"Ahí suben hacia el norte y ante las Bahamas entran en el Mar de los Sargazos, en zona casi muerta.

"Es allí donde encuentran un fondo de 30 metros donde encallan y se pudren.

"Los cascarones se amontonan, pero al cabo de siglos y siglos sólo quedan los hierros, y el oro, si lo hay.

"Piense usted en que desde el siglo XV miles de galeones españoles se han hundido en esos parajes; y cuántos barcos después. En el cementerio debe haber algunos centenares de esqueletos con cargamentos preciosos, y todo ello reunido en pequenísimo espacio.

"Por lo demás, habría otros cementerios de tesoros: uno al sureste de las Bermudas; otro a 250 millas a lo largo del cabo Corrientes, en Argentina; otro ante la isla Chiloé, en Chile, y otro en el Cabo Verde.

Se sabe que ante Haití, en el famoso banco de Plata, la "Nuestra Señora de la Concepción" se hundió en 1641 con una auténtica fortuna en piastras, piezas de a ocho, barras de oro y de plata, lingotes, piedras preciosas, etc. ¡Pues bien, los restos, que encontró el inglés William Phips en 1684, y que fueron relativamente bien señalados, no pudieron encontrarse en seguida!

Admitiendo que existiera, puede uno preguntarse si el cementerio de tesoros será localizado algún día.

Pero Francis Marche, a quien se hiciera esta objeción, terminó por largar lo mejor de cuánto sabía:

—No quise decírselo al principio; pero conozco el punto: un poco por encima del trópico de Cáncer y no lejos de los 68° de longitud oeste. Esto nada le dice a usted, de seguro; pero he hablado con un marino dominicano que buceó sobre el cementerio y retiró un lindo botín.

"Ese hombre era conocido en Puerto Plata, y otros como él, según parece, sabían también situar con precisión el cementerio.

"Sé que hay que partir de Puerto Plata y subir rectamente unos 3° hacia el norte, luego 30' antes del trópico, navegar francamente hacia el este otros 3°, más o menos.

"Los fondos son insondables por todas partes; pero llegado a los lugares se puede ver un banco rocoso en forma de palangana, uno de cuyos bordes se curva hacia el sur.

"Tal vez un antiguo cráter de volcán.

"Es el cementerio de los tesoros. Los restos náufragos están todos reunidos en medio de la palangana, a unos 30 metros de fondo, aproximadamente.

"Para detectar ese banco rocoso se necesitaría un helicóptero. En algunos días, la localización se realizaría y entonces cualquier buzo podría operar fácilmente.

"Hay allí miles y miles de millones que duermen.

El cementerio de los tesoros, tal como lo concibe y lo cree Francis Marche, no tiene una existencia demostrada; pero es indudable que allí o en otra parte, en abismos submarinos, los restos náufragos yacen amontonados con sus antiguos cargamentos de oro, plata y piedras preciosas.

Pero esas riquezas ya no son para los hombres, ya no pertenecen al universo de los vivos.

Son los tesoros de Plutón.

*Amores, delicias y canciones*

**S**I EL destino natural de las esmeraldas, los rubíes, los diamantes y las alhajas es el cuello y las dulces manos pródigas de las bellas mujeres, hay que advertir, no obstante, que rara vez las historias extraen algo de la novela de amor.

Sin embargo, con una hermosa aventura de amor se inicia el dramático asunto de los millones del "Péruvian".

El la vio, la adoró. Ella no quiso amarle sino viéndole rico, y entonces él perdió la cabeza...

Esta historia —amor y piratería— fue primero contada por el capitán Lafond en su libro "Viaje por las Américas", luego repetida por Maurice Magre y otros escritores.

El héroe pirata es un joven escocés de la marina real inglesa: Robertson, que en 1817 participó en el movimiento de la independencia sudamericana y se enroló en la marina chilena.

Robertson fue teniente en el bergantín "Galvarino" y luego en el "Congreso" y tomó parte brillantemente en el sitio y toma del Callao (Perú).

En 1822, habiendo capturado a sesenta soldados del ejército realista de Benavides, reveló su carácter feroz haciendo pender de los árboles a sus prisioneros.

Al fin de las hostilidades era comandante y se hallaba retirado en el Callao, en espera de nuevos incidentes que le permitieran reanudar sus servicios, cuando en 1826 en-

contró en la procesión de Corpus, en Lima, a la hermosa mujer por la cual se convirtió en un delincuente.

Se llamaba Teresa Méndez, tenía veintiún años, cabellos de ébano y una belleza que enloquecía a toda la juventud dorada de la nueva república.

Viuda de un rico español, mantenía abiertos sus salones a la mejor sociedad limeña, y se complacía en excitar a sus numerosos pretendientes, sin permitirles, no obstante, la menor audacia.

Tal actitud enervaba prodigiosamente a Robertson, locamente enamorado de la linda Teresa, hasta que un día le comunicó que su mayor deseo consistía en casarse con ella. Teresa se echó a reír y respondió sin pudor:

—No es usted bastante rico, amigo mío. No me casaré sino con un hombre adinerado, y célebre además, aunque lo fuera a costa de un crimen.

El pobre enamorado se dio por advertido, tascó el freno y juzgó la partida perdida de antemano. Pero la mujer propone y el diablo dispone; al poco tiempo, Robertson estaba de visita en casa del comandante del Callao y un incidente fortuito le llevó a reconsiderar su destino.

Un oficial, el joven teniente Vieyra, dijo a modo de broma:

—Terminada la guerra, ha perdido usted sus galones de almirante, Robertson; pero sería más poderoso que un jefe de escuadra si fuera el propietario de ese bergantín que se balancea allá lejos.

—Sí, ya lo sé —replicó el irlandés—; dicen que lleva en su cala más de 500.000 piastras de oro destinadas a no sé cuál aprovisionamiento bélico.

—Ese bergantín se llama “Péruvian” y lleva no 500.000 piastras sino 2.000.000 de piastras de oro de los depósitos del gobierno. Yo mismo tuve el honor de asegurar su trasbordo.

La conversación pasó después a otros temas; pero Robertson se sentía agujoneado por malsanos deseos: el “Péruvian”, 2.000.000 de piastras de oro, lo suficiente para com-

prarse toda una provincia y también el cuerpo maravilloso y el amor de Teresa.

Esa misma noche quedó tomada su determinación: intentar el golpe; reclutó en las tabernas un equipo de aventureros y, protegido por las sombras, a la cabeza de sus hombres, se tomó por asalto el bergantín.

Cuando vino la aurora, el "Péruvian" no estaba en el puerto y se vio venir de alta mar, en un bote, a la tripulación expulsada por Robertson.

Inmediatamente se dio el alerta y varios barcos partieron en su persecución; pero el bergantín, con sus dos mástiles provistos de fina tela, llevaba una ventaja considerable y, viento en popa, iba en dirección del suroeste.

Los piratas, en su escala en Tahití, se entregaron a la francachela y para suavizar los rigores de una navegación que se anunciaba muy prolongada embarcaron a quince lindas *vahinés*.

Durante un descanso en una isla desierta en donde se aprovisionó de agua dulce, Robertson, que había planeado la eliminación de sus acólitos, abandonó a ocho hombres so pretexto de insubordinación y se dio a la vela con una tripulación disminuida: cuatro marineros, dos irlandeses en que tenía plena confianza, George y William, y las mujeres, no escaso estorbo.

El "Péruvian" tomó rumbo a las Marianas y echó anclas en la bahía de una isla que se cree la Grigan (llamada también isla Guam).

Las *vahinés*, atemorizadas por la conducta hartamente rara de sus compañeros, huyeron a nado apenas atracaron, y los piratas, para suprimir a esos testigos molestos, las mataron tras una salvaje cacería.

En seguida, el tesoro de a bordo, contenido en mil cofres de madera con aros de hierro, fue enterrado en una inmensa zanja, bajo dos pies de arena.

En 1827, Robertson, que se había deshecho de todos sus cómplices, fue apresado por los españoles; torturado, confesó el robo y los crímenes e hizo poner proa a Grigan.

Desembarcan, y entonces el pirata advierte que está irremediablemente perdido —al menos, así lo suponemos—, que no escapará a la horca y que, de todos modos, la hermosa Teresa nunca será su mujer.

Aprovecha un segundo de distracción de sus guardias para echarse al mar, y se deja llevar con el secreto de los millones de piastras.

El gobernador español Medinella se valió de seiscientos indígenas para buscar los cofres, pero en vano se removieron toneladas de arena: el tesoro del “Péruvian” está enterrado aún en alguna parte de la isla, posiblemente en el sudoeste de la costa.

La isla Grigan, al norte del archipiélago de las Marianas, se sitúa en 18° 8' latitud norte y 143° 20' longitud este. Montañosa y de acceso muy difícil en casi todas sus orillas, tiene sin embargo un paso en la costa sudoeste, donde se encuentra la única aldea de la isla.

La historia del tesoro del “Péruvian”, que se conoce por relatos truncos y ciertamente inexactos, no merece crédito total, pero las bases son auténticas y dejan alguna esperanza a quienes se sientan seducidos por los mil cofres metidos en la larga zanja arenosa de una isla de Micronesia.

.....

El “tesoro de las bailarinas desnudas”, de Lapougeade, no tiene la misma vena sentimental: Robertson era un pirata, un asesino, bien se sabe, pero le dominaba un sincero amor; nuestro nuevo héroe no será, ¡ay!, sino un vulgar y poco honorable cazador de faldas.

Sin embargo, el señor de Lard, en el siglo XVIII, debiera haberse sentido satisfecho, pues era dueño del coqueto castillo del Lot-et-Garonne, al nordeste de Agen, en la comuna de Saint-Vite: el castillo de Lapougeade.

Dotado de un carácter alegre, de sentido artístico y de un desmesurado amor por las formas bellas, siempre que pertenecieran al sexo débil, el señor de Lard, para pasar sus

largas horas de ocio, recurrió a una ingeniosa estratagema.

Con el pretexto de hacer admirar su parque y el magnífico panorama del valle de Lot, atraía a lindas muchachas y hermosas mujeres y las incitaba a llegar a aquello que en nuestros días se llama el *strip-tease*. Entonces, amenazándolas con látigo, el señor de Lapougeade obligaba a sus víctimas a bailar.

Estas diversiones, a la larga, tuvieron el don de indignar a los galanes y a los maridos, de manera que una noche, viniendo de Saint-Vite, de Lagarde, de Roumet, invadieron el castillo de Lapougeade y precipitaron al villano caballero por las escaleras, donde se rompió los huesos. Luego, juzgando que sus infortunios les daban algún derecho sobre las riquezas que les rodeaban, echaron mano de los cofres del señor, sobre sus alhajas, y se llevaron, según se cuenta, "las estatuas y una cabra de oro".

Por el trayecto se repartieron el botín de acuerdo con la belleza de sus damas respectivas y algunos enterraron su parte entre los pueblos de Dor y de Lavergne.

Poco después fueron apresados y ahorcados por los guardias del rey.

Los tesoros de los maridos celosos y justicieros, llamados en la región "tesoro de las bailarinas desnudas", estarían enterrados todavía en escondrijos que nadie ha encontrado.

.....

Cerca de Charroux, en la Vienne, la carretera nacional, que bordea en las guías una bella sinuosidad verde, baja de las colinas de Malemort y de Clerfeuille al valle de Charente, tras un descenso de recodos asesinos.

A la izquierda, una colina se eleva casi vertical, horadada de grutas prehistóricas, verde y amarilla de robles y retamas.

A la derecha, tras un parapeto de piedra, el río se infiltra como culebra en los prados, entre alisos y álamos.

Allí, al pie de la colina, a tiro de piedra del Charente, brota

la Font des Cantes, una fuente de primera, cuya agua clara burbujea en una hondonada de pedruscos blancos, tapizada de berros y plantas acuáticas.

Su agua es fresca como menta, y la habita un hechizo con una bella historia de tesoro.

Había una vez un muchacho de buena estampa, de lindo rostro masculino, que hacía perder la cabeza a todas las muchachas de la comarca; pero era pobre, muy pobre, y tenía que trabajar duramente con sus manos para ganar apenas con que vivir.

Un día que maldecía el destino injusto y su mala fortuna, encontró a un viejo sentado en un tronco y que cantaba trenzando una cesta de mimbre, porque éste era al parecer su oficio.

El joven, a quien llamaban Pascal, no pudo dejar de decir en alta voz lo que pensaba en su fuero interno:

—Tienes suerte, abuelo, para cantar siendo viejo y cercano a la muerte. Tu sabiduría me daña y me humilla.

—¡Bah! —respondió el cestero—, no tengo una suerte particular, pero me siento feliz al mirar al pájaro infeliz que encerrarán en una jaula. La libertad hace cantar mi pecho.

—Cierto. Pero eres pobre.

—La riqueza no vale lo que una buena canción, y si quisiera ser rico, bien sé adónde debería ir.

—¿Adónde irías, abuelo? —preguntó el muchacho, súbitamente interesadísimo.

—Iría al borde de la Font des Cantes, con una varilla horquillada de avellano; allí, mi varilla me conduciría a una caverna de la colina en la que se encuentran los más grandes tesoros del reino. Y sería rico como para que me envidiase un rey. Pero claro está que no iré a la fuente.

—¿Por qué no irás?

—Porque hay dos tesoros inestimables en la caverna y no sabría cuál elegir. Después de todo, prefiero mis canciones.

—Bien. Yo iré a la Font des Cantes, y si lo que me dices es verdad, volveré encorvado bajo el peso de los tesoros.

—Cuidado —dijo el viejo—. He dicho que hay dos tesoros; pero sólo se puede tomar uno, y hay que escoger. En tu lugar, desconfiaría. Eres joven, hermoso, y tienes toda la vida por delante para hacerte dichoso; por ahora debías contentarte con la esperanza y la fe.

—Iré a la Font des Cantes —porfió Pascal—, y de aquí mismo parto.

Dicho esto, el muchacho marchó junto al río —y a buen paso, pues tenía prisa en ser rico—, y se dirigió al manantial que brota de la colina. Por el camino se fabricó una horquilla de avellano y con ella llegó donde deseaba ir.

La varilla horquillada se irguió entre sus manos y le condujo por la colina hasta una gruta que se hundía profundamente en las entrañas de la tierra. Estaba oscuro como en noche sin luna, pero Pascal nada temía y guiándose por las paredes del subterráneo avanzaba sin parar, hasta que divisó, aún lejano, un resplandor que parecía llamarle.

Por fin llegó a una cripta espaciosa, iluminada por una mágica claridad.

El suelo era de pedrusco brillantísimo y parecía que en él se mezclaran estrechamente el oro, la plata y las perlas.

En medio de la cripta resplandecían los dos tesoros anunciados; pero no era lo que el buscador aventurero esperaba ver.

Uno de los tesoros era un montón de monedas de oro, de rubíes refulgentes como brasas, de esmeraldas y diamantes que despedían luces fulgurantes. Todo ello mezclado a una profusión de brazaletes, pectorales, aros, collares, anillos y alhajas de toda especie.

El otro tesoro era, viva y desnuda, una mujer más que maravillosamente bella, más que maravillosamente cincelada en la carne más rara, la más cálidamente sedosa, la más irrealmente armónica y deseable, como imaginación alguna pudiera concebir otra tan bella y radiante.

—Me llamo Melusina —dijo la criatura fabulosa—; soy el tesoro de amor, el tesoro único, y puedo pertenecerte.

—¡Claro está! —murmuró por fin Pascal, cuando volvió de su deslumbramiento—. He venido a buscarte, hermosa, y contigo el otro precioso tesoro que me ciega tanto como tú me encantas.

—¡Oh, no! —dijo Melusina—. Tienes que escoger, lindo muchacho. Saldrás de aquí con el tesoro de las cosas ricas o partirás conmigo; tienes derecho a elegir, pero no puedes llevarte los dos tesoros.

—¡Qué lástima!

—Tal vez, pero es así. Si eliges el montón de riquezas materiales, serás el más rico de todos los hombres; pero no podrás olvidar que me has visto y me llamarás sin cesar, aunque en vano, porque mi imagen vivirá en tu corazón sin que puedas apartarla un solo instante. Si me escoges, tendrás el amor; pero has de saber que soy exigente, tanto como bella y caprichosa. Mira, estoy desnuda y tendrás que vestirme espléndidamente. Quiero en mis cabellos color de sol unos diamantes que eclipsen el resplandor del astro, y en mis orejas pequeñas y nacaradas unas piedras preciosas muy leves, más resplandecientes que los diamantes. Quiero en mi cuello y en mis brazos alhajas más bellas que las de una reina, y en mis dedos anillos artísticamente cincelados. Quiero en mi pecho un río de perlas y diamantes, los más magníficos del mundo. Quiero en mis piernas armoniosas tobilleras y ajorcas de oro macizo, finamente labradas. Quiero en los dedos grandes de mis pies anillos engastados de esmeraldas y rubíes alternados, tan puros como mi piel es pura y nacarada. En pago, bailaré sólo para ti, cantaré canciones paradisíacas y anudaré en torno de tu cuerpo unos abrazos que te harán el más feliz de los hombres, y mi boca te dará besos más cálidos, perfumados y enloquecedores que los que boca alguna ha dado jamás.

Pascal escuchó jadeante estas palabras, reflexionó el tiempo necesario, hizo rodar su lengua siete veces por el paladar y respondió:

—Me duele el corazón al perder tal amante, ¿pero dónde

encontraré lo que me pides, siendo como soy el más pobre de los hombres? He escogido, pues, el montón de oro, de joyas y alhajas, que me hará rico y me permitirá casarme con la hija del rey o alguna hermosa a la que sabré encontrar. Con el oro tendré el amor; pero con el amor no sé dónde podré encontrar el oro.

—Piénsalo —murmuró Melusina—. Piénsalo otra vez... Mientras no hayas cruzado el umbral de esta cripta podrás pensar mejor y actuar de acuerdo a tus pensamientos. Mira cuán bella soy. Mis ojos, mi boca no tienen semejantes en este mundo; mis senos son de alabastro y mi cuerpo más hechizador que el sueño más apasionado. Mira mis piernas tan puramente modeladas, y mis pies, más pequeños y cincelados que la obra maestra de un joyero. Serás fuerte en la vida con tales maravillas y conquistarás lo que te falta si eres hombre de corazón y gentil amante.

—¡Dios mío! ¡Cuán perplejo me siento! —murmuró en alta voz el muchacho—. Esta criatura enloquece cada fibra de mi cuerpo; pero tal vez es engañosa y pérfida, y, además, he venido aquí a buscar un tesoro de riquezas comerciables.

Entonces, volviendo sus miradas para no dejarse enternecer y cambiar de elección, caminó lentamente hacia el montón de cosas preciosas, y comenzó a repletar sus bolsillos, todos sus bolsillos, y a amontonar las joyas más deslumbrantes y las piedras más refulgentes.

A medida que hacía esto, su avidez le afiebraba, y, cuando no pudo tomar más, huyó, curvado bajo la carga, por el largo camino subterráneo que ahora iluminaba el tesoro que llevaba consigo.

Volvió al aire libre, y llegó a su humilde casa, donde se descargó voluptuosamente.

Días después, Pascal, habiendo negociado bien una parte de su tesoro, y metido el resto en un escondrijo muy secreto, se encontró al frente de la más grande fortuna del reino.

“¡Ya está! —se dijo—. Ahora que soy rico, voy a casarme con la muchacha más bella del país”.

Pero ninguna le pareció suficientemente bella; ésta no tenía los cabellos color oro; aquélla tenía los brazos demasiado flacos; la de más allá, una estatura demasiado pequeña; y la de allí, piernas un poco raras; el pecho blando, la mano fuerte, el pie mal dibujado.

Pensó en la hija del rey; pero ésta tenía la piel seca y severa la mirada. Entonces, viajó largo tiempo, mucho tiempo y muy lejos, y a medida que iba y venía y buscaba y detallaba, menos encontraba a alguien de su gusto, y la imagen resplandeciente de la mujer de la gruta se grababa en su recuerdo, y una música interior cantaba el nombre mágico: Melusina... , Melusina... , Melusina.

Comenzó a enflaquecer, a angustiarse, y su riqueza a pesarle como un fardo. Ya no amaba su palacio hormigueante de servidores solícitos; su mesa delicadamente servida, con los guisos mejores y los vinos más raros, y se aburría en las fiestas más refinadas.

Hipocondríaco, flaco y encorvado, pronto sintió horror de su fortuna, perseguido a cada instante por la imagen de la mujer única que encantara sus ojos y conquistara su corazón. En vano trató de volver a la colina. Ya no encontraba la entrada de la gruta mágica, y su varilla horquillada de avellano no le servía más que un bastón cualquiera, desposeído de virtud.

Una tarde, cansado de su angustia, fue a arrojar lo que le quedaba de oro, de alhajas y piedras preciosas en el agua murmuradora y cristalina de la Font des Cantes. Y, pobre ahora, comenzó a trenzar jaulas de mimbre para venderlas en la ciudad.

Pero no sabía, como el anciano a quien quería imitar, cantar despreocupadamente, y para siempre arrastró consigo la visión que encantaba su recuerdo y devoraba su porción de alegría mundanal.

Sus riquezas están en la hondonada de la Font des Cantes, en Poitou, cerca de una colina de robles, con cavernas

y jacintos azules. Yacen esparcidas bajo un manto móvil de plantas acuáticas, de berros y menta, como dice la leyenda. Pero el tesoro es maléfico, y no deseamos a nadie que vaya a buscarlo, bajo el riesgo de oír para siempre cantar en la desesperanza el nombre mágico de la Bella, en nombre del amor. . .

*Setenta y cinco tesoros en una abadía; ocho mil millones en una tumba*

**F**RANCIA es el paraíso de los tesoros terrestres.

Nación ilustrísima, hija mayor de la Iglesia, tierra de la libertad, de los duelos y de los penachos, nada le falta para engendrar una profusión de tesoros.

La unidad, la grandeza de Francia: un milenio de guerras externas o intestinas.

Hija mayor de la Iglesia: dos siglos de guerras de religión.

Tierra de la libertad: revoluciones, represiones, dictaduras, asesinatos, el Terror y la esclavitud.

¡Como siempre que se blande la antorcha incendiaria del progreso y la emancipación!

Los pueblos felices no tienen historia. Francia la tiene, prestigiosa, fértil, brillante.

Cuanto Francia ha conocido, le ha dado, además de la Corona de Espinas de las naciones faros, el privilegio de los tesoros escondidos.

¡Y vaya que tenemos tesoros! Muy por lo bajo: millones.

La ciudad de los tesoros es Charroux, en la Vienne, donde Carlomagno fundó una abadía célebre; Charroux, en otro tiempo capital de la Marche, ciudad de las reliquias insignes, donde papas, emperadores, reyes y príncipes competían en manifestar su devoción y su solicitud, haciendo a los altares del Salvador donaciones que pronto constituyeron riquezas considerables.

Esas riquezas están ahora enterradas en la antigua abadía, en criptas, subterráneos, en una multitud de escondrijos que sobrepasa, ciertamente, la cifra de setenta y cinco, mencionada por la crónica.

De hecho, Charroux está repleta de tesoros que los habitantes descubren a lo largo de los siglos, sin decir palabra, claro está, pero que se revelan por súbitos enriquecimientos.

Fundada en 785, la abadía de Saint-Charroux, como entonces se decía, fue durante la Edad Media la ciudad santa del Occidente, en que se depositaron las más preciosas reliquias de la cristiandad.

Entre ellas figuraba el Bellator, el trozo más grande de la verdadera Cruz, que acompañó a Carlomagno, a Carlos VII y a Juana de Arco durante las conquistas del reino.

Otras reliquias que deben mencionarse: el Santo Prepuicio o Digno Voto, trasladado por Carlomagno de Aix-la-Chapelle a Charroux; la sangre de Jesucristo y setenta y cinco reliquias más auténticas, encerradas en preciosos relicarios y que motivaron en el curso de los siglos, el desplazamiento de varios papas y reyes.

Además, el tesoro de la abadía comprendía, descrito en nomenclaturas cuya copia se posee: tres cruces, dos cálices, siete incensarios, cinco mesas, cuatro candelabros y numerosos objetos del culto y ornamentos, todo de oro macizo. También una rica biblioteca y la importante renta en monedas de oro y plata de los bienes del monasterio: cien iglesias, tanto en Francia, Bélgica como en Inglaterra, y seis conventos y dos fortalezas.

“Esas riquezas inmensas —escriben los cronistas—, aumentaron con numerosas donaciones hechas por los papas, los reyes, los obispos y los señores.”

En 1569, un lugarteniente del almirante Coligny, el barón Roger de Carbonnières, se apoderó de Charroux, saqueó e incendió la abadía, matando a todos los monjes. Estos, sin embargo, tomaron la precaución de esconder reliquias

y tesoros, pero como no quedó ningún sobreviviente, se perdió el secreto de los escondrijos.

Desde ese día, la abadía más grande de Europa quedó arruinada, y no se levantó nunca. De su antiguo esplendor y de sus riquezas prodigiosas, quedó una tradición que se relataba en las tardes hogareñas, y también la leyenda de los tesoros, enterrados bajo la vieja torre romana, precisaban los ancianos.

Historias de esta índole recorrían Francia, colmaban las leyendas y se adherían a todas las viejas ruinas...

El 9 de abril de 1856, el albañil Jaladeau, de Charroux, al horadar una ojiva del claustro, encontró en el espesor de la muralla tres magníficos relicarios de plata y oro, realzados de perlas y piedras preciosas, que contenían reliquias de la Virgen y de varios santos, como se demostró después.

Pero más raro, más precioso aún, un relicario contenía un medallón trilobulado, en que había una caja romana de oro en que estaban grabadas estas palabras: *Hic caro et sanguis Christi continentur* (Aquí están la carne y la sangre de Cristo).

No cabía ya ninguna duda; se trataba de los relicarios mencionados en el tesoro de la abadía y de la reliquia más santa, más preciosa entre las más preciosas: la sangre y la carne de Cristo.

Reliquias que, a partir del hallazgo, fueron guardadas en cajas fuertes y sólo mostradas cada siete años a la muchedumbre en las solemnes ceremonias de Charroux, para el día de Corpus.

Y nadie dudó ya de que los tesoros estuvieran entre los muros o enterrados en alguna parte de las ruinas aún imponentes de la abadía, pues si un sólo monje poseedor del secreto de los escondrijos hubiera sobrevivido a la matanza de 1569, nada más presto habría hecho que desenterrar los relicarios tan venerados.

Así, pues, los escondrijos permanecen inviolados.

Es de notoriedad pública, no obstante, que varias fami-

lias de Charlois, cuyas casas están construidas sobre las ruinas de la iglesia, encontraron de 1930 a 1950, tesoros que las enriquecieron de manera evidente.

¿Dónde pueden estar los otros? En parte, sin duda, en la abadía, amurallados como estaban los descubiertos en 1856; pero, ¿y los objetos más grandes: mesas, candelabros, vajilla?

Bien: es posible que tales tesoros se depositaran en las criptas.

Todo Charroux está surcado por una vasta red subterránea que une entre sí a la mayoría de las casas del burgo; pero, sea por miedo a lo desconocido, al vacío, a los fantasmas, o por necesidad de cerrar sus propiedades, los habitantes han edificado muros espesos y de cemento, que fragmentan las galerías.

Explorar esos subterráneos, algunos de los cuales remontan a la época prehistórica y parten de cavernas rocosas, es una faena casi irrealizable.

Dos pequeños lagos a que llegan las galerías, son ahora inaccesibles, a causa de derrumbes; sin embargo, las riquezas de la abadía están escondidas en las criptas secretas de esos subterráneos, o enterradas en la arcilla roja donde desde hace cincuenta mil años yacen hachas y restos de nuestros antepasados paleolíticos.

.....

Igualmente histórico es el tesoro de Rennes-le-Château, pequeño burgo de Francia, en los montes Corbières, a 60 kilómetros al sur de Carcassonne.

Su iglesia y sus pocas casas, están colgadas de una punta rocosa, a la que se asciende por una rampa pronunciada de cinco malos kilómetros.

Casi se ha necesitado un milagro para que un tesoro esté escondido en ese rincón del mundo a que los automóviles no llegan sino con gran esfuerzo, sin que puedan cruzarse por el trayecto.

Sin embargo, hay un tesoro en Rennes-le-Château, un auténtico tesoro, ya que fue encontrado hace medio siglo por el cura Béranger Saunière, el que después de gastarlo —oh, un poquito apenas, sin duda—, lo legó a su criada, la linda Marie Denarnaud, la cual a su vez lo legó a Noël Corbu.

Pero la herencia de Marie Denarnaud quedó incompleta, ya que murió antes de poder revelar el escondrijo.

Desde entonces, Corbu examina, cava, ahonda, sondea, con la esperanza de dar con las monedas de oro, de plata, y las alhajas, las piedras preciosas del tesoro, avaluado en ocho mil millones, que serios historiadores creen que es el tesoro de Francia del siglo XIII.

—En otros tiempos, hace unos setecientos años —dijo Noël Corbu—, había en Rennes una ciudad de tres mil almas y un cinturón de baluartes cuyas ruinas aún se ven.

"Buscando el tesoro, he descubierto monedas antiguas, alfarería, armas, y los esqueletos que pueblan mi pequeño museo.

"Según los historiadores de Carcassonne, la génesis del tesoro remontaría a febrero de 1250. En esa fecha, la revuelta de los pastorcillos, provocada en el norte de Francia por el misterioso "Año de Hungría", se hallaba en su apogeo, y la ola de siervos y de menesterosos reventaba hacia el Mediodía.

"Blanca de Castilla, regente de Francia, vino a Rennes-le-Château —entonces llamada Rhedae—, para poner a buen recaudo, en la poderosa ciudadela, el tesoro de Francia, amenazado a la vez por los pastorcillos y las sordas cábalas de la nobleza. Noten de pasada que la ciudadela de Rhedae pasaba por intomable, y se situaba en la ruta de España, donde Blanca de Castilla sabía que podría encontrar refugio en caso de peligro.

"Ella hizo depositar el tesoro en la sala subterránea del baluarte. Al menos, así se cree. Claro está que nadie se explica cómo el tesoro haya podido quedar intacto tan largo tiempo, sobre todo durante el año 1251, en el que San Luis necesitó tantos subsidios, que su madre no podía enviarle.

En suma, Corbu cree que ese tesoro constituía una reserva, a que no se debía echar mano sino en caso muy urgente. Blanca de Castilla murió en 1252, después de revelar el secreto a San Luis, que lo confió a su hijo Felipe el Intrépido. Este murió en Perpiñán, sin tener tiempo para decírselo a Felipe el Hermoso.

En 1645 se reconstruyó Rhedae, que se convirtió en Rennes-le-Château; la antigua fortaleza, ligeramente movida de su sitio, se erigió en el emplazamiento de la actual propiedad de Corbu.

Es, entonces cuando comienza la verdadera historia del tesoro perdido y encontrado.

Encontrado, desde luego, en el siglo XVII, por un pastor llamado Ignace Paris, el cual, habiendo perdido a uno de sus corderos, lo oyó balar al fondo de una zanja, a que bajó. Pero el cordero, atemorizado por la llegada del pastor, huyó por una galería. Persiguiéndolo, Ignace Paris llegó a una cripta "llena de esqueletos y de cofres", algunos aterradores, otros, al contrario, muy atractivos.

Llenó sus bolsillos de monedas de oro, huyó luego, espantado, y regresó a casa.

Su fortuna fue pronto conocida por todo el pueblo; pero Ignace tuvo la torpeza de no querer revelar su origen, y, acusado de robo, fue muerto sin divulgar el secreto de la cripta.

¿Se produjeron derrumbes a la entrada del subterráneo? No se sabe; pero hasta 1892, no se habló más del tesoro, del cual los padres del pastor no llegaron a conocer la ubicación.

Un acontecimiento fortuito en esa época, hizo entrar en escena al cura Béranger Saunière. Había obtenido el curato de Rennes en 1885, y en seguida fue adoptado por la familia Denarnaud, cuya hija Marie tenía dieciocho años, y trabajaba como sombrerera en el burgo de Esperanza.

Los Denarnaud, que vivían con estrechez, no tardaron en venir a habitar en la parroquia.

En 1892, el cura Béranger gozaba de la estimación de sus feligreses, tanto por su celo, como por su buen humor.

Por esa época, obtuvo un crédito municipal de 2.400 francos para rehacer el altar principal visigótico y la techumbre de su iglesia. El albañil Babon de Couiza, se puso a trabajar y una mañana, a las nueve, llamó al cura, para mostrarle en uno de los pilares del altar, cuatro o cinco rollos de madera, huecos y cerrados con cera.

—No sé lo que es —dijo.

El cura abrió uno de los rollos y sacó un pergamino escrito, según se cree, en francés antiguo, mezclado con latín, en donde a primera vista podían advertirse pasajes del Evangelio.

—¡Bah! —le dijo al albañil—, son viejos papeles, que datan de la Revolución. No tienen valor alguno.

Babon se fue a mediodía a almorzar a la posada, y, como le hormigueaba cierta idea, no tardó en participarla a su alrededor. El alcalde acudió a informarse; el cura le mostró un pergamino en que el buen hombre no comprendió un comino, y allí quedó el asunto.

No por completo, sin embargo, pues Béranger Saunière detuvo los trabajos en la iglesia.

He aquí, según Corbu, lo que debió pasar en seguida:

—El cura trata de descifrar los documentos; reconoce los versículos de la Biblia y la firma de Blanca de Castilla con su sello real; pero lo demás es para él un jeroglífico. Va, pues, a París en 1892, a consultar algunos lingüistas, a quienes, por prudencia, no entrega sus documentos, sino fragmentariamente.

"No puedo revelar las fuentes de mi información —es Noël Corbu el que habla—; pero puedo asegurar que se trataba del tesoro de la Corona de Francia: 18 millones en quinientas mil monedas de oro, joyas, objetos del culto, etc.

"El cura vuelve a Rennes, sin conocer con exactitud el lugar del escondrijo; pero con indicaciones preciosas y suficientes.

"Busca en la iglesia. ¡Nada!

"Marie, por su parte, se siente intrigada por una vieja losa del cementerio, que tiene una inscripción rara: es la

losa sepulcral de la condesa Hautpoul-Blanchefort. ¿Si allí estuviera el tesoro?

"El cura cierra con llave el cementerio, y, ayudado por Marie, durante varios días, se entrega a un misterioso trabajo. Una tarde se ven recompensados de sus esfuerzos, y terminan por reconstruir el jeroglífico, del que las inscripciones de la losa sepulcral les han dado los primeros elementos.

"Desde ese instante, la situación de Marie Denarnaud cambia en el curato: se convierte en la confidente, en la colaboradora.

"Creo saber que existen seis entradas que llevan al escondrijo, entre ellas, la del baluarte, que ya en 1892 había desaparecido. En uno de los pergaminos hay líneas contadas por toesas que parten del altar mayor. Marie y el cura miden con cordeles y encuentran un punto terminal en un sitio que se llama el "castillo", ahora un eriazó; cavan y encuentran el subterráneo y la cripta del tesoro a que en otro tiempo llegara el pastor Paris. Las monedas de oro, las alhajas, las vajillas preciosas están allí, cubiertas por una espesa capa de polvo, pero intactas. Hacen un plan: el cura irá a España, Bélgica, Suiza, Alemania, a cambiar las monedas, y enviará el dinero por correo, a Couiza, a nombre de Marie Denarnaud. Es lo que hicieron no sin peligro ni dificultades para expatriar los capitales.

"Sea como fuere, en 1893, el cura Saunière es rico, riquísimo; tan rico, que a su costa ordena todas las refacciones de la techumbre de la iglesia, a la que embellece de manera suntuosa. Hace reparar el presbiterio, construir el muro de enmarcación del cementerio, edificar un quiosco en un espléndido jardín con rocas y juegos de agua. Además, compra hermosos muebles, trajes de gran precio para Marie; hace venir su ron de Jamaica, monos de Africa, engorda a sus patos con galletas exquisitas —para que tengan la carne más fina—, cría perros de raza. En suma, es la gran vida en Rennes-le-Château, donde se tiene mesa puesta —¡y qué mesa!— para todo lo mejor de los alrededores.

"El cura compra tierras, casas, pero a nombre de Marie Denarnaud, y la linda morena de ojos maliciosos, de cuerpo fino, se convierte en una verdadera castellana.

"Cuando el cura está lejos, le escribe:

*Marujita, ¿cómo están nuestros animales? Hazle un cariño a "Fausto" y a "Pomponcillo" [los perros]; un recuerdo a los conejos. Adiós, Marie. Tu BÉRANGER.*

"A decir verdad, otras hermosas se comparten el corazón del nuevo millonario. Se han dicho los nombres de Emma Calvet, de la hermosa condesa de B. y de muchas otras. Porque esa súbita fortuna ha emborrachado la mente del sacerdote, y le ha hecho zozobrar en la megalomanía; sueña con construir un castillo. Pero, prudente, cuida de destruir los indicios que le han llevado a la cripta; en el cementerio, raspa las inscripciones de la losa funeraria de la condesa, y pone los pergaminos en la sala de los tesoros.

"El alcalde viene a hacerle reproches por la tumba saqueada y las riquezas de que dispone; pero el cura se ríe de sus temores; le habla de una herencia de un tío de América, y le da cinco mil francos oro. El alcalde vuelve a menudo a la carga, con el mismo pago...

"Monseñor Billard, obispo de Carcassonne, se inquieta, igualmente, por la conducta del cura; pero allí también, con dinero, buenos vinos y viandas apetecibles, se zanja las dificultades.

"En 1897, Béranger Saunière hace comenzar la construcción de la villa "Betania", con sus baluartes y la torre, que costarán la bagatela de un millón oro; para tener flores todo el año hace edificar un invernadero en el camino de circunvalación.

"El sucesor de Monseñor Billard, Monseñor de Beauséjour, viene a hacer el aguafiestas: pide explicaciones a Béranger, le convoca a la Corte de Roma, y, finalmente pronuncia sobre él la interdicción.

"Se nombra un nuevo cura en Rennes-le-Château; pero

"Criptograma del Pirata" encontrado en la Isla Mahé. Este mensaje cifrado, lanzado a la multitud por el pirata La Buse subiendo al suplicio, revelaría el emplazamiento de sus tesoros. (Foto Bibl. Nac.)



esto nada importa a Saunière, que en la capilla de su villa sigue diciendo misa, que reúne a casi la totalidad de los parroquianos, de manera que el recién llegado, ya sin ánimo, decide no hacer el rudo camino de Couiza-Rennes.

"Prepara también un nuevo plan de embellecimiento: quiere levantar la torre, construir un camino hasta Couiza, comprar un auto, dar agua a toda la población; su presupuesto llega a ocho millones oro en 1914, o sea, unos ocho mil millones de francos corrientes. Ese dinero lo tiene el cura en especies.

"El 5 de enero de 1917, firma bonos, pero una cirrosis se lo lleva el 22, antes de que haya podido realizar su proyecto.

"Marie, desolada, pone al difunto en la terraza, en un sillón cubierto de pompones rojos, y todos los aldeanos vienen a rezar, y cada uno se lleva un pompón como reliquia del santo. Marie Denarnaud es ahora la única dueña de Rennes-le-Château, pues todo ha sido puesto a su nombre; pero termina su vida casi enclaustrada, sin recibir visitas, y es probable que nunca volviera a la cripta del tesoro.

Esto es lo que dijo Noël Corbu, tercer personaje de la novela y heredero de Marie Denarnaud.

Corbu conoció a Marie por azar, al final de su vida, de 1946 a 1953.

Con su mujer, tomó pensión en su casa, y supo inspirarle confianza y amistad.

—No se haga mala sangre, señor Corbu —le dijo un día—. Va a tener más dinero del que pueda gastar.

—¿De dónde va a sacarlo usted? —preguntó Noël.

—¡Ah!, eso voy a decirlo cuando muera.

El 18 de enero de 1953 cayó enferma, se hundió en la inconsciencia, y murió llevándose su secreto.

He aquí nuevamente perdido el tesoro de Blanca de Castilla, completamente perdido esta vez, según parece.

Pero, en realidad, nada demuestra que ese tesoro sea el de la madre de San Luis. Algunos suponen que se trataría del tesoro de Alarico, cuya capital era Rennes-le-Château; otros, y es más verosímil, creen que sea el tesoro de los cá-

taros, tomando en cuenta que Rennes era su segunda ciudadela después de Montségur.

Sea como fuere, el tesoro ha existido, y existe, ciertamente, como parece sugerirlo esta carta, que figura en los archivos de Corbu, y que uno de sus amigos escribía al cura:

*No puedes decir nada públicamente, pero confíesate; te absolverán, pues nada tienes que reprocharte.*

¡Ay! Béranger Saunière no quiso nunca confesarse respecto al tesoro, salvo a su amante Marie Denarnaud.

Sin embargo, el secreto no es impenetrable.

Un habitante de Rennes-le-Château, que sin duda mucho sabe, le dijo un día a un miembro del Club de Buscadores de Tesoros:

—El secreto del cura de los millones está al fondo de una tumba; sólo se trata de saber en cuál. . .

Un día, pues, los miles de millones escondidos por el viejo cura serán tal vez encontrados por el sepulturero; y tanto peor para el pueblecito colgado de las rocas: perderá lo más claro de su misterio, o lo más sombrío, si se prefiere.

*El fabuloso tesoro de El Cernícalo*

**H**E AQUÍ el tesoro típico para hacer soñar: un auténtico botín de perlas, diamantes, oro y vajilla de plata, un auténtico pirata ahorcado, mensajes cifrados, planos donde pululan los escondrijos.

El tesoro de El Cernícalo, con todo un arsenal de lo maravilloso, lo histórico, lo oculto y lo romántico, se nos presenta como las islas afortunadas de la Edad Media, como Saint-Brandon y Antilla, como las vírgenes de Wlasta y las Amazonas de Capadocia, que sin cesar se ofrecían a las miradas y los abrazos, y no se entregaban jamás.

Misterioso, fabuloso, inasible, está seguro de entrar en la leyenda inmortal, aunque su existencia no puede ponerse en duda.

Cuando subió al cadalso para expiar sus crímenes de pirata, Olivier Le Vasseur, llamado El Cernícalo, lanzó a la muchedumbre un criptograma y gritó:

—¡Mis tesoros a quien sepa comprender!

La escena se desarrolló el 7 de julio de 1730, en la isla Borbón (isla de la Reunión), y originó historias de tesoros, las más extraordinarias y complicadas que existan.

¿Quién recogió el mensaje secreto?

Nadie puede decirlo, pero desde hace más de dos siglos, el océano Indico, desde las islas Seychelles a la punta de Madagascar, es centro de búsquedas incesantes, y está repleto de documentos en clave y con signos grabados, que,

según la tradición, atañen a los prodigiosos tesoros de El Cernícalo.

Lo más difícil en este embrollo pintoresco es establecer un punto y lograr una discriminación.

El océano Indico, particularmente del siglo XVII al XIX, fue intenso lugar de piratería, luego, pues, de botines escondidos, y es cierto que si numerosos tesoros fueron hallados en las islas, muchos otros deben de estar enterrados, sumergidos o metidos entre paredes.

El enigma reside en el hecho de que todo yacimiento probable y todo documento dudoso se atribuyen al célebre pirata.

La cacería del tesoro comenzó en 1923, en la isla Mahé, al sur de las Seychelles, en un terreno que bordea el mar y pertenece a la señora Savy. La señora Savy, hasta esos días, había mirado con ojos curiosos algunos signos y dibujos grabados en las rocas, como las hay a montones en las islas indias.

Un día descubrió piedras esculpidas en el océano, e inspeccionando los alrededores, vio otras rocas talladas por manos de hombre.

Al azar del tiempo y de las tormentas, removiendo el humus de que surgían raíces de árboles derribados, aparecieron otras esculturas, y en tan gran número, que ya fue imposible no inclinarse sobre el problema planteado por esas piedras hablantes.

A decir verdad, su lenguaje era sibilino y borrado por el roce de los siglos, pero se distinguían representaciones de animales: perros, serpientes, tortugas, caballos, y formas de objetos y de seres humanos: una urna, corazones, una cara de mujer joven, una cabeza de hombre y un ojo monstruosamente abierto.

Un etnógrafo avanzó una sugestión: esas esculturas rupestres podían tener un carácter arqueológico, y relacionarse con las escrituras ideográficas, indonesias y pascuenses, en las que frecuentemente se encuentran la serpiente y la tortuga.

¿Y el resto? ¿A qué civilización unir las formas humanas, los perros, el ojo, etc?

Con objeto de saber más, se hicieron excavaciones, y cerca del ojo monstruoso se hizo un descubrimiento: dos ataúdes, que contenían restos humanos, en los que se identificó a piratas, por el aro de oro de su oreja izquierda, y un cuerpo sepultado en plena tierra, sin muchas ceremonias, al parecer, lo que podía hacer creer que el muerto era un criminal enterrado junto a dos de sus víctimas.

Y de una cosa en otra, de piedras esculpidas a piratas, se llegó, naturalmente, a la hipótesis de un tesoro oculto.

No hubo duda alguna cuando, al tanto de los descubrimientos, un notario de la isla se presentó en casa de la señora Savy y declaró con firmeza:

—Tengo en mi estudio documentos concernientes a un tesoro escondido en una isla del océano Indico; el yacimiento no puede localizarse sino confrontando mis datos con los signos grabados en las rocas. Yo tengo los datos, y usted tiene todos los signos: el tesoro está en su casa, y hay que buscarlo.

¡Ay!, el problema era singularmente más complicado.

Los archivos se componían: de un criptograma de apariencia anodina, pero cuya interpretación no podía efectuarse sino con ayuda de las "Clavículas de Salomón"<sup>1</sup>, de dos cartas autógrafas, de un testamento, de documentos redactados en jeroglíficos, o al menos en escritura de iniciados, que parece relacionarse con el simbolismo masónico.

Si la existencia de un tesoro —y hasta de varios— estaba explícitamente afirmada, en cambio el lugar —se indicaba una isla— dejaba campo libre a las especulaciones más audaces.

<sup>1</sup> Las "Clavículas de Salomón" (clavículas: pequeñas claves) son un florilegio mágico que el rey de los israelitas habría legado a su hijo Roboam. El texto estaba grabado en cortezas de árbol; fue traducido del hebreo al latín por el rabino Abognazar, y del latín al francés por Monseñor Jaubert de Barrault, arzobispo de Arlés. Esas "Clavículas" revelan recetas mágicas a base de dibujos, de ritos y de caracteres angulares y rectangulares.

Por otra parte, la relación que parecía existir entre los diferentes documentos y piezas no era del todo evidente.

Con todo, ya que había que encontrarse una solución, la tradición unía toda cosa con el tesoro auténtico de El Cernícalo y el de otro pirata, Botín Nagéon de L'Estang; acaso los dos tesoros fueran el mismo, por vía de sucesión y de robo.

Sea como fuere, estudiando los datos, es permitido esperar una síntesis de los hechos que conduzca a una explicación plausible, si no racional.

Olivier Le Vasseur, El Cernícalo, nació en Calais, a fines del siglo XVII. En 1721, se asoció con el pirata inglés Taylor, y los dos compinches, que no carecían de atrevimiento, se apoderaron en abril del rico barco portugués de setenta y dos cañones "La Virgen del Cabo", que buscara refugio contra la tempestad en el puerto de Saint-Denis (isla Borbón).

A bordo de la nave se encontraban el conde Ericeira, virrey de las Indias, y el arzobispo de Goa.

Bellas capturas para rescate y también lindo botín en el cargamento.

El Cernícalo, haciendo el gran señor, no exigió rescate por el virrey, pero echó mano de los objetos de valor: ríos de diamantes, alhajas, perlas, barras de oro y de plata, muebles, telas, vasos sagrados y cofres de piedras preciosas; todo ello, avaluado en unos sesenta millones de libras.

Sí, lindo botín, en verdad, como lo demuestra la anécdota siguiente, que pasa por ser auténtica:

Cada pirata tenía en principio, por su participación, cuarenta y dos pequeños diamantes; uno de ellos, a quien no se diera sino un grueso diamante del mismo peso que los chicos atribuidos a sus compadres, rompió la piedra en cuarenta y dos pedacitos, "para no ser robado fácilmente", dijo.

"La Virgen del Cabo", arreglada y rejuvenecida, se convirtió en la nave de El Cernícalo, y se llamó "El Victorioso".

Pero al año siguiente, Dugay-Trouin y el comodoro inglés Matthews vinieron a buscarse pelea en esos parajes; cuando dos leones luchan, los chacales hacen bien en desconfiar, y es lo que hicieron nuestros piratas del océano Indico:

Taylor huyó a las Antillas y El Cernícalo se retiró a la isla Santa María, cerca de la costa de Madagascar.

Efectivamente, se acogió a retiro, pues la piratería ya no era posible, teniendo a la zaga a un tipo del temple del invencible Dugay-Trouin, cuyo pabellón flotaba gloriosamente desde el Ecuador al Cabo de Buena Esperanza.

La mayoría de los merodeadores cesaron también toda actividad y tornáronse en apacibles ciudadanos, aprovechando la carta de clemencia dada por el rey de Francia. Sus barcos se pudrieron en las caletas y la piratería desapareció<sup>1</sup>.

Sólo, o poco menos, El Cernícalo dejó pasar un tiempo antes de aceptar la carta; restituyó los vasos sagrados, pero no pudo decidirse a entregar el botín de "La Virgen del Cabo", condición *sine qua non* de la clemencia.

Es indudable que escondió su tesoro. ¿Dónde?

Se han dado los nombres de seis islas: Mauricio, la Reunión, Frigate, Mahé, Rodríguez, Santa María.

En todo caso, en Santa María vivía nuestro pirata, en situación irregular, pero sin gran peligro inmediato, hablando de sumisión, sin darse prisa en hacerlo.

Hacia 1729, ejerciendo el oficio de piloto en la bahía de Antongil (Madagascar), ofreció sus servicios a la nave "La Medusa", de la Compañía de las Indias, que deseaba entrar a puerto.

<sup>1</sup> En los mares del Umbral de las Mascareñas, entre la Reunión y la isla Santa María, Henry de Monfreid conoce un cementerio marino.

Allí los piratas del océano Indico hundían, después de saquearlos, a los galeones que comerciaban entre Goa, las Indias y Europa.

En otros tiempos, no se bautizaba a los barcos rompiendo contra el casco una botella de champaña, sino escondiendo en la quilla, al fondo de un hoyo cilíndrico hecho con taladro, una moneda de oro. En seguida se tapaba bien el agujero con una cuña de madera. Este escondrijo dio la idea a los armadores, y sin duda a los traficantes, de introducir allí para librarlos de los piratas o del control legal, objetos de escaso tamaño, pero de gran valor: diamantes y perlas especialmente. Los piratas ignoraron esta costumbre hasta el siglo XVIII y hundieron galeones que, de este modo, se quedaban con lo más valioso de su carga. Después del siglo XVIII se conocieron los escondrijos de las quillas y se les despojó de su contenido. Monfreid cree poder hacer explorar con un buzo de escafandra autónoma las quillas antiguas de los galeones hundidos en ese cementerio marino y recuperar diamantes y, mejor aún, las piezas bautismales.

El capitán d'Hermitte, el comandante, le reconoció y, recordando que el pirata había saqueado muchas veces barcos de su compañía, le detuvo.

El 7 de julio de 1730, El Cernícalo fue condenado a muerte. He aquí un extracto del juicio:

*Visto por el Consejo el proceso criminal extraordinariamente hecho e instruido a demanda y diligencia del procurador del rey, demandante y acusador, contra Olivier Levasseur, apodado El Cernícalo, acusado del crimen de piratería (...).*

*El Consejo le ha condenado y condena a retractarse ante la puerta principal de la iglesia de esta parroquia, desnudo y sólo en camisa, con la cuerda al cuello y llevando en su mano una antorcha encendida de dos libras de peso, y entonces decir y declarar en alta e inteligible voz que perversa y temerariamente ha ejercido durante varios años el oficio de pirata, de que se arrepiente y pide perdón a Dios y al rey.*

*(...) Ejecutado a las cinco de la tarde el siete de julio de mil setecientos treinta. [Firmado] Chassin, Dumas, Villarmoy, Gachet, G. Dumas, De Lanux.*

He aquí, pues, a El Cernícalo, ahorcado, el criptograma lanzado a la muchedumbre, y el tesoro oculto ofrecido a los más astutos.

¿Ha permanecido oculto ese tesoro? ¿Fue encontrado, gastado o vuelto a ocultar? No sabríamos decirlo.

Antes de estudiar su posición de acuerdo a los jeroglíficos, hay que presentar la historia de Botín Nagéon de L'Estang.

En la isla de la Reunión, quien se interese por la aventura de los tesoros tiene en sus archivos el misterioso testamento de este nuevo y simpatiquísimo pirata. ¿Quién era ese Botín, de predestinado nombre? ¿Y por cuál filiación se introdujo en la historia del tesoro de El Cernícalo?

Pues bien: Bernardin Nagéon de L'Estang, apodado Botín,

era hijo de un oficial de marina de la Compañía de las Indias, y, sea por esto, sea por herencia de los piratas y los corsarios, sus semejantes, sería el último poseedor de los tesoros del océano Indico.

Lo que nada tiene de inverosímil, como se puede juzgar por sus cartas, y teniendo en cuenta que los delincuentes del mar formaban en otro tiempo una cofradía misteriosa, pero de carácter demostrado.

En su testamento y en sus cartas, Botín da una noción de su vida, que si no fue ejemplar, parece al menos regida por reglas de fidelidad y de moral, tardías pero de buena ley.

He aquí su testamento (que a la vez es su segunda carta):

*Parto a enrolarme y a defender la patria. Como sin duda me matarán, hago mi testamento y doy a mi sobrino Justin Marius, Nagéon de L'Estang, oficial de la reserva, a saber: un medio terreno río La Chaux, en el Gran Puerto, isla de Francia, y los tesoros salvados del "Indus", a saber, naufragué en una caleta cerca de Vacoas (Vaquois), y remonté un río y deposité en una caverna las riquezas del "Indus", y marqué B. N., mi nombre.*

*Mis escritos son... difíciles de leer por precaución; le diré todo a Justin si lo encuentro.*

Su confesión prueba, en efecto, un claro deseo de no ser comprendido sino por quien corresponda. He aquí sus otras misivas.

Primera carta. Botín Nagéon de L'Estang a su sobrino Justin Marius. 20 Floreal, año VIII:

*Mi querido Justin, en caso de que la muerte me sorprenda sin que te vea, un amigo fiel te entregará mi testamento y mis papeles.*

*Te recomiendo que sigas mis instrucciones y ejecutes mis últimas voluntades, y Dios te bendecirá.*

*Por nuestros amigos influyentes, hazte enviar al mar de las Indias y ve a la isla de Francia, al sitio indicado por mi*

*testamento. Sube al acantilado que va al este; a veinticinco o treinta pasos al este, conforme a los documentos, encontrarás las marcas indicadoras de los corsarios para establecer un círculo, de cuyo centro está a pocos pies el río. Ahí está el tesoro. Por una combinación extraña, las figuras criptográficas dan a ese punto el nombre B. N.*

*En mi naufragio perdí muchos documentos; ya he retirado muchos tesoros; no quedan sino cuatro hundidos de la misma manera por esos mismos corsarios, que encontrarás por la clave de las combinaciones y los demás papeles que al mismo tiempo te llegarán.*

*El segundo tesoro de la isla de Francia se encuentra en la parte norte de esta última, con marcas parecidas. Con la combinación del círculo sobre los lugares, y siguiendo las recomendaciones, lo lograrás como para el de Rodríguez.*

### **Tercera carta:**

*Hermano muy querido, estoy enfermo, desde la toma de Tamatave, a pesar de los cuidados de mi comandante y amigo. Estoy débil, temo morir de un momento a otro, voy a hablarte una postrera vez, querido Etienne, para hacerte mis recomendaciones supremas.*

*Cuando haya muerto, el comandante Hamon te hará entregar lo poco que poseo y que he economizado en mi vida aventurera de marino.*

*Tú sabes, querido Etienne, que el sueño de toda mi vida fue juntar una fortuna para levantar el brillo de nuestra casa.*

*Con la benevolencia que el Primer Cónsul me manifestó después de un hecho de armas glorioso, habríalo conseguido. Pero como Dios no me permitirá ejecutar ese deber y siento próxima la muerte, júrame, querido Etienne, ejecutar mis voluntades.*

*En mi vida aventurera y antes de embarcar a bordo del "Apolo", formé parte de esos corsarios que tanto mal hicieron a España y a nuestro enemigo el inglés. Con ellos hici-*

*mos lindas presas, pero en nuestro último combate en las costas de Indostán con una gran fragata inglesa, el capitán fue herido y en su lecho de muerte me confió sus secretos y papeles para encontrar tesoros considerables hundidos en el mar de las Indias, pidiéndome que me valiera de ellos para armar corsarios contra los ingleses; antes se aseguró de si yo era masón.*

*Pero esa vida errante me horrorizaba, y preferí enrolarme regularmente y esperar que Francia estuviera tranquila para encontrar esos tesoros y volver a ella.*

*Júrame que tu hijo mayor ejecutará mi voluntad y con esa fortuna levantará un día nuestra casa...*

*El comandante te entregará los escritos de los tesoros. Hay tres. El enterrado en mi querida isla de Francia es considerable.*

*Por los escritos, lo verás:*

*Tres barricas de hierro y jarras llenas de doblones y lingotes de treinta millones y un cofrecillo de cobre repleto de diamantes de las minas de Visapur y de Golconda.*

Esas cartas se acompañan de dos notas que dan indicaciones precisas para hallar los tesoros.

La primera de esas notas es muy sibilina; comienza así:

*Para una primera marca una piedra de PGT. Tomar la segunda V. Ahí hacer S norte una cubicación, etc....*

La segunda es más comprensible:

*Tomar N-Norte 48° sur B-78 pasos 4° sur, etc....*

El poseedor de esos documentos es el Club Internacional de Buscadores de Tesoros.

Ya saben ustedes cuánto hay que saber sobre los secretos de Nagéon de L'Estang.

Diviértanse, si así lo desean, traduciendo el criptograma del pirata. No es una tarea demasiado difícil, y Mme de

Grazia, así como el delicioso escritor Charles de La Roncière han hecho público su sentido literal.

Las primeras líneas dan este galimatías:

*Tomad un par de pichones... virad los dos corazones... cabeza de caballo... una Kort fil winshient escudo tomad una cucharada..., etc.*

Lo menos que puede decirse es que el texto carece de claridad, y es evidente que la traducción literal —a menudo libre—, no se basta a sí misma.

Pero el notario de la isla Mahé, al rehacer el criptograma, poseía también un jeroglífico dejado por el pirata:

*Pr 2º paso con pre de pqtz tomar L 4 VL f SN 2 Clot..., etc.*

El misterio no parece esclarecerse gracias a las "Clavículas de Salomón", pero puede adelantarse que ciertamente existen puntos comunes entre los tesoros de El Cernícalo y los de Nagéon de L'Estang:

—la similitud de los lugares y el hecho de que todos los buscadores unan estrechamente por tradición a los dos piratas;

— los jeroglíficos;

— en los documentos cifrados, los puntos de antecedente: las iniciales S. B. N. o B. N. Las letras Ghe;

— las palabras órgano, tortuga, ojo;

— el simbolismo masónico.

Se puede, pues, razonablemente, conjeturar que por lo menos uno de los tesoros de Nagéon coincidió con el tesoro de El Cernícalo.

Todo esto es, sin duda, cautivante; pero irrita un poco, como rompecabezas.

Es posible también que los buscadores, con el afán de complicar el misterio, hayan añadido algo o falsificado el guirigay de los documentos.

En suma, los tesoros se situarían en los sitios siguientes<sup>1</sup>:  
— en la isla de Francia (isla Mauricio): en Belmont, en el norte de la isla, en una caverna del río La Chaux, cerca de Maheburgo, en la puntilla de Vacoas;  
— en la isla Rodríguez (más dudoso).

Esos tesoros están encerrados en grutas señaladas a la atención de los buscadores por las iniciales B. N. grabadas en la roca.

Pero el tesoro de "La Virgen del Cabo", robado por El Cerínicalo, ¿no estará en la isla Santa María, allí donde vivía el pirata y donde podía vigilar debidamente lo escondido, avaluado en treinta mil millones de francos antiguos?

Sería lo lógico, pero la tradición y los buscadores quieren absolutamente que el receptáculo de los tesoros del océano Indico sea la isla Mauricio.

Es un hecho: la antigua isla de Francia está repleta de tesoros, y muchos han sido encontrados; todos esos tesoros están escondidos según un rito y son revelados por jeroglíficos y métodos sumamente pintorescos.

En una propiedad de Rosiers, a comienzos de siglo, al derribar un gran árbol, se encontró entre las raíces una placa de mármol con estas indicaciones:

*Aquí puse mi fortuna. Tienes un árbol. A seis pulgadas al interior hacia el noroeste. Verás un abedul. Del abedul camina derecho al noroeste. A dieciséis pies encontrarás una piedrecita. La profundidad de esa piedra es igual a la entrada de mi fortuna. Camina treinta pies al suroeste y verás a seis pies de profundidad una placa de cobre. Quien la tenga cantará durante horas. [Firmado]. Carron de Bragile.*

Bien. Los buscadores, siguiendo tan raras instrucciones, encontraron abedul, piedra y placa de cobre. Esa placa estaba cubierta de una criptografía indescifrable, y se la envió por barco a Europa, para que se tradujera.

<sup>1</sup> En 1916 se encontró en la isla Pamba, cerca de Zanzíbar, un tesoro de Botín Nagéon, ya que estaba marcado con las iniciales B. N.

¡Ay!, se extravió en el camino y el tesoro de Carron de Bragile corre el riesgo de quedar para siempre enterrado.

En otra propiedad, cerca de la bahía de Tamarin, al suroeste de la isla, hay una enorme piedra sobre la cual están grabadas estas palabras en caracteres chinos:

*13.800 onzas oro-plata*

*Aquí hay una cortesana*

*Te dejo, señor, que adivines*

*Sin pedirte participación.*

El tesoro no se encuentra o ha desaparecido ya de debajo de esa piedra, donde, ciertamente, fue buscado.

Tal es la historia misteriosa y embrollada del tesoro de El Cernícalo y de las cavernas de oro de Nagéon de L'Estang.

¡Para correr tras los ingleses, dicen los documentos!

He aquí por qué, sin duda, en 1959, y en 1961, Henry de Monfreid, descubridor de tesoros del Mar Rojo y ex enemigo de Albión, se empeña en ese ingenuo y prodigioso tesoro de corsario.

*Que vigile el dragón*

**A** LOS tesoros hundidos en plena tierra les repugna la soledad; insensiblemente, como suben desde hace siglos las piedras en los jardines y los obuses en los campos de batalla, por su propia voluntad quieren volver a la superficie, y acaso también para suscitar nuevos conflictos y dramas<sup>1</sup>.

A los tesoros les gusta viajar a través de la tierra, en largo caminar —estudiado por los físicos—, que siempre les aproxima a los hombres. Los tesoros no se ocultan; al contrario; pero en cambio, la tierra, la arena, se amontonan milímetro a milímetro por toda la superficie del globo, sepultando ciudades y relieves.

Y en esa lucha entre lo que quiere salir y lo que quiere hundirse, el buscador de tesoros juega su partida de póquer; seriamente o dejándose dominar por los encantos y las convenciones del juego.

En verdad, el buscador de tesoros es un pesimista que busca la edad de oro en la edad de hierro y que se apresura en aprovechar los últimos minutos del crepúsculo antes de que

<sup>1</sup> Según el Departamento de Desminación del Ministerio de la Guerra, las piedras, obuses o esquirlas, aun los metales más pesados, como el oro, son expulsados en el transcurso de los años o susceptibles de serlo por efecto de la "retracción" terrestre, salvo: 1.º en tierra pantanosa; 2.º en arenas movedizas; 3.º en todo terreno si bajo los cuerpos compactos o en su proximidad existe un río subterráneo o alguna corriente.

Por ejemplo, un obús de grueso calibre que haya penetrado 4 metros bajo tierra en 1918, sube en terreno medio 1,80 m. a 2 m. en cuarenta años.

los sabios hayan hecho astillas lo maravilloso con la ciencia atómica.

El oro, las alhajas, las pedrerías sintéticas de mañana, no tendrán el calor, el brillo, el dulce lenguaje de la materia que ha cruzado siglos de sangre, de amor y de aventura.

Hay que darse prisa, pues, en encontrar tesoros, antes de que la ciencia les haya dado el golpe de gracia.

Ya en 1948, Paul Chanson, director del Laboratorio del Pico del Mediodía, anunciaba solemnemente que la transmutación de los metales viles en oro, no era sino cuestión de años.

—Los sabios atómicos —dijo— son alquimistas, y sus laboratorios son los antros en que se forja el oro sintético.

El domingo 19 de enero de 1958, la radio anunció que los sabios rusos, gracias a su horno nuclear, en que arden temperaturas de varios millones de grados, habían conseguido la transmutación de los metales hasta el patrón oro.

Y para contrapesar esta noticia, la misma emisión nos contaba que los norteamericanos, al hacer estallar una bomba H enterrada en el desierto de Nevada, habían creado un verdadero budín de diamantes artificiales, en condiciones idénticas a las existentes en la creación del mundo.

Fue en 1958. . . , hace ya un siglo, al ritmo de Satanás, y después se han hecho progresos decisivos.

Entonces, ¿qué será de los abismos de oro de los océanos, de los escondrijos de diamantes y de rubíes, cuando las pedrerías se vendan por kilos en los "Al Precio Unico" del año 2000, y el oro por toneladas en las quincallerías de la zona?

Pero ¿llegará ese tiempo?

¿No es horroroso comprobar que con esas experiencias de transmutación y de síntesis, la ciencia, en vez de progresar hacia una evolución racional, tiende a sumergir nuevamente al mundo en el caos de su origen?

Subrayando al mismo tiempo la verdad profética de las escrituras bíblicas: "El hombre ha perdido el Paraíso terrestre por haber comido el fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal. . ."

Así, pues, desde milenios, la ciencia ha sido funesta para los hombres, ha provocado tal cataclismo a escala mundial y verosímilmente cósmica, que los sabios han anunciado a las generaciones futuras que nunca podrán resucitar, y estarán condenadas hasta el fin de los tiempos a sufrir la maldición original.

¿A causa de un Dios injusto? ¡No!

La Biblia es formal: a causa de la ciencia.

Lógicamente, hay que pensar que la maldición antigua se asemeja mucho a un mal incurable que habría, por ejemplo, deteriorado el engendramiento humano. Y se piensa, naturalmente en una irradiación mortal... Sí; si la humanidad de hace milenios hubiera sido atomizada, la raza habría estado condenada a una evolución de decrepitud o a una monstruosa proliferación hacia lo abyecto y lo malsano.

¿Por qué no? ¿Y por qué no un estallido de bombas o de máquinas inventadas por antepasados superiores?

Si no, hay que explicar cómo los hombres de hace cuatro mil años pudieron concebir la idea de lanzar anatema contra la ciencia, y de prevenir a sus descendientes que la felicidad ya no existiría, y que no podría existir, porque los sabios habían contaminado para siempre las cadenas de la vida.

Parece inadmisibles que antepasados inferiores hayan podido tener tal envergadura de pensamiento, que nada en su tiempo podía justificar.

A menos que... a menos que en el árbol genealógico de los hombres figuren antepasados superiores, cuya civilización desembocó en lo que parece ser el fin monstruoso y diabólico del conocimiento... el fin del mundo: el estallido atómico.

Pero, ¿y los hombres prehistóricos? ¿Las eras del paleolítico y el neolítico? ¿La civilización del sílex y el hueso grabado?

Acaso esté allí justamente la consecuencia inmediata de la "culpa original": los hombres atomizados que caen en

un semiestado de bestia<sup>1</sup> y están obligados en trepar durante milenios la escala de la resurrección, sobrepasando el sílex, el hierro, abordando la Edad Media, regenerándose poco a poco, recobrando la calidad del antepasado superior, y ahora, muy cerca de recomenzar la misma culpa, la misma atomización del globo terrestre.

No conserva tal vez el buen sentido moral suficiente para, en el último instante de lucidez, lanzar a las humanidades futuras el gran grito ancestral de alerta, el último mensaje que señala el pecado mortal, la culpa original: la ciencia matará al hombre.

Si se quiere estudiar bien esta hipótesis, no faltarán hechos hasta ahora inexplicables para constituir índices inquietantes.

Por ejemplo, se puede considerar con perplejidad el siguiente relato del capitán Walker, que atañe al desierto de California-Nevada, y más particularmente al lugar llamado: Valle de la Muerte.

—Toda la zona comprendida entre Gila y San Juan está cubierta de ciudades y habitaciones en ruinas. Se encuentran huellas de erupción volcánica y bloques carbonizados o vitrificados que testimonian el paso de un terrible flagelo.

"Al centro de esa ciudad, verdadera Pompeya americana, se alza una roca de 20 a 30 metros de alto, que todavía contiene restos de construcciones ciclópeas.

"El extremo sur de ese edificio parece salir de una fragua; la roca que lo soporta tiene también las huellas de la fusión.

"Es singular que los indios no hayan conservado ninguna tradición relativa a las sociedades que en otros tiempos se hallaban establecidas en esa región.

"Al contemplar esos tristes restos, se sienten dominados

<sup>1</sup> Descienda o no el hombre del mono, es inadmisibile que no haya podido, desde su nacimiento, construir una casa o cimentar piedras. En tanto el gorila construye cotidianamente su vivienda de ramas, la mayoría de los pájaros, de los cuadrúpedos y de los insectos son arquitectos y albañiles extraordinarios. El hombre no ha podido nacer más estúpido que una larva; y si lo fue en una época prehistórica, como los prehistoriadores lo imaginan, es porque había decaído.

por un religioso terror, pero nada saben respecto a su historia.

¿Terremoto? No; hubo fuego hirviente. ¿Erupción volcánica, entonces? Poco probable, pues tal efecto de carbonización no se ha observado ni en Pompeya ni en Herculano ni en San Pedro, Martinica.

¿Memoria humana alguna ha conservado el recuerdo de una tradición concerniente a tal catástrofe? Sin embargo, era milenaria la civilización maya, tan próxima del Valle de la Muerte.

Por lo tanto, el acontecimiento se ha producido en una época prehistórica. Y se han encontrado cráneos de *homo sapiens* —del Neanderthal— con una capacidad de 1.600 cm.<sup>3</sup>, es decir, de seres al parecer dotados de un poder intelectual superior al de Branly, de Curie y de Einstein. Hay muchos otros misterios prehistóricos.

Y, desde luego, esos inconciliables, irracionales conocimientos del hombre de hace quince a treinta mil años: habitaban casas y no cavernas, dibujaban y pintaban obras de arte con tanto talento y ciencia como los mejores pintores actuales, llegando hasta proyectar el color con pistola o por lo menos con pulverización, para representar las crines de los animales; todo esto está comprobado en las grutas pintadas de Lascaux, en Dordoña; dibujaban y retrataban a sus contemporáneos, reproduciendo, para extrañeza nuestra, detalles de la vestimenta absolutamente semejante a la nuestra: vestón, pantalones, sombreros, zapatos, como lo demuestran sin duda posible los guijarros grabados de Lussac-les-Châteaux<sup>1</sup>.

Y esos seres, esos artistas magníficos, creadores del Louvre de la Prehistoria, ¿no conocían sino el sílex? Es absurdo.

<sup>1</sup> Existen mil quinientas losas y piedras grabadas en el Museo del Hombre, que dan alrededor de cinco mil representaciones de escenas prehistóricas. El descubrimiento efectuado en 1937 en Lussac-les-Châteaux (Vienne), en la gruta de La Marche, por Léon Péricard y Stéphane Lwoff, y autenticado por el abate Breuil, es cuidadosamente mantenido en secreto por el Ministerio de Bellas Artes. ¿Por qué?

Es absurdo pensar que los hombres de Lascaux y de Lussac no hayan conocido el metal<sup>1</sup>.

Lo conocían, estamos persuadidos, tanto más cuanto que los metales ferruginosos abundan en el globo, y también el carbón; pero los hombres prehistóricos, con un terror ancestral cuyo sentido desconocían, pero que llevaban instintivamente con ellos, no querían utilizar el metal.

Pues la conquista del metal era el primer paso al pecado original que había destruido el globo civilizado en otros tiempos, o, al menos, el Paraíso terrestre. Y tan lejos como puede uno remontar en el recuerdo de los hombres y en sus tradiciones, y bajo todas las latitudes, "el hierro era el metal maldito".

Y bajo todas las latitudes y en todos los tiempos, todos los hombres y todas las teologías han tenido la premonición o la memoria de que la ciencia era diabólica y comenzaba con la fusión de los metales.

¿Cómo explicarse esas misteriosas premoniciones, esos recuerdos perdidos o esos geniales conocimientos que superaban la época, sin imaginar un legado de nuestros antepasados superiores?

Legado que cronológicamente puede sintetizarse así a través de su descendencia directa regenerada:

—Hace veinticinco mil años, hombres prehistóricos crean el Museo de Pintura de Lascaux, en Dordoña.

—Hace veinte mil años, hombres prehistóricos dibujan y graban en losas y piedras los retratos de Lussac-les-Châteaux.

—Hace cinco mil años, la Biblia explica en parábolas, pero con luces absolutamente sobrenaturales, la génesis del mundo y de los hombres. Egipto demuestra una superciencia astronómica y arquitectónica.

—En el 500 antes de Cristo, Demócrito, en Grecia, sabe

<sup>1</sup> El físico austriaco Gaut descubrió en 1866, en una capa carbonífera que databa de la era terciaria (alrededor de diez millones de años), un prisma de metal análogo al acero, cuyas aristas perfectamente vivas miden 67 mm. x 67 mm. x 47 mm. Ese prisma, pues, ha sido fabricado, forjado hace millones de años.

que el átomo es el elemento básico de la materia, y Confucio, en la China, proclama la gran confraternidad humana.

—En el 400 antes de Cristo, citando Platón a los sacerdotes de Sais, desgarró una parte del velo y revela la Atlántida y los antepasados superiores.

Decenas, centenas de revelaciones de este orden prueban, a nuestro entender, o bien el conocimiento del pasado y del futuro por videncia, lo que sería milagroso, o bien la tradición venida de nuestros antepasados superiores, lo que es poco razonable.

¿Y no es tremendo también comprobar que ese Valle de la Muerte, en California-Nevada, que en tiempos distantes fue vitrificado en la fragua de un cataclismo desconocido, es de nuevo hoy vitrificado a 2.000.000 de grados por las bombas H norteamericanas?

¿Y no es tremendo saber que la superbomba atómica, mil veces más poderosa que la bomba H, y fabricada con los residuos de explosión de esta última (elemento 98), tiene un nombre predestinado: la bomba de californio?

Y por curiosa ironía de la suerte, acaso rehabilite un día al siniestro Fouquier-Tinville (¿o al despreciable presidente Dumas?), que hizo decapitar a Lavoisier después de haber largado esa frasecilla célebre cuya sabiduría profunda no sospechaba: "La República no necesita sabios".

Y podemos pensar que tal vez el destino nos hizo una advertencia desdeñada, pero que justificaba, no obstante, el título de Lavoisier: Inspector General de Pólvoras y Salitres e inventor de una pólvora de clorato cuya fabricación (¡ya entonces!) provocó en Essonnes una explosión en que hallaron la muerte numerosos obreros.

Pero nos desbordamos, sin duda, al querer demostrar que la ciencia, si es enemiga de los hombres, muchísimo más lo es de los tesoros escondidos.

Sobre todo porque los tesoros escondidos terminarán por triunfar de la ciencia y de toda la industria humana.

Si el mundo existe desde hace millones de años —o miles

de millones—, no hay razón para que esté próximo su fin, sino el de una era antepocalíptica.

Y si el Apocalipsis sobreviene, si nuestra civilización de nuevo es aniquilada por milenios, nos está permitido pensar que todo lo que nos enorgullece —nuestras ciudades, nuestras máquinas, nuestros libros— será reducido a impalpable e inidentificable polvo; todo, salvo los sílex prehistóricos y las piedras preciosas de los tesoros.

Todo, salvo la Madre Tierra, Dios y las Leyes que recomiendan sin cesar la forja de la humanidad.

Y en espera de esos tiempos temibles, y eventuales por suerte, en que la conciencia estará muerta y dormido el pensamiento, quiera Dios que los tesoros de Francia, de los mares y de las islas distantes permanezcan aún mucho tiempo en sus escondrijos seculares, pues representan siempre la más válida suma de los sueños de la humanidad.

Porque los hombres estarían al borde de la absurda angustia si no tuvieran, para hacer florecer la vida, el refugio inexpugnable del sueño.

Que vigile el Dragón... Aquel cuyo ojo es oreja, como lo querían los antiguos textos sánscritos...

## INDICE

<b>PRÓLOGO</b> . . . . .	9
<b>1. UNA AVENTURA MÁGICA</b>	
Prueba de los tesoros escondidos. Wlasta, la Virgen Roja. La suerte de Phips. El Banco de Plata. Puntos de impactos . . . . .	15
<b>2. TESOROS ANTIGUOS</b>	
Tesoros de los hombres prehistóricos e invención de la agricultura. Las monedas de oro son recientes. Tesoros de los manuscritos del mar Muerto. Estadística de los depósitos. La bella nadadora Cyana. Buzos españoles y buscadores de otros tiempos. La campana de Capdaques. Los empíricos . . . . .	22
<b>3. LOS TESOROS DE LOS TEMPLARIOS</b>	
Hay que creer en los tesoros de los templarios. Jacques de Molay inicia a Guichard de Beaujeu. El tesoro es sacado del Templo. Arginy, castillo mágico. Encantamiento y Virgen con el niño. Sólo un templario encontrará. El enigma de Valcroz. El santo y la verdad mostrarán el camino . . . . .	36
<b>4. EL ORO DEL NUEVO MUNDO Y LOS GALEONES</b>	
El oro era raro antes de la Conquista. Las minas de Ofir. Tráfico con las Indias Occidentales. La fortuna del mar. Cristóbal Colón. <i>La Plata Flota</i> , de Vigo . . . . .	52

### 5. EL TESORO DE LOS INCAS

Ir al Oeste. El fabuloso El Dorado, de Walter Raleigh. El tesoro de los incas existe verdaderamente. Huáscar y Atahualpa. La sala de oro del Inca. Los orejones escondieron el tesoro. El lago Titicaca. El Curicancha del Cuzco. Testimonios de Cieza de León y de Garcilaso Inca, de la Vega. Los subterráneos de Sacsahuaman . . . . . 64

### 6. LOS PIRATAS

Los piratas célebres. La ley de los filibusteros. La extraña emperatriz desnuda de las Galápagos. Las grutas de oro de la isla Saumapé. El tesoro de Laka Bang. La odisea del "Cinque Ports Galley". La falúa cargada de oro. El tesoro de la isla de la Plata . . . . . 80

### 7. FABULOSA AVENTURA EN LA ISLA COCOS

Una montaña de oro en el "Mary Dear". La puntilla de Thompson: ahí está el tesoro. Inventario del tesoro. Una isla descubierta en marea baja. Buscadores infelices. Punto del Club de Buscadores de Tesoros . . . . . 92

### 8. TESOROS DE LA REVOLUCIÓN

¿Ha existido la Revolución Francesa? Los relicarios de Conques y las campanas de Saint-Antonin. Los escondrijos de la Du Barry. Los luises de oro de Colmont. El cuero de buey de Lamboulas. Cien pasos adelante, cien pasos atrás. Las cinco víboras rojas. El tesoro de Luis XVI. Cien millones bajo la Plaza de la Estrella, en Mans. El "Telémaco". El tesoro de Oak Island. Las doce vírgenes de Verdún. Vandea: el tesoro de Paul Pivois, la puerta de oro de Epesses, la barrica de oro de Génusson, el cofre del señor de Boisy, el tesoro de Charette, las quillas de oro de Nieul-le-Dolent . . . . . 104

### 9. LOS TESOROS DEL CULTO

Proviene de las persecuciones. El tesoro de los cátaros. Tres herejes lo salvan. Una ciudad subterránea. El saco de Auxerre. Once o diez carretas de objetos preciosos. La Dama Blanca aparece. Claudine habla. Un rosal flo-

recerá sobre el escondrijo. El tesoro de la castellana de Villeneuve-lès-Avignon. El tesoro de los jesuitas. Una caverna bajo la colina. Tazones plenos de oro. Misterio en la isla Pinaki. El tesoro de los sesenta peldaños de coral . . . . . 123

10. DEL ORO, LA VOLUPTUOSIDAD Y LA LOCURA

Bandido y Presidente de la República. Cuarenta carretas de oro en Posadas. La odisea del obispo de Córdoba. Una cristiana extraña. El sacerdote se torna pirata. El ídolo desnudo de Cerrito Colorado. Los tesoros de las grutas . . . . . 140

11. TESOROS DE GUERRA (I): UN EJÉRCITO Y 500

TONELADAS DE ORO SE VAN A PIQUE

El tesoro del Gran Ejército. Los 15.000.000 de Paul Krüger. Las barras de plata de Pancho Villa. El tesoro de Ikaturov. Un millón doscientos cincuenta mil condenados a muerte parten en éxodo. Doscientos cincuenta mil sobrevivientes. El ejército y 500 toneladas de oro se van a pique en el lago Baikal. El inverosímil relato de Slava Bogdanov. La cripta de los lingotes. El tesoro de los republicanos españoles. Los sótanos de París. El tesoro de la Milicia. El cofre de Marcel Déat. El avión de oro. La montaña de Ora. El tesoro de Buffarino Guidi. Dongo. El caso del "U-435". . . . . 150

12. TESOROS DE GUERRA (II): EL ORO DE ALEMANIA YACE EN LAS ALTURAS

El pavor del año 2000. Esconder antes de morir. El tesoro del Gran Reich. Los charlatanes desaparecen. Extraños botánicos. Nomenclatura del tesoro. El lago Toplitz. El tesoro de la Madriguera de los Lobos. La ciudad subterránea. Hitler ocultista. La orden teutónica. Reunión de hitleristas franceses. Salzburgo y Koenigsberg. La central del Wolfschanze funciona. Pasos secretos en la zona minada. Extrañas coincidencias . 161

**13. TESOROS DE LEYENDA (I): INVENCIONES Y VARILLAS  
ADIVINATORIAS**

Los periodistas y los radiestesistas inventan tesoros. Sully y el hada Melusina. Mentiras razonables. El tesoro del marqués de Carabas. Enrique I. La leyenda de la reina Berta y el secreto del conde de Saint-Germain. La Religiosa sin Cabeza. Misa de medianoche y "La Piedra que Gira" . . . . . 173

**14. TESOROS DE LEYENDA (II): BESTIAS MARAVILLOSAS  
Y DAMAS BLANCAS**

Arsenal y bestiario. Nuestros amigos los perros. Basilisco, dragón, serpiente, unicornio. Becerros y cabras de oro. Corderos de oro, cinocéfalos, víboras, pulpos. La Dama Blanca de Koepfle. La Dama Blanca de Montbarrey. La Dama de Montbron. La Dama Rubia de Illzach. El tesoro del Hoyo Cuadrado. La bodega encantada . . . . . 181

**15. TESOROS OCULTOS, ENCANTAMIENTOS, HOMBRES  
VOLADORES, FANTASMAS**

Los El-Kannazin. El "Libro de la Ciencia de los Tesoros". Filtros, fumigaciones, encantamientos. Los rubies del rey. El barro filosofal. Las flechas mágicas. El tesoro de la Tumba de la Cristiana. La aventura de Hadj Ahmed. El volcán de piedras preciosas. La vaca que entra en el muro. Los cofres de piedras preciosas. La cabeza para la hoz. Minas de pedrerías, etc. El rabadomante Aymar Vernay. Brujos y buscadores de tesoros. El fabuloso tesoro de Agartha. El Amo del Mundo. Los magos en el Folies-Bergère. Los hombres voladores. Todas las riquezas del globo. El tesoro de los Siete Sellos. Una vidente que deja perplejo. La sociedad más secreta del mundo. Los pilotos de Juan II. Jacques Coeur y los secretos de la piedra filosofal . . . . . 191

**16. TESOROS ETERNOS, TESOROS FANTASMAS**

El tesoro del "Duque di Florencia". Ofir y el Monomo-

tapa. Jean Lafitte. El tesoro de Gisors. El fabuloso tesoro de Rommel. Rita la Rubia. El tesoro del capitán Kidd. El "Adventure Galley". Piratería en el océano Indico. Kidd es ahorcado. La isla de los Esqueletos. La isla Yokoate . . . . . 212

17. TESOROS DE PLUTÓN

Una montaña de oro irrecuperable. Ocho mil millones en el "Titanic". El "Lusitania". El testamento del Dr. Watkinson. Los diamantes al mar. El cementerio de los tesoros. El buzo de Puerto Plata . . . . . 232

18. AMORES, DELICIAS Y CANCIONES

Robertson, el libertador aventurero. Teresa la satánica. Los 2.000.000 del "Péruvian". *Vahinés* y tripulación molestos. El tesoro es escondido. El tesoro de las bailarinas desnudas. La leyenda de la Font des Cantés. Dos tesoros a escoger. La nostalgia de Melusina. El tesoro es echado a la fuente . . . . . 237

19. SETENTA Y CINCO TESOROS EN UNA ABADÍA:  
8.000.000.000 EN UNA TUMBA

Francia es el país de los tesoros. Charroux, ciudad de los tesoros escondidos. Todos los monjes son muertos. Los relicarios se encuentran. Un reino de subterráneos. El tesoro de Rennes-le-Château. Rhedae. El pastor Paris. Los rollos del altar visigótico. Trabajo oculto en el cementerio. Un cura mecenas. Béranger muere con su secreto. El tesoro cátaros . . . . . 248

20. EL FABULOSO TESORO DE EL CERNÍCALO

Mis tesoros para quien sepa tomarlos. Piedras esculpidas en la isla Mahé. El notario posee datos. Olivier Le Vasseur, llamado El Cernícalo. "La Virgen del Cabo". Piratas en retiro. El Cernícalo esconde su tesoro. Ahorcado. Botín Nagéon de L'Estang. Testamento. Puntos de los tesoros. Armar corsarios contra el inglés. Las "Clavículas de Salomón". La marca B. N. El tesoro de Carron de Bragile. Aquí hay una cortesana . . . 260

21. QUE VIGILE EL DRAGÓN

Los tesoros suben. La ciencia contra el oro y el diamante. El mensaje de los antepasados superiores. Atomización prehistórica. El Valle de la Muerte. Revelaciones. Que vigile el dragón . . . . . 272